

ANDREW FUKUDA



EL ORIGEN



Lectulandia

La muerte se cierne sobre Gene y el resto de humanos –o hepers– que quedan: continuamente huyendo y sin apenas víveres, deben encontrar una forma de sobrevivir... y de evitar a los hambrientos cazadores que los persiguen en la oscuridad. Pero éstas no son las únicas preocupaciones de Gene: también le martirizan el recuerdo de la chica que dejó atrás en el Instituto de Hegers y sus crecientes sentimientos hacia Sissy, la chica humana que lo acompaña en la difícil misión de salvar sus vidas.

Lectulandia

Andrew Fukuda

El origen

La Caza - 02

ePub r1.1

Rocy1991 13.11.14

Título original: *The Prey*
Andrew Fukuda, 2013
Traducción: Montse Meneses Vilar

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Obaachan.

1

Pensábamos que nos habíamos librado de ellos, pero nos equivocamos. Esta misma noche vuelven. Pocos minutos antes de que lleguen a la orilla del río, oímos al batallón de cazadores; los gritos descarnados llegan hasta el cielo, toscos y afilados como trozos de cristal pisados. El caballo, con las fosas nasales hinchadas y los ojos saliéndose de las órbitas, se levanta del suelo sobresaltado. Tiene los músculos fundidos, y el blanco de los ojos le brilla como una luna demente; se marcha al galope con las orejas atrás hacia la vasta oscuridad de la tierra.

Nosotros seis agarramos las mochilas y corremos hacia la barca temblando como hojas. Las cuerdas de anclaje están tensas, y somos incapaces de desatarlas porque nos fallan las manos. Ben intenta acallar sus gimoteos; Epap ya ha subido, está paralizado por el miedo y ha vuelto la cabeza en dirección al sonido que hacen los acosadores al llegar. Algunos mechones se le han quedado tiesos, como brazos en alto en posición de rendirse, revueltos por el sueño al que nunca debió sucumbir.

Sissy hace tajos en las cuerdas. A medida que sus golpes se vuelven más rápidos y apremiantes a cada segundo, salen chispas volando de la hoja. De repente, con la navaja en el aire, se detiene. Mira al vacío. Los localiza: diez puntos plateados que corren por la pradera hacia nosotros antes de desaparecer detrás de una colina cercana. Los vellos de la nuca se me congelan como carámbanos, y el viento los rompe. Al llegar a la cima, con propósito inquebrantable, reaparecen diez cuentas de mercurio. «Puntos plateados», «cuentas de mercurio». ¡Qué términos tan peculiares! Representan mi fútil intento de convertir lo horrible en inocuo, en meros accesorios de joyería. Sin embargo, se trata de personas. De cazadores. Que vienen a clavarme los colmillos, a destrozarme, a devorarme y a destriparme los órganos.

Agarro a los más pequeños y los empujo a bordo. Sissy intenta deshacerse de la última cuerda mientras hace caso omiso de los aullidos cargados de saliva que se avecinan. Cojo una vara y me preparo para empezar a maniobrar en cuanto mi compañera haya terminado. Con apenas unos segundos de ventaja, consigue partir la soga, y yo empujo la barca por la corriente. Sissy salta. El río nos envuelve y nos aleja de la orilla.

Los cazadores, diez amasijos grotescos formados por carne fundida y pelo enmarañado, se reúnen en el margen del río. No reconozco a ninguno, no hay ni rastro de Crimson Lips, Abs, Gaunt-Man ni del director. Sin embargo, el deseo que veo en sus ojos es demasiado familiar. Es un impulso más fuerte que la lujuria: se trata del ansia de devorar, de consumir carne y sangre heper. En un vano intento por alcanzarnos, tres de ellos se sumergen como balas en la fuerte corriente del río. Cabecean un par de veces y terminan por hundirse sin causar ningún daño. El resto nos sigue durante horas desde las orillas.

Para evitar mirarlos fijamos la vista en el agua y en las tablas de madera de la cubierta, pero resulta imposible escapar a sus gritos cargados de deseo no

correspondido y de aguda desesperación. Los cuatro chicos del Domo —Ben, David, Jacob y Epap— se apiñan en la cabina durante gran parte de la noche. Sissy y yo nos quedamos en popa, guiando la barca con las varas y manteniéndonos lo más lejos posible de la orilla. El cielo nublado empieza a clarear poco a poco, a medida que despunta el alba. Los cazadores que quedan, lejos de languidecer por la proximidad de la salida del sol y la inevitabilidad de la muerte, gritan aún más y su rabia se intensifica. El sol, mortecino, sale lentamente por detrás de los nubarrones, como una quemadura filtrada y difusa. Por ello experimentan una muerte gradual y espantosa. Pasa casi una hora hasta que se desvanece el último gorgoteo y ya no queda nada que ver, oír ni oler de ellos.

Por primera vez después de unas cuantas horas, Sissy se decide a hablar:

—Pensaba que ya nos habíamos alejado lo suficiente y que habíamos visto a los últimos.

El día no ha hecho más que empezar y su voz ya suena agotada.

—Había hecho sol hasta que ayer cayó una tormenta —le explico—. La lluvia y las nubes lograron que el día fuera tan oscuro como la noche, lo que les permitió arrancar a los cazadores unas horas antes del anochecer, y alcanzarnos.

A Sissy se le desencaja la mandíbula.

—Entonces será mejor que hoy no llueva.

Dicho esto, se dispone a ver cómo están los chicos en la cabina.

El río avanza con una persistencia arrolladora. Lo recorro con la mirada hasta que se funde en la distante oscuridad. No sé qué hay al final, y la incertidumbre me apabulla. Me cae una gota en la frente, después otra y luego otra más, hasta que los chorros me resbalan, como venas sobresalientes, por el cuello y por los brazos que tengo de piel de gallina. Miro arriba. Las nubes negruzcas y ampulosas cambian de forma, y después se rompen. Cae una tenebrosa cortina de agua. El cielo está tan negro como una bandada de cuervos a medianoche. La caza acaba de empezar. No terminará nunca.

Nos hemos sentado en la cabina, agrupados, para intentar protegernos de la lluvia. La ropa empapada se nos pega como piel correosa a los cuerpos delgados y los estómagos cóncavos. De vez en cuando, empujado por la incoherencia del hambre, alguien abre la bolsa de comida y, una vez más, se la encuentra vacía. Ya hace rato que devoramos las bayas y la carne carbonizada de perro de las praderas. El caudal del río ha aumentado debido a las intensas lluvias. Ahora hacemos turnos más cortos para manejar la barca, ya que las fuerzas disminuyen a pasos agigantados. A primera hora de la tarde, Sissy y yo trabajamos juntos. Dos horas después estamos molidos y nos desplomamos en la cabina mientras Epap y Jacob nos relevan. Estoy agotado, pero soy incapaz de dormir. El viento sopla a ráfagas por el río, agitando la superficie ya salpicada por la tormenta. Me froto la cara para intentar calentarme las mejillas. En el otro lado de la cabina, Sissy está acurrucada de costado, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada sobre las manos. Su rostro, relajado mientras duerme, tiene un aspecto dulce y se ve su contorno dibujado.

—Llevas unos cuantos minutos mirándome —susurra sin abrir los ojos. Me sobresalto. Sus labios esbozan una ligera sonrisa—. La próxima vez, despiértame. Con esa mirada hasta podrías fundir paredes de acero.

Me rasco las muñecas. Ella abre los ojos y se sienta. Su espesa melena castaña le cae por la cara, enredada como la manta con la que arropa a Ben, quien ronca a su lado. Bosteza, estira los brazos por encima y arquea la espalda. Al girar la cabeza, el cuello le cruje de manera sonora. Rodea la reserva de palos que hemos subido a bordo y se deja caer a mi lado.

—La corriente es fuerte, quizá demasiado. Estoy preocupado —confieso.

—No, eso es bueno. Significa que hay más separación entre ellos y nosotros.

Han pasado pocos días desde que nos escapamos del Instituto de Hepers. Nos perseguía una muchedumbre hambrienta de carne. Centenares que salieron a raudales del edificio, invitados al banquete e impelidos por la sed de sangre. Nosotros seis no teníamos prácticamente ninguna posibilidad de sobrevivir contra esa horda. Nuestra única y frágil esperanza recaía tan sólo en el diario del científico, un cuaderno críptico que sugería una fuga en barca por el río. Tuvimos la suerte de encontrar el primero; el hallazgo del barco fue casi un milagro. No obstante, seguimos sin saber el motivo por el que el científico nos ha guiado a este río.

—También quiere decir que media menos distancia entre él y nosotros —añade como si me hubiera leído el pensamiento. Me mira fijamente con sus ojos dulces y cómplices. Aparto la vista. Ayer, cuando me encontré por casualidad con el retrato de mi padre que había dibujado Epap, pude ver su rostro por primera vez después de muchos años: los ojos hundidos, el mentón bien definido, los labios finos, y la expresión imperturbable que, incluso en un dibujo, apuntaba una tristeza y una gentileza aún más grandes. Ahora pienso en los secretos que habrá guardado en la

mirada, en el plan que nunca pronunciaron sus labios. Aquel último día mi padre había entrado en casa corriendo; sudaba de modo desmesurado, y su palidez era mortal. Le vi la doble perforación en el cuello. Había llegado muy lejos para fingir su conversión. Cuando se fue, poco antes del amanecer, pensé que corría hacia la muerte para salvarme... cuando, en realidad, lo que hacía era correr hacia su libertad y me estaba matando.

Cojo dos ramitas de la reserva de palos y empiezo a frotar una contra la otra como si estuviera afilando cuchillos.

—Crees que dejó la barca para que la encontrarais, ¿no? —le pregunto—. Que planeó toda esta escapada complicada para vosotros. ¿Quieres que te diga lo que pienso? La barca no era para vosotros. Era única y exclusivamente para él. Era su vehículo para poder escapar. Lo que pasa es que no fue tan listo como para encontrarla. O quizá la construyó él mismo, pero lo atraparon antes de que pudiera escapar.

Sissy mira primero las ramas, y después a mí.

—Te equivocas. El científico nos prometió, casi a diario, que un día nos sacaría del Domo. Hablaba de un lugar maravilloso donde no existen ni el peligro ni el miedo, y donde hay seguridad, calor y una cantidad innumerable de humanos. La Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol. Así lo llamaba. A veces lo describía como la tierra prometida. Siempre que hablaba de escapar, se refería a «nuestra» huida.

—Una promesa muy ambiciosa.

Ella aprieta los labios.

—Sí, pero era lo que necesitábamos. Debes comprender que todos nosotros nacimos en el Domo. Para serte sincera, pensábamos que terminaríamos muriendo allí después de una larga y desgraciada vida en cautiverio. Arrastrábamos una existencia infeliz. El científico apareció de la nada. Con tan sólo esta promesa, nos cambió la perspectiva y nuestra razón de ser. Dibujó un futuro. Los chicos, sobre todo Jacob, se transformaron. Eso es lo que tiene la esperanza. —Sonríe—. Ni siquiera sabemos cómo son ni la leche ni la miel.

—Pusisteis mucha fe en la promesa de un hombre.

Me mira.

—No lo conoces como nosotros.

Casi me estremezco con sus palabras. Me duelen, pero logro controlarme. Toda una vida de entrenamiento te convierte en un experto en esconder emociones.

—¿No quieres encontrarlo? —me pregunta—. ¿No tienes ni una pizca de curiosidad por saber adónde ha ido?

Dejo de mover los palos. Lo cierto es que no pienso en otra cosa. La luz de la luna reflejada en el río le motea el rostro. Entonces me mira a los ojos y susurra:

—Dime, Gene.

Me detengo. Sus palabras, «no lo conoces como nosotros», aún me reverberan en

los oídos. La de cosas que le podría contar... Que el hombre a quien llaman «el científico» es el mismo a quien yo llamaba «padre»; que he vivido, he jugado, he charlado, he explorado la metrópolis con él, y que me ha contado cuentos. Yo sabía que cuando dormía su rostro curtido se suavizaba para revelar el de un niño pequeño, y que roncaba un poco, con su enorme pecho en forma de barril subiendo y bajando, subiendo y bajando, con las manos descansando en los costados. Que pasé con él más años que ellos, y que fueron más intensos. Que él me quería como un padre, y que la sangre tira. En cambio, me limito a frotar los palos con más fuerza.

—Llevas el peso del mundo a tus espaldas, Gene —me dice en voz baja.

Cruzo las piernas sin hablar.

—Los secretos —susurra— te comerán por dentro. —Luego se levanta y se va con los demás.

Más tarde deja de llover. El sol se filtra por una rendija entre las nubes y los chicos gritan de júbilo. Jacob declara que ahora todo es perfecto: tienen sol y velocidad. «¡Tomad, cazadores!», grita con el mayor descaro. Los demás hepers se ríen y lo animan. «¡Tomad! ¡Fastidios!» Sus risas se elevan hacia el cielo, cada vez más azul.

Sin embargo, yo no comparto su alegría. Cada centímetro que nos separamos de los cazadores representa otro centímetro más en el abismo que hay entre Ashley June y yo. Durante los últimos días se me ha aparecido sin previo aviso a través de los objetos más aleatorios: la forma de las nubes, o la silueta de las montañas del este, cada vez más cercanas. A cada segundo que pasa, cada onda de agua que superamos, siento que la soga que le rodea el cuello le aprieta más. El sentimiento de culpa me desespera. Ella está sola en el Instituto después de haberse sacrificado por mí. A la espera de mi regreso, de un rescate que soy incapaz de ejecutar. A estas alturas ya debe de saber que no voy a volver. Que le he fallado.

Los chicos gritan. El atolondramiento envuelve sus relucientes palabras. Chillan cosas sobre el científico, sobre la tierra prometida. Oigo que alguien se acerca corriendo sobre las tablas. Es Ben.

—¡Ven con nosotros a la cubierta, Gene! —me invita con una gran sonrisa—. Es más agradable estar al sol que en la cabina.

Me excuso con el pretexto de que tengo que protegerme de la luz.

—Venga, vamos —insiste, tirándome de los brazos.

Me aparto.

—No puedo, no estoy acostumbrado. Ya me estoy quemando ahora. No tengo la piel tan oscura como vosotros, los hep... —Casi ni logro contenerme.

Le cambia la cara. Después, en medio del resplandor del sol, se escabulle y me deja solo en la fría sombra de la húmeda cabina. Durante la siguiente hora, las

columnas de sol perforan las nubes como dedos que transforman pequeños huecos en otros más grandes. La tierra se abre, los colores empapados se funden en el terreno. El verdor de los prados, el azul intenso del río. Durante toda la tarde oigo sus voces colándose por las grietas de las paredes de la cabina. Aunque se encuentran en la misma barca, los siento como si estuvieran a miles de kilómetros. El sol no deja de quemar, como si su textura brumosa fueran granos de sal cayendo en las heridas abiertas de mí conciencia.

Última hora de la tarde. Como perros al sol, los chicos están tumbados por la cubierta, acaparando los rayos mientras duermen una siesta. Sin energía, sus estómagos hundidos rugen hasta cuando duermen. Me vuelve a tocar el turno en la popa. Me empapo del sonido del agua al chocar contra las tablas de madera: un ruido rítmico y hueco que me resulta extrañamente reconfortante. El vaivén de la barca me invita a la somnolencia.

Epap está despierto. Encorvado, garabateando, completamente inmerso en un dibujo. La curiosidad me puede y me acerco sin que se dé cuenta. Se trata de una imagen de Sissy. En el esbozo, ella se encuentra de pie sobre una roca, al borde de una cascada, con un brazo en alto, tan fino como largo es el horizonte, y mirando al infinito. La catarata centellea como si estuviese engalanada con miles de rubíes y diamantes. Lleva un vestido largo de seda sin mangas; tiene más pecho y la cintura más fina que en la realidad. Hay alguien detrás. Me cuesta un poco darme cuenta de quién se supone que es. Epap lleva una camiseta que le marca los músculos, tiene unos brazos fuertes, y en sus abdominales de tableta de chocolate se refleja la luz de la luna. Con una mano sujeta a Sissy de la cintura, y desliza la otra más abajo, sobre el muslo derecho de la chica, con una ternura recargada. Ella lo coge de la nuca apasionadamente, con los dedos entrelazados en los mechones de su pelo ondulado.

—Vaya, eso sí que es tener imaginación —observo.

—¡Qué...! —exclama mientras cierra de golpe el bloc de dibujo—. ¡Serás fisgón!

—¿Qué pasa? —murmura Sissy mientras entreabre los ojos.

—Tranquilo —lo calmo—. Cuando termines con tus..., ejem..., dibujos, ¿te importaría ayudarme? Hay más corriente.

Me dirijo a la proa inclinando el timón hasta que, poco a poco, la barca se endereza sola. En el interior de la cabina, Epap se queja por algo. Quien viene a echarme una mano un rato después no es él, sino David. «Vaya», musita. Coge la otra vara.

—Vamos muy rápido.

Epap habla con Sissy en la popa extendiendo los brazos para no perder el equilibrio. Como única respuesta, ella niega con la cabeza y señala el cielo todavía encapotado aunque con franjas de sol. Epap se acerca más a ella mientras mueve las manos con excitación. Siguen hablando acaloradamente, pero debido al rugido del río no logro oír ni una palabra. Voy hacia ellos.

—... río —oigo que le dice a Sissy.

—¿De qué habláis? —pregunto mientras me acerco—. ¿Qué pasa con el Río?
Epap me mira mal.

—Nada.

Miro a Sissy.

—¿Qué pasa con el río?

—Está mojado —se burla Epap—. ¡Y ahora ocúpate de tus asuntos!

—Estáis pensando en atracar, ¿verdad? —le pregunto a Sissy—. Para buscar comida.

Ella no responde. Se limita a observar el agua apretando la mandíbula.

—Permitidme que os diga que os equivocáis. Es un error.

—Nadie te ha pedido tu opinión —corta Epap mientras se interpone entre la chica y yo.

—Bajarnos del barco sería un gran error, Sissy —vaticino, esquivando al chico. La espalda se le eriza del enfado—. ¿Es que no aprendimos nada anoche? Hay...

—¿Qué parte de «ocúpate de tus asuntos» no entiendes? —refunfuña—. Vete a preparar las cuerdas. Necesitaremos anclar la barca en cuanto hayamos atracado.

—¿Te has vuelto loco? Quieren comernos...

Epap gira la cabeza a toda velocidad. El puro desprecio le inunda los ojos.

—¿En serio? Has llegado a esa conclusión tú solito, ¿no?

—Escucha, puede que aún sigan ahí...

—No, ya no. ¿No sabes nada de los cazadores? Me sorprende lo poco que sabes si se tiene en cuenta que has vivido entre ellos toda tu vida. ¡Hola! El sol los abrasa. Y ahora está radiante.

—No hace tanto sol. Ellos son listos, improvisan, y disponen de tecnología y son muy resolutivos. Los subestimas.

—Lo único que hay fuera es comida —contesta Epap—. Hay animales corriendo por todos lados, es como un zoológico. Habré visto ya por lo menos tres perros de las praderas. Venga, déjanos la toma de decisiones a Sissy y a mí.

—Epap —dice ella, negando con la cabeza—. No sé, quizá sea demasiado arriesgado.

Protesta, dolido:

—Pero Sissy, no lo entiendo. Acabas de ponerte de acuerdo conmigo en lo de ir a buscar comida. —En su mirada se mezclan a partes iguales la confusión y la incredulidad—. Sabes el hambre que tenemos. Piensa en el pobre Ben.

—Por supuesto, pero seamos sensatos con esto, ¿vale?

—No, acababas de decir que sí. Que debíamos atracar e ir a cazar.

—Intento ser prudente...

—¿Es por él? —pregunta Epap mientras me señala con dedo acusador—. Sólo porque él dice que no debemos atracar, ¿de repente estás de acuerdo?

—Basta.

—¿Es por él?

—¡Epap! No digo que debemos alejarnos de la orilla para siempre, pero esperemos a que el cielo se despeje. Que el sol seque bien la tierra. Si tenemos que esperar hasta mañana, lo haremos. No nos vamos a morir por un día más que pasemos hambre. En cambio, puede que sí lo hagamos si bajamos de la barca temerariamente.

Epap le da la espalda. Exhala rabia como si fuera humo.

—¿Por qué te pones tan rápidamente de su lado? ¡No me puedo creer que estés de su parte!

—No me pongo del lado de nadie. Estoy de parte de la razón. De lo que es mejor para todos nosotros.

—¡Para ti es mejor! Quieres que él se forme una buena imagen de ti, y por eso te pones de su parte.

—De acuerdo, no pienso discutir más —concluye y se va.

Epap la mira furioso. Aún le queda rabia por quemar.

—¿Has visto lo que has hecho? —me acusa—. Te crees muy listo, ¿verdad? Te crees que eres un tipo duro. «Oh, miradme, he sobrevivido durante años viviendo entre ellos. Mirad cómo me pavoneo.» ¿Sabes? Para mí eres ridículo.

«No piques, vete», me digo a mí mismo.

—¿Querías ser uno de ellos? —continúa en voz baja—. ¿Te avergonzabas de ser quien eras?

Me paro en seco.

—Porque ya me he fijado en cómo nos miras. He visto el engreimiento en tu cara —revela, haciendo una mueca con los labios—. Nos desprecias. Te revienta tener que asociarte con nosotros. En el fondo, los admiras, ¿no? En el fondo, seguramente quieres ser uno de ellos.

—Epap, déjalo —le ruega Sissy. Se ha vuelto hacia nosotros y nos observa con atención.

—No tienes ni idea —le digo a Epap con voz firme.

—¿Perdona? —pregunta con una sonrisa estúpida.

—No tienes ni idea de lo que son. Si lo supieras, nunca habrías dicho semejante estupidez.

—¿Que no tengo ni idea? ¿De verdad? A ver, ¿en serio? ¿Que no tengo ni idea? —Me lanza una mirada furiosa cargada de escarnio—. Tú eres el que no tiene ni idea. Pero, por otra parte, ¿por qué ibas a saber nada? Te has estado codeando con ellos, has sido su amiguito toda tu vida. No has visto nunca cómo hacían jirones a tus padres. No los has visto nunca arrancarles las extremidades a tus hermanos justo delante de ti. No los conoces como nosotros.

—Los conozco mejor de lo que crees —le contesto con calma, controlando la voz, pero preparado para saltar al menor aviso—. Créeme. A ver, ¿qué sabéis vosotros? Yo estaba entre ellos mientras os hacían de niñas adorables, os daban de comer, os vestían, os preparaban tartas de cumpleaños...

Él se me acerca y me señala con el dedo como si fuese una garra.

—¿Y tú por qué...?

Sissy le baja el brazo.

—¡Basta, Epap!

—¡Ya estás igual otra vez! —grita—. ¿Por qué siempre corres a ponerte de su parte? «Basta, Epap. Basta, Epap.» ¿Qué es para ti? ¿Por qué...? En fin, olvídalo. — Se suelta el brazo de una sacudida—. ¿Queréis pasar hambre juntos? Adelante. Pero si nos ponemos enfermos, si nos morimos de hambre, será por culpa vuestra, no lo olvidéis.

—Deja ya el melodrama. —Sissy tiene el pecho agitado.

Él aparta la mirada. No dice nada. Entonces, me salta encima, me alcanza con el impulso, y nuestros cuerpos caen contra la cubierta. Se oye un sonido hueco por el impacto sobre las tablas de madera. Debajo de mí se ha oído un porrazo. Como si se hubiera soltado algo de la barca. Epap suelta tacos y se balancea sobre mí. Lo único que puedo hacer es esquivar sus golpes. Entonces, Sissy, furiosa y con la cara enrojecida, lo aparta de mí.

—¡Ya tenemos bastantes cosas de las que preocuparnos! ¡Necesitamos centrarnos en luchar contra ellos, no entre nosotros!

Epap da vueltas, y mira hacia la orilla. Se pasa una mano por el pelo; respira de manera irregular. Sin embargo, no le prestó atención. Estoy completamente concentrado en la cubierta, debajo de mis pies. Doy un golpe. Se vuelve a oír el mismo sonido hueco. Me separo un metro y doy otro golpe, lista vez el ruido es de una madera distinta.

—¿Qué pasa? —pregunta David. Ahora todos se vuelven hacia mí.

Golpeo la cubierta con todas mis fuerzas. Y vuelvo a oírlo, El sonido de algo suelto. De algo oculto debajo de la barca, escondido de los ojos no deseados. De repente se me hace un mido en la garganta al darme cuenta de algo.

¿Gene? —me pregunta Sissy—. ¿Qué pasa?

La miro aturdido.

¿Gene?

—Creo que hay algo debajo de la barca. —Ahora todos me miran—. Lo hemos tenido delante de las narices durante todo este tiempo.

Ben, confundido, examina la cubierta.

¿Dónde? Yo no veo nada.

—En el único lugar donde a un cazador no se le ocurriría ni se atrevería a mirar. Es debajo del agua.

Bucear en el río es como traspasar un espejo. Es igual de desagradable: un montón de esquirlas de frío me cortan la piel desnuda. Los pulmones se me contraen hasta adquirir el tamaño de las canicas. Salgo a la superficie para coger aire. La

corriente es brutal. Aunque tengo el pecho rodeado con una cuerda por si me arrastra —y ahora me doy cuenta de que hay bastantes posibilidades—, no me resulta muy cómodo. De inmediato me agarro a un lado de la barca. Me doy unos segundos para acostumbrarme al frío, y después me sumerjo. Para agarrarme pongo los dedos entre las placas de madera de la cubierta. Las piernas me vuelan por la corriente y hacen que me sitúe en paralelo a la barca. Soy como una bandera ondeando en medio de un fuerte viento. La luz del sol se cuele entre los tablones, finas grietas de luz que cortan en horizontal las oscuras aguas. Aquí abajo está inquietantemente tranquilo. Tan sólo se oye un zumbido lúgubre, roto a veces por una especie de silbido. Rastreo con la mirada por si encuentro algo que se aparte de lo normal. Allí. Una especie de compartimento que sobresale del mismo centro de la barca. Con cuidado, me acerco hasta rodearlo con los brazos; me viene bien como soporte. En la cara inferior se ve un pestillo metálico oxidado. No cede con el primer tirón. A la segunda, se abre de par en par. Cae una gran losa de piedra que me golpea la nuca. Quedo aturdido y desorientado por el dolor. A ciegas, intento coger rápidamente la lápida mientras se desliza a lo largo de mi cuerpo, pero no llego a tiempo. Se me escurre entre las piernas, rebota en la espinilla izquierda y desaparece en las tenebrosas profundidades. Con los pulmones a punto de explotar, me doy la vuelta hasta quedar agachado boca abajo con los pies contra la parte inferior de la barca. Ahora o nunca. Una oportunidad para sumergirme a buscar la lápida antes de que descienda más, y la situación sea irremediable. Empujo el fondo de la barca con los pies. Mi cuerpo sale disparado como un misil hacia abajo, hacia la oscuridad y el frío. Una fracción de segundo antes de que la cuerda que me sujeta apriete demasiado, toco la piedra con los dedos. La aferró. Entonces reboto hacia arriba como si la soga fuera de las de hacer puenting, con tanta fuerza que casi me hace perder la losa. Me la acerco al pecho desnudo para protegerla, y siento que hay una inscripción en ella. Salgo a la superficie como una ráfaga, el cuerpo reducido a una boca gigantesca buscando aire. Epap y David ven la lápida y me la arrebatan de los brazos. Me dejan en el agua, mientras me agarro a uno de los lados, casi incapaz de mantenerme.

Cuando mi cuerpo pesado y empapado logra subir a bordo, todos están agrupados ya alrededor de la losa. Tienen las cabezas pegadas unas contra otras, y leen las palabras grabadas en la piedra:

Quedaos en el río.

El científico

Se han quedado boquiabiertos. Se inicia un coro de risitas y carcajadas que se prolonga. Todo es alegría, asombro y delirio.

—¡Os lo dije! ¡Os lo dije! ¡Os lo dije! —grita Ben mientras les da a todos una palmada en la espalda—. ¡Lo tenía todo planeado!

Con los ojos llenos de lágrimas y expresión de sorpresa, Sissy se tapa la boca con

las manos.

—¡Sabía que no nos dejaría tirados! —grita Jacob—. ¡La tierra prometida! Es allí adonde nos guía. ¡A la Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol!

A Sissy se le ha dibujado una sonrisa que desprende una calidez perceptible. Cierra los ojos aliviada.

—¿Cómo sabías que teníamos la lápida debajo, Gene?

Antes de responder, reflexiono durante un momento. Cuando era pequeño, mi padre jugaba conmigo a buscar el tesoro. Me dejaba pistas por toda la casa. Recuerdo lo nervioso que me ponía cuando no las podía encontrar, aun a sabiendas de que estaban allí. Me obligaba a ir más lento, a respirar hondo, a inspeccionar el escenario con calma. Me decía: «Miras, pero no ves. Tienes la respuesta delante de las narices». Y casi de manera inevitable, una vez me había tranquilizado, encontraba la pista entre las grietas del suelo, entre las páginas de un libro que había estado sujetando todo el tiempo o dentro de mi propio bolsillo.

Aun así, no les cuento nada de esto.

—Supongo que he tenido suerte —contesto. Empiezo a temblar. El viento sopla con cuchillas de hielo que se me clavan en el cuerpo. Después de haberme desnudado para meterme en el agua, voy en ropa interior.

Un heper dice algo y se sucede una explosión de risas. Sissy se une a ellos y aplaude. Transmiten mucha emoción. Me voy a la cabina, donde dejé mi pila de ropa. Me quito los calzoncillos y los escurro con escalofríos en los brazos y en las manos. Sigo oyendo sus risotadas, la explosión de carcajadas que no cesa. No entiendo por qué necesitan demostrar tanto sus sentimientos. ¿No pueden limitarse a sentir emociones sin necesidad de proyectarlas? Quizá el hecho de haber permanecido en cautividad les ha afectado de manera irreversible y les hace imposible intuir las emociones de los demás a menos que se las expliquen letra por letra en un vómito de colores. Ahora empiezan a soltar risitas, que si el científico por aquí, que si el científico por allá... Es la confirmación que estaban buscando. La señal de que nunca los abandonó ni traicionó, de que en realidad los está esperando al final de este camino. A ellos.

Y no a mí. A quien abandonó en una metrópolis de monstruos. Para que me defendiera yo solo. Un chico que se dormía llorando, y que seguía mojando la cama muchos meses después. Sin embargo, para ellos él diseñó un complejo plan de escapada que incluía un diario —claramente pensado para que lo encontraran— y una barca que los llevara a la Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol.

Oigo otra risita y después otra. Son como punzadas burlonas. Estoy a punto de decirles que se callen cuando me doy cuenta de que, de hecho, se han sumido en un silencio tan repentino como sobrecogedor. Echo un vistazo por las grietas de la pared de la cabina. No distingo gran cosa, sólo a David y a Jacob alzando la lápida. Corro a ponerme la ropa seca y salgo. Han colocado la losa sobre su base y están pegados detrás. El agua sigue chorreando por los surcos de las letras y por la superficie de la

losa hasta formar un charco en la cubierta. Vuelvo a leer las palabras.

Seguid el río hacia el este.

El científico

Sin embargo, los hepers no miran la parte delantera de la lápida, sino la trasera. Al ir con la vista desde la losa hasta mí, abren los ojos como platos; ven algo que yo no veo.

—¿Qué? —pregunto.

Le dan la vuelta a la lápida poco a poco para que la pueda leer. Cinco palabras. Cinco palabras que, del mismo modo que permanecerán talladas en la piedra, se me quedarán grabadas en la cabeza para siempre.

No dejéis que Gene muera.

Las primeras palabras de mi padre en años para mí, sobre mí. Un susurro del pasado que se va transformando en brisa para terminar en un incendio. Una madeja de electricidad me sacude el cuerpo y siento el crujido del hielo al romperse en la médula. Aunque supone una avalancha de luz, esperanza y fuerza que fluye dentro de mí, lo único que puedo hacer es caer de rodillas. Jacob y David son los primeros que vienen a ayudarme y me levantan. Siento sus manos dándome palmadas en la espalda, sus fuertes voces que ya no molestan, sus cuerpos apretándose contra el mío, aunque ya no siento que me importunen. Me levantan con los brazos por debajo de la espalda, y el asombro se extiende por sus caras. Estallan las sonrisas, y sus cálidas miradas me dan la bienvenida. Sissy cierra los ojos con fuerza y se lleva las manos a la boca, loca de entusiasmo. Cuando abre los ojos para mirarme, están llenos de ternura.

—Lo sabía —afirma—. No es casualidad que estés aquí. Siempre estuviste destinado a venir con nosotros. A ser parte del grupo.

Yo no digo nada, tan sólo siento el agua del río que me gotea por el cuerpo. Se levanta el viento y me dan escalofríos. Sissy me rodea con los brazos y me da un abrazo. Sigo mojado, pero a ella no le importa.

—Deja de comportarte como un extraño —me susurra al oído, con tal suavidad que sus palabras sólo pueden ir dirigidas a mí. Antes de separarnos me estrecha un poco más. Cuando me coloca por la espalda la manta que ha traído Ben, tiene la cara y el pecho mojados. El sol brilla en la barca, en el río, en la tierra, en nosotros.

3

Cuando iba a segundo de primaria, la noche en la que casi me comen vivo, estaba solo en una esquina de la cafetería. Era demasiado temprano para comer, y una de las razones principales por las que sobreviví esa noche debió de ser lo relativamente vacío que estaba el lugar. Con motivo de la celebración del cumpleaños del gobernante, se servían unos filetes sintéticos especiales particularmente sangrientos y con textura de carne. Todo el mundo comía con entusiasmo, clavaban los dientes y la sangre les caía por la barbilla hasta llegar a las copas de goteo.

Le di un mordisco a la carne artificial y sentí el flujo de la sangre como el agua en una esponja. Era difícil hacerle caso omiso al fuerte sabor a caza. Hacía tiempo que había superado las arcadas reflejas que me provocaban las carnes sintéticas, pero el nuevo filete conmemorativo era especialmente repugnante. Respiré hondo, manteniendo el control, y prestando atención a no abrir demasiado las fosas nasales. Cerré los ojos para fingir placer, y volví a morder el trozo de carne. Noté un pinchazo en la encía superior que casi me hizo estremecer. Hice una pausa, y seguí con la dentadura hundida en la carne. La sangre se me acumulaba en la cavidad oral. Dejé que se me saliera. Por la barbilla. Hasta la copa de goteo. Mordí de nuevo. Y entonces el dolor fue como una especie de estallido que se me propagó por el cráneo. Tuve que esforzarme al máximo por ahogar un grito. Los dientes seguían clavados en la carne. Mantuve los ojos cerrados, como en éxtasis, anhelando que las lágrimas se disiparan detrás de los párpados.

Y entonces, tras la oscura cortina de mis ojos cerrados, oí por primera vez la explosión de silbidos y cuellos que crujían. El volumen del sonido iba en aumento y llegaba desde las cuatro esquinas de la cafetería. Esperé durante unos cuantos segundos agónicos hasta que estuve seguro de que se me habían secado los ojos y podía abrirlos. Los estudiantes tenían tics, de pura excitación; la saliva se les mezclaba con la sangre que les caía por la barbilla. Algunos arremetían contra sus filetes con renovado fervor, con la creencia errónea de que el aroma embriagador procedía de la carne que tenían en sus manos. Otros, los mayores, alzaban la nariz para olfatear. Detectaban algo completamente distinto.

Di otro mordisco, sin acabar de entender qué pasaba. Al fin y al cabo, tan sólo iba a segundo. Era un niño, un canijo. De nuevo, la punzada en las encías. La sangre salía y se me acumulaba en la boca. Pero tenía algo distinto: era caliente. No lo podía comprender. La expulsé de la boca, y cuando me caía por la barbilla noté que el calor era más intenso. Entonces, de manera casi instantánea, todos los presentes en la cafetería dejaron de comer. Altos e inquisitivos, estallaron los silbidos. Algunos alumnos saltaban de sus sillas, y les crujía el cuello por instinto.

Me pasé la lengua por la dentadura superior, empezando por los dientes de atrás, uno por uno. Repasé todas las hendiduras, las puntas de los colmillos falsos que me ponía todas las noches. En los dos incisivos superiores, la lengua me resbaló, y

entonces... Justo en ese lugar había un hueco. Se me habían caído. Me levanté. Media cafetería ya estaba de pie o acucillada en las sillas. Hasta el personal de cocina, que estaba al otro lado de la sala, había dejado de trabajar. Sólo los de la mesa de alumnos de la guardería, que creyeron por error que el olor provenía del sucedáneo, siguieron comiendo con ojos desorbitados y masticando ruidosamente.

Tomé la copa de goteo. Fingí que bebía. Sin embargo, cerré bien los labios para que quedaran bien sellados. Dejé que el contenido se me derramara por la barbilla, por el cuello, hasta llegar a la ropa para que ocultara todo lo posible la sangre de heper. Dejé la copa y empecé a caminar despreocupado, poco a poco, hacia la salida. Cuando noté que todas las miradas se clavaban en mí, me agaché a atarme los zapatos. Fingía tener todo el tiempo del mundo y ninguna preocupación. Paso a paso, salí succionando el agujero que tenía en la dentadura, aspirando mi propia sangre por la garganta con el objetivo de que no se me escapara ni una gota de la boca. Tragué sin parar. Me obligué a caminar por el pasillo. Tomé la determinación de no llorar. Estuve a punto de perder el control de la vejiga, y eso sí que habría significado mi fin. Sin embargo, mantuve el dominio de la situación. Tenía siete años, y apretaba los ojos, y contraía la vejiga y la cara. Rechazaba el miedo y las emociones que pudieran delatar la menor señal en mi expresión. Mi padre me había enseñado bien.

El aula estaba vacía. Todo el mundo estaba comiendo. Después de cerrar la puerta, estuve a punto de flaquear, de ceder al pánico, y de permitir que se colaran las lágrimas, la sangre y la orina como en un diluvio de rendición y de miedo, pero logré recomponerme y levanté la pantalla del escritorio. Mientras tragaba sangre, asegurándome de que ni una gota me traspasara los labios, escribí la dirección de correo electrónico de mi padre. Al apretar cada tecla, me temblaban los dedos. Se trataba de un mensaje sencillo, el que me había enseñado que debía usar en situaciones de emergencia. Un correo en blanco. Sin mensaje. Sólo podía significar una cosa. Le di a «Enviar» y después cogí mi mochila. Salí del aula, y oí que el alboroto iba en aumento en la cafetería. Tragué y tragué, y esperé que con eso bastara. Mi padre recibiría el correo en ese momento y sabía que, fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo, no importaba lo ocupado que pudiera estar en el rascacielos de cristal, lo dejaría todo. Al momento. Y acudiría a mi encuentro.

Una vez en el exterior me obligué a caminar poco a poco, como si tan sólo estuviera paseando. Evité la puerta principal, donde el tráfico era denso. Pasé el campo de fútbol, y el de béisbol, y entonces salí a la calle. En plena noche, al pasar por mi lado, unos cuantos paseantes volvieron la cabeza hacia mí. Hacían tics con la nariz, pero yo seguí tragando. Mis ojos aterrorizados y llenos de lágrimas quedaban ocultos tras las gafas de sol. Sólo cuando llegué a casa, media hora después, sólo después de cerrar la puerta y bajar las persianas, me dejé caer de rodillas ya sin fuerza ni voluntad. Me acurruqué y me abracé las piernas porque eran mi único consuelo. Me imaginé que eran las de otra persona de sangre caliente que me consolaba. Y así fue como me encontró mi padre quince minutos después, cuando cerró la puerta tras

entrar en casa a toda prisa. Con sus fuertes brazos, acercó mi cuerpo tembloroso al suyo, y me arrastró hacia el calor. No dijo nada mientras sollozaba sobre su camisa y se la mojaba. Se limitaba a pasarme la mano por el pelo y me decía que estuviera tranquilo, que lo había hecho bien, que estaba orgulloso de mí, que era un buen chico.

Sin embargo, horas más tarde, tuvo que dejarme. Después de ponerse la luna y salir el sol, abrió la puerta de casa y salió a las calles vacías e iluminadas. Hacia mi colegio. Por mi diente. Tenía que encontrarlo. Si aparecía en algún rincón escondido de la cafetería, o al lado de la pata de una mesa, las sospechas, que ya empezaban a nacer y por lo tanto era probable que murieran como pasaba con todos los rumores sobre hepers, se confirmarían. Y si eso ocurría, no tardarían en atar cabos, e irían a por mí en cuestión de minutos, de segundos. Saldrían a la carrera en mi persecución, y se me comerían vivo. No obstante, cuando mi padre regresó horas más tarde, poco antes de que anocheciera, volvió con las manos vacías. No había podido encontrar el diente. Estaba agotado, y en su expresión se notaba que luchaba contra el miedo. Aun así me dijo que no me preocupara. Quizá simplemente me lo había tragado y me había deshecho de él sin peligro en mi interior. Entonces empecé a llorar. Pensé que no pasaría nada, estaba en casa y antes me lo había permitido. Pero me regañó. «Basta de llorar. Basta de lágrimas. Ahora debes ir al colegio, porque llamarías la atención si faltaras.» Logré parar, pero no pude dominar el temblor que me sacudía por dentro. Pensé que volvería a reñirme, y sin embargo me estrechó y me abrazó fuerte, como si quisiera absorber las vibraciones de mi cuerpo. Me sentí a salvo entre sus brazos.

—Ojalá nos convirtiéramos —le dije mientras me abrazaba. De inmediato se puso rígido. Yo continué—: ¿Por qué no lo hacemos, papá? Estoy harto de fingir y esconderme siempre. ¿Por qué no nos convertimos y ya está? Sería sencillo, podría encontrar la manera de traer a casa un poco de su saliva. —De repente estaba tan inmerso en mis propias palabras que no advertí la irritación en su cara—. Lo único que tendríamos que hacer es aplicarla en un pequeño corte o sobre la piel. Y entonces todo terminaría, todo esto de esconderse y fingir. Podemos ser normales, igual que los demás. Podríamos hacerlo juntos, papá.

—¡No! —gritó, y la negativa sonó como si me la incrustara en el cerebro. Su eco no dejaría de resonar jamás—. No. —Me cogió la cara con sus grandes manos para nivelar las miradas—. No vuelvas a decir nunca algo así. No vuelvas a pensarlo nunca. Nunca más.

Asentí, más por miedo que por haberlo comprendido.

—No te olvides nunca de quién eres, Gene. —Sus manos cada vez me apretaban más. No creo que fuera consciente de la fuerza con la que me agarraba—. Eres perfecto así. Vales más que toda la gente que hay fuera.

Después siguió diciendo más cosas. Me hacía promesas y me juraba que no me abandonaría nunca. Al final su voz se fue volviendo más dulce. Su timbre me daba sosiego, me recorría el cuerpo hasta que se mezcló con el ADN de mis moléculas. Me

abrazó fuerte hasta que me calmé.

El diente no apareció. Lo más seguro es que me lo hubiera tragado. Aun así, durante semanas, meses e incluso años después, viví con el miedo constante a que el diente amarillo estuviera a punto de ser descubierto en algún lugar, en alguna ranura o agujero olvidados. Como la tortura de mi propia existencia: rechazada y oculta hasta que por fin saliera a la luz. Y, sin embargo, aunque vivía en una pequeña grieta entre dos mundos, en los brazos de mi padre encontré un universo que me consolaba, grande e imponente como el amor. Ese día hice una promesa que interioricé tan a la perfección que me olvidé de haberla hecho de manera consciente hasta que una década después, al ir en barca por el río y ver mi nombre grabado en la lápida de piedra, volví a recordarla y a renovarla. Mi padre era mi mundo y, si él desaparecía, lo buscaría hasta los confines de la fracturada tierra.

Cae la noche y con ella desaparece el humor celebratorio del día. La tierra se oscurece y se transforma en crepúsculo, y el río, antes liso como las placas de una armadura, arrastra una corriente urgente. Como fantasmas efímeros, chocan contra la orilla del río unas salpicaduras blancas. Nadie pronuncia la palabra «cazador», pero el miedo que genera siempre está presente en las tensas arrugas en la frente, en los ojos inquietos que escrutan la tierra, en las rígidas espaldas que no reposarán esta noche. Aunque hace días que no comemos, el cuerpo se ha adaptado a la falta de alimentos y recurre a sus propias reservas. Sin embargo, muy pronto, dentro de dos días como máximo, éstas ya habrán quedado mermadas y empezaremos a desfallecer.

Con la vista fijada en la orilla del río, Sissy afila sus dagas. Epap camina de un lado a otro, el diario del científico en sus manos, y de vez en cuando pasa las páginas. Si ocurre, será de repente.

—Sissy... —susurra David con los ojos como platos.

Aparecen tres. Corren a toda velocidad en formación, dos kilómetros detrás de nosotros, a lo largo de la orilla. Como guepardos, van a cuatro patas, estiran piernas y brazos hacia el suelo, se agarran a él, lo empujan a cada salto en un remolino. El atleta principal aminora la marcha y se une a la parte trasera de la formación. Al frente le reemplaza un nuevo líder. Ya veo lo que hacen: se van relevando en la carrera para acortar la resistencia del aire y sacar provecho de la estela del cabecilla. Al correr de esta manera mejorarán la velocidad neta del grupo por lo menos un diez por ciento, que es una ventaja significativa en un trayecto de cientos de kilómetros.

En cuestión de segundos, se colocan a nuestro lado. Forman el tapiz del horror. Con la llegada de la noche, sus pieles, que durante el día están prácticamente fundidas como si de plástico caliente en un horno se tratase, se han petrificado en pliegues sólidos y tirantes. Llevan, esparcidos por el cuerpo al azar, unos pegotes de pelo que forman unas franjas horribles. No, no es pelo; se trata de residuos de las capas solares que se han mezclado por la ductilidad de la piel medio fundida. Se han convertido en andrajosos animales callejeros que echan espuma por la boca, que tienen una piel enferma a la que se le desintegran los huesos, y unas pezuñas despellejadas con las que aporrean el suelo. Con anhelo y devoción, vuelven la mirada y nos observan. El tercer cazador me resulta vagamente familiar. En algún lugar entre todos los pliegues fundidos de carne, hay una cara que casi reconozco. Lleva una mochila grande en la espalda. De hecho, todos tienen una, de la que sobresale lo que parece un pesado repertorio de herramientas y cuerdas. Este equipo debe de pesar por lo menos una tonelada. La fuerza con la que se tambalean es horrenda e impresionante a la vez. Entonces nos adelantan.

—¿Sissy? —pregunta Jacob.

Ni siquiera nos echan una ojeada. Sus pálidos cuerpos, que se mueven en bucle, desaparecen al llegar a la cima de una pequeña colina. Vuelven a emerger en lo alto

del siguiente monte, pero mucho más lejos, se ven más pequeños. Ahora su velocidad colectiva es aún mayor.

—¿Sissy? ¿Qué hacen? —La expresión de David es de terror. Mira a lo lejos, hacia el punto donde han desaparecido—. ¿Adónde han ido corriendo?

Confundida y ansiosa, Sissy me mira.

—¿Lo sabes tú?

Niego con la cabeza. Nada de esto tiene sentido.

—Esto no me gusta —susurra y, por primera vez en muchos días, el auténtico miedo se apodera de su mirada—. Se están volviendo más astutos y fuertes. Cada vez son más innovadores y decididos.

Tiene razón. Es la primera vez que cazan presas con una inteligencia y decisión comparables a la suya. Se han vuelto más hábiles por necesidad. Sissy se da golpecitos en el muslo. Le hierve la mirada de pura frustración.

—¡Tenemos que atracar, Sissy! —grita Epap—. Mientras los tengamos delante, no nos podemos permitir ir a la deriva en su dirección.

Entonces la chica se pone a mirar al río.

—Podría ser una trampa. Puede que haya otro grupo de cazadores detrás de nosotros esperando a que paremos. Seamos más hábiles.

—No creo que ésa sea su estrategia —explico—. No es su manera de actuar. Cuando se trata de cazar hepers, son terriblemente egoístas. El altruismo por el beneficio de los demás no entra en su razonamiento. Si hay otro grupo detrás, el que nos ha pasado no tiene nada que ganar. —Miro al río que se extiende ante mí—. No, creo que sólo hay uno: el que nos ha adelantado.

—¿Y nos están tendiendo una trampa? —pregunta Sissy.

—Creo que sí —contesto haciendo una mueca—. No sé.

—Entonces¿qué esperamos? —pregunta Epap—. Atraquemos ahora. —Se dirige hacia la vara.

—¡Espera! —le ordena Sissy—. Quizá sea eso lo que quieran que hagamos. Puede que nos hayan rodeado y justo ahora estén escondidos, al acecho, detrás de esas colinas. A lo mejor la trampa que nos han tendido consiste en engañarnos para que atraquemos. Tal vez se limitan a esperar a que, como tontos, eliminemos la única barrera que existe entre ellos y nosotros: el río. Si atracamos, se nos echarán encima en diez segundos.

—¿Qué hacemos, Sissy? —pregunta David.

En los ojos le brilla una férrea determinación.

—Seguiremos en el río. Si nos han tendido una trampa más adelante, peharemos. Sea lo que sea lo que nos tengan preparado, lucharemos. Pero no les esperaremos de brazos cruzados. Perseguiremos nuestro destino, sea cual sea. —Entonces me mira—. Así es como actúo yo.

Durante casi una hora no vemos nada. El barco flota por el río agitado; cada segundo está cargado de tensión, como una eternidad de incertidumbre. Yo estoy en la popa, busco con los ojos bien abiertos. En las orillas, donde el río se estrecha, se forma una espuma blanca. «No aflojes —me repito a mí mismo—. Ni un segundo.»

De repente la barca para en seco, como si hubiéramos topado con una pared de cemento. Salimos empujados hacia adelante y lanzados por la cubierta. Sissy es la primera en levantarse; se balancea mientras intenta calibrar la situación. Descubro qué nos ha hecho detenernos. Una cuerda, que la barca ha tensado, atraviesa todo el ancho del río. El artefacto que vimos que cargaban los cazadores debía de ser un arpón. Lo han usado para lanzar la cuerda hasta el otro lado del río.

—¡Creo que me he roto las costillas! —anuncia Epap apretando los dientes. Con sumo cuidado, dobla las manos a la altura del pecho como si acunara a un bebé invisible—. No puedo respirar, me duele hasta...

—¡Sissy! —grito yo—. ¡Pásame la daga! ¡Tenemos que cortar la cuerda!

Oigo pisadas que aporream las tablas. Entonces Sissy se escurre ante mí con los pies por delante, y hace salpicar el agua. Mira hacia el río y ve la cuerda. El terror se apodera de su mirada. Está a punto de rebanar la sog a cuando se detiene.

—¡Córtala, Sissy!

—¿Y si están escondidos en el agua?

—¡No saben bucear!

—Entonces¿dónde están?

—No sé...

A pocos metros de nosotros algo salpica en el agua y nos rocía.

—¡¿Qué ha sido eso?! —chilla Jacob.

Entonces se oye otro fuerte salpicón, esta vez más cerca de la barca.

—¡¿Están en el agua?! —pregunta Jacob mientras se aparta—. ¿Son ellos?

—¡No! ¡No saben nadar!

—Entonces¿qué...?

Oigo un estruendo al lado de mi pie, que hace que salgan volando astillas de las tablas. Incrustado en medio de la cubierta vemos un rezón de hierro enorme, negro como la noche y con cuatro uñas afiladas. Está unido a una cuerda que se extiende por toda la orilla. Y es entonces cuando los veo. A los cazadores. Se esconden detrás de un montículo de hierba, pero es como si el cable fuera una flecha que los apuntara. Me apresuro a agarrar el rezón. Una capa escurridiza lo recubre: es su saliva. Entonces aparto los brazos.

—¡No lo toquéis! —grito con todas mis fuerzas—. ¡Está impregnado de su saliva!

—¡No es momento para ponernos finolis! —me responde Sissy—. ¡Debemos quitárnoslos de encima!

Alucinado por su ignorancia, me la quedo mirando. Es posible que no tenga ni idea de que si la saliva de los cazadores entra en contacto con una herida o llaga y pasa al flujo sanguíneo, entonces todo habrá terminado. Empezará la conversión. Me

arranco la camiseta y la enrollo alrededor de una de las uñas.

—¡No dejéis que os toque la piel! —advierto—. ¡Usad las camisetas!

Sin embargo, no logro soltar el garfio, está clavado en la madera. A mi derecha, otro rezón golpea la cubierta, esquivando la cabeza de David por muy poco. De entre las sombras, con una fuerza brutal, salen los cazadores tirando de las cuerdas. La barca se dirige hacia la orilla a una velocidad preocupante.

—¡Sissy, corta la cuerda!

Pero no me oye. Intenta sacar el otro gancho, que está aún mejor clavado que el primero, y no lo consigue. Le alcanzo el cinturón, cojo una daga y, por la popa, me meto en el agua. Sin embargo, cuando toco el cable que presiona la barca, me da un vuelco el corazón. Está hecho de un material sintético que mi instinto me dice que es resistente a los cortes. Si utilizo este cuchillo tardaré un cuarto de hora. Intento bajarlo con la esperanza de soltar la barca, pero está tensado con firmeza.

Ahora la barca está a mitad de camino de la orilla, lo suficientemente cerca para poder ver a un cazador. Desde dentro del río, siseando y con el agua a la altura de los tobillos, lanza un objeto. Un rezón sale disparado hacia el cielo oscuro.

—¡Cuidado! —grito.

Ben está concentrado en soltar el primer gancho. No ve el que se dirige volando hacia su cabeza. Epap, que sigue protegiéndose las costillas, salta, y se lleva a Ben justo antes de que el garfio destroce el punto exacto donde el niño estaba arrodillado. Caen los dos al suelo, delante de la cabina, y el cuerpo de Epap golpea la cubierta. Le han dado. Veo que le han hecho un tajo en la cara, donde le debe de haber alcanzado el rezón. Tiene mala pinta y sangra. Los cazadores gritan extasiados.

La cuerda le cae a Epap justo encima y yo me abalanzo sobre él, apartándolo a un lado bruscamente antes de que se tense y lo clave a la cubierta o, peor aún, le corte un miembro. Ahora nos persiguen tres cables con gancho, y la fuerza es tal que la eslora se eleva unos treinta centímetros por encima del agua. Inclínada, la barca se acerca cada vez más rápidamente hacia la orilla, como si tuviera un motor lateral. Sissy intenta cortar una de las cuerdas, pero desiste. Están hechas del mismo material sintético que la del rezón. Está concentrada, observando, y en cuestión de segundos realiza un centenar de cálculos, considera y descarta decenas de opciones hasta que sólo le queda una. Agarra a David y a Jacob y los empuja a la cabina, donde Ben y yo estamos tirados. Epap sigue abatido y respira agitado.

—Escuchadme —dice Sissy. El agua le gotea por la cara—. Voy a nadar hasta la orilla. Me lanzaré por este lado de la cabina y bucearé para que no me vean. Mientras tanto, distraedlos. Seguid intentando sacar los rezones.

—¡Sissy, no! —grita Ben.

—Es la única baza que nos queda.

—Tiene que haber otra salida...

Entonces coge a Ben del brazo con tanta fuerza que lo hace estremecer.

—No la hay.

—Entonces déjame ir a mí —pido—. Soy buen nadador, lo puedo lograr.

—No —responde mientras enfunda la daga en el cinturón.

—Pues vayamos los dos —insisto, al tiempo que le arrebató el arma.

—No —me dice mientras me arranca el puñal de la mano. Vuelve a ponerlo en el cinturón.

—Sissy...

Me lanza una mirada feroz que refleja rabia y asombro. Mantiene la vista en mí un poco más de lo necesario. «No dejéis que Gene muera», susurra finalmente; así, pasa zumbando a mi lado, y se lanza al río con un simple chapuzón. David empieza a llorar. Lo agarro, junto con Jacob y con Ben. Sé que los tres se necesitarán.

—Escuchadme, chicos —les digo, con toda la convicción que logro reunir—. Sissy os ha encomendado una tarea. Sacad esos malditos rezones de la barca. Usad vuestras camisetas. Nada de contacto con la piel. ¿Entendido?

Jacob asiente, y cojo la cara de David entre mis manos. Su piel es muy fina. No está hecho para un mundo como éste. Le transmito coraje con la mirada. Él asiente.

—¡Vamos! —los animo, y los empujo hacia la cubierta. Cada uno sale corriendo hacia un gancho. Después, salto de la barca y me tiro al río.

Líquido negro y frío. La corriente me azota río abajo. Lucho contra ella, oponiendo resistencia a los remolinos que casi me hacen dar la vuelta. Si eso ocurriera, me desorientaría sin remedio. Doy fuertes brazadas. He renunciado a nadar con estilo, sólo quiero ir hacia delante antes de que los pulmones no den más de sí. Como una bofetada, la orilla se me viene encima. Las rocas puntiagudas me cortan las manos y me golpean los dedos. Salgo a la superficie con el peso de la ropa mojada. Me impulso hacia delante, y me incorporo. Veo la barca. Está más lejos de lo que pensaba. La corriente me ha arrastrado casi cincuenta metros río abajo. Un fluido caliente me cae por la mano. Antes de verlo, ya sé qué es: la sangre que me sale de las heridas. Estallan los aullidos, tan agudos que pueden hacer añicos las estrellas y hacer temblar la luna. Huelen mi sangre. De repente, las tres cuerdas con rezones quedan sueltas y, de un zambombazo, el lado inclinado de la barca vuelve al agua. Las han soltado los cazadores. Vienen a por mí.

—Sissy, ¿dónde estás?

—Aquí, rápido.

Está junto a una pila de objetos que han dejado en el suelo. Más cuerdas, rezones y un arpón cargado. Deben de haber dejado aquí este equipamiento adicional, por si acaso. Si nos librábamos de la primera trampa, sólo tendrían que venir y ponernos otra.

—Se acercan, Sissy.

—Ya lo sé.

Cojo el arpón. O eso intento. Pesa una tonelada. No podré llevarlo, y menos aún

usarlo. No, si lo hago solo.

—Sissy, ayúdame. Podemos levantarlo juntos.

Ella no responde. Miro y ya no está. Se oyen más aullidos en mi dirección, desconcertantemente cerca. Corro hacia lo alto de la colina, y desde allí veo a Sissy, pequeña bajo la luz de la luna, a medio camino. Su mano blanca empuña una daga. Dos cazadores corren hacia ella. Tantas horas de ejercicio anaeróbico han quemado toda su grasa corporal. Las costillas les sobresalen del pecho, y la piel membranosa se les agita en los esqueletos como si se tratara de ropa tendida al viento. Al tercer cazador no se le ve por ningún lado.

Sissy permanece inmóvil. Están a veinte segundos de distancia, y ella espera el momento, intenta encontrar el mejor ángulo para lanzar las dagas. Sin embargo, no los comprende como yo, que conozco sus tácticas.

—Sissy —digo mientras me acerco corriendo en su dirección—. Lánzalas ahora.

—No —susurra—. Están demasiado lejos.

—No tardarán en dividirse. Uno irá a la izquierda, el otro a la derecha, y se acercarán a nosotros desde lados opuestos. Para desorientarte. Para atacar por sorpresa. Estarás apuntando a uno pero tendrás al otro a tu espalda. ¡Ahora!

Me hace caso. De golpe, lanza una daga en dirección este, a los cazadores que se acercan. Mientras continúan corriendo, vuelven la cabeza para ver rotar la cuchilla. Siguen con la vista el arco que describe primero hacia el río y después hacia ellos. En el último momento, mientras avanza sobre ellos, saltan por encima. Se dan la vuelta para mirarnos, y emiten un chillido victorioso. Lo saben. Les han hablado de las dagas de Sissy. Pero hay una cosa con la que no contaban: que ése no es el único puñal que surca el aire. Mientras siguen con la mirada la trayectoria de la primera daga, ya ha lanzado la segunda. Uno de los cazadores se tira a un lado, como si una correa invisible de repente se hubiera tensado. La segunda daga le ha perforado el cuello: su piel fundida ofrece poca resistencia, y la cuchilla penetra hasta que topa con la empuñadura. Tumbado boca arriba, el cazador agita brazos y piernas en el aire, como una tortuga con el caparazón en el suelo. Se esfuerza por ponerse en pie, pero no puede. La cuchilla le ha atravesado la tráquea.

El otro cazador deja escapar un grito. No es de miedo, ni tampoco de pena por la pérdida de su compañero, sino de regocijo. Ahora tendrá más ración de hepers. Se acerca a Sissy salivando y con un tambaleo frenético. Ella se palpa el cinturón. Sólo le quedan tres dagas. Lanza la primera a la derecha. Todas las miradas, incluidas las del agresor, siguen la trayectoria, pero la chica nos ha engañado. Sigue con el cuchillo en la mano. Por poco tiempo. Trazando un arco de bumerán lo ha tirado en dirección contraria a la del tiro falso. Aun así no se detiene a contemplar sus piruetas. Dispara la otra daga a los ojos del cazador. Ahora hay dos cuchillos volando hacia el depredador, que ha vuelto la cabeza en un intento de localizar el recorrido del puñal que nunca llegó a lanzarse. No tiene ni idea. Será un golpe doble en toda regla.

Sin embargo, esta vez hay algo que nosotros no sabemos, pero él sí. Sabía desde

el primer momento que el primer lanzamiento era fingido. En el último momento, se tira al suelo y se desliza hacia un lado. Las dos cuchillas chocan entre sí justo encima de su cabeza y se forma una explosión de chispas. Al ver el destello de luz, emite un chirrido. Pero ése es todo el dolor que siente. E incluso así, ya está en pie con la mirada clavada en nosotros. Levanta la muñeca y la zarandea. Parece que sus ojos bailen de júbilo.

Ya sólo queda una daga. El cazador arremete contra nosotros. Se encuentra apenas a unos pocos segundos. Sissy echa el brazo atrás, lista para lanzar, pero entonces comete un error extraño. Fatal. El cuchillo se le escurre y sale volando por detrás de nosotros hacia el cielo. Él grita de alegría. Es lo más parecido a una risa que les he oído emitir nunca: un sonido obscuro y perverso. Mi compañera se da la vuelta mientras la daga vuela. Se mueve deliberadamente, con decisión, como si cada microsegundo que ha pasado y que pasará formara parte de un plan coordinado. La daga es fácil de encontrar. En la circunferencia de la luna llena, veo perfectamente su silueta. Pero no soy el único. El cazador levanta la cabeza y observa la trayectoria con afán. El brillo de la luna le pilla por sorpresa y le da en toda la cara. Entonces entrecierra los ojos en un grito. Se ha quedado ciego por un instante. Y ahora comprendo. La daga alcanza su ápice, y acto seguido vuelve como un bumerán en diagonal hacia nosotros. Justo hacia mi cara. Sissy salta en el aire y atrapa la cuchilla. En el mismo movimiento, le lanza el puñal a nuestro acosador. Me pasa a pocos centímetros de la cabeza. Los ojos del cazador siguen cerrados. No lo ve venir. Al final termina clavándosele en la cabeza, justo en la sien. La herida es profunda, y le provoca daños en el cráneo y en las órbitas oculares. De los párpados cerrados le borbotea un líquido. Atormentado por los espasmos, cae al suelo. Intenta quitarse la daga, pero preso del pánico termina haciéndose aún más daño. Mueve los brazos con desenfreno y da patadas a la hierba.

Después de aterrizar, Sissy se queda medio agachada. Le pongo las manos sobre los brazos. Los tríceps, finos pero tonificados, le tiemblan. Me da la sensación de que son los más valientes que he tocado nunca.

—Vamos, te ayudaré.

—Aún queda otro. —Pone la espalda recta, primero apoyándose en mí, y después sale corriendo.

—¡Sissy! ¿Adónde vas?

Se desplaza unos cincuenta metros, y se agacha a recoger dos dagas. Las enfunda con toda rapidez y vuelve a salir a la carrera mientras mira a los cazadores que gruñen en el suelo debido a los puñales que les sobresalen. Quiere recuperarlos, pero prefiere no tentar a la suerte. De una roca situada a nuestra izquierda sale un aullido siniestro: es el tercer cazador, que está en cuclillas bajo la luz de la luna. Nos ha estado observando en silencio durante todo este tiempo, estudiándonos y aprendiendo nuestras tácticas. Sissy retrocede hasta colocarse a mi lado.

—Éste es distinto. Es más peligroso.

Baja de la roca como un felino, y se desplaza por la superficie porosa con las garras. Entonces la reconozco. Es Crimson Lips. Una de las cazadoras del sorteo. Tiene la cara desfigurada, como si la viera tras un cristal glaseado; sus habituales labios rojos están estirados hacia atrás, mezclados con las mejillas. Aun así, con un cuerpo de la textura de unas gachas de avena y plástico fundido, se mueve con una gracia y una fluidez salvaje y sexual.

—Colócate detrás de mí —susurra Sissy—. La eliminaré con los puñales.

—No funcionará. Con ésta no. Nos ha estado observando. Ya conoce todos nuestros trucos.

Sissy empuña las dagas una y otra vez.

—Tú sigue caminando hacia atrás —le susurro—. Tengo un plan.

Crimson Lips salta de la roca, y empieza a moverse hacia nosotros agazapada. Se arrastra a cámara lenta. Mueve brazos y piernas como en un tándem paralelo: la pierna izquierda con el brazo izquierdo, la pierna derecha con el brazo derecho; coloca las piernas justo en el lugar donde acaba de poner los brazos.

—¿Qué plan tienes? —me pregunta.

—El arpón.

Sissy niega con la cabeza.

—Es demasiado pesado.

—No si lo levantamos. ¡Ahora! —grito mientras salgo corriendo hacia la pila de material que he visto antes. Sissy copia mis movimientos. Nos colocamos uno a cada lado; la hierba mojada nos permite deslizarnos con facilidad. Crimson Lips salta hacia nosotros.

—¡Ayúdame! —Sissy levanta el arpón por su lado. Yo hago lo mismo del otro, y juntos lo alzamos. Pesa como tres hombres robustos. Voy a poner dos dedos en el gatillo. Sissy ya lo ha hecho, así que coloco los míos encima.

Al ver el arpón, Crimson Lips derrapa.

—¡Muy bien! ¡Atrás! —grita Sissy.

La cazadora ladea la cabeza. Se precipita a un lado, y después viene como un torpedo hacia nosotros con un grito que nos destroza los oídos. Apretamos el gatillo. Necesitamos que la combinación que forman nuestros cuatro dedos tenga la mayor fuerza posible. El arpón se tensa, y después, cuando sale disparado el proyectil, se parte con violencia. No es que nuestra puntería sea perfecta, pero no está mal. Crimson Lips levanta la mano en un inútil acto reflejo para intentar bloquearnos, pero la afilada punta de lanza se adentra en sus dedos. Veo dos muñones (los dedos índice y medio) volando por los aires mientras la flecha le atraviesa el hombro izquierdo. Da vueltas y cae al suelo. Su grito es espeluznante.

—¡Venga! ¡Vámonos! —grita Sissy mientras me coge de la mano y me arrastra hacia ella. Trazamos un gran arco alrededor de Crimson Lips, quien se retuerce al intentar sacarse la lanza. Sin éxito. Abatida y débil, hace muecas de dolor. Entonces nuestras miradas se encuentran.

—¿Tu designación es «Gene»? —me pregunta.

Me quedo helado. Oír mi nombre de su boca me provoca escalofríos.

—Ésa es la palabra que no dejaba de repetir.

—¿Quién? —pregunto mientras retrocedo en su dirección. Aunque ya sé la respuesta.

—Más cerca —me invita, con una voz cada vez más áspera—. Acércate más, Gene.

Sissy me tira del brazo.

—¡No, Gene! Sólo intenta hacernos perder el tiempo. Puede que haya más en camino.

La mirada de Crimson Lips se clava en la mía.

—La chica a la que abandonaste en el Instituto de Hepers —contesta mientras ladea la cabeza—. Cuando todo terminó, no dejaba de murmurar: «Gene, Gene, Gene».

Me quedo pálido. «Cuando todo terminó.» Tengo que pestañear: la Tierra gira sobre su eje... Sissy me da una bofetada.

—¡Tenemos que irnos! ¡Ahora!

Y me tira del brazo. Me fuerza a correr con ella. Los gritos de Crimson Lips nos siguen hasta la barca. Los chicos han logrado sacar los tres rezones, pero la embarcación sigue atrapada por la cuerda del arpón. Seguimos la sogá y localizamos la pistola, que está anclada entre dos rocas.

—¡Ayúdame, Gene! Eh, despierta, ¿qué te pasa? —Empieza a darle patadas de lado al arpón, con la esperanza de poder tumbarlo entre las rocas.

Desde la cubierta de la barca, David nos avisa:

—¡Vuelve la cazadora!

Ese es todo el incentivo que Sissy necesita. Da una fuerte patada y logra que el arpón pase de estar en posición horizontal a vertical. Desaparece por el agujero. Entonces saltamos al río y nadamos hacia la barca. El agujijón que supone el agua fría me saca de mi aturdimiento, y me pongo a nadar con más furia. Los chicos nos ayudan a subir y nos desplomamos sobre la cubierta, incapaces de hacer nada más que mirar las estrellas que tenemos encima. Están tan inmóviles que apenas parece que nos movamos. Si sé que nos desplazamos es porque los gritos de la cazadora suenan cada vez más apagados. De repente, Epap se pone a gruñir. Los chicos corren hacia él, pero yo los aparto antes de que se acerquen.

—¡Apartaos! ¡No lo toquéis! —les advierto.

—¿Qué ocurre? —pregunta Sissy.

—Puede que esté infectado. Quizá se esté convirtiendo.

A juzgar por sus expresiones, veo que no tienen ni idea de qué hablo.

—Uno de los rezones le ha dado en la cabeza. Estaban cubiertos de saliva.

Coloco al chico con cuidado sobre la cubierta y empiezo a comprobar sus órganos vitales.

—Basta que te haya tocado una mísera gota de saliva para que te conviertas. Y si eso sucede, te transformarás. Pasarás a ser uno de ellos.

Las miradas nerviosas del grupo se centran en Epap. Él, aterrorizado, me mira a mí.

—No habéis oído hablar de las conversiones porque no son demasiado habituales. La mayor parte del tiempo no sobrevivimos a los ataques, porque se limitan a devorarnos.

—¿Cuánto dura ese... ese proceso de transformación? —pregunta Sissy preocupada.

—Es rápido. Puede tardar entre un par de minutos y varias horas. Depende de cuánta saliva se haya transmitido. También depende de si la infección ha sido provocada por una persona o por más, en cuyo caso el proceso se acelera. —Le examino la piel buscando cortes o heridas—. Creo que no te pasará nada, Epap. No muestras ningún síntoma. Siempre aparecen de inmediato, apenas un minuto después de la infección.

—¿Como cuáles? —me pregunta nervioso.

—Piel fría, temblores, sudor abundante y ritmo cardíaco rápido. Pero estás bien. Has tenido suerte.

Ben se lanza sobre él y lo abraza.

—Apártate de mí —le dice mientras se incorpora—. Aún no tenemos la certeza de que esté a salvo.

—Estás bien —le aseguro. Entonces todos se abalanzan sobre él y lo tumban. En medio del barullo, veo que Epap esboza una sonrisa. De repente un brazo sale del embrollo (¿el de Jacob?) y me agarra la mano. Antes de que me dé cuenta, me arrastran y me encuentro entre sollozos de alivio.

Horas más tarde sigo despierto. Me voy a la popa, lejos de los fuertes ronquidos que salen de la cabina, y de Sissy, que está en la proa. Necesito estar solo. Nada se mueve en las praderas iluminadas por la luna. Todo está tan inmóvil como en una fotografía en blanco y negro. Ahora el río es puro nervio. Sus tendones, que fluyen con velocidad, forman ondas a lo largo de su longitud. Ávido y airado a partes iguales, bulle y avanza.

Pienso en Ashley June. Incluso horas después, las palabras de Crimson Lips me resuenan en la cabeza. «Cuando todo terminó»... La última vez que la vi, estaba en la pantalla del monitor del Instituto de Hepers, encorvada sobre la cocina mientras escribía una nota frenéticamente. Empapada y gastada, aún la conservo en el bolsillo. Ella había arriesgado su vida, se había metido en las entrañas del Instituto por si existía la menor posibilidad de que regresara a rescatarla. He estudiado ese papel montones de veces. Conozco la forma de cada letra, de cada curva y de cada punto. Me lo sacó del bolsillo, se ve borroso por la humedad.

Estoy en la presa. T espero.

No olvides nunca.

Recorro la escritura con el dedo por última vez. Sopla un viento fuerte y frío, y ya sé qué voy a hacer. Cierro los ojos, incapaz de mirar mientras rompo un trocito de una esquina del papel. Lo suelto al viento. Se va revoloteando como una pequeña polilla que desaparece en medio de la noche. Rompo otro trozo, y otro, y otro más. La luna se alza en el cielo; libero cien millones de pedazos y el papel, en mi mano, cada vez es más pequeño. Hasta que sólo queda una porción del tamaño de un trozo de uña cortada, tan pequeño que ya no lo puedo romper más. Lo guardo durante un buen rato. Después, con un grito de dolor en silencio, lo suelto, se va, y ya no me queda nada en la mano.

Me despierto con sacudidas. Veo aparecer sobre mí la pálida cara de David.

—¿Qué pasa? —El cielo sigue oscuro. Aún es de noche—. ¿Más cazadores?

David niega con la cabeza.

—No, es otra cosa.

—¿Epap? ¿Se encuentra bien?

—Sí, está bien. —David hace una pausa—. Es algo... Aún no sabemos exactamente...

Me levanto de inmediato. Ahora la corriente es más violenta, un torrente, como si de repente la paciencia del río se hubiera agotado definitivamente. Chorros de agua como géiseres azotan la cubierta y dejan marcas en forma de manos. El cielo se ve tan lóbrego y caótico como el río. Parece que haya costras coaguladas de oscuridad. Todos me miran muertos de miedo, con los ojos como platos y mordiéndose los labios.

—El río va a toda velocidad debido a la lluvia reciente —le explico intentando aplacar sus nervios—. Pero yo no me preocuparía demasiado.

—Hemos perdido las varas. La corriente nos las ha quitado de las manos.

—¿Cómo?

—Pero no te hemos despertado por eso —me explica David—. ¿Oyes ese ruido?

Al principio no oigo nada aparte de la bofetada de agua que choca contra la barca. Sin embargo, poco a poco empiezo a distinguir un leve silbido, como la electricidad estática de la radio, lejano pero inquietante. Cierro los ojos para concentrarme.

—Por delante de nosotros. Río abajo.

—Me he dado cuenta hace diez minutos —dice Epap en voz baja—. Era un sonido intermitente, como si fluctuara. Pero ahora, escucha. Cada vez es más fuerte. Está más cerca.

Intento mirar todo lo lejos que puedo, que en la oscuridad son sólo unos cincuenta metros. Hasta las orillas han desaparecido de la vista. Como si se tratara de una serpiente, el miedo me recorre la columna vertebral.

—Creo que es el sonido de una cascada —admite Epap—. El científico nos enseñó que cuando te acercas a ellas emiten una especie de silbido. —Entonces se vuelve hacia mí, tiene la cara salpicada de agua del río—. ¿Tú qué crees, Gene?

—No tengo ni idea de saltos de agua. Hasta ahora pensaba que sólo existían en las novelas fantásticas. —Miro a la oscuridad. Ahora el silbido parece más bien un chisporroteo. Es más fuerte, más siniestro.

—Creo que la barca se acerca a una cascada —observa Epap—. Tenemos que prepararnos para nadar hasta la orilla. —Me mira y yo asiento—. Desataré la cuerda del ancla.

Durante los siguientes quince minutos, la furia del río se intensifica. Damos vueltas como en un carrusel descontrolado. Parece que las gotas de lluvia caen como

producto de la ira, y ese silbido presente en todo momento va ganando volumen. Nos reunimos alrededor de Epap. Él nos rodea con la cuerda y nos ata con nudos fuertes y seguros. Tenemos que entrecerrar los ojos debido a las salpicaduras y el viento frío; intentamos mantenernos en equilibrio en medio de la agitación de la barca.

—Miradme —ordena Epap—. Todos. Miradme. Tenemos que saltar de la barca y nadar hasta la orilla...

—¡No sé, Epap! —duda Jacob—. Hay mucha corriente. ¡Puede que nos arrastre y nos separe!

—¡No tenemos otra opción! —le responde—. Que todo el mundo se agarre a la cuerda. ¡Si os arrastra la corriente, sujetaos a la cuerda!

—¡Aun así, nos arrastrará! —grita Jacob mientras niega con la cabeza.

—¡No! —añade Sissy—. Epap tiene razón. Tenemos que saltar.

Con la cuerda atada alrededor del pecho por debajo de las axilas, nos acercamos de puntillas al borde. Sissy se vuelve hacia mí. Tiene la boca a la altura de mi oreja.

—Tú y yo. Tenemos que permanecer juntos. —Le sobresalen los nudillos húmedos de la mano, comprueba mi cuerda y la tensa—. Los demás no saben nadar. David y Jacob, un poco, pero Ben y Epap serán dos pesos muertos. ¿Lo entiendes?

Le digo que sí con la cabeza. La velocidad de la barca es aterradora. Durante un segundo que nos paraliza el corazón, vuela en el aire antes de volver a aporrear el agua.

—¡Atentos a la cuenta atrás! —grita Sissy—. Recordad: no soltéis la cuerda. Dad patadas con las piernas, no utilizéis los brazos. Coged siempre la cuerda con las manos, ¿entendido? ¡No la soltéis en ningún momento!

Miro al río, el agua forma un remolino demencial. No funcionará, y la corriente nos arrastrará. Jacob tiene razón. El río tiene mucha fuerza.

—Tres... —grita Sissy.

En cuanto toquemos el agua, nos succionará, y después las corrientes submarinas nos empujarán en seis direcciones distintas. El agujero mortal al que saltamos es realmente oscuro.

—Dos...

A mi lado, Jacob se pone rígido de repente, como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¡Uno! —Sissy dobla las rodillas, lista para saltar a las tinieblas. En el otro extremo de la cuerda, los demás parecen manchas grises dispuestas a lanzarse al agua.

Doblo las rodillas, salto...

—¡PARAD! —chilla Jacob, separándose bruscamente del borde de la barca.

La cuerda se tensa justo cuando estoy en el aire. Me tira hacia atrás, se me escapa

un «uf» de la boca, y aterrizo en la cubierta. Unos segundos después, como ecos retrasados, llega el sonido de los demás golpeando la cubierta.

—¡Jacob! ¡¿Qué haces?! —chilla Sissy.

—Se supone que tenemos que pasar la cascada. Se supone que debemos quedarnos en el río.

—¿De qué hablas? —le pregunta Sissy mientras la lluvia le azota la cara.

—¡Los cazadores no saben nadar! —explica Jacob con una mirada exultante—. Pueden ahogarse en el agua. Eso es lo que nos contó Gene, ¿recuerdas? Dijo que les entra el pánico si el agua les llega a la mandíbula. Se quedan paralizados y se ahogan en cuestión de segundos.

—¿Y qué?

—Piensa en ello. Para ellos, una cascada es la muerte segura. Nunca se atreverían a pasar más lejos de aquí, porque sería un suicidio. Pero ése no tiene por qué ser nuestro caso. Nosotros nadamos. Podemos sobrevivir a un salto de agua. Es como un agujero de una cerradura por el que sólo entramos nosotros. Es el puente a la libertad que sólo nosotros podemos cruzar. Por eso la lápida nos encomendaba que siguiéramos en el río.

—No sé —dice Sissy.

Jacob sigue convencido.

—Creo que por eso el científico nos habló de las cataratas. Quería prepararnos para esto. Pero recordad: siempre las describió como algo bonito. Como la puerta al paraíso. —Agita los brazos con excitación y, de repente, me acuerdo del dibujo que hacía ayer Epap. Se trataba de una bonita representación de una cascada, un oasis de belleza—. Tenemos que seguir por el río y pasar la cascada.

—No piensas con claridad, Jacob —le advierte Sissy—. ¡Una cascada es lo que tenemos ante nosotros!

—Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé —dice cerrando los ojos. Abre y cierra las manos sin parar—. ¡Pero se supone que debemos quedarnos en la barca! Eso lo sé.

—¿De qué hablas?

—«Quedaos en el río» —grita Jacob—. ¡Eso es lo que decía la lápida! Es lo que el científico quería que hiciéramos. Que nos quedáramos. Que siguiéramos río abajo.

—Pero dentro de los límites de lo sensato —insiste Sissy—. Se acerca una cascada. Lo que estás sugiriendo es una auténtica locura.

—¡Sissy, por favor! No nos desviemos ni un ápice. Hagamos exactamente lo que el científico nos ordenó. Quedémonos en el río y no nos alejemos. Porque eso es lo que nos llevará a la tierra prometida. A la leche. A la miel. A la fruta y al sol. A las calles repletas de otros humanos, a los estadios deportivos, a los patios, a los parques de atracciones con niños arremolinándose. Si nos ceñimos a sus instrucciones, llegaremos. —Sacude la cabeza con violencia de un lado a otro mientras las lágrimas le caen por las mejillas—. Vale la pena que lo intentemos. Por favor, ¿Sissy?

Con expresión de concentración, se muerde el labio inferior y mira hacia el río.

Después, a Jacob.

—Siempre permanecemos unidos, ¿verdad? —le pregunta.

—Siempre, Sissy —confirma el chico con la voz cargada de emoción.

—Entonces, decida lo que decida, todos estamos de acuerdo, ¿no? —sigue preguntando. Jacob asiente—. ¿Confías en mí, pues?

—Sí.

La líder respira hondo.

—Vamos a bajarnos de la barca. Ya.

Jacob deja caer los hombros.

Un relámpago surca el cielo de repente y deja ver la silueta de las montañas del este como un oscuro coloso encorvado; están tan cerca que hasta huelo el bosque de caobas. Durante un milisegundo, veo el río. Las franjas de agua se mueven a una velocidad aterradora. Se trata de una bestia que hierve furiosa y se dirige en línea recta a la montaña. No la va a rodear, ni pasará por una estrecha garganta natural, sino que va directamente al corazón de las tinieblas.

Cojo a Sissy del brazo y niego con la cabeza.

—Ya es demasiado tarde. El río es una tumba. Seguro que nos ahogamos.

Tiene que entrecerrar los ojos por el viento y la lluvia; la mandíbula inferior le sobresale debido a la frustración. Sabe que tengo razón. No hay nada más que decir. El agua del río se mezcla con el viento cortante y nos empapa la cara. Miramos hacia delante preguntándonos qué nos espera.

Cinco minutos después, para de llover y la temperatura cae en picado. La noche se vuelve más oscura, y la tinta negra nos empapa. Ahora el río nos ruge al oído, retumbando como el eco de un tenor. Hemos entrado en el interior de algo. De un túnel profundo y tétrico. Dentro de las montañas del este.

—No veo nada, no veo nada —murmura David a mi lado. Esconde la cara en la parte interior del codo—. Estamos en la montaña, estamos en la montaña, de algún modo estamos dentro de la montaña.

Cierro los ojos. Los abro. No hay diferencia: el mismo negro impenetrable, y después negro, y después negro, y después negro hasta que la desorientación casi provoca el pánico físico. Ahora todo es más lóbrego, más rápido, más húmedo, más fuerte. El rugido de la cascada es ensordecedor.

—¡Todos, preparaos! —grita Sissy. La cuerda nos mantiene unidos, y nos agachamos a la vez, con los brazos entrelazados—. ¡Apoyad una rodilla en el suelo! ¡Preparaos para saltar...!

Su voz es casi imperceptible. Me incorporo con una rodilla y levanto a Ben, que está a mi lado. Noto un fino vaho de agua en la cara. Debemos de estar a punto de llegar.

—Cuando lleguemos, ¡saltad tan lejos de la barca como podáis! —les grito sin saber si me pueden oír con todo el fragor—. Hacedos un ovillo, no soltéis la cuerda. ¡No importa la altura desde la que caigamos, no soltéis la cuerda! —Miro para comprobar si me han oído, pero no distingo nada. Tan sólo noto la tensión de sus cuerpos y el miedo que exudan.

Entonces llegamos a la cascada. El rugido es ensordecedor. Abro la boca para gritar pero hasta el miedo se ha escapado. La barca se inclina hacia delante y, en ese instante antes de caer por el precipicio y que nos invada el mareo, lo único que quiero hacer es coger a Sissy de la mano. De algún modo, en la oscuridad, nuestras manos se encuentran. Las apretamos fuerte, con torpeza, sentimos el calor de la sangre humana. Y entonces la cascada está ahí, y después no, y nos precipitamos hacia una garganta de tinieblas. Tenemos la sensación de que caemos durante una eternidad.

Justo cuando pensaba que no íbamos a tocar fondo jamás, el agua nos golpea como si se tratara de una acera de cemento. Y entonces me encuentro inmerso en un mundo de oscuridad submarina, el remolino de burbujas, el ruido abrumador del agua chocando contra el agua. La cuerda que me rodea el pecho está tan tensa como si fuera metal, y me obliga a echar la cabeza hacia atrás. Un brazo me araña la cara, y alguien me da una patada. No sé dónde es arriba y dónde es abajo.

«Sigue las burbujas hacia arriba», me digo a mí mismo. Eso es exactamente lo que hago, y doy fuertes patadas. Noto cómo tira la cuerda. Todos se encuentran debajo de mí. Yo soy el que empuja de toda la cadena de cuerpos. Entonces, dando brazadas furiosas, llego hasta la superficie; paso del negro líquido al negro vacío. No se ven formas, únicamente siluetas de un todo entre gris y el negro. Sigo avanzando hasta que llego a una oscuridad más sombría que la que nos rodea. Golpeo algo sólido con la mano, y siento que nos hemos salvado. Lo agarro con las dos manos y a continuación me impulso hacia arriba. Estoy sobre una roca. Empiezo a dar vueltas para enrollar la cuerda a mí alrededor. Y, como por obra de un milagro, los chicos emergen uno por uno, tartamudeando, llorando, soltando tacos y tosiendo. Vivos.

Esa noche nos tumbamos en la superficie rugosa de la roca caliza. No tenemos ni idea de si es grande o pequeña, ni sentimos inclinación alguna por descubrirlo. Mientras nos apiñamos y sollozamos aliviados, no podemos estar más contentos de haber sobrevivido.

—Esperaremos hasta mañana —anuncia Sissy—. Hasta que haya luz.

Nadie dice nada. Ni entonces ni durante las horas siguientes. Sin embargo, yo sé qué estamos pensando: ¿Y si Sissy se equivoca? ¿Y si la mañana no trae luz? ¿Y si en este útero de oscuridad, la negrura constante no le ofrece ninguna tregua a la mañana?

«Guau», dice David, el primero en despertarse. Parece que no estamos en una roca aislada, sino en la base que rodea la piscina natural que forma la cascada. Una infinidad de rayos de sol se filtran a nuestro alrededor a través de las escondidas aberturas del techo. Son tan definidos que parecen columnas que sostienen la inmensa cueva. Y ése es un adjetivo que se queda corto: la cueva es gigantesca. Cada vez se forman más rayos de sol, que iluminan los metros de superficie en todas las direcciones y revelan el perfil lúgubre de su interior. La cascada en sí no es tan alta como nos había parecido anoche mientras caíamos. Levanta un rocío que humedece las espesas capas de musgo en la parte inferior de las rocas que sobresalen. Aunque no hay ni rastro de la barca, algunas de nuestras mochilas flotan contra una orilla de la piscina natural.

—¡Mirad eso! —grita Ben mientras señala algo.

Como colmillos, las estalactitas cuelgan del techo a unos cien metros por encima de nosotros. La luz del sol les da un tono naranja rojizo. Las enredaderas se lían entre las rocas como si se tratara de restos de comida que se queda entre los dientes. Unas torres enormes de calcita se erigen desde el suelo de la cueva formando un ángulo inclinado. Unas estalagmitas más finas suben hasta alcanzar los cincuenta metros; pero lo que nos deja estupefactos es el tamaño colosal de la cueva.

—¡Aquí dentro cabría una ciudad! —grito para que me puedan oír por encima del estrépito de la cascada—. Rascacielos de veinte o treinta pisos. Manzanas de dos kilómetros. —Nadie responde. Nadie me oye. Me aparto a una zona más tranquila.

Los demás me siguen y nos juntamos bajo una gran columna de luz solar. La calidez es magnífica. El sol nos destiñe la piel, nos hace brillar con una efervescencia nuclear.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta Epap. Todas las miradas se vuelven hacia Sissy.

—A explorar.

—¿Es esto? ¿Es la Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol?

—Espero que no —contesta Epap negando con la cabeza—. Este lugar es deprimente. La verdad es que prefiero el Domo. No he visto ni leche, ni miel ni fruta. Sol sí hay, o al menos algún rayo, pero allí teníamos más.

—Esto es lo que vamos a hacer —propone Sissy—. Nos dividiremos en dos grupos. Buscaremos alguna pista, una señal, lo que sea. El científico nos tiene que haber dejado algo. —Mira a su alrededor, y después se adentra en la cueva en compañía de Ben y Jacob.

Entonces Epap nos dice a David y a mí:

—Muy bien, vosotros dos. Iremos por aquí. Abrid bien los ojos.

Nos ponemos en marcha en línea perpendicular a la dirección que ha tomado Sissy, por el lado de la orilla, siguiendo el río.

Horas después, nada compensa nuestros esfuerzos. Andar por este terreno es difícil, por todos lados hay unas piedras esparcidas que parecen estar diseñadas para que nos torzamos los tobillos. David, Epap y yo avanzamos lentamente —no queremos que se nos pase nada—, pero ocupamos la mayor parte del tiempo concentrando la vista en un pequeño trozo de suelo, sorteando piedras y esquivando el musgo resbaladizo. Y aunque nos dirigimos a lo que esperamos que sea la salida de la cueva, después de dos horas, literalmente sigue sin haber luz al final del túnel. Si es que existe un límite. El río desciende formando una sucesión de grandes cuencas a tres niveles distintos. Varias veces tenemos que recorrer largas distancias para sortear rocas gigantes. Con frecuencia resbalamos por el musgo que hay en las piedras. Entonces sacudimos las manos sin control, mientras intentamos agarrarnos a las formaciones rocosas. Al final, el paso queda completamente bloqueado por una roca caliza estriada cubierta de algas de una altura de unos diez pisos. El río serpentea por una abertura relativamente estrecha y se dirige a otra serie de cascadas a distintos niveles. Desanimados y arrastrando los cuerpos por el cansancio y el hambre, damos la vuelta.

Cuando regresamos, los otros tres están sentados bajo una columna de sol cerca de la cascada. A juzgar por su postura alicaída, no han llegado mucho más lejos que nosotros. Nos reparten nuestra ración de comida: unas bayas que han encontrado y que devoramos con fruición.

—Tanto hablar de la Tierra de la Leche, de la Miel, de la Fruta y del Sol —se queja Epap—, y aquí no hay ni comida ni leche ni miel. Ni siquiera hay leña para hacer una hoguera.

—Deberíamos ir hacia fuera —propone Jacob—. Seguir el río.

—Eso es lo que acabamos de hacer —le explico—. O, al menos, es lo que intentábamos. Está más lejos y es más difícil de lo que te imaginas.

—Es la única salida —insiste Jacob mientras mira hacia la cascada—. No podemos retroceder. Tendríamos que escalar por la catarata, pero está demasiado empinado y el terreno es resbaladizo. Aun así, tampoco nos podemos quedar aquí. Necesitamos comer. Deberíamos irnos ahora.

Sin mirarnos, Sissy nos lleva la contraria:

—No. Nos quedamos aquí.

—Sissy... —empieza a decir Jacob.

—Mira, ¡yo me quedo! Id vosotros si queréis. Yo me quedo.

Jacob se queda callado. A juzgar por su expresión se puede ver que está dolido.

—Yo sólo quería decir...

—¡No voy a discutir contigo, ni con ninguno de vosotros! Hay tan sólo dos cosas que necesitamos hacer, ¿vale? Encontrar algún tipo de señal que nos haya dejado el científico y mantener a Gene con vida. ¿Es lo suficientemente sencillo como para que lo entendáis? En eso consisten nuestras vidas ahora mismo: en dos elementos de lo más básicos. Encontrar una señal, y mantenerlo con vida. Dos cosas, gente.

Su reacción nos deja atónitos. Ella se aparta y desaparece tras una gran roca. La vemos respirar agitada. La sigo. Mira la cascada fijamente, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Oye...

Empiezo a hablar de la manera más amable que puedo. Salto un camino estrecho que hay entre dos rocas. Ella no responde. Se limita a morderse medio labio inferior, y el otro queda enrollado en un gran rizo. Tiene los ojos medio cerrados y se le escapa una lágrima que termina cayéndole por la mejilla. No se da la vuelta como pensaba que haría. Con la mano temblorosa, se tapa la boca. Justo cuando veo que se desmorona, se aparta de mí. Ha cedido a la presión. Está cargando con todas nuestras vidas sobre sus espaldas. Pongo una mano sobre ella. Al contrario de lo que pensaba, no se mueve, se apoya en mi mano. La curva de su hombro encaja perfectamente en el hueco de mi mano. Tiene la piel suave, pero también desprende algo de fiereza en la fina capa de músculo y la protuberancia del hueso del hombro. Se vuelve y me mira con una intensidad devastadora. Es el tipo de atención que mi padre me enseñó a evitar siempre. El contacto visual significaba que eras el centro de atención de una persona: escápate de ahí, desaparece, apártate. Sin embargo, no puedo apartar la mirada. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo bonitos que tiene los ojos.

—Siento que le estoy fallando a todo el mundo, Gene.

—No seas ridícula. Todos estaríamos muertos si no hubiera sido por ti. —Me acerco más a ella, hasta que siento el calor de su cuerpo—. Estoy contigo, Sissy. Tengo tantas ganas de encontrarlo como tú. O tal vez más.

Por un instante veo suavidad y docilidad en su mirada. Es demasiado para mí. Tengo que apartar la mirada. Durante unos segundos permanecemos callados. Después mueve la cabeza.

—Me da la impresión de que se nos escapa alguna cosa demasiado evidente —confiesa—. Algo que nos dejó. Una pista, una señal. Algo que tengo delante de mis narices. Como los juegos a los que jugaba conmigo.

De repente me invaden unos celos extraños. Conque también jugaba con ella... Yo pensaba que era el único.

—¿Va todo bien, Sissy? —pregunta Epap al otro lado del camino estrecho. Sissy se aparta de mí a medida que el chico avanza entre las rocas—. ¿Va todo bien? —vuelve a preguntar mientras la observa con atención.

Ella se limpia la mejilla con rapidez.

—Sí —murmura, y se va por donde ha venido.

Cuando nos quedamos solos, Epap me mira mal. Miro al suelo y me voy. Al regresar al grupo, Sissy ya está sentada al lado de Jacob, le toca el pelo y sonrío. El chico también.

Estamos demasiado cansados como para continuar. Hasta ahora se han mantenido los rayos de sol, pero no sabemos cuánto durarán. Pasa una hora y algunos nos quedamos dormidos. De golpe, Sissy se incorpora.

—Qué estúpida —dice dándose un golpecito en la frente.

—¿Sissy? —pregunta Epap.

Ella no responde. En vez de eso, se dirige hacia la cascada. Pisa con cuidado el lecho rocoso que rodea el perímetro de la piscina natural. Al estar tan cerca de la catarata, bastaría un resbalón para que se encontrase bajo las aguas, arrastrada por una contracorriente mortal. El resto se empiezan a despertar.

—¿Qué hace? —pregunta Ben.

Apoiada en la pared de un lado de la cascada, Sissy hace una pausa. Después, avanza y desaparece en la cortina de agua.

—¡Sissy! —grita Ben.

Al momento, todos corremos hacia allí. Ben está angustiado y tenemos que contenerlo entre dos. Miramos nerviosos a través de las pesadas sábanas de agua.

—¡Allí! —exclama Jacob mientras señala hacia la zona donde el agua está más remansada.

La vemos borrosa detrás de la cortina. Primero saca los brazos, después la cabeza, encorvada porque el agua la aporrea. Cuando sale está completamente empapada, pero esboza la mejor de sus sonrisas.

—¿Venís o no?

—¿Eh?

—Venga, no tengáis miedo. He encontrado una caverna.

—Un momento. ¿Cómo sabes que debemos entrar? —le pregunto.

—Sólo lo supongo. Quizá porque he encontrado mucha ropa seca y una escalera de cuerda que lleva a otro lugar.

En la caverna está oscuro. La única iluminación del interior es una neblinosa columna de luz solar. Tenemos la ropa empapada y ya estamos empezando a temblar.

—La ropa seca que has mencionado... —sugiero con un castañeteo de dientes. Sissy sonrío, y nos lleva hasta una cesta escondida en las sombras. Hay suficientes

prendas para una docena de personas con tallas diferentes.

—¿Cómo se te ha ocurrido mirar detrás? —le pregunto mientras nos cambiamos.

Ella se pone un par de calcetines de lana.

—Si quisieras impedir que los cazadores descubran la Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol, una cascada sería la barrera más efectiva. Ninguno de ellos, suponiendo que sobrevivieran al salto de agua, pensaría en mirar ahí. Así de listo es el científico. —Tiene un plan—. Seguidme, ¿de acuerdo?

Después de habernos cambiado de ropa, nos reúne en la columna de luz y señala hacia arriba. Al principio no veo nada extraño, tan sólo el rayo que parece un proyector situado en el techo atestado de enredaderas. Entonces la veo: entre las plantas, apenas perceptible, hay una escalera de cuerda. Se encuentra bajo el haz de luz. En el único lugar donde los cazadores jamás pensarían en mirar. Otra barrera más.

Sirviéndose de las manos entrelazadas de Epap, Sissy se aúpa. Consigue alcanzar el peldaño inferior de la escalera, después coloca los pies y se pone boca abajo; poco a poco va escalando con los pies a los peldaños superiores y asegura su posición con los tobillos. Con el cuerpo colgando y los brazos estirados, coge a Ben, que está sentado sobre los hombros de Epap. No es fácil, pero logra subirlo. De forma parecida, el resto vamos lanzándonos a la escalera y empezamos a ascender, sin tener la menor idea de lo ardua que resultará la escalada. De haberlo sabido, no nos habríamos dado tanta prisa.

Tan sólo media hora después, cuando el entusiasmo empieza a flaquear y el cansancio va ganando terreno, nos acorralan las paredes. La claustrofobia no se hace esperar. Yo, que soy ancho de espaldas, la noto especialmente. Me raspo los codos y el deltoides. La ascensión es tan dura que estamos tentados de tirar la toalla. En un punto notablemente estrecho me quedo encallado; ni siquiera levantando los brazos por encima de la cabeza consigo meterme por el embudo. Epap tiene que empujarme desde abajo con las manos en mis nalgas, en una posición extremadamente incómoda.

La luz en este túnel vertical dura muy poco, sólo media hora más. Al principio retrocede lentamente a un lado de la galería, después acelera de repente, se catapulta y desaparece. Sin visibilidad alguna, nos sumimos en una zona gris. Además, la temperatura baja en picado en cuanto oscurece. Es una sensación extraña; la creciente negrura y el frío hacen que parezca que estemos descendiendo hacia la tierra en lugar de alejarnos de ella.

—Sissy, ¿ves alguna abertura desde dónde estás? —pregunta Epap por debajo de mí.

—Lo único que veo es un punto de luz. Un agujerito. Es demasiado pequeño para poder calcular la distancia de manera precisa, pero da la impresión de que está muy lejos.

Después de unas horas escalando, nos dedicamos a descansar. Sacamos las extremidades de las cuerdas y nos volvemos a posicionar para asegurarnos. Cuando

pasamos las últimas bayas, ya notamos la necesidad de soltar los brazos y tenemos las manos rozadas por la aspereza de las cuerdas. Por encima de mí, Ben no puede calmar los brazos.

—No dejan de temblarme. No puedo hacer que paren. —Tiene los codos llenos de cortes, como si se los hubiera frotado con papel de lija.

Los cuerpos no dan más de sí y estamos bajos de ánimo. Diez minutos después, reanudamos la escalada. Tras cinco segundos, vuelve el dolor abrasador. No tenemos la sensación de haber descansado nada.

Es de noche. El aire helado entra por el pozo estrecho. Me encuentro mal. Tengo la cabeza congestionada. De la frente me sale el calor evaporado y funde el hielo de las paredes, como ocurre en el interior de la nariz, que me gotea. Nos hemos dividido por parejas: Ben y Sissy, Jacob y yo por debajo de ellos, y Epap y David, debajo de nosotros. Ante mí al otro lado de la escalera, Jacob ronca. La cuerda lo mantiene seguro y yo lo sujeto por debajo de las axilas. Además, el poco espacio que hay entre nuestros cuerpos y las paredes nos ayuda a estar más protegidos.

—¿Estás bien? —susurra Sissy. Transcurre un largo silencio—. Chist, Gene, ¿estás despierto?

—Sí, pensaba que le hablabas a Ben.

—No, ha caído redondo. Como un bebé. ¿Cómo está Jacob?

—Durmiendo como un tronco. Epap y David, también.

—Estupendo. ¿Están bien sujetos?

—Sí. Lo he comprobado dos veces.

—Bien, bien. —Al moverse para ajustar su posición, se oye un leve crujido de la cuerda—. Mañana ya habremos salido de aquí.

—¿Tú crees?

—Estoy bastante segura. Yo sé algo que tú no sabes.

—Cuéntame.

—Copos de nieve.

—Nah. ¿En serio?

—Sí. Han empezado a caer hace unos diez minutos. Sólo unos cuantos. Los he notado en la cara, como pinchazos en la nariz. Debemos de estar más cerca de lo que creemos. La nieve no llega tan abajo.

—Yo no he notado nada.

—Creo que yo lo bloqueo.

—Sí, tu culo de hipopótamo obstruye el paso.

—Ja, ja, qué gracioso.

—Desde aquí abajo se te ven tan grandes las caderas que has provocado un eclipse total. —No dice nada, y yo añado—: Un poco más grandes y cortarían la circulación del aire.

La escalera se agita con suavidad. Al final, Sissy no se puede contener más y explota:

—¡Para! —suplica con risa floja—. Mira quién habla. Tu culo es tan grande que es como si tuviera vida propia.

—Ése es Jacob.

—He dicho que pares —me dice riendo en voz baja.

Nos quedamos callados. Ben y Epap roncan al mismo ritmo que las respiraciones de Jacob en mi hombro.

—Oye —susurra Sissy un rato después.

—¿Sí?

—Creo que hay más luz.

—¿Ya es de día?

—No, tiene un tono plateado. Debe de ser la luna.

Se queda callada unos minutos. Cuando miro hacia arriba, sólo veo oscuridad.

—Ahora sí que se nota.

—¿La luz o la nieve?

—Las dos. Espera. —Al cambiar de posición, las cuerdas se mueven—. Ya está, mira arriba. Dime si ves algo.

Veo la silueta de sus piernas contra la pared permitiendo que se filtre un poco de luz. Por el pequeño agujero caen copos. Uno aterriza sobre mi mejilla. Me da un pinchazo; lo toco, siento la gota de agua. Pasan los minutos. Siguen cayendo más, como en sueños, como virutas plateadas de la luna. Me quito un peso de encima. El espacio que me rodea se expande, y se vuelve más lento. El mundo es más puro, y los ángulos están más limpios.

—Oye, ¿puedes contarme una cosa? —Ahora su voz es tan suave como la luz de la luna.

—Dime.

—Cuando nos atacaron en el río, uno de los cazadores mencionó a una chica.

Entonces hace una pausa. Guardo silencio durante un rato largo.

—Lo siento. No era mi intención meterme en tus asuntos.

—No, no es eso. Estoy intentando encontrar las palabras.

—No debería haberte preguntado. Es tu...

—Se llamaba Ashley June. Como yo, había sobrevivido en la metrópolis fingiendo ser una de ellos. —Las palabras fluyen con rapidez, como si las hubiera contenido durante mucho tiempo—. Nos conocíamos desde hacía muchos años, y no nos habíamos dado cuenta de que los dos éramos humanos. Hasta hace unos días, cuando estábamos en el Instituto. Cuando descubrieron nuestra verdadera naturaleza, dio su vida para salvarme.

—Lo siento mucho, Gene. No sé qué decir.

—Yo no quería abandonarla. Intenté volver a buscarla. Pero no tenía otra salida, no podía hacer nada. Había demasiados, y regresar habría sido un suicidio...

—Ésa es la verdad. No podías hacer nada. Yo estaba allí, Gene. Vi las olas de gente que venían por nosotros. Hiciste lo único que podías hacer, fue escapar.

Oigo que Jacob se queja. Me doy cuenta de que lo estoy apretando demasiado. Disminuyo la fuerza alrededor del pecho. Después de un momento, Sissy me dice con ternura:

—No podías hacer nada, Gene.

—Ya lo sé.

—Lo siento de veras.

Después nos quedamos un rato en silencio. La cuerda chirría, y se paraliza.

—Sissy.

—¿Sí?

—Voy a contarte una cosa, ¿de acuerdo?

Se hace el silencio.

—¿Qué pasa?

—Es sobre el científico.

—Sigue.

—Os he estado ocultando algo.

—Creo que sé lo que es.

—No, no lo creo. Esto no.

—Es tu padre, ¿verdad?

Se me afloja la mandíbula, y es como si cayera al fondo del pozo.

—¿Cómo lo...? ¡¿Cómo?!

—Chist. Despertarás a los demás.

—¿Te hablé de mí?

—No, nunca.

—Entonces, ¿cómo lo...?

—Por tu manera de moverte. Tan parecida a la suya. Cómo te sientas en el suelo, con una pierna estirada y la otra doblada, y apoyas la barbilla sobre la rótula. El color y la forma de los ojos. La expresión que pones cuando estás concentrado. Hasta la manera de hablar.

—¿Lo sospechan los demás?

—¡Claro! Se lo imaginaron en cuanto te vieron.

—No puede ser.

Sissy ríe un poco.

—Puede que hayamos vivido protegidos de todo, pero no estamos ciegos a lo evidente. —La cuerda se balancea ligeramente cuando ella cambia de postura—. ¿Crees que está arriba?

—¿Te refieres al cielo?

—No. Arriba, donde sea que desemboca el pozo.

—Más le vale. No hay nada que me importe más que encontrarlo. —Hago una pausa, me sorprendo a mí mismo por la declaración inesperada. Pero es verdad. Desde que encontré la lápida, desde que vi mi nombre grabado en la piedra, no logro pensar en otra cosa. Miro arriba y digo con suavidad—: Iría hasta el fin del mundo para encontrarlo, Sissy.

Ella permanece en silencio, como si esperara que continuara.

—¿Me puedes contar una cosa?

—¿El qué?

Entonces duda.

—Dime cómo era. Vuestra vida juntos. ¿Tenías hermanos? ¿Vivía tu madre?

¿Erais una familia feliz? Cuéntame cosas de vuestra vida entre todos esos monstruos.

Pasamos un minuto en silencio.

—Mi hermana y mi madre murieron cuando yo era pequeño. Salieron una mañana, y ya no regresaron. Se las comieron. La gente hablo de ello durante años, sobre el extraordinario descubrimiento milagroso de una niña heper y de su madre justo ahí, en las calles de la ciudad, al anochecer. Contaban que la niña se había roto las piernas debido a una caída accidental y que su madre, en un alarde de poca inteligencia, se quedó a su lado, negándose a abandonarla. Y cómo, cuando la masa las alcanzó, la madre había tapado a la niña con su propio cuerpo. Todo terminó en cuestión de segundos. Lo de comérselas, al menos.

Se oye un chirrido de la cuerda.

—Lo siento, Gene. No hace falta que sigamos hablando de esto.

Estoy convencido de que ése es el final de la conversación. No obstante, me sorprendo a mí mismo cuando vuelvo a hablar. Al principio, las palabras me salen entrecortadas e indecisas: una palabra, dos, una frase. Entonces cojo ímpetu, y los pensamientos y los recuerdos fluyen hacia el exterior. Hasta que ya no parece que empuje las palabras, sino que se trata de un desahogo, un catarsis, una confesión. Cuando termino, y la voz se me va apagando, ella no dice nada. Temo que se haya quedado dormida. Entonces susurra:

—Ojalá pudiera cogerte de la mano.

Los copos de nieve descienden con suavidad. Me pasan por delante de la cara y siguen bajando hacia la oscuridad hasta los pies.

Sissy tiene razón. Al día siguiente llegamos a la superficie, pues la abertura del túnel vertical estaba sorprendentemente cerca. Pocos minutos después de que la cámara se llene de la luz del sol y nos despierte de una sacudida, empezamos a escalar. Tenemos los brazos y las piernas frías y rígidas, pero la claridad nos hace entrar en calor y nos lubrica las articulaciones. Pronto nos olvidamos de los callos de las manos, y de los dedos sangrantes, y nos concentramos en llegar al siguiente escalón. Y después, al otro. Hasta que, como recién nacidos, salimos por el agujero, llegamos a un claro, respiramos el aire fresco de la montaña, y entrecerramos los ojos por el sol. Nos encontramos en la explanada de un valle verde. Los acantilados de granito se erigen por todos los lados como dedos al acecho. Una neblina difusa se cierne sobre el interior del valle, y se filtra por los bosques tupidos que nos rodean. De la niebla se levantan unos árboles, como si fueran acólitos del área remota que vienen a saludarnos. O a ahuyentarnos.

El pico de la montaña, alto y arrogante, se eleva por encima de todo. Tiene una cara escarpada y retorcida, como si, molesto, entrecerrara los ojos por el brillo del sol. O por nosotros, que caminamos por su espalda ancha. A medio camino de la cima, surge una cascada de una pared y el agua cae a miles de metros transformándose en neblina al tocar fondo. Entre las salpicaduras se forma un tenue arcoíris. Al estar expuestos a este espacio abierto, la gélida temperatura se nos mete en los huesos. Aunque la brisa es ligera, se nos cuele por la ropa y nos congela el tórax. Vuelvo a tener otro ataque de tos que hace que me doble. La flema me destroza las tuberías como si fueran chinchetas con ácido. Me toco la frente: arde como un hierro de marcar que lanza llamaradas. La tierra se mueve, se inclina, y la montaña y el cielo dan vueltas a mí alrededor: mi propio alud.

—Hacia el bosque, lejos del viento —ordeno.

—Un momento —interrumpe Sissy. Se arrodilla en la abertura del túnel y empieza a examinar la circunferencia.

—¿Qué haces? —pregunta Ben.

—Aquí, mirad. —Señala el único trozo donde la hierba está más mate—. Quien haya usado este túnel ha estado yendo y viniendo en esta dirección. Encaminémonos por aquí hacia el bosque.

El bosque es un nido de calidez. El viento desaparece prácticamente en cuanto nos adentramos. Un delicioso aroma a dulce de mantequilla y azúcar nos hace rugir el estómago. Damos vueltas hasta que encontramos las marcas más tenues de un camino en medio de un lecho de agujas de pino que hay en el suelo. Lo seguimos y aumenta nuestro entusiasmo. Sin embargo, un cuarto de hora después, nos paramos a recuperar el aliento y nos apoyamos en un árbol cubierto de líquenes. No estamos acostumbrados al aire de montaña. Un arrendajo que nos divisa desde unas ramas sacude la cabeza de un lado a otro bruscamente. Emite un sonido chirriante y

recriminador, «escaric, escaric», como si nos abucheara por nuestra falta de energía. No tardamos en dejarlo atrás, a un ritmo deliberadamente más ágil. Al cabo de veinte minutos, paramos.

—Se nos ha esfumado la senda —confiesa Sissy mientras mira a su alrededor con preocupación.

—Deberíamos encontrar un lugar donde pasar la noche, ¿no? ¿Y qué tal hacer un fuego? —propone Epap con los dientes castañeteando.

—Debemos darnos prisa porque este frío va muy en serio.

—Tú y yo vamos por leña. Ben y Gene, os quedáis aquí...

—No —lo interrumpe Sissy—. Lo haremos todos juntos. No nos separemos ni un segundo, ¿de acuerdo? Este bosque nos quiere destruir, lo percibo.

Y nosotros también. Caminamos apelotonados; a veces nos rozamos los brazos o chocamos con los codos. No nos importa. Entonces, justo cuando el bosque amenaza con condensarse en la espesa negrura del alquitrán, vamos a parar a un claro. La cortina de árboles y oscuridad se atenúa. A lo lejos, la tierra desaparece y desemboca en un acantilado. Incluso desde donde estamos, puedo ver los lagos glaciares y las praderas del valle que hay abajo. Aun así, la vista se me distrae con otra cosa. En medio del claro, bañada por la luz del sol, hay una cabaña.

Las contraventanas de la cabaña están cerradas, y las hojas negras sellan los marcos. La puerta principal está pintada de color negro y parece que esté cerrada herméticamente. Sissy da un paso adelante en el claro. Ahora está pisando el césped.

—¡Sissy! —susurra Epap.

Ella se da la vuelta y nos hace señas para que esperemos donde estamos. Mientras los chicos retroceden hacia el bosque, yo la alcanzo.

—Lo estás enfocando mal —le susurro.

Ella se detiene.

—¿Por qué?

—No vayas a la puerta principal.

—Oh, por favor, no iba a llamar.

—No te acerques al porche siquiera. Seguramente chirriará. —No responde pero sé que está escuchando—. Yo iré por la derecha y tú por la izquierda. Si después de cinco minutos no oímos nada, nos reuniremos detrás. Y sólo si la parte de atrás está despejada intentaremos entrar por la puerta de delante.

Ella asiente y se separa. La nieve forma una dura costra en el suelo, y yo voy con cuidado al pisar. Una vez me encuentro en la parte lateral de la casa, me desplazo con precaución hacia las contraventanas. Espero un rato antes de poner el oído. No se oye nada. Parece que la cabaña está vacía. Cinco minutos después, me dirijo a la parte de atrás con cautela. Sissy ya está allí con la oreja pegada a la contraventana. Niega con las manos y la cabeza. «No hay nadie dentro.» Arquea las cejas. «¿Entramos?»

A pesar de nuestros esfuerzos por pisar con suavidad, la puerta principal chirría con nuestro peso. Sissy coge el pomo de la puerta, se estremece por el frío, y después lo agarra con firmeza. Gira la mano, y la puerta se abre con un sorprendente silencio. Entramos y cerramos. Es preferible impedir cuanto antes que la luz entre. Mejor no enturbiar las aguas. Estamos en un pasillo estrecho y oscuro, esperando a que la vista se adapte a la oscuridad. Estamos a la espera de oír sonidos no deseados: saltos, arañazos, o silbidos. Pero sólo hay silencio. Las sombras aparecen de manera gradual. Entramos de puntillas en la habitación que hay a nuestra izquierda, y las tablas de madera del suelo crujen bajo nuestras botas. Primero le echamos una ojeada al techo. Al primer atisbo de que allí hay alguien durmiendo, saldremos corriendo. Pero está vacío, sólo hay vigas. Como única decoración se distinguen una mesa y un armario grande de almacenaje. Con prudencia, nos metemos en la habitación que hay al otro lado del pasillo. El techo también está despejado de cuerpos colgantes durmientes. En una esquina hay un taburete de madera; el asiento circular parece un ojo que nos observa. Es un cuarto destartado, desprovisto de muebles, con olor a moho. En la parte superior hay unos aleros largos extrañamente siniestros. «En esta habitación ha pasado algo malo», pienso para mis adentros y me estremezco. Salimos.

Sólo queda una habitación, que se encuentra al fondo del pasillo. Sissy va dos

pasos por delante y al entrar echa la cabeza hacia atrás. La cara se le ilumina de esperanza. Hay una cama. Un colchón muy fino sobre un estrecho armazón y una manta pequeña contra la almohada como si fuera una camisa de serpiente. Busco una palanca para abrir las contraventanas. Se levantan con un chirrido. Entra la luz del día, con mayor fuerza de lo que recordaba, aunque unos nubarrones cubren el cielo por completo. Me fijo en un curioso artilugio que cuelga de la pared. Parece una cometa descomunal, una polilla monstruosa clavada en la madera.

Sissy está en la cama inspeccionando el colchón.

—¿Qué te parece?

—Creo que este lugar lleva bastante tiempo vacío. —Se pone a olisquear intentando detectar algún residuo de olor—. Haremos un búnker aquí esta noche. Cazaremos algo, encenderemos una hoguera, recargaremos nuestras reservas de energía y dormiremos toda la noche. En cuanto mañana se haga de día, saldremos a ver qué hay en los alrededores, por si encontramos algo más.

—¿Y si es esto? ¿La Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol?

Ella mira por la ventana.

—Pues lo será.

Miro la cama.

—¿Y dónde está él, entonces?

Más tarde, de noche, todos duermen en la habitación; los chicos, apretujados en el colchón y con los pies colgando, y Sissy hecha un ovillo en una silla de madera. Yo camino por el pasillo hacia otra habitación. Durante la cena —un par de marmotas que cazamos y asamos en un fuego— hemos debatido sobre si debíamos cerrar o no las contraventanas. Al final hemos optado por arriesgarnos a dejarlas abiertas —al parecer el túnel negro claustrofóbico aún nos afecta—. Me alegro de que lo hayamos hecho. El paisaje invernal, proyectado con un tono plateado de la luz de la luna, es relajante. Incluso el amenazante pico de la montaña confiere una calma majestuosa. Me arropo bien con el abrigo y aprecio la calidez que me ofrece. Es una de las prendas que hemos encontrado guardada en un baúl de madera que Ben descubrió debajo de la cama. Se puso a gritar de alegría cuando lo abrió y dio con abrigos de piel de conejo, bufandas, calcetines de lana y guantes. Y un extraño chaleco, cargado de mosquetones de arriba abajo.

La casa emite chirridos constantemente, pues las vigas de madera ceden en cuanto la temperatura desciende. Cuando Ben se metió en la cama, el ruido, que a veces es más fuerte, lo asustó. «No pasa nada —aún oigo la voz de Sissy en mi cabeza—, todo va bien.» Quizá tenga razón. Puede que sea así. El final, el destino, la tierra prometida. Esta cabaña, el claro, la montaña. En cualquier momento, mi padre llegará tras una caminata por las montañas y entrará.

Se oyen pasos en el pasillo. El sonido me sobresalta. Mientras me doy la vuelta, me raspo los dedos con las astillas del alféizar. Un pinchazo de dolor y aparto la mano. Me salen unas gotas de sangre. Es Epap, que mira soñoliento hacia el interior de la habitación; la luz de la luna le da de lleno en la cara. Yo estoy escondido entre las sombras y no me ve. Su expresión pasa a la perplejidad. Está a punto de darse la vuelta cuando ve algo al otro lado de la ventana. La cara le cambia de repente, su palidez desaparece, y se agacha.

—¿Epap?

Al oír mi voz pega un salto. Sin embargo, en lugar de regañarme, se pone el dedo índice en los labios. Después señala con la barbilla en dirección a la ventana. Encogido, me acerco a él. Hay alguien afuera, en medio del claro. Una figura oscura y grácil sobre la nieve blanca. Una chica. Que nos mira directamente.

La chica permanece tan inmóvil como nosotros. Es joven, tendrá unos trece o catorce años. Parece un elfo del bosque con su pelo corto de duendecillo y su aspecto aniñado. Lleva una bufanda negra atada al cuello, oscura como el caparazón de un escorpión negro. Mientras su vista va de Epap a mí y de vuelta a mi compañero, tiene una mirada inexpresiva.

—No hagamos movimientos bruscos —le susurro a Epap intentando mover lo menos posible los labios.

—Las contraventanas. Tenemos que cerrarlas.

—No hay tiempo. Se nos echará encima dentro de dos segundos si le damos un motivo.

Permanecemos muy, muy quietos.

—Y ahora, ¿qué?

—No lo sé.

La joven da un paso adelante. Se detiene. Con lentitud, levanta un brazo hasta que me señala con un dedo. Después lo vuelve a bajar.

—Voy a salir a hablar con ella.

—¡No!

—Tengo que hacerlo. La cabaña nos ofrece la misma protección que un farolillo. Si nos quiere, nos tendrá.

—No...

—Ella no sabe lo que somos. Si no, ya se nos habría abalanzado. Saldré y la embaucaré. Después la atacamos.

—Eso no va a...

—Es el único movimiento que podemos hacer. Ve a despertar a Sissy. Sin hacer ruido.

Abro la puerta. He vivido entre ellos durante toda mi vida. Conozco sus peculiaridades, y los puedo imitar a la perfección. Camino con calma, sin dejar que el miedo me traicione. En cuanto pongo un pie en el porche, hago una pausa en la zona oscura antes de salir a la luz de la luna con los ojos medio cerrados para mantener la emoción. Procuro que mis movimientos sean fluidos para no levantar nieve. Trato de poner una expresión tan insulsa como la luna. Los brazos me cuelgan a ambos lados sin balancearse. Y entonces me acuerdo. De la sangre en la mano.

Ella se mueve espasmódicamente. Me mira con un interés renovado y ferviente. Dobla los brazos, mueve la cabeza a un lado, primero entrecierra los ojos y después los abre. Da un paso hacia mí, después otro, y otro, hasta que sus piernas se convierten en un remolino. Con la cara radiante, viene corriendo por la nieve y el aire nocturno como el susurro de una maldición. Me preparo ante la eventualidad de que ella salte hacia mí. Al cuello. Es el primer sitio al que se lanzan. Desde atrás, por la puerta abierta, oigo a Epap: «Sissy, despierta, despierta, ¡despierta!». Su voz parece

tan lejana como las estrellas.

Y la chica... Algo va mal. Sigue corriendo. Aún no ha recorrido la mitad del trayecto. Sigue bombeando el aire con los brazos en lugar de dar zarpazos en el suelo a cuatro patas. Tiene el pecho agitado del esfuerzo, las nubes de nieve saltan a su alrededor. Entonces es cuando lo entiendo. La examino a medida que se acerca, y confirmo mis sospechas. Pero todavía no. Aún queda una última prueba. Es todo o nada. Levanto el dedo, el que tengo manchado de sangre. Su mirada se concentra en mi mano y se detiene ahí durante un segundo interminable. Después sin alterarse pasa a mi cara. No es una de ellos. Es de los nuestros.

—¡Eh! —grito sin saber qué más decir—. ¡Eh!

Y, aún así, continúa corriendo hacia mí. Detrás de mí oigo las pisadas sobre las tablas de madera. Están cada vez más cerca. De doy vuelta con los brazos en alto. Sissy corre por el pasillo. Veo su tenue sombra que levanta un brazo con el destello de una daga a punto de ser lanzada.

—¡Sissy, espera!

Pero ya es demasiado tarde. En cuanto traspasa el umbral, con un pie en el porche, ya la ha tirado. Como estoy en su trayectoria, tiene que lanzarlo a un lado para que haga efecto bumerán hacia el objetivo. No me espero. No hay tiempo. La trayectoria del puñal me da tres segundos. Salto adelante, hacia la chica. Ella viene hacia mí, y yo hacia ella. Oigo un zumbido, pero disminuye después, y acto seguido se hace más fuerte. La daga. Va en su dirección. Hacia nosotros dos. Me arrojo hacia ella y la cojo con el brazo por el pecho. Los dos caemos en la nieve. No ha pasado ni un segundo, y la daga vuelve a volar en nuestra dirección. No pierdo más tiempo.

—¡Sissy! ¡No!

Pero ella ya está echando el brazo hacia atrás y tiene otro puñal en la mano.

—¡Es como nosotros! ¡Es como nosotros!

Cuando tiene el arma a la altura de la cabeza, se detiene y poco a poco la baja. Los chicos salen desde la oscuridad de la cabaña. Con los ojos como plato y la frente arrugada, la chica se levanta y se limpia la nieve.

—¿Dónde está el Origen?

Me mira fijamente, y después a los otros. Sus ojos son de un gélido color azul penetrante, y no muestran ni un ápice de calor. Sin palabras, nosotros también la miramos.

—El Origen. ¿Dónde está el Origen?

Al final, tras otro momento de silencio, Ben decide hablar:

—¿De qué hablas?

Y ahora le toca a ella mirarnos confundida.

Por fin, Ben se atreve a lanzar la pregunta que todos tenemos en la cabeza.

—¿Quién eres?

Sólo nos lo dice después de entrar en la cabaña, mientras nos colocamos con torpeza alrededor de la mesa.

—Claire, como el aire.

Sissy, que la observa sin esconder su recelo, le pregunta:

—¿Vives aquí? ¿Ésta es tu casa?

La chica sacude la cabeza.

—Noray, nin.

Nos quedamos mudos contemplándola.

—¿Perdón? —le pregunta Sissy.

Pero Claire hace caso omiso y se vuelve hacia mí.

—¿Tienes el Origen?

—¿De qué hablas? ¿Qué es todo esto del Origen?

La pequeña barbilla le tiembla. Parpadea y sale de la habitación. Se dirige al pasillo y echa una ojeada. Cuando llegamos a donde está, la vemos volcar sobre la cama el contenido de la mochila de Epap con toda su ropa y el cuaderno.

—¡Eh! ¿Qué te crees que estás haciendo? —le recrimina Sissy, y le quita la bolsa.

—¡Decidme dónde está el Origen!

—¡No sabemos de qué hablas! —le explica Epap.

—¡Sí que lo sabéis! Krugman dijo que vendríais. Aseguró que tendríais el Origen.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién es Krugman?

Los chicos continúan acribillándola a preguntas. Pero yo no. Con el corazón en un puño, agarro de la cama el cuaderno, paso las páginas hasta llegar al retrato de mi padre, y se lo enseño a la muchacha.

—¡¿Es éste?! —grito. Todo el mundo deja de hablar y me mira—. ¿Es Krugman?

La chica mira el dibujo. Como si lo reconociera, abre un poco más los ojos, pero se limita a decir:

—No, no es él.

Eso me hunde en la miseria.

—El hombre que te habló de nosotros —pregunta Sissy—, Krugman, ¿vive aquí?

Claire niega con la cabeza.

—Vive lejos.

—Pues llévanos hasta él.

—Primero enseñadme el Origen. —Aunque su voz suena despreocupada, da a entender su obstinación—. Después os guiaré hasta él.

—Primero llévanos, y después te lo enseñaremos —zanjo. Ben me mira con curiosidad.

Entonces ella hace una pausa.

—Vale —responde con una mirada de sospecha—. Partiremos cuando salga el sol.

—Naray, nin. Salimos ahora.

Claire estudia mi rostro con detenimiento. Detrás de su mirada misteriosa e indescifrable, puedo ver que está pensando. Por un momento parece que le brille un pequeño atisbo de reconocimiento en los ojos.

—Muy bien. Coged vuestras cosas. Nos vamos.

Tenemos un montón de preguntas que hacerle mientras la seguimos, pero el esfuerzo que requiere mantener su ritmo hace que nos resulte casi imposible hablar. Ahora veo por qué quería esperar a la salida del sol. El viaje es mucho más largo de lo que imaginaba. Sumidos en la oscuridad, pasamos un arroyo borboteante y después salimos del bosque. Al subir, dejamos atrás la línea arbolada y cruzamos por un tramo de granito estéril. Pasamos horas andando por estos ondulantes domos de roca cuya superficie sorprendentemente lisa brilla como un grupo de calvas. Desde aquí la vista es magnífica: las cascadas bajan por los bruscos acantilados, y los bosques de abundantes coníferas conforman una especie de cojín en el suelo del valle. Sin embargo, estoy demasiado cansado como para apreciarlo. Y enfermo. La cabeza me da vueltas. Hasta con los azotes de viento gélido, el cuerpo me arde por la fiebre. La altura tampoco me hace ningún favor. Estoy mareado y aturdido. En un momento dado, nos encontramos con una subida pronunciada en el camino. Hay un par de cables metálicos perforados en el granito y los aprovechamos para subir. A mitad del trayecto, hacemos un descanso para recuperarnos un poco. Desde el vertiginoso ángulo de visión en el que nos hallamos, veo el distante río Nede que reluce como un hilo plateado, ridículamente pequeño e insignificante, mucho más abajo que nosotros. Continuamos con esfuerzo y llegamos a la cima en un estado de total agotamiento. En cambio, a Claire parece que la marcha no la ha afectado. Nos espera impaciente mientras nosotros intentamos recuperar el aire. Da patadas a las piedras que hay desperdigadas, y no deja de examinar nuestras mochilas. Sin duda, en busca del Origen, sea lo que sea.

Al final, cuando ya se acerca el alba y tenemos las piernas machacadas por el largo descenso, Claire corta a la derecha y se mete a toda prisa por una rendija estrecha que hay entre unas rocas grandes. Cuando salimos por el otro lado, es como si hubiéramos llegado a un planeta completamente distinto. A diferencia del viento inhóspito que hemos sufrido en la otra cara de la montaña, aquí nos da la bienvenida la tranquilidad de un bosque de secuoyas. Contentos, pisamos el suelo cubierto de hierba; admiramos el color de los árboles y los crisantemos esparcidos por aquí y por allá. Cada vez se oye más cerca el sonido amable de un riachuelo. Cuando llegamos a su origen, un arroyo de la montaña, Claire nos aconseja que bebamos. El agua es espectacular: dulce y de frescura cristalina. Una vez hemos saciado nuestra sed, continuamos con entusiasmo a un paso más rápido.

—Ya casi estamos —nos reconforta Claire.

Ahora el sol atraviesa los árboles. Los colores y las formas se mezclan con la calidez. Unos pájaros que no vemos cantan en lo alto de los árboles. Al doblar una curva, Claire ahueca la boca y se pone a cantar a la tirolesa. Nunca habíamos escuchado nada parecido. Ben no puede dejar de mirarla.

—Estoy avisando a la Misión. Les hago saber que os he encontrado.

—¿La Misión?

Ella no me contesta. Seguimos caminando durante diez o quince minutos. Y entonces, el bosque desaparece. Paramos en seco. Ante nosotros se erige una muralla de varios pisos de altura. Está construida con unas piedras enormes y la sostiene una combinación chapucera de hormigón, metal y troncos de árboles. El sol del alba surge poco a poco por las cornisas de las montañas, y con él queda al descubierto su mal estado. Tan sólo una torre, acorazada con unas placas de acero lisas y oscuras, en la esquina parece gozar de un buen mantenimiento. Arriba hay un gran ventanal con el cristal iluminado. Claire señala en esa dirección y nos explica que se trata del despacho de Krugman. Nos guía por las puertas abiertas, dos bloques metálicos de unos quince centímetros de grosor y de la altura de tres personas. A juzgar por lo oxidada que está la base en el suelo, hace mucho tiempo que no se han cerrado. Quizá muchos años. Claire se lleva las manos a la cara y se pone a cantar a la tirolesa. Ya estamos en el interior de la muralla.

—Guau —exclama Ben sin hacer mucho ruido, como si tuviera miedo de romper el espejismo. Dentro hay toda una comunidad. La luz rojiza del alba se extiende por todo el espacio y baña los tejados de paja de las casitas. Por fuera, parece que las viviendas resplandezcan tenuemente gracias a las chimeneas en el interior. El humo sale sereno a través de ellas. En una casa que tenemos cerca se abre una ventana, veo aparecer una cabeza, y después otra.

Delante de nosotros vemos un arroyo de agua cristalina. Por encima hay un puente de adoquines con incrustaciones de piedras talladas que brillan con la luz del alba como si fueran ojos que nos miran. Se abren más ventanas. De los marcos surgen cabezas grandes y pequeñas. Las puertas se abren de par en par, y se llenan de los cuerpos que salen en tropel.

Ben coge a Sissy de la mano.

—¿Sissy? —susurra emocionado.

—Creo que ahora todo irá bien —afirma mientras sonrío y le aprieta la mano.

La gente, que viste con ropa alegre y llamativa, sale de sus casas como peces de colores. Sin prisa pero sin pausa y con ojos relucientes, se aproximan cojeando de manera extraña.

—¿Cuánta gente hay?

—Somos doscientos.

Nos detenemos al pie del puente adoquinado; del otro lado, el pelotón de aldeanos hace lo mismo. Durante un momento nos quedamos mirándonos unos a otros. Sus

rostros rollizos tienen un aspecto saludable. Muchos, con el pelo despeinado, aún van en pijama. De sus mejillas emana calidez. Son un mar de sonrisas. Un hombre grandullón, con una barriga que le cuelga por la cintura, se separa de la multitud. Durante una fracción de segundo, se me paraliza el corazón. Queda claro que este señor corpulento no es mi padre. Él nos examina durante un segundo, después se echa hacia atrás, abre los brazos hacia los lados y suelta una carcajada. Se trata de una risa campechana y alegre. A medida que se acerca a nosotros por el arco del puente, su corpulencia es cada vez mayor. Con el rostro radiante, a mitad de camino, extiende un brazo y nos saluda con voz profunda y sonora.

—Bienvenidos a la Misión. Os estábamos esperando. —Se detiene a unos pasos. Su presencia es arrolladora y su carisma se desprende como gotas de lluvia que caen de un paraguas. Su silueta bloquea el sol a punto de salir; bajo su sombra, la temperatura baja un grado. Pero sólo por un instante. Cambia de posición de inmediato, como si se hubiera dado cuenta. Nos mira desde arriba, y su expresión sonriente duda. Intenta descubrir quién es el líder del grupo. Primero mira a Epap, pasa de largo a Sissy, se detiene en mí, vuelve a Epap, y después, al final, se concentra en mí reafirmando su sonrisa—. Me llamo Krugman. Es un enorme placer conocerlos. ¡Un gusto indescriptible! —Al darme la mano, fornida y musculosa, la mía desaparece. Aun así, tiene una piel suave, afeminada—. ¿Vamos? —Entonces se aparta a un lado y con el brazo nos indica el camino. El puente se arquea ante nosotros como un arcoíris que termina en un mar de sonrisas.

Al principio con precaución, pero cada vez con mayor entusiasmo, empezamos a cruzar. Después de haber pasado toda su vida en el Domo, Sissy y los chicos nunca han caminado entre una multitud, y la cautela los obliga a detenerse un momento. Desde aquí llegan unos aromas de comida que no había oído nunca hasta ahora. El estómago nos empieza a rugir.

—¡Tiene que ser esto! —grita Ben—. Tiene que serlo. La Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol. —Tira de la manga de Sissy—. Es aquí, ¿no? El lugar al que nos prometió traernos el científico.

Ella no dice nada pero se le ve un brillo húmedo en la mirada.

—Lo es, ¿no? —insiste David.

Por fin, apenas de manera perceptible, asiente.

—Quizá. Aún tenemos que...

Pero eso es lo único que necesitan oír David y Jacob. Acto seguido nos cogen de la mano y tiran de nosotros por el puente. El grupo se separa para permitirnos el paso, aunque sólo un poco. A medida que vamos pasando, los aldeanos se acercan a tocarnos, nos dan palmaditas en la espalda, mueven las cabezas con alegría y nos muestran sus sonrisas perfectas. Miremos a donde miremos, nos topamos con miradas de bienvenida y calidez. En un momento, Ben me tira del brazo. No para de sonreír, y las lágrimas le caen por las mejillas. Me está diciendo algo, pero con el clamor que hay a nuestro alrededor no logro distinguirlo. Me agacho y pillo una frase: «Tierra de

la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol, debemos...». Creo que está en lo cierto. Al salir el sol, y al empezar a hacer más calor y a extenderse la luz por la montaña, por la aldea y entre la multitud de personas sonrientes, al oír las risas confirmadoras que hacen que me vibren los huesos, al descubrir a Sissy sonriéndome con la pureza del cielo más azul, noto una sensación que no se parece a ninguna otra que haya experimentado antes. Siento que he vuelto a casa.

Krugman nos conduce por la aldea a través del camino principal de ladrillos y losas. Es un guía entusiasta, y se toma un tiempo en enseñarnos los nombres de los nuevos paisajes y sonidos. De cerca, constatamos que las casas, que tienen un entramado en la planta superior, se levantan sobre cimientos de piedra. Para decorar los alféizares hay macetas de cerámica con plantas silvestres, una pintoresca colección de lirios, altramuces, geranios, caléndulas y resedas. Todo está limpio y ordenado. Desde las ventanas de cuarterones nos observan literalmente sólo chicas jóvenes. Otro grupo más nos sigue, y algunas de las mayores me miran y susurran entre ellas. Epap no ha dejado de mover la cabeza de un lado a otro desde que hemos llegado. Además de Sissy, nunca había visto a otra chica, y la avalancha de féminas es una sobrecarga sensorial para él. Con una sonrisita burlona dibujada en la boca, se queda mirándolas boquiabierto.

Krugman nos enseña los edificios: los almacenes, la clínica, la carpintería, la maternidad y la casa de la ropa. Cada uno es ligeramente más grande que las casas residenciales. Al abandonar el extremo norte de la aldea, los edificios desaparecen de repente, y el camino de ladrillos y losas se convierte en el polvo sucio de la tierra agrícola. Un olor de sangre, carne y excrementos de animales invade el aire. En medio del terreno hay unas cabañitas. Sin mirarlas, Krugman se refiere a ellas como las barracas del matadero. Pasamos más campos de cultivo con filas ordenadas de trigo, patatas, coles y un surtido de manzanos, perales y ciruelos. Entre las hileras, se mueven unas figuras pequeñas como hormigas. Al rodear unas filas de zarzas y un campo de centeno, aparece sin previo aviso un lago glacial. El agua es cristalina; se ven las piedras de distintos colores de la orilla. Sopla una brisa de montaña que provoca ondas en la superficie parecida a un espejo y distorsiona el reflejo de las montañas, las nubes y el cielo. Atadas al pequeño muelle de troncos de madera flotante hay unas cuantas barcas. Para entonces el estómago nos ruge con más fuerza que nunca. Krugman sonrío al oírlo, y nos lleva de vuelta a la aldea atajando por unos prados.

Nos lleven a un gran comedor en cuyo interior se alinean filas de mesas y bancos vacíos. Unas chicas jóvenes nos traen platos de comida desde de la cocina; nos lanzan miradas furtivas mientras susurran el nombre de cada plato. Lo devoramos todo. Aunque no paro de toser, no me puedo refrenar. Tengo los ojos llorosos, la nariz me gotea, y la cabeza me da vueltas como un mosquito borracho. Aun así, no puedo parar de atiborrarme. Gachas, huevos revueltos con beicon y panecillos: así se llaman los alimentos que nos anuncian y nos colocan delante. Los aldeanos se quedan fuera apretujando las caras en las ventanas para observarnos. Imperan la belleza y la juventud. Y eso es justo lo primero que me sorprende. Esa rareza.

Aquí casi todos son mujeres y jóvenes. Estudio las caras a través de las ventanas: niñas, preadolescentes y adolescentes. Sólo hay unos niños desperdigados, y ninguno

pasa de los siete u ocho.

En cambio, en el interior del comedor el contraste visual es marcado. En lugar de chicas jóvenes, hay una docena de hombres calvos y barrigones, de entre cuarenta y cincuenta años de edad, dispuestos alrededor del perímetro de la sala. Ninguno se parece ni remotamente a mi padre. Son pálidos y barbudos, mientras que mi padre tenía una complexión musculosa e iba afeitado. En una esquina, a cada lado de Krugman, se sitúan dos hombres especialmente barrigudos. Parece que a nuestro anfitrión le ha abandonado toda la alegría. Tiene una expresión sombría y está de brazos cruzados. Le da un breve mensaje a uno de los hombres que hay a su lado y, a continuación, éste sale.

Y entonces veo los retratos. Hay una docena y están colocados por toda la pared, entre las ventanas. Unos óleos excelentes de hombres que posan solemnes con unos marcos de madera tallados a mano. Los miro por encima antes de centrar la atención en mi plato de comida. Me quedo paralizado. Con el corazón a mil por hora, empujo la silla y me levanto. Nadie parece advertirlo, ni Sissy ni los chicos, que están demasiado ocupados embuchándose la comida. Es el camino más lento, y el más largo. Un paso delante del otro con la vista clavada en un único retrato escondido entre las sombras. De golpe, el salón enmudece; todo el mundo me observa hasta llegar a la pintura como en un trance. Toso y expulso el pulmón entero de flemas, pero sigo adelante y el cuadro cada vez está más cerca. En mi estado febril me da la impresión que la cara flota en mi dirección. La oscuridad que la rodea se disipa como la niebla que se desvanece en el pico de una montaña. Surge un rostro musculoso de pómulos hundidos que me mira con ojos familiares, amables pero autoritarios. El pelo se le ha vuelto canoso, y las patas de gallo son más pronunciadas. Mi padre. Oigo unos pasos fuertes detrás de mí, que se detienen a escasos metros.

—¿Lo conoces? —pregunta Krugman.

Hago caso omiso de la pregunta haciéndole otra:

—¿Quién es?

—Es Joseph, uno de los superiores.

«Joseph, Joseph.» Repaso el nombre en la memoria, como si de este modo me fuera a traer algún recuerdo. Nada. La cabeza me da vueltas y me late con fuerza, debido a la fiebre.

—¿Dónde está? —pregunta Sissy, que está detrás de mí con la cara pálida. Atrás, los chicos están a punto de incorporarse, con la vista clavada en el cuadro.

—¿De qué lo conocéis? —pregunta Krugman.

Y yo hago la única pregunta que me importa, la que me ha perseguido durante años de silencio ininterrumpido y de infatigable oscuridad.

—¿Dónde está?

La voz de Krugman es arisca.

—Ya no está con nosotros.

—¿Dónde está? —Ahora es Sissy quien lo interroga, con tono urgente y miedoso.

El hombretón se vuelve lentamente hacia ella. Su enorme barriga se mueve como si fuera un continente.

—Falleció. En un trágico... incidente.

Doy un paso atrás, pero no siento que se me muevan los pies. Es como si no estuvieran en contacto con nada. Un pinchazo me agujerea la cabeza, como si me hubieran extirpado una parte del cerebro y me pasaran un tablón de madera por ese lado. De repente, la sala se ilumina con una luz roja que parpadea de manera hipnótica. Me desmayo en una espiral irritablemente lenta en la que veo sus rostros, manchas blancas y lunas, que se arremolinan en un mundo que se ha quedado vacío.

Mi padre me despertó de una sacudida en el hombro.

—¿Qué pasa?

Él parecía entusiasmado, y no me asusté.

—Vamos a salir.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Vamos.

—¿En serio tenemos que irnos? No quiero estar al sol.

—Ven, y punto.

Y por supuesto le hice caso. Me apliqué loción por los brazos y la cara, y me puse los zapatos y el sombrero con el ala baja para que me tapara hasta las cejas. Nos metimos los colmillos en el bolsillo. Por si acaso. Al abrir la puerta y ver la luz del día fue como si nos entrara ácido en los ojos.

Caminábamos por las calles sin gafas de sol. Éstos son los pequeños trucos que se aprenden con los años. No lleves gafas de día, porque te pueden dejar marca en la cara. Y, por el mismo motivo, no lleves reloj. Todas estas reglas son sacrosantas en todos los sentidos. Sin embargo, ese día, por alguna razón, mi padre rompió la más importante: si lo puedes evitar, no salgas a la calle durante un día sin nubes en el que brille el sol sin obstáculos. Lo miré fijamente esperando una explicación, pero no me dijo nada.

Cuando podíamos, andábamos bajo la sombra de los rascacielos, al amparo de los edificios. Por supuesto, las calles estaban vacías. El silencio se filtraba en las aceras de hormigón, los edificios de cromo y las entradas abiertas de cafés, tiendas y delicatessen. Mi padre entró por las puertas giratorias del Edificio del Dominio; con sesenta y cuatro pisos de altura era el rascacielos más alto de la ciudad. El Ministerio de Ciencia y la Academia de Conjetura Histórica tenían sus sedes allí. Que yo recuerde, era el lugar donde mi padre había trabajado siempre. Lo seguí. Transcurrió un minuto hasta que la vista se adaptó a la oscuridad del vestíbulo. Por poco me da un ataque de pánico, pues no lograba verlo.

—Aquí.

Entonces vi un puntito de luz de mercurio que perforaba la negrura. Él estaba al lado de los ascensores esperando a que se abriera uno. Aunque no había nadie alrededor, ni en el edificio ni en la ciudad, hablábamos con susurros.

—¿Qué hacemos aquí, papá?

—Es una sorpresa. Algo que llevo semanas planeando.

La puerta se abrió y mi padre insertó la llave en el botón del último piso. La planta de los ejecutivos en la que el acceso estaba restringido a unos pocos elegidos que tenían autorización. Lo miré sorprendido, y él me contestó rascándose la muñeca. El ascensor subió rápidamente y tuve que tragar saliva para quitarme la presión de los oídos. Antes de que el ascensor se detuviera, pasamos varias plantas en las que había

salas de lectura, laboratorios científicos, salas de conferencias y cabinas gubernamentales omnipresentes. Se abrieron las puertas. El sol lo invadió todo de inmediato. Mi padre me puso las manos en los hombros invitándome a avanzar hacia la luz feroz. Di un paso adelante. La luminosidad no me sorprendía. Ya había estado en esta planta por lo menos doce veces. A mi padre le gustaba alardear del lugar donde trabajaba. «Aquí es donde cómo», me decía. «¿Solo en la escalera, papá?» «Aquí es donde se guardan las escobas, la fregona y el aspirador. Aquí lavo las toallas, aquí guardo los productos de limpieza, y aquí está la basura.» Se lo conocía como la palma de su mano. Al salir del ascensor y adentrarse en la luz cegadora, se desplazaba sin vacilación. Me cogió del brazo y me llevó hacia la izquierda.

Los zapatos nos rechinaban sobre el suelo traslúcido. El brillo del sol se reflejaba sobre el metal, que se refractaba por las ventanas, en una prueba fehaciente de la profesionalidad y diligencia como conserje de mi padre. Se lo veía caminar con orgullo por el pasillo, con el sol salpicando por todos lados como en una piscina de diamantes. Esa planta, que alojaba los archivos y documentos más secretos, era la ubicación más segura de la ciudad: el punto más elevado sobre todos los demás. Se encontraba rodeada de un foso de iluminación durante el día. Era impenetrable para cualquiera. Salvo para nosotros.

En ese piso sólo había ocho despachos, cada uno de ellos separado por un cristal, y amueblados con mesas y sillas de plexiglás. Era como estar dentro de una pecera; podías estar al fondo de la planta y ver la otra punta. De noche, los ocupantes de cada escritorio —y lo que estaban haciendo— eran visibles para todos. Un gobierno transparente, solía bromear la gente. Los funcionarios del gobierno de más alto nivel trabajaban allí. Se pasaban la noche mirando la ciudad que se extendía a sus pies mientras ellos tenían la vista clavada en sus monitores, absorbiendo los números que tenían delante, moviendo la cabeza de derecha a izquierda, a veces de manera sincronizada. Tomaban una decisión tras otra. Se hablaban con desapego entre ellos. El único descanso que tenían en esa deprimente monotonía era la hora de comer, cuando mi padre les servía trozos de carne cruda bañados en sangre.

«Tengo que hacer una cosa rápida.» Eso era lo que siempre me decía mi padre cuando estábamos allí de día. Yo lo observaba ir y venir entre los despachos, encender pantallas, revolver entre archivos y, a veces, garabatear notas rápidas en su cuaderno. Por su espalda encorvada y los nervios con los que se movía, yo sabía que andaba metido en algo ilegal. El tipo de actividad que, en el caso de que lo descubrieran, lo llevaría directa y rápidamente al pelotón de ejecución.

Sin embargo, ese día no se coló en ningún despacho ni me hizo esperar en recepción. Atravesamos el vestíbulo de los ascensores y subimos por una escalera. Las paredes se cernían sobre nosotros, la penumbra me envolvía de nuevo, y no estaba preparado para la brusca irrupción del espacio abierto que me esperaba cuando mi padre abrió la puerta. Fue como si me arrojaran al cielo. Emocionado, no paraba de moverse. Al llevarme hasta el extremo, caminaba con un entusiasmo inusitado. A

través del techo de cristal sobre el que pisábamos se podían ver los despachos justo debajo de nosotros.

—¿Papá?

—Vale, para aquí. —Nos encontrábamos a tan sólo tres metros de la punta, lo suficientemente cerca como para ver la calle abajo—. Cierra los ojos.

—¿Papá?

—Cierra los ojos. —Sus pasos se alejaron de mí.

Hice lo que me pedía. Se trataba de mi padre y no tenía miedo. Poco después oí que se acercaba.

—Muy bien. Ya puedes abrirlos.

Así lo hice. Sostenía un gran cachivache con alas cubierto de paneles metálicos. Su mirada refulgía y esperaba mi reacción.

—¿Qué es?

—Un avión. ¿Recuerdas que te expliqué lo que era?

Desconcertado, me quedé mirándolo.

—¿Lo que vuela por el aire? ¿Te acuerdas? —Estaba decepcionado.

—Pero ahora no vuela. ¿Está muerto?

—No, tonto. Tiene control remoto —me explicó mientras me mostraba el mando que tenía en la mano, una pieza cuadrada con unas antenas largas—. Toma, sostenlo por encima de la cabeza. No, cógelo por aquí, de las alas. Así. Ahora levántalo bien arriba. Pase lo que pase, no lo sueltes. ¿Listo?

—Sí.

Entonces encendió el interruptor del mando. El avión empezó a traquetear entre mis manos de inmediato, resucitado, como un murciélago que se retuerce por liberarse.

—Tendrías que verte la cara —me dijo rascándose la muñeca con los dos dedos que tenía libres.

—¿Lo suelto?

—No, aguántalo. Cuando diga «ya», empújalo tan fuerte como puedas. En diagonal y hacia arriba, con todas tus fuerzas, ¿vale?

—Vale.

Esperé tranquilo hasta que la vibración me empezó a cansar los brazos. Justo cuando los iba a bajar, me gritó: «¡Prepárate!». Entonces sentí que se levantaba viento, me despeinaba, y me llenaba la camiseta como un globo. Mi padre siguió atento.

Después surgieron unas ráfagas que hicieron que se me agitara la ropa y que amenazaban con destrozar el avión que tenía entre las manos.

—¡Ya!

Y lo lancé por los aires. Tembloroso, salió volando. Las alas emitían un sonido parecido a un lamento. Pensé que se tambalearía y terminaría cayendo, pero logró estabilizarse y siguió su rumbo.

—¡Oh, papá! ¡Vuela!

Mientras hacía unos ajustes en los botones, asintió. Sin ser consciente de ello, los labios le temblaban un poco. Me quedé mirándolo. Fue la vez que estuve más cerca de verlo sonreír. El avión se elevaba cada vez más en el cielo. Mi padre me pasó el mando. Estuve a punto de tirarlo, no por sorpresa sino por miedo. Colocó sus manos sobre las mías.

—Aprieta este botón.

—¿Qué hace?

—Lo pone en piloto automático.

Nos quedamos mirando mientras el avión cada vez se hacía más pequeño en la distancia, parpadeando como una estrella en un cielo iluminado por el sol.

—¿Adónde va, papá?

—Allí —señaló con la mano.

—¿A las montañas del este?

Asintió. Y entonces pronunció unas palabras que me asustaron.

—No olvides este momento.

—Vale.

Pero no se dio por satisfecho.

—No olvides nunca adonde se dirige. Quiero que lo recuerdes, ¿vale?

—Sí. —Lo miré—. ¿Adónde va?

Sobrevino un silencio tan prolongado que pensé que no me había oído, pero entonces susurró unas palabras que creo que no quería que oyera. «A casa.» Por un momento tuve la impresión de que iba a decir algo más. No una simple palabra o una frase, sino algo que iniciaría todo un torrente de ideas. La angustia se apoderó de mí. Por mucha curiosidad que sintiera, me di cuenta de que no quería saber ni oír la fetidez de las confesiones que llevaba ocultando tanto tiempo, los secretos guardados con tanto cuidado.

«Esto no me gusta —pensé—. Esto no me gusta en absoluto.»

Sin embargo, mi padre cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, con los párpados bien arriba, tenía una expresión de decisión.

—Recuerda adónde va el avión, ¿vale?

Ese día la dirección del artilugio no me pareció destacable. Como si mi padre hubiera escogido el destino a la fuerza o hubiera permitido que el viento determinara su curso al azar. Pero años más tarde supe que lo había hecho adrede. Con cualquier otro rumbo, el avión habría terminado cayendo en el desierto inacabable. Sólo si iba hacia el este tendría otro fin: hacia los prados verdes de las montañas, el azul de los lagos glaciales y el blanco de la nieve mezclado con el resplandor rojo de la luz del alba.

Voces remotas, y después el silencio. Con cuidado, me colocan por encima del cuerpo tembloroso y helado una burda manta a la que me aferró con manos ardientes. Me desvanezco...

... y emerjo a la superficie desde el calor gris. Un brillo de sudor me empapa la ropa. Incluso en mi estado febril, siento el paso del tiempo: el peso de las noches y los días que han transcurrido, las salidas y las puestas de la luna y el sol. Una vez, dos veces, me aplican en la frente ardiente una compresa fría que chisporrotea al contacto. Unas voces suaves murmuran en la penumbra antes de ir apagándose en el silencio. Una mano fría, refrescante y agradable, se desliza sobre la mía como una canica. La agarro con fuerza mientras desciendo al pozo febril de calor y frío...

Horas —¿días?— después, logro abrir los ojos. La habitación, aplastada como un lienzo bidimensional, ondea como una bandera que sopla a ráfagas. Un rostro se cierne sobre mí. Es Ashley June. Su aspecto es pálido y enfermizo. El color de su cabello ya ha desaparecido. Entonces, la cara se transforma en el perfil de Sissy. Sus ojos marrones me observan con preocupación. La habitación se inclina y cierro los párpados. De un lado me llega el sonido vago de agua que salpica. Me aplican una toalla mojada en la frente ardiente. El mundo se bambolea hacia las tinieblas...

... y abro los ojos con esfuerzo, debido a los restos que tengo incrustados. Ha pasado un día, una noche, desde que los abrí por última vez. Y casi de inmediato, empiezo a hundirme de nuevo en la cámara oscura, pero no antes de ver a Sissy que mira por la ventana sin saber que me he despertado. La luna le baña el rostro tenso. Y atemorizado. Algo va mal. Me escabullo...

Me despierto. Siento como si hubiera renacido; por primera vez en muchos días, tengo la mente lúcida, y noto el cuerpo, recuperado aunque débil. Me toco la frente. Está fría y seca. La fiebre ya ha pasado. Respiro y siento el traqueteo de la flema que tengo alojada en las vías respiratorias. El sol se filtra a través de las pesadas cortinas. Me encuentro en un cuarto pequeño, con paneles de madera, que termina en una gran alcoba. Sissy está dormida en un sillón de piel. Tiene la boca abierta, y la manta le sube y baja. Me esfuerzo por incorporarme, la fuerza me va mermando.

—Con cuidado, poco a poco.

En un abrir y cerrar de ojos, llega a mi lado y me pone la mano por debajo de la cabeza para que me vuelva a tumbar.

—¿Cuánto tiempo? —grazno. Tengo la voz áspera. No parece la mía.

—Has pasado tres días así. Los dos primeros estabas muy grave. Ardías. Para serte sincera, no pensábamos que fueras a recuperarte. Toma, bebe un poco. —Me sostiene un bol a la altura de los labios—. Anoche te bajó la fiebre.

—Ya lo tengo. —Pero el bol pesa una tonelada, y estoy a punto de tirarlo. Sissy pone sus manos sobre las mías para ayudarme. Tomo unos cuantos sorbos y me apoyo en la almohada. Una ola de calidez me recorre el cuerpo.

Sissy está agotada. Lleva el pelo hecho un desastre; unos mechones se le pegan a las mejillas como si los tuviera estampados. Tiene bolsas en los ojos, y la tensión se le marca en el rostro. Algo va mal.

—¿Es por la mañana o por la tarde?

La pregunta la pilló desprevenida.

—No sé, he perdido la cuenta. —Mira por la ventana—. Parece que es por la tarde. —Estudia las ventanas del otro lado del cuarto—. Sí, eso es el oeste, así que es por la tarde.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Y los chicos?

—Por ahí.

—¿Están bien?

Asiente.

—Mejor que bien. Se han adaptado perfectamente al lugar. —Intenta esbozar una sonrisa, pero la tensión en los labios se lo impide—. Les encanta. No podrían estar más contentos.

—Entonces ¿es esto en serio? ¿La Tierra de la Leche y de la Miel?

Me dice que sí con la cabeza, y se queda callada.

—Sissy, ¿qué ocurre?

—No, nada. Es genial. La fruta y el sol. La tierra prometida. Todo está aquí.

Pero ya no me mira a los ojos.

—Cuéntame —insisto con delicadeza.

Ella se muerde el labio inferior y cambia de postura en la silla. En voz baja confiesa:

—En este lugar pasa algo extraño.

Me incorporo.

—¿Qué quieres decir? —Tengo flemas en el pecho, y empiezo a toser con fuerza. Ella se coloca a mi lado y me da golpecitos en la espalda—. Sissy, cuéntamelo.

Ella sacude la cabeza.

—Necesitas descansar.

Le cojo la mano.

—Dímelo.

Está dubitativa.

—Es difícil identificarlo. Nada demasiado importante, sólo varios detalles.

—¿Los chicos también lo han notado? ¿Epap?

Una punzada de frustración le atraviesa la mirada.

—Aquí hay demasiada comida y distracciones. Ayer le saqué el tema, y no tenía ni la más remota idea. Me dijo que lo dejara, que no me pusiera paranoica. Que me relajara y disfrutara del lugar. Pero no puedo. Aquí hay algo que no cuadra.

Justo entonces se oyen unos pasos al otro lado de la puerta. Se abre. Un hombre entra tropezando en la habitación. Es alto, y va ligeramente encorvado, como si su estatura lo avergonzara. Sissy se pone rígida.

—¿Qué haces aquí?! Esto no está bien. ¡No está bien!

—¿Qué pasa?

Entonces el hombre me mira.

—¡Estás despierto! —Sí.

Pestañea durante un rato.

—Soy el superior Northrumpton. He estado cuidando de ti. —Arrastra las palabras y tiene los ojos rojos. Incluso desde la cama me llega el olor a alcohol que le sale de la boca. Tropezaba con la ventana, y forcejea con el pestillo. Se apoya en el alféizar y canta a la tirolesa ahuecando las manos en la boca. Hasta eso suena torpe. Entonces se da la vuelta—. Por favor, arréglate. Cenaremos dentro de unos minutos. Un grupo de chicas te acompañará hasta el salón de banquetes. —Señala un armario—. Tienes ropa limpia de tu talla. Te dejaré solo para que te puedas cambiar. Pero date prisa.

—Debería quedarse en la cama —aconseja Sissy—. Está débil. Le podemos traer la comida.

El superior, irritado, junta las cejas.

—Cenará con todos nosotros en la sala de banquetes. El gran superior Krugman estará encantado de ver que Gene ya se encuentra bien. Contento con los cuidados que le he ofrecido. —Se lame los labios. Y ahora centra la atención en Sissy—. ¿Y qué haces tú en esta habitación? No deberías estar aquí.

Ella se pone tensa pero no dice nada.

—Vámonos. Ya.

Sale de la habitación y deja la puerta abierta. No se oyen más pasos. Está parado al otro lado esperando en el pasillo a que Sissy lo siga.

Ella se inclina sobre mí, me mira seria, y susurra:

—Oye, tienes que saber una cosa.

—¿Qué?

—Es sobre tu pa... —Mira hacia la puerta—. Sobre el científico.

Y con esas palabras parece como si el aire de la habitación se evaporara. Ahora me acuerdo. Los labios gruesos de Krugman abriéndose, su aliento pernicioso en mi nariz, sus palabras en mis oídos: «Falleció. En un trágico... incidente». Mi padre. Muerto. Otra vez. Por segunda vez en mi vida, debo llorarle, echarlo de menos, sentir que me ha abandonado. Experimentar el vacío que ha dejado en el mundo. De repente me cuesta respirar. Sissy coloca su mano sobre la mía; la suavidad me resulta familiar. Ahora me doy cuenta. Era ella quien me acariciaba durante los últimos días y noches; un bálsamo fresco sobre mi piel que ardía. Fue ella quien me cuidó y me curó.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa con él?

Se oye chirriar una tabla del suelo en el pasillo. Justo un instante después, el superior vuelve a aparecer en la puerta.

—¡Ya!

Sissy se levanta para irse, pero yo le agarro la mano. Necesito saberlo. Al ver mi expresión seria, se detiene; coge una toalla húmeda y hace como si me la fuera a colocar una última vez. Se inclina hasta que sus labios están a la altura de mis oídos.

—Fue un suicidio. Nos dijeron que se había colgado en la cabaña.

«¿Cómo?»

—Lo siento mucho.

Cuando el superior se acerca a nosotros, se oye un chirrido más fuerte.

—Luego hablamos —me propone Sissy a toda prisa mientras me aprieta la mano antes de irse. Oigo sus pasos alejarse sobre las tablas de madera. Me quedo solo, sumergido en el silencio.

¿Un suicidio? No tiene sentido. Mi padre valoraba la vida. Desde que era pequeño me transmitió su sagrada importancia. Durante la existencia infernal que vivimos en la metrópolis, rechazó el camino más fácil que le ofrecía la muerte. Luchaba a diario por sobrevivir un día más. Vivir era un dogma para él.

Y si pensó en seguir vivo en esa ciudad miserable durante tantos años, ¿por qué iba a suicidarse aquí, en la tierra prometida?

De repente un coro de voces femeninas entra por la ventana e interrumpe mis pensamientos.

Las campanillas tintinean,
el sol en las cucharas centellea.

A todos nos dice:

Hora de comer una cena sublime.

Sus voces trinan en una fusión perfecta. Retiro las cortinas de la ventana y las veo justo ahí. En dos filas de diez, forman un semicírculo ante mí. Me dan una serenata. Sus rostros están radiantes, como salidos del aire fresco de la montaña. Miran sonrientes hacia el segundo piso. Me aparto de la ventana y me apoyo en la pared donde no pueden verme. Sus voces siguen arrollándolo todo. Quiero cerrar las ventanas. La oscuridad de mi interior está en guerra con la luminosidad del exterior, las sonrisas y la armonía.

Tres canciones después, salgo con dificultad. La luz del sol me hace cosquillas en la cara y es agradable. La brisa de la montaña hace que me espabile y la moral se me ponga por las nubes. Sissy está a un lado, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Pensaba que el coro dejaría de cantar cuando saliera, pero siguen incluso cuando les hago una seña para que paren. Sus rostros redondos y angelicales se

sonrojan cuando se encuentran nuestras miradas. Sin embargo, eso no les impide quedarse mirándome fijamente. Con la boca y los ojos abiertos, parece que estén en un estado de asombro perpetuo. El doctor observa:

—Aquí todo es belleza, paz y armonía. Ésa es la esencia de la Misión.

Después de la última canción, el coro se separa y una chica se me acerca.

—Por favor, nos gustaría que nos acompañases a cenar.

—Sí, creo que lo he pillado. —Intento sonar agradecido y bienintencionado. Sus mejillas se vuelven de color carmesí.

—Sígueme.

Bajo la luna creciente que se empieza a dejar ver, el grupo de chicas nos acompaña a Sissy y a mí por la calle de adoquines. Todas y cada una de ellas sonríen profusamente, y sus dientes blancos brillan al sol. De camino a la plaza principal, me fijo en un detalle curioso: veo que caminan como patos.

—Es su manera de andar —me explica Sissy—. Les pregunté el porqué, pero no me hicieron caso. Como hacen con todas mis preguntas. —Baja la voz—. Creo que tiene que ver con sus pies. Son muy enclenques.

Tiene razón. Sus zapatos, que sobresalen por debajo de sus vestidos, son diminutos. En la calle hay más filas de chicas, la mayoría con mejillas rollizas y barrigudas. Y es entonces cuando lo entiendo. Lo que antes había tomado por flacidez es otra cosa: están embarazadas. De hecho, una vez empiezo a prestar atención, mire a donde mire, veo a chicas andando como patos con sus barrigas regordetas en diferentes estados de gestación. Por lo menos, una de cada tres. Todas ellas sonríen, con las bocas abiertas, enseñando sus filas idénticas de dientes brillantes y perfectos.

—¿Estás bien?

—Sí. —Sacudo la cabeza para aclarar las ideas—. ¿Dónde está la pandilla?

—Seguramente ya estarán en el comedor. No han dejado de comer desde que llegamos aquí. Como prueban sus barrigas protuberantes.

«Como todo el mundo aquí», estoy a punto de decir, pero justo entonces entramos en el salón de banquetes. Lo que me sorprende de inmediato es lo lleno que está si se compara con la primera vez. A lo largo de la sala se distribuyen cuatro mesas largas con bancos de roble a cada lado. En cada una de ellas, de punta a punta, se sientan las chicas de la aldea y un batallón de niños pequeños. Está a rebosar, pero el orden y el silencio se mantienen. El sol entra por los altos ventanales que llegan hasta las vigas; la luz corta en diagonal todo el espacio. Me llevan hasta la parte de delante y me hacen subir a un escenario. Allí los chicos están sentados alrededor de una mesa. Sissy tiene razón: todos han ganado unos kilos. Tienen las caras más redondas y una expresión de languidez y descanso.

—¡Ben! —exclamo al sentarme—. ¡Qué mejillas! ¡Parecen globos!

Todos en la mesa se ríen. Jacob se une a la diversión:

—Parece que los cinco kilos que has engordado te hayan ido única y directamente a las mejillas. —Se le acerca y le pellizca la cara con bondad.

—¿Cuántos días llevamos aquí? ¿Tres días o tres meses? ¡Mirad cómo os habéis puesto!

Ben echa la cabeza atrás y sonrío.

—No puedes echarnos la culpa. Aquí la comida es ridículamente deliciosa.

La nuestra no es la única mesa que hay sobre el escenario. En la zona frontal hay otra con unas patas tan robustas y majestuosas que parece que salgan del propio estrado. Sobre un mantel almidonado en exceso, reluce la cubertería de plata entre los platos.

—Los superiores se sientan ahí —explica Jacob sin apartar la vista de las puertas de la cocina. En ese preciso instante, un grupo de superiores entra en el salón. De inmediato todo el mundo se pone en pie y bajan las cabezas en señal de deferencia. Ellos entran despreocupados, con sus barrigas rotundas colgando por encima de los cinturones. Krugman es el último. Sus compañeros sólo se sientan cuando él lo ha hecho y, acto seguido, los secundan los demás. Todo se lleva a cabo con una calma sorprendente. Hasta los bancos hacen el mínimo ruido al desplazarse. Después, todos permanecemos completamente inmóviles. Por fin Krugman coge una jarra y se levanta. Y entonces advierto que Sissy no está con nosotros. Ahora que lo pienso, ha desaparecido de mi lado poco después de entrar en el comedor.

—De nuevo hoy nos reunimos aquí para celebrar la llegada de nuestros inquebrantables viajeros. Han realizado un largo trayecto, y han sido muchos los peligros que han tenido que sortear para llegar hasta nosotros. Una llegada tan milagrosa se merece una celebración, todas las veces que haga falta. Pues nuestros hermanos, que una vez estuvieron perdidos, ahora se encuentran aquí.

Cuando hace una pausa, se produce un gran aplauso. Nos mira a los cinco con cariño.

Me inclino hacia Epap.

—¿Dónde está Sissy?

—Chist —responde sin apenas mirarme. Tiene la mirada clavada en Krugman.

—Aquellos de nosotros que hemos tenido la suerte de conversar con ellos podemos dar fe de lo siguiente: son almas amables, inteligentes, atentas y sensibles que se han convertido en guerreros por mérito propio. Démosles la bienvenida como haríamos con un miembro de la familia: con calidez, tendiéndoles la mano y arropándolos con alegría para que formen parte de la comunidad de la Misión. Hoy estamos contentos —alza la voz con gesto dramático—, pues Gene, líder valiente de nuestro grupo de nuevos amigos, se ha recuperado por completo de una de las enfermedades más debilitantes. Le damos gracias al superior Northrumpton por su habilidad y persistencia al devolverle la salud a Gene. Me alegra comunicaros que el joven abandonará la clínica para residir en una casa que todavía está por decidir.

Northrumpton hace un gesto de reconocimiento con la cabeza.

—Oremos. —Y entonces todo el mundo baja la cabeza—. Gran Proveedor, en el día de hoy te damos las gracias por la abundancia de comida y de bebida, de alegría y

de sol que nos ofreces fielmente cada día. Te damos las gracias por haber hecho que nuestro nuevo hermano Gene recupere la salud. Rezamos porque, en tu sabiduría y precisión, nos libres el Origen para nuestro cuidado fidedigno. Grandes son tu fidelidad, tu compasión, tu amabilidad y tu protección hacia esta comunidad.

Le hace un gesto a una chica que permanece al lado de las puertas de la cocina, y casi de inmediato aparece un río de platos que llevan las camareras. Caminan como patos.

—¿Dónde está Sissy? —le pregunto a Jacob, que está al otro lado. Sólo me escucha a medias porque está concentrado en la comida que traen.

—Sentada con las otras chicas en la parte inferior —murmura sin interés—. No se permite la presencia de mujeres en el escenario.

—Deberías haber insistido para que Sissy...

Pero ya no me escucha. Se ha dado la vuelta y está apoyado sobre David. Señala los primeros platos que llegan en nuestra dirección. Examinó las filas de chicas. Ahí. En el fondo, perdida entre un mar de jovencitas. Sissy está sentada en mitad de una fila, tan callada como las demás. Intercambiamos las miradas tan sólo un segundo. Después, una fila de camareras llega a mi mesa y me bloquea la vista.

La comida, que llega en poco tiempo a nuestra mesa y que devoramos casi con la misma velocidad, es increíble. Nos la sirven muy caliente. Aún sale vapor. Los platos tienen nombres exóticos que la camarera anuncia al servirnoslos. Los chicos los atacan apenas tocan la mesa.

—¡Epap! ¡Deberíamos traer a Sissy con nosotros!

Él sacude la cabeza con las mejillas abultadas.

—Está bien. Las chicas comen abajo. Está en los estatutos —dice con la boca llena. Incapaz de mantener el ritmo de platos que salen de la cocina, se atiborra con aún más comida. Al cabo de poco, yo hago lo mismo. Me doy cuenta de que estoy hambriento, señal de que ya me he curado. No dejan de salir guisos: calientes, carbonizados, carne de ardilla, conejo, cerdo y vaca; todo ello acompañado por las salsas más succulentas y tentadoras.

—¿De dónde salen todos estos alimentos? —le pregunto a nadie en concreto, y ninguno se molesta en responder. Después de dos postres, nos apoyamos en las sillas, saciados. Desde el fondo de la sala se oye una campana; de golpe, todo el mundo deja los cubiertos. Se retiran los bancos y los aldeanos se levantan. Sólo los superiores permanecen sentados, y siguen comiendo.

Una chica arrastra los pies hasta el centro de la sala.

—Lectura de los estatutos —proclama con voz alta y clara—. Número uno.

—Permaneced en grupos de tres o más personas —braman al unísono todos en la sala—. La soledad no está permitida.

—Número dos —grita la chica.

—Sonreíd siempre con la alegría del Proveedor —responden las chicas.

—Número tres.

—Mostrad la misma obediencia a los superiores que al Proveedor.

Permanecen de pie hasta que uno de los superiores, aún masticando, se levanta.

—Tenemos magníficas noticias. Hoy celebramos los cumpleaños de Cassie, Fiona y Sandy. Esta noche las dos primeras dormirán en las instalaciones de la taberna. Sandy hará allí la siesta.

No se oye ninguna respuesta por parte de las chicas. El superior se sienta. En ese momento, los aldeanos salen fila por fila. En las puertas de salida, una chica sujeta una pizarra grande. Al pasar al lado, las muchachas aminoran el paso para leer lo que dice.

—¿Qué es eso?

—Sus tareas diarias —me explica Epap—. Cada día se le asigna a cada aldeano una casa diferente en la que realizar un trabajo específico: costura, atención en la maternidad, cocina..., lo que sea. Los superiores afirman que es positivo ser experto en todas las tareas. Por eso las distribuyen completamente al azar. Nunca sabes con quién te tocará, ni al lado de quién dormirás, ya que pasas la noche en la misma casita donde has trabajado ese día. Si te toca la casa de la ropa, pasas allí la noche. Ayuda a fomentar el espíritu de comunidad. Hace que todo esté cohesionado.

Después de cenar, Krugman y otros más me llevan a hacer un recorrido por la aldea. Como Epap y los demás ya están familiarizados con la geografía de la Misión, salen dando brincos. A Sissy no se la ve por ningún lado. Cuando pregunto por ella, los superiores se limitan a encogerse de hombros. A diferencia de las chicas, ellos tienen pies firmes. Dan zancadas grandes con naturalidad, pisan el camino de adoquines y ladrillos con una confianza enérgica.

—En esta aldea nos enorgullecemos de dos cosas —destaca Krugman mientras mueve sus brazos rechonchos hacia delante y hacia atrás—: La comida y las canciones.

En ese preciso instante, uno de los superiores suelta un eructo colosal, nauseabundo y húmedo, con hedor a huevos podridos y leche agria que sigue su rumbo a nuestro alrededor.

—¡Eso no es ninguna canción! —se ríe uno de ellos, mientras los otros sueltan carcajadas de aprobación.

—Esto de aquí —indica Krugman a continuación— es la sección culinaria de la aldea. Basta olisquear un poco para saber dónde estás. Se puede engordar con tan sólo respirar estos agradables perfumes. —Señala las casas—. Vamos, echemos un vistazo.

Entramos en la más cercana, la panadería. El aroma a pan horneado, rosquillas y cruasanes invade el aire. Soy el primero en entrar. Alcanzo a ver sus expresiones justo antes de que las chicas se den cuenta. Severas, sombrías, como si se les hubiera ido todo el color, dejando todo el gris para la cocina. Entonces se ponen a sonreír. Sus voces son alegres, como si se hubiera encendido una luz.

—¡Bienvenidos! ¡Qué agradable sorpresa! —nos saluda una de ellas corrigiendo

la expresión y moviéndose con vigor.

—Preparadles unos dulces a nuestros queridos invitados. ¡A toda velocidad! — grita Krugman con contundencia. De la boca le sale polvo de harina como si fuera la respiración helada en invierno.

Nos ofrecen surtidos de madalenas y suflés. Todo está delicioso. Cuando nos vamos, las chicas nos dan las gracias por la visita y se inclinan con las manos unidas a la altura del regazo. Todo el mundo sonrío.

—¿De dónde sacan toda esta comida? —le pregunto a Krugman al salir a la calle. Pasamos a un grupo de chicas que llevan cubos de agua; al vernos sonrían y se inclinan—. El chocolate, la masa, el azúcar, todos los ingredientes. —Como mi anfitrión no contesta, continúo—. He visto muy poca tierra de labor. ¿De dónde viene?

El me contempla lleno de júbilo, como si el puro gozo fuera respuesta suficiente.

—Tiene que venir de algún lugar.

—El buen Proveedor es fiel. Sus provisiones llegan cada mañana, cada mañana.

—No creo que...

—¡Ya hemos llegado a la siguiente parada! ¡El sector de la canción! —ruge Krugman apartándose de mí. Dos superiores me miran fijamente. Tienen una expresión corrosiva—. Estas casas de aquí son la niña de mis ojos. Es donde ensaya el coro. Sólo las chicas con más talento musical tienen acceso. ¿No las escuchas? — Abre la puerta y acto seguido la música cesa.

—Superior Krugman, estamos muy contentas de que se haya dignado a visitarnos —exclama la chica que se sienta al piano. A juzgar por la protuberancia de su vientre, parece que esté por lo menos de siete meses.

Krugman sonrío.

—Le estaba contando a nuestro invitado lo especial que es este grupo. Confío en que no le decepcionéis.

—Por supuesto que no.

Siguen intercambiándose cumplidos. Después se ponen a cantar. Las sonrisas más dulces aparecen pegadas en sus rostros. Lo mismo ocurre en cada una de las casas que visitamos: en la carpintería, en el granero, y en la de corte y confección, donde las chicas aprenden a tejer, a bordar, a hacer ganchillo, macramé y punto de cruz. Todas nos saludan inclinando la cabeza y de forma forzada. Hasta las jóvenes que nos cruzamos por la calle principal muestran la misma simpatía acartonada: exhiben la dentadura y sonrían al suelo. Sólo los bebés de la maternidad —filas y más filas de cunas ocupadas— se desvían del guión de charla trivial con sus gritos estridentes de desagrado.

La visita guiada termina con la llegada de la noche. Fijo en las montañas como una película de polvo púrpura, el resplandor del atardecer queda borrado por el comienzo de la oscuridad. Casi todos los superiores se retiran. Se excusan

argumentando que tienen una reunión, y se dirigen a la taberna. Me quedo con dos de los más jóvenes, callados y abatidos. Las farolas parpadean.

—Lo llevaremos a su nuevo alojamiento.

—¿Dónde están mis amigos?

Niegan con la cabeza.

—Allí no hay lugar para usted. Nos han dado órdenes de que lo llevemos a otro lugar. Le gustará. Es una casa nueva, recién acabada de construir. No hay nadie. Tendrá mucha privacidad.

—Preferiría quedarme con mis amigos. No veo por qué tengo que estar solo.

—Vamos. No será el único que lo esté. La chica, ¿cómo se llama...?, la pelagatos, Sissy. Está en la granja.

Entonces me detengo.

—¿No está con los chicos?

—Tiene los pies grandes. No se permite dormir en las inmediaciones del pueblo a ese tipo de chicas. Deben dormir fuera, en la granja. Está en los estatutos.

—Hablando del rey de Roma. Ahí está.

Sissy está con un grupo de diez chicas. Justo detrás de ella aparece un superior que la observa con una concentración sobrecogedora. Sus brazos rollizos le salen del chaleco como si fueran bolas de sebo peludas.

—¡Eh, Sissy!

—Hola, Gene. —En su voz noto un tono lastimero. Entonces el superior la aparta. El grupo continúa por el camino de adoquines. Las observo desaparecer en la oscuridad antes de reaparecer, más pequeñas, en la siguiente farola. En la última, Sissy se da la vuelta para mirarme. Su rostro es pálido y diminuto. Me está diciendo algo. «Ven a buscarme.» Después desaparece del haz de luz, y la penumbra se la traga por completo.

Ashley June me visita mientras duermo. Se trata de un sueño extraño que roza la línea difusa de una pesadilla en toda regla. Vuelvo a estar en el Instituto de Hepers, en la biblioteca aislada donde me alojaba. El olor a humedad del polvo, de los libros mohosos y de las páginas amarillas inunda el aire. Ella emerge de la oscuridad con un vestido de novia con crinolina. Desciende desde el techo. Su rostro es de un blanco iridiscente, y su expresión es de una tristeza insoportable. Sus ojos, preternaturalmente grandes, están anegados de lágrimas y lápiz de ojos. Pero no llora cuando me toma la mano. No, no me coge la mano, sino la muñeca; y ésa es la primera señal de que algo va mal. Pasamos majestuosos por el camino de adoquines que lleva al Instituto. A cada lado hay hileras de empleados que nos miran con expresión sombría, desinterés y el cuerpo encorvado por el cansancio. Como si llevaran mucho tiempo esperando a que pasáramos. Nadie habla. Hasta el viento que levanta la arena de las llanuras del desierto permanece en silencio. Entonces entramos en el edificio principal. En el vestíbulo, en cuanto pisamos la alfombra —la sensación de la seda debajo de los pies descalzos es tentadora, como si cada hilo se frotara por separado contra mi suela—, vemos a los cazadores, que nos reciben en silencio. Están colgados boca abajo, se rascan las muñecas sin prisa, y sus cuerpos se balancean ligeramente como animales muertos colgados al aire. Las heridas que tienen de nuestro último encuentro violento me miran boquiabiertas: cortes en los muslos, el pecho, y cabezas agujereadas como cráteres. Crimson Lips está colgada aún con el arpón clavado. Mientras susurra una y otra vez «Gene, Gene, Gene», veo sus labios de color rojo vivo. Durante todo el tiempo, Ashley June no me coge la mano sino la muñeca. Tiene las puntas de los dedos terriblemente afiladas y me rasca la piel. Como si todo esto fuera muy divertido, un chiste interminable. Sin embargo, el color del lápiz de ojos desciende desde su mirada seca e inexpresiva.

Me conduce por la escalera, los dos nos deslizamos con facilidad. El frío invernal se hace más intenso. La negrura se va concentrando hasta que parece que tengamos que hacer fuerza contra el frío gel negro. El vestido de Ashley June, de un blanco resplandeciente, es como una llama blanca que cae a un pozo oscuro. En «La presentación» me ata a un poste. De manera meticulosa pero aburrida, me coloca la cuerda alrededor de las muñecas y los tobillos para asegurarme. No estoy asustado, ni lo más mínimo. Ella está conmigo. Examina los nudos y se aleja de mí, se va flotando como una aparición hasta la tapa de la alcantarilla que lleva a sus aposentos, el Foso. La trampilla se levanta a medida que se aproxima. Desaparece en su interior, como un genio en una botella. Se traga la luz de su vestido, la tapa se cierra y el estadio se zambulle en una oscuridad impenetrable. Y ahora sí que tengo miedo. Doy un tirón a las correas y, para mi sorpresa, se desprenden como si fueran manteca fundida. Intento encontrar la trampilla, pero está tan oscuro que voy a tuestas. Extiendo los brazos hacia delante, con los dedos hacia fuera. Ashley June. Pero entonces todo se

enturbia en mi mente. Confundo su nombre. June Ashley. No, no, pienso mientras sacudo la cabeza. Ash Junely. Ash July. Ven a mí, ayúdame. Entonces, de algún modo, llego hasta su celda, en el interior del Foso. Lo sé por la proximidad de las paredes húmedas. Mi presencia es como una lengua seca dentro de una boca minúscula. «¡July Ash! —grito—. ¡July Ash!» Ella surge de las tinieblas. Su cara es lo único que veo. No obstante, es el rostro de otra persona y, por un momento, me confunde. Entonces me doy cuenta de que se trata de ella, pero su imagen no deja de transformarse: se le encogen y se le achinan los ojos, se le agrandan los pómulos, el caballete de la nariz se le ensancha y después se le vuelve más fino, los ojos le cambian de color como si fuera un prisma, primero verde, después amarillo y luego negro. Es ella. Después es Frilly Dress. Luego, Abs. Y finalmente, Crimson Lips.

Empieza a hablar. Susurra una y otra vez: «Gene, Gene, Gene»; primero, con tono apremiante y con miedo, y después se transforma en una especie de resignación que difumina su pronunciación: «Gene-Gee-Ge...». Hasta que deja de sonar como Ashley June y se convierte en una amalgama de todas las voces de las chicas de la aldea; primero parecen risas sonoras, y después adquieren una energía frenética, como si se tratara de un público cantando. Sacudo la cabeza para intentar eliminarlo. Sin embargo, la oscuridad del Foso se ha colado en los pliegues de mi cerebro. Ya no entiendo ni recuerdo nada. Y ese horror del momento es el que finalmente me saca de la pesadilla. Ya no logro recordar su cara. Ya no logro recordar el sonido de su voz.

Me despierto gritando. El mal sabor de boca que me ha dejado la pesadilla se me acumula en el cerebro como un óxido ácido. Por un momento creo que me ha vuelto la fiebre, pero me toco la frente y está seca. Cierro los ojos e intento dormirme de nuevo; pero el sueño, perseguido por la pesadilla, ha huido y ya no volverá esta noche. «Ven a buscarme», me dijo Sissy.

Las estrellas brillan con intensidad. No se mueve nada, al recorrer el camino de adoquines no llega ni un sonido de las casas de alrededor. Paso por delante del comedor y de la cocina. El olor a carne carbonizada persiste en el aire nocturno. Justo delante de la enfermería, tropiezo con unos adoquines más grandes que hay incrustados en la vía, anchos como troncos de árboles. Antes había visto a Ben esquivarlos como si vadeara un río, con los brazos en cruz para mantener el equilibrio y dando sonoras risotadas de felicidad. Un grito rasga la noche. Tan cerca que casi me muero del susto. Antes de que me pueda recuperar, se abre frente a mí la puerta de la enfermería. Me pego a la pared, me oculto en las sombras. Una figura oscura y encapuchada cierra la puerta y pasa rápidamente por delante de mí. Huele a fluidos corporales extraños. Lleva algo en brazos, en una especie de cabestrillo, y después desaparece. Pero antes logro ver una piernecita pálida que sobresale de entre la ropa. De un recién nacido con los dedos regordetes como renacuajos que desprende vapor en el aire frío de la noche. Oigo un grito amortiguado. La figura encorvada se dirige de prisa hacia el camino. El bebé llora desesperado.

Los sigo a una distancia prudente. La silueta con capucha se sale de la ruta y se dirige hacia un edificio de arquitectura extraña, sin ventanas, apartado de las otras casas. El edificio está torcido e inclinado. Por un lado forma un arco alto y, por el otro, una pendiente lisa que parece un tobogán. De repente, la persona se da la vuelta hacia mí. Lo reconozco: es uno de los secuaces de Krugman. Tiene los párpados pesados, nariz aguileña y mejillas con marcas de la viruela. Me escondo detrás de una casa, con la esperanza de que las sombras me camuflen. Suave y veloz, el sonido de los pasos se aproxima. Contengo la respiración, sin atreverme a mirar alrededor, ni a moverme. Se detiene. Tras unos instantes, vuelvo a oír pisadas, pero esta vez se alejan de mí. Cuando miro desde la esquina, la calle está vacía. El superior se ha ido. Busco los gritos del recién nacido, pero ya no se oye nada en la calle. Camino lentamente entre el silencio y las sombras. Todo está tranquilo y vacío. A pesar del aire frío, tengo la espalda empapada en sudor. Incluso después de haber abandonado las calles de las casas y cruzar el campo para llegar a la granja, sigo tenso. Marcho rápido y nervioso. La parte delantera de las botas se me humedece con el rocío. A medio camino, miro hacia atrás. Aparte de la línea plateada que han formado mis pisadas sobre la pradera, no hay ni rastro de nadie más. A mi derecha está el lago glacial, moteado por los destellos de la luna. La granja está en silencio. Como no conozco su distribución, termino en el gallinero. Sólo están despiertos unos pollos,

que agitan las cabecitas en el aire vacío. El pestilente olor de sus plumas me impregna la nariz. Me encamino hacia una casa donde creo que puede estar Sissy, pero cambio de rumbo en seguida al oír cerdos roncando en su interior.

Veo una casita aislada colindante a los pastos, y decido dirigirme hacia allí. Hay algunas vacas, que son meras siluetas. Su presencia apaciguadora infunde tranquilidad. De las fosas nasales les sale la respiración helada como el humo de una chimenea en una noche de invierno. Antes de encontrarme a mitad de camino, se abre la puerta principal y sale Sissy a la carrera. Ni siquiera aminora la marcha al acercarse. Por el contrario, salta a mis brazos y me da un abrazo fervoroso.

—Dios, qué alegría verte —me susurra al oído—. Después de que te trasladaran, no tenía ni idea sobre dónde tendría que colarme. ¿En qué casa te han puesto?

—¿Qué pasa?

Ella se limita a sacudirme la cabeza.

—Nada. Sólo quería verte. Supongo que me acostumbré a comprobar que estuvieras bien cada noche. A asegurarme de que no hubieras muerto. —Echa la cabeza atrás, y me da unos golpes en el pecho con el puño—. ¿Por qué has tardado tanto en llegar? ¡Llevo horas esperándote!

—Lo siento. Supongo que aún estoy recuperándome, y necesito descansar.

Con suavidad, me toma del brazo y me lleva hacia el bosque.

—Vamos a hablar. Pero no aquí —advierte mientras mira hacia la casa.

Caminamos en silencio entre la hierba plateada. Desliza su mano hacia la mía y entrelazamos los dedos. Noto su piel fresca y suave. Me sigo sobresaltando cada vez que siento la piel de otra persona en contacto con la mía. Después de vacilar un momento, le aprieto la mano. Con su cola de caballo al viento, me sonrío de reojo.

En el interior del bosque, la oscuridad y el silencio nos envuelven como si fuera una cúpula. No tenemos dónde sentarnos, así que nos quedamos junto a una secuoya muy alta. Estamos frente a frente. Acercamos los cuerpos en busca del calor. Y de algo más. Tenemos las caras tan cerca que nuestras respiraciones congeladas se funden en una. Sissy tiene una gotita de humedad en una pestaña. Me dan ganas de extender la mano y tocarla.

—¿Estás bien?

Ella se muerde el labio y asiente.

—Me parece increíble que te hayan separado de los chicos. Que te hayan dejado aquí en el quinto pino.

—Está en sus estatutos.

—¡Sus queridos estatutos! ¿Los chicos no querían que te quedaras con ellos?

—Por supuesto que sí. Y, además, insistieron.

—Entonces ¿por qué...?

—Los superiores fueron más convincentes. Y yo no quería armar un follón, ni que me cogieran manía. Piensa que esto pasó horas después de nuestra llegada. No sabía a qué nos enfrentábamos. Pensé que sería mejor seguirles la corriente. Por eso

les dije a Epap y a los demás que no pasaba nada.

—No me puedo creer que Epap no...

—No. Fui yo quien insistió.

—Aun así podría haber luchado un poco más por ti.

Ella sacude la cabeza ligeramente.

—No seas duro con él. Ni con los demás. Después de haberse pasado la vida entera en un domo, es previsible que pierdan un poco la cabeza. —Sonríe—. No dejan de ofrecerles comida, bebida y diversión. Y Epap está recibiendo más atención femenina de la que puede soportar. Están completamente embobados con este lugar.

—No me lo trago, Sissy. Después de todo lo que has hecho por ellos, después de que tú sola los trajeras hasta aquí prácticamente con lo puesto, cabría esperar que mostraran un poco más de lealtad hacia ti.

Ella me aprieta la mano.

—No lo he hecho sola.

—Bueno —contesto, y bajo la mirada a medida que me voy ruborizando—, yo sólo he echado una mano. Tú has hecho la mayor parte del trabajo.

Frunce el ceño.

—Me refería a tu padre. Todo lo que hizo: el mapa, la barca, la lápida...

—Ah, sí, mi padre. Por supuesto.

Ella suelta una risita. Es un sonido extraño, como un resbalón. Acerca una mano y me peina.

—¿Pensabas que hablaba de ti? —Se le forma una amplia sonrisa.

—No, por supuesto que sabía que hablabas de mi padre.

Entonces le cambia el humor. Quizá sea por la tristeza que se apodera de mí, o porque dejo caer los hombros de manera repentina, pero su sonrisa desaparece. Ahora me acaricia el pelo más suave y lentamente.

—Siento lo de tu padre.

—Es duro para los dos.

—Pero para ti lo es el doble. Era tu padre. —Su respiración forma una nube difusa entre nosotros—. Dicen que lo encontraron en la cabaña. Sin dejar ninguna nota de suicidio. —Sacude un poco la cabeza—. Al principio no me lo creía. No podía. No es propio de él.

—¿Qué llevaría a mi padre a hacer algo así? —Alejo la vista hacia las luces lejanas de la aldea—. ¿Qué pasa con este lugar?

Entonces me aprieta la mano más fuerte.

—Gene, este sitio está lleno de cosas extrañas.

Asiento lentamente.

—Me he dado cuenta. A ver, ¿qué pasa con eso de los pies delicados y todas las embarazadas? ¿Y los superiores que van por ahí como pavos reales? Todo ese rollo de los estatutos y los preceptos. ¿Dónde están los chicos adolescentes? ¿Y las mujeres adultas?

—No sabes ni la mitad —me cuenta, animada—. Te has pasado casi todo el tiempo inconsciente, feliz sin enterarte de nada. A veces me daban ganas de abofetearte y que despertaras sólo para tener a alguien con quien hablar.

—Pero¿y Epap? ¿Y los chicos? ¿No se han dado cuenta de nada?

Sacude la cabeza frustrada.

—Los chicos, entre ellos... Bueno, no, sobre todo Epap, han sido inútiles. Del todo. Se han adaptado al lugar a la perfección, están totalmente al margen. —Aprieta los dientes—. Cuando le saqué el tema a Epap, me acusó de paranoica.

Asiento. He recordado que ya me lo había comentado antes.

—Me parece increíble que te acuse a ti de ser paranoica. Eres la persona más sensata que conozco.

Suelta una carcajada, y noto que se quita un peso de encima.

—Ay, Gene, a veces hasta yo misma dudaba. Para serte sincera, me he pasado mucho tiempo preguntándome si todo esto es raro, o tan sólo algo normal a lo que no estoy acostumbrada. A ver, he estado la vida entera en un domo de cristal, ¿qué sabré yo del mundo real? —Sacude la cabeza y empieza a darme golpes en el pecho—. ¡No vuelvas a ponerte enfermo! ¡No me vuelvas a dejar sola!

Entre la arboleda, el viento suena como una flauta y mueve las ramas. Cae una gota de agua que reposa sobre una hoja. Aterriza en la sien de Sissy y se le desliza por la mandíbula. Se la limpio con los dedos, y le acaricio la piel suave. Ella me sigue dando golpes en el pecho, pero ahora más despacio, distraída. Hasta que su mano se detiene a mitad de camino y se queda suspendida en el aire, entre nosotros. La miro a los ojos. Antes eran simplemente de un marrón insulso. En cambio, ahora parecen rebosar el color de los árboles que nos rodean: el tono del castaño, el manzano y el ciprés. Con delicadeza, llevo la mano desde su mejilla hasta su puño. Está a punto de decir algo. Entonces aparto la mirada y le suelto la mano. Pasado un momento, ella baja el brazo. Nos quedamos quietos, sin hablar.

—Has dicho que no sé ni la mitad —me atrevo a decir por fin.

—¿Qué?

—Sobre la aldea. ¿Qué más has visto?

Ella mira alrededor.

—Ah, sí. —Se ríe, no porque algo le haga gracia sino como si quisiera aclarar la garganta o cambiar de tema—. Sígueme. Anoche me topé con algo muy raro. No sé muy bien qué pensar.

Me conduce entre los árboles. A veces nos tenemos que agachar por las ramas que cuelgan muy bajas. Nos detenemos al llegar de repente a un claro. Frente a nosotros hay un terraplén empinado que parte el bosque en dos.

—Por aquí arriba.

Llegamos a la cumbre. Pisamos guijarros y piedrecitas. Nos encontramos con dos estrechos raíles metálicos, perfectamente paralelos y separados por una distancia del tamaño del cuerpo de un niño. Parecen interminables, recorren el terraplén a lo largo

y desaparecen en la oscuridad. Junto al carril, en perpendicular, hay colocados unos tablones de madera que los conecta como peldaños de una escalera derrumbada. Una sensación más fría que el hielo me paraliza.

Me agacho a tocar uno de los raíles. El frío me acuchilla al divisar su longitud. Sigo con la mirada la senda que me lleva de manera gradual hacia la penumbra.

—¿Sabes qué es? ¿Se trata de una pista para practicar algún deporte raro?

Me levanto y observo en la dirección opuesta hasta que los raíles desaparecen. El miedo hace que se me agarrote el cuello.

—Es algo que se llama «vía de tren». Leí sobre el tema cuando era pequeño. En los cuentos de hadas con dibujos.

—¿Vía de tren? ¿Qué es un tren?

—Algo muy grande. Una locomotora que se usa para viajar, a lo largo de distancias vastas e inimaginables, hasta miles de kilómetros, sobre estas vigas metálicas. A una velocidad increíble. —Intento esconder la emoción, pero la voz temblorosa me delata.

—¿Miles de kilómetros? —Sissy avanza hacia mí; está pálida—. ¿Qué hace aquí una vía de tren?

—No lo sé.

Desplaza la mirada hacia las casas distantes de la Misión.

—Gene —susurra con los ojos bien abiertos—. ¿Qué es este lugar? ¿Dónde estamos?

A pesar de haber pasado toda la noche en vela, me levanto al amanecer. En mi propio cuarto, pero no en mi cama. Allí está Sissy, profundamente dormida, con la cara relajada sobre la almohada. Sin embargo, incluso en sueños, su cuerpo parece estar tenso, como si el recuerdo de las últimas horas, y seguramente para ella los últimos días, se hubiera filtrado en su mente inquieta. Anoche cuando estábamos en la vía del tren me dijo que quería quedarse conmigo. Le pregunté si no nos íbamos a meter en un lío. Si no advertirían su ausencia en la granja, si no iba contra los estatutos... «¡A la mierda los estatutos!», contestó. La verdad es que yo tampoco quería estar solo. Para cuando hube encendido el fuego —estábamos muertos de frío—, ella ya se había quedado dormida. De manera instantánea, como si fuera la primera vez en muchos días. Como no la quiero despertar, estoy en silencio en el sofá, y contemplo las brasas muertas en la chimenea. Las ventanas situadas a mi izquierda dan al este, y la cortina tiene ribetes de un color naranja quemado. No siento ni el cuerpo ni la mente, que están aletargados. La adrenalina me invade. Pasado un minuto, me pongo la chaqueta y salgo de la casa. Todo está precioso. La templada luz del sol va cobrando fuerza a medida que me adentro en las calles aún vacías. Incluso el pico de la montaña, que se alza detrás de la aldea, se ve en gran parte sin nieve. Sólo la cumbre está cubierta de blanco. Tomo una bocanada de aire limpio. El camino rodea la aldea a modo de herradura que no termina de cerrar el círculo. Al llegar al final, las casas se espacian, y los adoquines dan paso a la tierra. Desvío la atención a un arroyo que borbotea a mi izquierda. Un camino transitado conduce hasta la orilla donde hay una estructura de madera para colgar la colada. Debajo de un banco, hay colocados unos cubos y unas tablas de lavar, en riguroso orden. No me iría mal un vaso de agua. Camino hacia el río. El agua es clara y fresca. Después de beber lo suficiente para saciar mi sed, me mojo la cara y el pelo. Las gotas me caen por la espalda, como agujas que me dan energía. Siento cómo se me cristalizan los pensamientos y activo la atención. Al otro lado del río hay alguien. Me mira. La reconozco de inmediato.

—Hola, Claire. Claire como el aire.

Ella no me responde. Continúa con la mirada clavada en mí.

—No deberías estar aquí —se atreve a pronunciar por fin. Su voz corta el aire tranquilo con sequedad—. Va contra los estatutos.

—Ni tú. Ven —la ánimo moviendo la mano.

Piensa en ello por un instante. Después cede, saltando de roca en roca a través del arroyo. Las botas apenas se le mojan.

—Oye —le pregunto al darme cuenta de algo después de que haya cruzado—. ¿Cómo has hecho eso?

Parece confundida.

—Con las pasaderas. Ya me has visto...

—No. Me refiero a que no eres como las otras chicas. No cojeas ni andas como

un pato. Eres... normal.

—Quieres decir fea.

—¿Cómo?

—Tengo pies feos de hombre. Ya lo has visto.

Le miro las botas, que al haberse mojado tienen una mancha de un marrón más oscuro.

—No veo cómo...

—Ya, ya, ya lo sé. Son enormes. Son pies de hombre. Lo pillo. Aún no se han transformado en bonitos pies de loto. No te quedes mirándolos. —Hace una mueca de repulsión—. Pero mi momento está a punto de llegar. El año pasado iba a pasar por el proceso, pero entonces me dieron una asignación.

—¿Qué asignación? ¿De qué hablas?

—Recojo leña. Necesito pies de hombre para ir por el bosque y juntar la madera. Esa es mi asignación.

—Por eso estabas tan lejos de la aldea. En la cabaña.

Abre los ojos con alarma. Mira rápido a su alrededor.

—Que se entere todo el mundo, venga. —Se acerca un poco más a mí—. Por favor, no se lo digas a nadie, ¿vale? Se supone que no debo ir tan lejos. O, por lo menos, ya no.

—La cabaña. Ahí es adónde se retiraba el científico, ¿no? Donde vivía.

Ella asiente y baja la mirada.

—¿Por qué vivía ahí, tan lejos de la Misión?

—Tengo que irme.

—No, por favor. Eres la única persona con la que puedo hablar aquí. ¿Qué le pasó al científico?

Frunce el ceño con suspicacia.

—Murió. Se colgó. —Me estudia con atención—. ¿No te lo han contado?

—No se suicidó. No, ¿verdad?

Una expresión sombría se apodera de su rostro. Los ojos se hunden en sus cuencas.

—Me tengo que ir. Estamos rompiendo el primer estatuto. «Permaneced en grupos de tres o más personas. La soledad no está permit...»

—Ya sé lo que dicen los estatutos. Olvídate de ellos por un segundo, ¿vale? —Doy un paso en su dirección y suavizo el tono—. Este lugar me da escalofríos. Puedes contármelo, Claire. ¿Qué le pasó al científico?

Por un instante hay un atisbo de luz en su mirada.

—No se suicidó, ¿verdad?

Algo en ella se relaja. Su postura se suaviza y abre la boca para hablar... Detrás de nosotros emerge el sonido de una canción que se deshace en elogios hacia el sol, la gracia y el nuevo día hermoso. Una hilera de chicas de la aldea que van cargadas con cestas de ropa sucia aparecen en una esquina. Se detienen, sorprendidas de verme.

Me doy la vuelta. Claire se ha ido. Exploro el bosque intentando encontrar algo de movimiento. «¿Claire?» Pero ha desaparecido. Frustrado, paso al lado de las lavanderas. Inclinan las cabezas y estiran los labios para dejar ver la dentadura en lo que se supone que es una sonrisa. Es tan falsa que hasta las que yo forzaba parecían más sinceras. «Buenos días —repiquetean—. Buenos días. Buenos días.» Algunas ya se han remangado y se preparan para sumergir la ropa en el riachuelo. Veo un trozo de piel y después, en la cara interna del antebrazo, una fea cicatriz arrugada. Se trata de una costra que sobresale en forma de X, unas bandas gruesas de color rosa pálido, como sanguijuelas que se cruzan. Estoy listo para hacerle caso omiso y seguir, pero entonces veo la misma cicatriz en otra chica, salvo que ella tiene dos. Me detengo. Me quedo observando las cicatrices. Me doy cuenta de lo que son. Me doy cuenta de lo que les han hecho. Las han marcado.

La chica se da cuenta, y rápidamente se baja la manga para cubrirse. Pero sólo la izquierda; no se toca la derecha, que aún lleva subida hasta el codo. La piel de ese brazo también tiene una marca. Pero no de cicatriz, sino de un curioso tatuaje: De carita feliz.

—¿Cómo te llamas?

Se estremece al oír mi voz. Por un instante, se paraliza; como todas.

—Buenos días, ¿señor? —me saluda sonriendo hacia el suelo y con la voz apagándosele por el miedo.

—¿Cómo te llamas? —vuelvo a insistir con toda mi amabilidad.

—Se supone que no debemos hablar con usted. —Su actitud es de total sumisión.

—¿Por qué no? —pregunto mientras intento mantener el tono de voz neutro—. Sólo tu nombre. Eso es todo. ¿Cómo te llamas?

—Debby —murmura al cabo de un instante.

—Debby —repito, y ella salta al oír su nombre salir de mi boca—. ¿Qué es eso? —pregunto señalando.

Me mira fugazmente y ve que le indico la marca del tatuaje del brazo.

—Es mi «marca del mérito» —afirma volviendo la vista hacia el suelo.

—¿Qué es una marca del mérito? —Vuelvo a centrar la atención en la chica llamada Debby, pero no responde. Unos mechones de su pelo suelto tiemblan al viento.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no...?

—Déjela en paz.

Se oye un suspiro. Todas bajan la cabeza menos la chica que ha hablado. Clava su mirada en la mía. Tiene miedo, pero también transmite dureza. Aunque sólo le dura un segundo. Entonces baja la cabeza y mira al suelo. La observo de cerca. Es la más alta del grupo, pero también la más delgada. Tiene varias pecas repartidas por la nariz y las mejillas. Pero eso no es lo más característico de ella, sino su antebrazo izquierdo. Tiene cuatro X marcadas en la piel. Brutales y feas, como instrumentos de metal que le hubieran insertado dentro. Entonces vuelve a alzar la vista para mirarme.

Sin timidez ni vergüenza, sino con un prudente asomo de esperanza.

—¿Qué son? —pregunto señalándole las marcas.

—Se llaman «nombramientos del demérito».

Le miro el antebrazo derecho. Está limpio, sin ninguno de estos tatuajes sonrientes.

—¿Por qué tienes «nombramientos del demérito»? ¿Qué significan?

Se limita a decir: «Por favor». Su voz es suave pero firme.

—¿Qué?

—Si contesto a sus preguntas, rompo los estatutos. Y si los rompo yo, todas lo hacemos. Está escrito en los preceptos. «Culpable por asociación.» Nos castigarán a todas, no sólo a mí. —Y nuestras miradas se encuentran. Hay un tono de súplica urgente en ellos—. Muchas de nosotras tenemos mucho que perder con un demérito más. —Baja la voz—. Así que, por favor, déjenos seguir con nuestras cosas. Déjenos tranquilas, por favor.

Sin saber qué hacer, doy un paso atrás.

Ella arrastra los pies hacia delante.

—Vamos, chicas.

Todas la siguen hasta la plataforma de madera. Cuando pisan los tablones, se oye un sonido hueco.

Echo a andar en la otra dirección. Tengo la cabeza hecha un lío. En mi cabeza bullen muchas preguntas medio formadas cuyas respuestas sé que no obtendré nunca. Los colores de la aldea me dan la bienvenida. Los chillones vestidos de flores de muchas más chicas que van hacia el camino, el rojo vivo de las chimeneas de ladrillo, y el amarillo chillón de los marcos de las ventanas. Antes de doblar la esquina, vuelvo a mirar hacia la plataforma. Ahora todas las chicas están agachadas. Sacan la ropa de las cestas y la mojan en el río. Sólo la chica pecosa continúa de pie. Tiene la cabeza ladeada, pero sé que me está mirando, cuidadosamente, con el rabillo del ojo. Entonces también se termina arrodillando y se pone a lavar.

Paso la mañana caminando tranquilamente. Parece que esté dando un paseo relajado, pero, en realidad, tengo los ojos bien abiertos para... No estoy seguro. Cualquier cosa que se salga de lo normal. Sin embargo, todo es lo mismo: hay grupos de chicas que comienzan con sus tareas diarias, llevan sacos de harina a la cocina, vigilan cómo juegan unos niños en el parque, construyen un armario nuevo en la carpintería, y llevan botellas de leche a la maternidad para filas y más filas de bebés que aúllan en sus cunas. Cuando se me cansan las piernas, me siento en la plaza de la aldea y observo toda la actividad desde un banco. Deleitándome con la cálida luz del sol, oigo el graznido de una águila que vuela bajo, el parloteo de los niños, el estrépito de los platos que llega de la cocina. Es fácil adaptarse al ritmo provinciano,

los colores cálidos y los aromas a miel que salen de la cocina. Casi comprendo cómo han embaucado con tanta facilidad a Epap y a los chicos.

Termino pensando en mi padre. Cada vez que piso un adoquín, me pregunto cuántas veces lo pisaría él. Cada vez que hago girar el pomo de una puerta o utilizo un tenedor, me pregunto cuántas veces lo tocarían sus dedos. Sus huellas dactilares están por todas partes. Pero son invisibles. Es como si su presencia flotara por las calles, mirándome, como si intentara decirme algo.

Para cuando Sissy da conmigo, estoy adormilado y, a pesar de todo, casi complacido. Ella está sentada a mi lado, nerviosa, con una postura rígida.

—No logro encontrar a los chicos —se queja.

—¿Has mirado en el comedor? Lo más seguro es que Ben esté ahí.

—No está. Llevamos así toda la semana. Se pasan los días por ahí, descubriendo alguna actividad nueva donde Cristo perdió el gorro. No consigo seguirles la pista. Gene, siento que los estoy perdiendo.

—Están bien.

—Ya lo sé. —Y después, en voz baja—: ¿Sí? ¿Estamos bien?

Me pongo erguido y pestañeo para despertarme.

—Deberíamos preguntarle a alguien.

Sissy resopla.

—Pues buena suerte. Las chicas de aquí no contestan a mis preguntas. Ni siquiera me sostienen la mirada... salvo para mirarme mal cuando creen que no las veo; seguramente porque estoy quebrantando alguno de sus preciados estatutos.

Después oímos a Epap gritar de alegría. Su cuerpo larguirucho va dando brincos por el camino.

—¡Sissy! ¡Tienes que ver esto! ¡De verdad, tienes que verlo!

Cuando llega, frena delante de nosotros y levanta una nube de polvo.

—¿Qué pasa? Cálmate.

—Perdona que te diga, pero, con esto, de calma nada —afirma con ilusión. Me hace caso omiso, ni me mira, y agarra a Sissy de la muñeca—. ¡Vamos!

Sissy se suelta.

—Me parece que no.

Epap se da la vuelta, ofendido. Entonces me echa una ojeada, y después vuelve a mirar a Sissy.

—De verdad que tienes que verlo.

—¿El qué?

—En serio, es increíble. He visto a una clase de niños que iba de excursión y me he pegado a ellos. No te vas a creer lo que he visto.

—Vale, ya voy, pero no me arranques el brazo.

Se encoge de hombros y empieza a caminar. De vez en cuando, mira atrás para asegurarse de que Sissy lo sigue. Nos lleva por el camino serpenteante y pasamos el colegio.

—¿Adónde nos llevas?

Me hace caso omiso y se pone a andar más rápido hacia el edificio donde estuve la noche anterior, el de la extraña arquitectura. El lugar adonde el superior había llevado al recién nacido.

—Epap, ¿qué es esta construcción?

Pero sigue sin responderme. Delante de las puertas dobles cerradas hay un grupo de veinte niños. Dos chicas mayores —¿las profesoras?— conversan tranquilamente con un superior. Todas las cabezas se vuelven hacia nosotros cuando llegamos.

—No te vas a creer lo que hay —insiste mientras se relame los labios.

El superior se vuelve a nosotros a medida que nos acercamos.

—¿Es una maternidad?

—¿Perdón?

—¿No traen aquí a los recién nacidos?

Se envara.

—Ni por asomo. La maternidad está muy lejos. —Resopla y señala en dirección a la plaza de la aldea—. Esto es el Vastnario.

—¿El Vastnario? Ayer vi que traían a un recién nacido.

Clava la mirada sobre la mía.

—No hablamos de los nacimientos. Va en contra de los estatutos. —Me da la espalda.

Frunzo el ceño. Estoy a punto de hacerle otra pregunta cuando se abren las puertas dobles. Del interior sale un río de niños que pestañean por la luz. Tienen los rostros pálidos. Parecen asustados, como si acabaran de obligarlos a ver una película de terror.

—Epap, ¿qué es este sitio?

Pero está tan entusiasmado y preocupado por pegarse al lado de Sissy que ni me escucha. El superior joven habla con otro en el interior; susurran y de vez en cuando nos lanzan alguna mirada. Al final se ponen de acuerdo y asienten. Nos acorralan y entramos en fila india. Las puertas de hierro se cierran detrás de nosotros y nos sumergen en la oscuridad. Un zumbido metálico se cuele por la puerta, después sobreviene el silencio. Estamos dentro, encerrados.

—No tengas miedo, no tengas miedo —susurra Epap, con voz exaltada, desde algún lugar en la oscuridad—. Sissy, esto será increíble.

Una de las profesoras empieza a hablar.

—Dentro de un momento se abrirán las siguientes puertas, que dan a un pequeño auditorio. Caminad con cuidado: está aún más oscuro. Sentaos en la segunda fila. Os daré un «quemabrillo» al entrar. No lo rompáis hasta que os lo diga.

Las puertas se abren con un ruido metálico. Entramos. Me entregan un objeto y lo cojo. Es suave, mide unos treinta centímetros y parece una especie de tubo de plástico. Debe de ser el quemabrillo.

Nos arrastramos al interior, caminamos a lo largo de un banco curvado y nos

sentamos. Una figura oscura se cierne sobre mí.

—Vosotros tres, venid conmigo —nos ordena la profesora—. Para unos invitados tan especiales como vosotros tenemos asientos VIP. Lo habitual es que sólo los superiores puedan sentarse ahí, pero haremos una excepción con vosotros.

Sissy, Epap y yo nos levantamos y vamos hasta la primera fila. El banco VIP es más ancho y tiene cojines de terciopelo.

La voz de la profesora llega desde atrás:

—Bienvenidos a vuestra visita bimensual al Vastnario. Como siempre, el propósito de la excursión es recordarnos lo cruel que es el mundo que vamos a ver, reavivar en nosotros nuestro objetivo y nuestra misión. Hacer real aquello que puede volver a lo puramente abstracto y teórico.

A mi lado, Epap está saltando de la emoción.

—Ahora coged los quemabrillos. Rompedlos y lanzadlos a unos veinte metros por delante. —Inmediatamente, desde la fila de atrás, se oye un estrépito que forma una grieta en la oscuridad. Estalla un nimbo de luz verde. Ni un segundo después, unas cuchillas rotadoras de luz verde sobrevuelan nuestras cabezas y se estrellan contra una pared de cristal que tenemos enfrente. Al chocar, los bastones se rompen y despiden un fluido verde resplandeciente. El líquido se desliza por la pared de cristal y la ilumina. Y, con ello, lo que hay detrás de la cámara sellada.

El espacio abarca el tamaño de apenas una aula. Una chica de pequeña estatura, delgada y grácil, está en el interior. Su larga melena de color negro azabache le cubre la mitad de la cara. Tiene unos ojos felinos de una intensidad espectacular, y los labios pequeños. Levanta la cabeza poco a poco, como a regañadientes. Mira hacia la fila de alumnos con escaso interés, pero cuando nos ve a nosotros tres sentados en la fila VIP, ladea la cabeza despiadadamente. Nos contempla extasiada.

—¿Qué pasa? —pregunta Sissy con un tono de voz apremiante—. ¿Por qué está ahí dentro esa chica?

Epap apenas se puede contener. Se acerca más a Sissy, abre la boca y hace una mueca con los dientes.

—¿Qué te hace pensar que es una chica? ¿Qué te hace pensar siquiera que sea humana? —Inspira una vez, dos veces, húmeda y rápidamente—. Es una de ellos. Una «crepuscular». Así es como los llaman aquí. Les pega, ¿no te parece? Porque sólo salen después del crepúsculo. Ojalá se nos hubiera ocurrido a nosotros. Habría estado bien tener un calificativo que gritarles durante todos los años que se pasaron mirándonos embobados de noche.

Sissy da un respingo. Está conmocionada. Se agarra con las manos a la punta del banco. Me fijo en que los huesos se le salen de la tensión al mirar a la chica encarcelada. La crepuscular. Susurro la palabra: «Crepuscular». ¿Qué hace ahí? ¿Cómo ha llegado?

Epap rompe su quemabrillo. La luz verde ilumina su semblante, que de repente se ha vuelto serio. Se levanta de un salto y lanza el bastón con toda su fuerza. Revienta

justo en el centro. Levanta las manos en señal de celebración, y después advierte que yo aún tengo uno entre mis manos flojas. Me lo arrebató, lo rompió y lo arrojó con un grito. Explota en el cristal justo delante de la chica, que ni pestañea. Nos sigue observando. A mí.

Detrás, todo el mundo está en silencio. Del grupo de niños no llega ni un ruido. Al final, Epap se sienta.

—Espérate a ver lo que viene ahora —dice, y respira hondo.

Por el pasillo del centro se oyen pisadas de botas. Se trata de una profesora con los brazos alrededor de una jarra de plástico con tapa que está llena de un líquido oscuro. En un santiamén, la crepuscular se yergue y fija la vista en el objeto.

—Nunca debemos olvidar —susurra la profesora—, ni debemos dejar de temer el hambre y la sed insaciables que tienen los crepusculares por nuestra carne y por nuestra sangre. Mirad y aprended, niños.

La maestra se coloca delante de una diminuta ranura en el cristal; es de unas dimensiones tan pequeñas que apenas cabría un puño. Se detiene. La crepuscular, como si lo hubieran acordado previamente, se desplaza al otro lado de la cámara, sin quitar la vista de la jarra. La profesora espera hasta que la chica se pone a cuatro patas. Entonces deposita la jarra en la ranura diminuta, y cierra la compuerta. A continuación, la atornilla, y en el interior de la cámara se abre la ranura. Acto seguido, la crepuscular sale a la carrera por la corta distancia del espacio. No reduce la marcha, sino que se lanza al cristal con una fuerza que habría hecho reventar doce cabezas. Se agarra a la ranura incluso cuando la jarra cae al suelo, forcejea con brazos y piernas como si cada extremidad, estuviera en competición con la otra, y tuviera entidad propia. Una niña que tengo detrás se pone a gritar. Después se oye un llanto, y los sollozos no tardan en extenderse entre toda la fila de los niños. La crepuscular destroza la tapa con los dientes y, a continuación, vierte el líquido en su garganta. En cuestión de segundos se lo ha terminado, y saca la lengua para lamer los restos que le han caído por la boca. Vuelve a mirarme. Lo curioso es que una aureola de tristeza le impregna la mirada, una expresión de vergüenza le recorre el rostro. Se da la vuelta y se retira a un rincón. Al único lugar de la cámara que queda oculto entre las sombras.

—Y eso era sólo sangre de cerdo —susurra la maestra por encima del lloriqueo de los niños—. En las raras ocasiones en las que se le da sangre humana, su comportamiento es aún más frenético, más histérico.

¿Sangre humana? Lo pienso y me estremezco. La maestra se aproxima a la zona donde se agacha la crepuscular. Rompe otro quemabrillo y lo sostiene apuntando en su dirección.

—Observad cómo le molesta la luz —explica mientras la víctima se aleja dando brincos y tapándose los ojos con las manos—. Los crepusculares sienten aversión por casi todas las fuentes de luz que conocen. Hasta la luna llena los acobarda.

—¿Cómo han conseguido a ésta?

—Nada de preguntas. No se permiten en el Vastnario.

—¿Por qué no?

Se produce un silencio.

—Porque es así. —Esta vez no es la profesora quien habla. Es una voz masculina. El superior, que está de pie al lado de la puerta, parapetado entre las sombras.

—Sólo me gustaría saber...

—Siga —le ordena a la maestra con tono recio y despectivo.

Epap se inclina hacia Sissy y susurra, excitado:

—Ahora viene lo mejor.

La otra maestra se acerca por el pasillo mientras carga con un saco de arpillera que chorrea sangre. Pasa por delante de la cámara de cristal y de una puerta que veo por primera vez. Esto tiene su explicación: apenas se ve, pues sólo se distinguen el contorno rectangular grabado en el cristal y un fino mango metálico en el exterior. Enfrente tiene un cierre electrónico. Doy un salto en mi asiento.

—¡No puede ser! No me diga que va abrir esa puerta.

La maestra se detiene por un instante.

—Por supuesto que no. No sea ridículo.

Vuelve a arrastrar el saco y traspasa la puerta.

—Pero¿funciona?

—¿Eh? —pregunta la profesora, resoplando por el esfuerzo.

—La puerta, con el teclado numérico.

—Es seguro, no se preocupe. Siempre está cerrada. Sólo saben la combinación los superiores de rango superior.

—¿Para qué sirve? ¿No es demasiado arriesgado...?

—¡Nada de preguntas! —La voz del superior se oye como el golpe de una puerta que se cierra con fuerza.

La mujer lleva el saco hasta la otra punta. La crepuscular, que la observa sin perder detalle, ladea la cabeza y se abalanza sobre una piscinita de agua que hay en el suelo contra el cristal. Hasta ahora no la había visto. Su superficie es lisa como un espejo, forma un cuadrado exacto de un metro a cada lado. Se detiene justo delante, y el polvo que levanta al frenar provoca ondas en el charco.

—A todos los crepusculares les encanta la carne humana, pero también se vuelven locos con otros tipos. La de hoy es de cerdo.

Y justo entonces descubro otra piscina de agua. Esta se encuentra fuera de la cámara de cristal, justo a los pies de la maestra. Tiene las mismas dimensiones que la del interior. Está del otro lado, como si las dos fueran dos espejos perfectos. La maestra levanta el saco justo por encima, y después lo deja caer, lo que provoca un salpicón. Para mi sorpresa, el bulto desaparece engullido, y justo después vuelve a emerger como si fuera un corcho.

—Se trata de un pozo en forma de U —nos explica la maestra a Sissy y a mí—, con un hueco que desciende hasta el interior de la cámara y otro que llega hasta aquí. Miden diez metros y se juntan bajo tierra formando una U. Las aberturas, como ven,

están aquí, a mis pies, y —echa un vistazo al interior— a los de la crepuscular. El pozo está completamente lleno de agua. Es perfectamente seguro, ya que no saben nadar, pues los pobres se ahogarían en un charco. En realidad, el agua les da tanto miedo que se especula con que el pozo es el lugar más seguro de la cámara. Para mí es absolutamente magistral: sencillo, pero a la vez genial. Nos permite proporcionarles piezas más grandes, como estos trozos de carne, que no caben por la ranura pequeña.

Entonces coge un palo que hay debajo de nuestros asientos y lo sumerge en el pozo. Lo utiliza para empujar el saco hasta el fondo. Cuando está totalmente sumergido, lo inclina haciendo ángulo con el cristal y lo agita. Satisfecha, lo saca.

—Lo he empujado hasta el otro hueco. Ahora sube flotando. Sólo cabe esperar. No falta mucho.

Por su parte, la crepuscular ya está a cuatro patas mirando con atención la abertura. Casi toca el agua con la barbilla. Está tan excitada que le tiembla el cuerpo y la saliva le cae hasta llegar al agua. La luz empieza a apagarse, y la maestra rompe unos quemabrillos más. La crepuscular se estremece por la luminosidad, pero no se mueve ni un ápice. Se ha colocado la melena por la cara, y casi no se la ve, como si se escondiera por vergüenza. Entonces eleva las caderas y acerca la cabeza al agua. En un abrir y cerrar de ojos, mete el brazo, con la cara a un centímetro de la superficie. Agarra la bolsa y la destroza. Las babas y el agua vuelan por los aires y salpican el cristal. Gruñe y hunde la cara en la carne húmeda y fría.

De repente, Sissy se levanta y se va. El superior que permanece junto a la puerta de salida intenta impedirselo, pero ella le aparta el brazo. Oigo que se abren las puertas, veo que entra luz, y de nuevo se queda todo oscuro. En el momento en que consigo alcanzarla, veo que está mirando hacia el cielo, respira profundamente y entrecierra los ojos por la luminosidad. Pero entonces Epap me adelanta y se apresura en llegar hasta ella.

—Sissy, ¿qué pasa?

Ella se aparta de él.

—¡Déjame en paz!

—¿Qué pasa? —Lo cierto es que no entiende lo que ocurre. Sus ojos van de Sissy al Vastnario. Y después, también a mí—. ¿Qué le has hecho? ¿La has tocado? ¿En la oscuridad?

—¿De qué hablas?

—No, en serio. ¿La has tocado?

—¡Basta, Epap! —Resignada, Sissy sube la voz—. No me ha tocado nadie.

—¿Sissy?

Ella no responde. Empieza a caminar, y se tambalea un poco. Epap corre hacia ella. Reticente, le pone las manos sobre los hombros. Sissy se retuerce y se quita las manos de encima. Eso lo hace estallar.

—¿Qué pasa, Sissy?

Ella se vuelve a él.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Por qué me has llevado allí?

—¿Cómo?

—¿Cómo has podido pensar que me apetecía ver algo así?

—No, no, no lo entiendes. Es totalmente seguro. Ese cristal es como el del Domo: impenetrable. Y la puerta está totalmente cerrada. En cuanto al pozo, ya has oído a la maestra: está lleno de agua. Los crepusculares no pueden pasar. Yo no te pondría nunca en peligro, Sissy, ya lo sabes...

La rabia se apodera de ella.

—¡No hablo de eso!

—¡Sissy! ¡No lo entiendo! —Le pasa una mano por el pelo—. Pensé que te gustaría. ¿Por qué no tendría que gustarte? Después de todo aquello por lo que nos han hecho pasar, esto parece algo en plan: «Fastidiaos, idiotas. A ver si os gusta estar en una cárcel de cristal. ¡A ver si os gusta que os contemplen como animales!» —Y ahora casi grita—. ¿Por qué no te iba a gustar?

Ella sacude la cabeza, se acerca a donde estoy, y me agarra del codo.

—¿Vienes conmigo? —me pregunta con voz suave—. Tenemos que llegar al fondo de todo esto.

Epap está estupefacto. No sabe qué hacer con los brazos colgando ni con la cabeza agachada. Sus ojos se detienen al ver la mano de Sissy sobre la mía y, cuando levanta la vista para mirarme, las pruebas lo lastiman.

—¿Qué pasa con él?! —grita mientras me señala. Como ella no le responde, nos sigue—. ¿Qué tiene que te gusta tanto? Basta con que silbe, y ya te pones a suspirar por él. —Epap la agarra del codo, le da la vuelta y la separa de mí. Sissy se suelta. Está a punto de darle un puñetazo en toda la cara. De romperle la nariz, de dejarlo hecho polvo. Pero frena. A un lado, el puño le tiembla.

Él está fuera de sus cabales.

—Mira detrás de quién van las chicas de la Misión. Fíjate por quién se sonrojan. Mira en quién se han fijado. ¡En mí, Sissy! ¡En mí! ¡No en él! ¿No las has visto? ¿No has visto cómo me siguen, cómo hablan de mí, cómo me miran? Porque quizás deberías verlo. Así empezarías a apreciarme. Empezarías a verme de verdad.

Sissy lo contempla, atónita.

—¿Qué tengo que hacer, Sissy? Todos estos años, toda nuestra vida juntos, ¿no cuentan para nada? Llega este tío tan tranquilo, e inmediatamente te derrites por él. ¿Qué tiene él que yo no tenga? Hago lo imposible por ti y, a cambio, no me haces ni caso. ¡No me haces ni caso! —Da un paso más. Está invadiendo su espacio, pero ella no se mueve, se mantiene firme—. ¿No te das cuenta de lo que te puedo dar? Todas me quieren a mí, pero yo te quiero a ti. Es a ti a quien se lo quiero dar todo.

Entonces sobreviene un silencio, y la expresión de ella se suaviza. Da un paso hacia él, los ojos del chico se iluminan por un instante, y después ella pasa de largo. Él se hunde en la miseria.

—Lo siento, Epap.

Ella me toma del codo y me lleva consigo. Nos vamos juntos. Sissy no se vuelve a mirar atrás.

—¿Adónde vamos? —le pregunto a Sissy mientras caminamos enérgicamente por la calle.

—Voy a llegar al fondo de todo esto, Gene.

—Dime qué tienes en mente.

—Voy a ir hasta Krugman. Quiero que me dé respuestas.

Diez zancadas más tarde, propongo:

—Sissy, debemos ir despacio.

Ella se detiene. Echa fuego por los ojos.

—Ambos sabemos que en esta aldea pasa algo raro. La crepuscular cautiva. Las vías del tren. —Sacude la cabeza—. Debió de haber algún motivo para que tu padre se suicidara en este lugar. ¡Por el amor de Dios! Se acabaron las contemplaciones.

—¡Ya lo sé, Sissy! Pero danos un poco más de tiempo para averiguarlo por nuestra cuenta. Revelarle a Krugman nuestras sospechas no es la mejor jugada que podemos hacer ahora mismo.

Da una patada al suelo.

—Te olvidas de algo. Puede que todo esto sea nuevo para ti, pero yo ya llevo cinco días viéndolo. Estoy harta de fisgonear y de jugar a los detectives. Basta de andarse con rodeos. —Se pasa la mano por el pelo—. La verdad, lo haré sola si es necesario, pero preferiría tenerte a mi lado, Gene.

Veo la intensidad en su mirada. Puede que tenga razón. Quizá la confrontación sea la única manera de encontrar respuestas. Pienso en las chicas que lavaban la ropa esta mañana, en sus tatuajes y en sus marcas. Su reticencia a hablar. Le doy la razón. Sus ojos se llenan de alegría.

—¿Dónde está Krugman? —les pregunta Sissy a un grupo de chicas que pasan por allí. Ellas niegan con la cabeza y sonríen con la mirada vacía.

—¿Dónde está el superior Krugman? —les pregunto a otro grupo de chicas. Ellas se inclinan, niegan con la cabeza, y evitan mirarme a los ojos.

—¡Es inútil! —se queja Sissy, ofuscada.

—¡Oye, tú! —le grito a un superior a través de una ventana abierta. Está reclinado sobre una silla, con los pies encima de la mesa y una jarra en la mano. Tiene los ojos neblinosos y parpadea. Inclina la jarra y vierte cerveza espumosa.

—¿Qué?

—¡Dime dónde está Krugman! —grito, consciente de que estoy montando una escena. Por la ventana veo al resto de los clientes, todos ellos superiores, en lo que parece ser una taberna. Me miran con ojos entre vidriosos y divertidos.

—Donde no te importa.

—Es urgente. Necesito hablar con él. —Me acerco a la ventana.

—Bueno, como todos.

El hombre arrastra las palabras. En el interior, los superiores tienen diferentes estados de embriaguez. Con sus manos hinchadas, agarran las jarras de cerveza, las copas de vino y los vasos de whisky con fuerza. El vaho del alcohol se entremezcla con el humo del tabaco y les confiere un aliento repugnante. Me aparto de la ventana. Al desaparecer de su campo de visión, se creen que he desistido y me he ido. Oigo el murmullo de un comentario acompañado de un estrépito de risas. Sissy y yo los sorprendemos cuando traspasamos las puertas de vaivén segundos después. Las sonrisas se les esfuman de la cara.

—He dicho que necesito ver a Krugman. ¿Dónde está?

Un superior que hay en la barra se me acerca y me pregunta:

—¿Qué ocurre? Quizá pueda ayudarte. —Me habla con un tono excesivamente recatado y formal que descubro que es de mofa. El turno de carcajadas que le sigue confirma mi sospecha. Pero antes veo a otro superior con mirada nerviosa y risa exagerada que echa un vistazo a la parte de atrás de la barra. A una puerta cerrada.

—¿Está ahí? —Las risas desaparecen de repente. Parece que no quede aire en el bar, y sube la tensión—. Sí, ¿verdad? —Sissy y yo empezamos a andar hacia la puerta.

Al instante, se oye el ruido de las sillas. Todos se levantan, y de golpe se les pasa la borrachera. Corren hacia nosotros para bloquearnos el paso. Prescinden de las palabras. Uno de ellos extiende el brazo hasta que me toca el pecho.

—Ya has ido muy lejos, guapo.

—Está ahí. Tengo que hablar con él.

—No puedes.

—Entonces, dígame que salga.

—No, tienes que...

—¡Krugman! ¡Krugman! Tengo que hablar con usted. ¡Ahora mismo!

Los demás no pierden el tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, me acorralan, me agarran del cuello, de los brazos, de los hombros...

—¿Es realmente necesario? —pregunta Krugman al salir. Cierra la puerta y pasa los dedos por los paneles de madera. Su voz suena tranquila mientras se abotona los pantalones y se mete la camisa por dentro. Tiene una mirada sosegada—. En serio. ¡Ni que hubiera una avalancha! —Mira a los superiores—. No la hay, ¿verdad?

—No, no. Tan sólo se trata de un chico y su muchacha, que están montando un escándalo por nada.

—Explíqueme por qué tienen a uno de ellos, a una crepuscular, en la aldea —le exige Sissy.

—Ah, veo que habéis tenido oportunidad de visitar el Vastnario. Os iba a llevar yo en persona, pero me parece que ya no será necesario. Y, por favor, prefiero cualquier otra palabra antes que «aldea». Hace que la Misión parezca muy

provinciana.

—¿Qué hace aquí una crepuscular?

Krugman le hace una señal a alguien en la barra. Momentos después le traen dos vasos de whisky. Él coge uno en cada mano.

—¿No atendíais durante la presentación? Cumple una función educativa. Les recuerda a nuestros niños, de la manera más visceral posible, los peligros que merodean las Vastas en cuanto se ha abandonado la seguridad de nuestras murallas. En serio, tendríais que haberos concentrado más. —Alarga el brazo para ofrecerme una copa. Hago caso omiso de su invitación.

—Ya he atendido lo suficiente, y ahora usted tendrá que hacerlo conmigo. —Sus ojos se abren como platos—. Ya he vivido en «el mundo de ahí fuera». Sé de primera mano de lo que son capaces. Nada los detendrá si hay sangre humana de por medio. Al tener a una crepuscular, ha introducido el peligro en casa.

—Está encerrada, con las medidas de seguridad pertinentes —explica con voz alterada—. Si supieras cómo es el cristal, sabrías que no hay manera de poder escapar de ahí. No se puede romper. Verás, ese material...

—Estoy familiarizado con la tecnología del cristal. Y también con los crepusculares. Esa chica puede parecer débil y dócil ahora que está encerrada, pero mientras hablamos está tramando cómo salir. Y créame, encontrará la manera.

De repente se pone rígido. Al respirar, se le hincha el pecho, después se le paraliza y vuelve a bajar. Sin embargo, cuando me vuelve a mirar, sonrío con amabilidad, la barbilla mirando hacia abajo. Un gran lunar negro le aparece en uno de los pliegues del mentón, como si fuera un ojo de cíclope. Le salen unos pelos de en medio, como agua que cae de una lata.

—La Misión funciona como un motor perfectamente engrasado. Sus ciudadanos llevan una vida ocupada y satisfecha. Y lo que es más: son felices. No hay más que ver cómo sonrían, cómo cantan. Su felicidad es, en realidad, de suma importancia para nosotros. De vital importancia. Somos los responsables de asegurarnos de que tengan una infancia mágica y maravillosa. Todos sus deseos y necesidades quedan cubiertos. En abundancia.

En su mirada hay una mezcla de regocijo y odio.

—Hemos cubierto todas tus necesidades desde que has llegado: comida, atención médica, ropa y entretenimiento. —Hace una mueca con la boca—. Pero quizá hayamos descuidado otras.

—Me parece que no le sigo.

—Bueno, claro que no —me dice mientras me guiña un ojo—. Has disfrutado de la comida, no hay duda. Del alojamiento también. Quizá —y entonces sonrío mirando a los otros superiores— también tendrías que disfrutar de las chicas, si te apetece. Lo podríamos arreglar sin ningún problema.

Se escapan algunas risitas.

—Tu compañero, Epap, se ha beneficiado de ellas. Y hay más que suficientes

para todos. Estoy seguro de que te has fijado en todas las bellezas que tenemos. A las menos atractivas las tenemos en la granja, a buen recaudo.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —añade otro superior, para regocijo del resto.

—Verás, ahora viene la parte en la que te ríes con nosotros. Cuando te damos una palmadita en la espalda y te acompañamos a la sala de las visitas.

—No sé de qué me habla.

—El pobre no tiene experiencia. —El que pronuncia estas palabras, un hombre alto con mirada demente, se da golpecitos sobre su abultado estómago. El resto ríe con él.

—El chaval es un poco puritano. La represión lo ha afectado. En serio, tendríamos que ser más considerados con sus necesidades. ¿Vamos a ello, entonces? ¿A la sala de visitas? Allí hay una gran afluencia de chicas.

Sissy, detrás de mí, empieza a hablar:

—Y hablando de abundancia..., ¿cómo consiguen tanta comida? ¿De dónde sacan las provisiones? ¿Qué hay de los medicamentos, las herramientas, la cubertería de plata, el cristal...?

—Tenéis preguntas que hacernos, ya veo —constata Krugman observándonos con ojos fríos y calculadores. Durante un momento excesivamente largo, nadie habla. Después vuelve a sonreír con su carisma envolvente—. Y no os quedaréis satisfechos hasta que hayáis obtenido respuestas —afirma con tono simpático—. Vosotros dos sois como gatitos. Como dos gatitos curiosos. Estáis maullando como gatos callejeros en celo.

Uno de los superiores esboza una sonrisa torcida. Krugman inspira y estudia la muralla.

—Venid —nos invita señalando al exterior—, estaré encantado de complacer vuestros deseos. Pero primero vayamos a mi despacho, ¿de acuerdo? Está en la torre de la esquina de la muralla. No está demasiado lejos. Es un paseo corto desde aquí.

Justo en ese momento la puerta cerrada que hay detrás de Krugman se abre. De ella sale una chica joven con el cabello despeinado. Al ver a tantos hombres se sobresalta, y se cubre rápidamente el trozo de hombro que se le ve debajo de la sábana que lleva alrededor del cuerpo. Baja la cabeza, murmura una disculpa y vuelve a entrar, no sin antes cerrar la puerta. Nadie dice nada. Entonces Krugman se da la vuelta. Mira a todo el mundo, y su expresión es radiante. Con su aliento avinagrado dirigiéndose a mí, dice:

—Bueno, desde luego que ella tiene experiencia.

Las risotadas hacen temblar las tablas del suelo de la taberna. La vibración que han producido las carcajadas nos sigue incluso después de haber salido y de habernos dirigido al despacho de Krugman. Unas chicas de mirada amable se detienen a cada lado de la acera y se inclinan para saludarnos.

Cuando Sissy y yo cruzamos la plaza adoquinada del pueblo con Krugman y sus dos secuaces, el líder señala hacia arriba. De una casa cercana sale un cable largo que llega hasta la muralla.

—La electricidad llega a mi despacho gracias a ese cable. Allí tengo todos mis juguetes y artilugios. La manera más fácil de encontrar mi oficina es mirar arriba. El cable eléctrico os llevará hasta allí.

Así es. Sale de las casas del centro, sigue por el camino adoquinado y llega a las praderas. Hasta el despacho ubicado en la torre de la esquina de la muralla. Una vez dentro de la fortificación, subimos por una estrecha escalera de caracol. Oímos el ruido metálico de nuestras pisadas al ascender en espiral. Al llegar arriba, nos conducen por un largo pasillo que lleva hasta el despacho. Es impresionante. Los ventanales, que alcanzan el techo, rodean todo el perímetro y proporcionan una vista panorámica espectacular. El tono seco del interior queda suavizado por la mezcla de mobiliario tradicional. A un lado de la sala está la biblioteca de roble rústico. Curiosamente, las estanterías están vacías de libros y en su lugar hay dibujos —sin duda hechos por niños— de arcoíris, puestas de sol y ponis. Al otro lado hay una gran chimenea de losas. En el suelo hay una alfombra ovalada de color trigo y con ribetes florales. Una chica de apenas trece años entra en la habitación. Le sirve un vaso de whisky a cada uno de los superiores.

—Sentaos —nos invita Krugman señalando un sofá extraño. Dudamos—. Se llama chaise longue —nos cuenta, al ver que me he quedado estudiando el asiento—. Esa es la pronunciación clásica, pero por supuesto no tenéis por qué saberlo. Fijaos en la base que tiene hecha a mano. El chirrido sutil que hace cuando te sientas o te tumbas, cómo se convierte en cama, o el que haya espacio suficiente para que se acurruquen dos personas. Los cojines. La estética orgánica. Me encanta. —Sonríe—. Pero no habéis venido a hablar de decoración, ¿verdad? Vamos, ¿qué es lo que os atormenta?

Sissy y yo nos miramos. Abro la boca para empezar a hablar, pero me refreno. No estoy seguro de cómo comenzar. Krugman, que se da cuenta de mi esfuerzo, sonrío con simpatía. Tiene la barbilla metida hacia dentro, y se le forma una papada. Reaparece su lunar negro, con sus pelos como bigotes de rata. Sonríe, y se retrepa en su butaca de cuero negro.

—Aquí estamos. Disparad. Sea lo que sea que os haga sufrir.

Me aclaro la garganta.

—Para empezar, queremos darle las gracias por todo. Su hospitalidad ha sido increíble, y ni en sueños nos habríamos podido imaginar una bienvenida como la que nos han dispensado. La comida, las canciones...

—¿Adónde lleva la vía de tren? —interrumpe Sissy.

Krugman se deleita haciendo girar los ojos, después los cierra y los vuelve a abrir

para clavar la mirada en Sissy. Parece que haya estado esperando este momento para, de este modo, poder mirarla fijamente sin reparos. La chica permanece imperturbable.

—Y eso para empezar. Cuéntenos por qué no les sorprendió nuestra llegada. Si yo viviera aquí y de golpe y porrazo surgieran seis viajeros de la nada, me habría llevado un susto de muerte. En cambio, parecía que nos estuvieran esperando. Díganos por qué.

—Lo haré, pero puede que nos lleve...

—Cuéntenos más cosas sobre la aldea. ¿De dónde sacan la comida? Todas las provisiones. Los muebles. El cristal. El maldito piano. Dado que este emplazamiento se ubica en lo alto de las montañas, debería tener lo justo para ir tirando, pero lo cierto es que viven a cuerpo de rey. Puede que este lugar haya impresionado a Epap y a los otros, pero a mí, más que dejarme anonadada, me levanta sospechas.

—Y háblenos del científico —añado yo—. ¿Cómo murió? ¿Quién era? ¿Cuándo...?

Krugman sonríe como si...

—¿Le parecen graciosas nuestras preguntas, o qué? —le suelta Sissy a bocajarro.

El hombre se reclina y suelta una carcajada que le sacude la barriga. El lunar de cíclope de su barbilla nos vuelve a mirar directamente. Con los ojos vidriosos, nos dice:

—Nara y nin, Nara y nin. No me lo parecen en absoluto. Lo que pasa es que sois como gemelos. La manera que tenéis de terminar las frases del otro. Es tan entrañable... —Le hace un gesto con la cabeza a la camarera. Ella pasa al lado de los dos secuaces y sale de inmediato—. La cuestión es —empieza a explicar al cerrarse la puerta— que hace tiempo que quería tener esta conversación con vosotros. Bueno, con Gene. Como varón de más edad del grupo, es el líder por derecho propio, ¿no? —Se levanta de la butaca y nos da la espalda—. Será más fácil si empiezo por el principio. No sé cuánto sabéis, así que partiremos de la base de que no sabéis nada. —Se queda mirando al exterior durante un buen rato—. Puede que esto sea difícil... de aceptar para vosotros. Si en algún momento preferís...

—Estamos preparados. Cuéntenoslo ya.

Mueve el cuerpo hacia un lado y sigue mirando al exterior. Y así es como habla; no a nosotros sino al paisaje.

—A los seres que quieren comernos y beberse nuestra sangre los llamamos «crepusculares». —Se vuelve hacia nosotros—. Pero veo que ya os lo han contado. ¿Cómo los llamáis vosotros? La verdad es que siento curiosidad.

—Nada. A ver, sólo son gente. Nosotros somos los anormales, los monstruos. Los hepers. —Escupo esta última palabra con desprecio.

—Lo que voy a contaros es algo que os va a dejar de piedra. No se me ocurre otra expresión. Siento que esto os vaya a venir de golpe, pero me temo que no habrá otra manera. —Ahora se vuelve a colocar mirando a la ventana, con la vista clavada en las

montañas lejanas—. Hace siglos, por motivos demasiado complicados como para profundizar en ellos, las naciones del mundo se dividían en varias facciones que siempre estaban en guerra. Las principales superpotencias, llamadas América, China e India, acumulaban arsenales impresionantes de armas nucleares, cibernéticas y bioquímicas. Los países más pequeños, que tenían miedo de quedarse fuera, se vieron obligados a escoger bando y tomar partido. En un mundo saturado de armas de este tipo y provisto de arsenal suficiente para contraatacar, se hizo evidente que nadie iba a apretar el gatillo. Hacerlo sería un suicidio catastrófico, supondría la aniquilación de todo el mundo en cuestión de horas, si no minutos. Todos perderían. No habría ganador.

»Y esto desembocó en una carrera armamentística diferente, cuyo objetivo no era acumular armas sino construir una nueva. Algo tan secreto, fuera de lo convencional e inesperado que sorprendería a los tres bandos enemigos y permitiría que uno de ellos se hiciera con la victoria. Pero ¿de qué arma se trataba? ¿Qué aspecto tendría? ¿Cómo sería?

Uno de los superiores se acerca a Krugman con la botella de whisky en la mano. Le rellena el vaso. Los ojos del líder se vuelven más blancos contra el cristal. Echa la cabeza hacia atrás y se toma la copa de un trago. Prosigue.

—Un grupo reducido de científicos rebeldes de Sri Lanka, un país formado por una pequeña isla, intentó diseñar una nueva arma. Se hacían llamar «ceilonitas». Era un nombre rimbombante para lo que eran: apenas un grupo de estudiantes de posgrado de ingeniería con demasiado tiempo libre, y con una deuda desorbitada que tenían que devolver debido al costo de sus estudios. Durante una recesión mundial, no pudieron rechazar la oportunidad empresarial de sus vidas: desarrollar armas militares. Pero no se trataba de armas nucleares, cibernéticas o bioquímicas, sino genéticas.

Entonces suelta una risa estridente, aguda, de las que no suenan convencidas del humor subyacente del comentario.

—Una arma genética. En resumen, un supersoldado con mutaciones genéticas. Resistente a la lluvia radiactiva, y a cualquier forma de guerra bioquímica que conociera el hombre. Dado que era de carne y hueso y estaba libre de chips informáticos, sería resistente a ataques cibernéticos. Y además, adaptable. Un supersoldado capaz de atacar, no sólo por los canales bien protegidos del aire y de la red, sino también sobre el terreno, que pisaría con sus botas. ¿Qué país mantenía a esas alturas un sistema de defensa contra campañas terrestres? Aquella manera de defenderse había caído en desuso. La línea Maginot tenía la misma utilidad que las telarañas que la cubrían. En cambio, una campaña terrestre llevada a cabo por supersoldados robustos sería brutal, inesperada y devastadora. ¿Qué pasaría si ese soldado modélico fuera diseñado genéticamente? —Krugman se sirve otra copa. Le da vueltas en la mano. Parece que no se da cuenta de que le caen unas gotas.

»¿Qué pasaría en ese caso? Nunca lo sabremos. Los inversores se echaron atrás y

suspendieron toda la operación. Sin embargo, uno de los miembros fanáticos de los ceilonitas, un hombre de veintisiete años llamado Ashane Alagaratnam, se obsesionó con los experimentos. Incluso después de que se desvaneciera la financiación, robó material y equipo de las instalaciones. Desautorizado por el líder ceilonita, continuó investigando en un laboratorio improvisado, oculto, el muy estúpido.

»Las autoridades se acabaron enterando y detuvieron a todos los implicados, excepto a Alagaratnam, quien por aquel entonces había huido, se había ocultado y estaba fuera de la red. Sabemos muy poco de lo que ocurrió durante los años siguientes. Pero lo que sí sabemos es que su economía se precarizó y se quedó sin recursos, ni siquiera para comprar ratas con las que experimentar. Por ello utilizó el único ratón que podía permitirse.

—El mismo —susurro.

Krugman asiente.

—Algo salió mal. Terriblemente mal. Sólo que no se dio cuenta. Los cambios se gestaron debajo de su piel, escondidos a la vista. Así que siguió experimentando, ajeno a lo que se estaba desatando en su interior. Cuando comenzaron a manifestarse los síntomas, al principio fue un proceso lento. Aumentó su sensibilidad a la luz, y las verduras le provocaban cada vez más rechazo. En cambio, descubrió el gusto por todo tipo de carnes; cuanto más raras y sangrientas, mejor. Entonces, un día...

—Sus síntomas se hicieron más evidentes —aventura Sissy.

Krugman se ríe y cierra los ojos por un instante.

—Decir que se hicieron más evidentes... es expresarlo con suavidad. Lo que ocurrió fue más bien un cataclismo. Alagaratnam llevaba un videodiario, que en la actualidad se ha convertido en una reliquia histórica. En la pantalla se puede comprobar la velocidad con que se desintegraba. Los síntomas afloraron a la superficie en apenas unas pocas horas. Lo que empezó como una marca del tamaño de un grano en la cara terminó con una explosión catastrófica propia de una pesadilla al cabo de unas horas. —Le da otro trago al whisky. Lo engulle.

»Pero hubo que dar gracias a Dios por una cosa: todo esto tuvo lugar en la pequeña isla de Sri Lanka. Obviamente, el país fue arrasado. Toda la población se transformó en una semana, pero al menos se pudo contener el brote. Los vuelos al exterior se cancelaron, y se hundieron los barcos. Eso fue todo lo que tuvimos que frenar. Observamos el cielo y controlamos el mar. Dejamos que el sol matara a los que habían sufrido las horribles transformaciones. Al final, los transmutados acabaron aventurándose al exterior después del crepúsculo. Y de ahí proviene su nombre: "crepusculares". No se trataba de zombis salvajes incapaces de reflexionar y carentes de conciencia de sí mismos, ni de bestias dominadas por tendencias procaces o hedonistas. Exceptuando sus ansias de carne y de sangre humana, por lo demás eran seres cívicos. Inteligentes. Sabían quiénes eran, y hablaban razonando y reflexionando. Cuando la comida fue mermando, cuando ya no les quedaron humanos ni animales de los que alimentarse, no se lanzaron al canibalismo. Tan sólo se

murieron de hambre. O hicieron pactos de suicidio grupal, y corrieron bajo el sol ardiente.

—Entonces ¿así es como terminó? —pregunto yo.

Krugman vuelve a cerrar los ojos, y el cuerpo le empieza a temblar. No emite ningún sonido. Por sus mejillas regordetas le caen las lágrimas. Los pelos del lunar las relamen.

—¿En serio? ¿Así fue como terminó? ¿De verdad? Entonces ¿cómo terminaron aquí todos esos crepusculares? ¿Por qué, siglos después, aún tenemos que lidiar con ellos?

De repente deja de llorar.

—No se puede detener un contagio. —Empieza a tener problemas al pronunciar.

—¿Qué pasó después?

—Hasta el día de hoy seguimos sin saber cómo se filtró —explica mientras se seca las lágrimas—. O, por lo menos, no lo sabemos con certeza. Se ha especulado con que quizá un pájaro, con una pizca de saliva de crepuscular en sus plumas, volara de Sri Lanka a India. Allí, quizás algún niño bondadoso recogió al animal herido y la saliva entró en contacto con... ¿un pequeño corte? ¿Quién sabe? —Pasa el dedo por el borde del vaso.

»Durante un tiempo, todo fue desesperanzador. Los crepusculares se apoderaron de continentes enteros. Toda la población mundial se agrupó en partes recónditas del globo. El Polo Sur, con sus veinticuatro horas de sol, se hizo muy popular en un primer momento. Es decir, hasta que terminó el verano y empezó la temporada de noche incesante. —Aprieta los labios—. Fue una época realmente oscura en todo el planeta. Un tiempo en el que la desaparición de la humanidad parecía inevitable e inminente.

—Entonces ¿qué pasó?

—Un milagro. Los relatos históricos son imprecisos, pero ocurrió algo inesperado que cambió las reglas del juego.

—¿Las reglas del juego?

—En realidad, el rumbo del destino. O, por lo menos, se vivió así. En una isleta de la costa china llamada Cheng Chau. Jenny Shen, una joven que trabajaba oculta en un pueblo abandonado de la isla, descubrió un antídoto. No tengo tiempo de entrar en detalles, pero basta decir que aquella heroicidad funcionó. Durante varias décadas, cambió la tendencia. Al final conseguimos que los crepusculares huyeran. En última instancia, el 99,99 por ciento de ellos desapareció.

—¿Y qué pasó con el 0,1 por ciento restante?

Krugman hace una pausa.

—Eran inmunes al antídoto. Por algún motivo, en lugar de matarlos, los hacía más fuertes, más resistentes y más rápidos. Daban más miedo. No obstante, el dichoso grupo era lo suficientemente reducido como para que al final lográramos alcanzarlos y encerrarlos. Les quedaban dos semanas para que los extermináramos

cuando los liberales blandengues y la derecha religiosa se unieron. —Escupe las siguientes palabras—. Formaban una extraña pareja, todo hay que decirlo. Con una sola voz temible, propusieron que, ya que los humanos eran la especie más evolucionada, no podían someter a los crepusculares a la ejecución. La izquierda liberal abogó por los derechos inalienables de estos seres. La derecha evangélica afirmaba que tenían almas capaces de redimirse, que se podían salvar. Bla, bla, blá. Ambos bandos, unos idiotas. Y el público en general también, por habérselo tragado.

»En resumidas cuentas, a los crepusculares restantes, 273, les conmutaron la pena y los mandaron al exilio. Después de debatir la cuestión, los tribunales internacionales decidieron expulsarlos al desierto. A una ciudad abandonada, para ser exactos: una cárcel perfecta con casas ya construidas, hoteles y edificios vacíos. Les borramos los recuerdos y, después, los expulsamos allí. Les proporcionamos material para que pudieran subsistir. Teníamos la seguridad de que los miles de kilómetros de desierto bajo un sol abrasador supondrían una barrera entre ellos y nosotros que sería imposible de cruzar. Y así ha sido: ha demostrado ser la instalación carcelaria más segura de la historia. Un auténtico foso de ácido, una galaxia infranqueable entre nosotros y ellos. —Saca la lengua para lamerse sus labios llorosos.

»El único problema es que no esperábamos que fueran tan... —De sus labios sale un suspiro cargado de saliva—. Los enviamos allí para que se extinguieran de una vez, y murieran a su manera cuando les llegase la hora, de un modo que no ofendiera a los liberales blandengues ni a los partidarios de la derecha religiosa. Sin embargo, no sabíamos lo resistentes que podían ser. En el fondo son valientes, son supervivientes con recursos, y eso es lo que han hecho: sobrevivir. En realidad, a lo largo de los siglos, han logrado algo más que eso. Han prosperado. Han perpetuado su especie. Como una plaga de ratas. Han construido toda una metrópolis, y han desarrollado tecnología propia. Hasta el punto de que lo único que podemos hacer ahora es estar al tanto de sus progresos y mantenernos fuera de su alcance. Bastaría con que percibiesen el mínimo olor a humano para que cruzaran el desierto para devorarnos sin remedio. —Mira el vaso, lo deja sobre la mesa, coge la botella de whisky y bebe directamente de ella. Tiene los ojos acuosos y rojos.

»Y por eso, señoras y señores, estamos aquí. Por eso está aquí la Misión. Para actuar como los ojos atentos de la humanidad. Un enclave para mantener a raya a los crepusculares. Son igual de juguetones que una jauría de perros en celo, qué queréis que os diga. Ahora, siglos después, se acercan a los cinco millones, si nuestros cálculos son medianamente fiables. Por eso los vigilamos. Comprobamos que no desarrollen la tecnología que les permita cruzar el desierto. —Inspira—. Deberíais alegraros al saber que, después de siglos de observación, parece que los crepusculares no tienen la menor inclinación a desplazarse. Realmente detestan el sol.

Entonces miro a Sissy. Está tan conmocionada como yo, y apenas puede procesar todo este diluvio de información. Pálida y boquiabierta, se vuelve a mí. Nuestras miradas se encuentran como en un abrazo. Empiezo a hablar con la voz seca.

—Cuéntenos cómo encaja el científico en todo esto.

Krugman hace una larga pausa. Parece que va a dar por terminada la reunión. Lo veo indeciso. Acto seguido, se pone a hablar, en voz baja, como para sí.

—Era brillante. Una de las personas con más talento con las que he trabajado. Era joven, tenía desparpajo... Un prodigio. Durante los primeros años, tuvimos una relación de amistad.

—¿Los primeros años?

—Antes de que... —Niega con la cabeza—. Antes de que perdiera los estribos. Aunque ya entonces mostraba indicios de inestabilidad. La dedicación con que trabajaba en su laboratorio bordeaba lo obsesivo. Llegó a creer que se podía encontrar una cura para los crepusculares. Una especie de brebaje que revertiría (sí, «revertir» era la palabra) las mutaciones en su secuencia de código genético. Lo llamaba «el Origen». —Por un instante echa un vistazo en nuestra dirección—. Pero necesitaba comprender mejor su fisiología, y para ello debía recoger muestras. Por eso llegó a la conclusión que terminó siendo su ruina: que necesitaba ir a la metrópolis.

»Era una idea ridícula, por supuesto, y creo que en el fondo lo sabía. Fue posponiéndolo durante varios años, intentando encontrar otra manera de dar con el Origen. Sin embargo, al final se dio cuenta de que no le quedaba otra opción. Necesitaba arriesgarse e ir a la ciudad. Pero no podía hacerlo solo. Debería recoger muchas muestras. Necesitaba llevarse a un equipo. Parece una locura, como si nadie se hubiera querido unir. Pero tenía facilidad de palabra y un carisma desbordante. Jugó con el sentimiento religioso de la gente, argumentando que era su deber espiritual hacerlo. Que todo era por el bien de las almas de los crepusculares. Al cabo de poco tiempo, había convencido a un grupo de treinta personas (sí, ¡treinta!) para que lo acompañaran. A cruzar el desierto y adentrarse en el ojo del huracán.

—¿Cuándo?

—Hace dos o tres décadas. Entraron a hurtadillas, con la intención de quedarse dos semanas como máximo, pero subestimaron por completo la tenacidad de los crepusculares. Ocurrió lo inimaginable. O lo completamente previsible: eso depende de cómo se mire, supongo. Separaron al grupo y después, en cuestión de días, si no de horas, los devoraron. Las líneas de comunicación quedaron totalmente comprometidas, y los canales de transporte, destruidos. Se vieron obligados a ocultarse y, cuando se acabaron los recursos alimenticios, sólo les quedó una opción: infiltrarse y mezclarse en la sociedad, fingir que eran crepusculares. Pasaron años y décadas sin que supiéramos ni una palabra de ellos. La verdad es que pensábamos que habían muerto todos.

»Y después, hace unos años, el científico regresó. Como un fantasma de carne y hueso. Apareció caminando por ese bosque, atravesó las puertas y entró en la Misión. Fue un milagro caído del cielo. O una maldición, pues ya era un hombre destrozado, de mirada perdida y dado a la fantasía. Insistió en quedarse en el enclave, en seguir investigando en el laboratorio. Declinó todas las ofertas de ser liberado y regresar a la

Civilización.

Al oír esas palabras, Sissy ladea la cabeza:

—Un momento. ¿Qué ha querido decir con eso?

Krugman está confundido.

—Quería quedarse. ¿Qué opción...?

—No, no. La parte sobre volver a la civilización.

—Bueno —continúa Krugman sin entender—, esto no es la Civilización. Como he dicho antes, la Misión es sólo un enclave. ¿No me habéis escuchado? Ahí fuera está el mundo, el 99,9999 por ciento del resto del globo. Lleno de gente, de ciudades, de civilización. Desde que se produjo el alzamiento de los crepusculares, hemos tenido que reconstruirlo todo, y todavía falta mucho para que lleguemos al nivel que teníamos antes, pero poco a poco lo conseguiremos.

Sissy y yo estamos perplejos.

—¿Qué pensabais que había ahí fuera? —Su rostro refleja desconcierto. Nos examina con mirada vidriosa.

—Yo pensaba que la Tierra estaba llena de gen... de crepusculares. No pensaba que quedaran muchos de los nuestros, quizá unos pocos en zonas aisladas. De hecho, hasta hacía tres semanas creía que era el último de los de nuestra especie. Hasta que encontré al grupo del Domo. Hasta que Ashley June confesó. Hasta que el director reveló, quizá sin querer, que existían cientos de personas como nosotros, encarceladas como ganado en el Palacio del gobernante.

A Krugman se le ponen los ojos como platos.

—Acercaos —nos invita haciendo un gesto con el brazo. Está derramando el whisky de la botella—. Acercaos a la ventana. Os quiero mostrar algo. —Da un golpe en la ventana—. Allí, a lo lejos. Pasada la cordillera. Ahí, es donde el terreno cede al barranco.

Lo vemos. Un puente levadizo de dos hojas, con los dos tramos hacia arriba, como centinelas colocados uno a cada lado del barranco.

—Más o menos cada quince días nos llegan las provisiones. En tren. Comida, muebles, cultivos y medicamentos. Eso es lo que queríais saber, ¿no? Todo llega en tren. Bajamos las hojas del puente. El tren cruza. Lo descargamos en la estación. Y después, el tren se va. Cada tramo tarda cuatro días. Un poco menos de camino a la Civilización, por la pendiente pronunciada de la montaña. El tren vuela. Y es todo automático. Es una maravilla lo sencillo que es: aprietas unos botones y se va, el puente baja y el tren desaparece montaña abajo. Las puertas permanecen cerradas hasta que alcanzan el punto de destino, ya sea aquí o en la Civilización. Por lo general, devolvemos el tren con una lista de lo que necesitamos, aparte de la mercancía habitual. Y en ocasiones especiales, el tren parte con un pasajero o dos.

Sissy y yo lo miramos. Él asiente con una chispa en los ojos.

—A aquellos que han sido buenos servidores, aquellos cuyos servicios a la Misión han sido dignos de alabanza, les espera una recompensa en forma de una

honorable puesta en libertad. Esos pocos elegidos consiguen montar en el tren de vuelta a la Civilización, donde el gobierno los recompensará con magnanimidad mediante un estipendio que les durará el resto de su vida. Pero se lo tienen que ganar.

—Con marcas del mérito.

Krugman, con cierta sorpresa y respeto, asiente.

—No se os escapa nada. Sí, con marcas del mérito. Si te ganas cinco, ya tienes el billete a la Civilización. Pero cuidado, que no se consiguen fácilmente. Suele hacer falta por lo menos una década de servicio.

—¿Cómo se puede conseguir una?

—Ah, supongo que hay muchas maneras. Una adhesión inquebrantable a los estatutos. El amor por los superiores y la ciudadanía de la Misión. Dar a luz a un niño sano. La diligencia demostrada en las tareas diarias durante una década de servicio. Ese tipo de cosas.

—¿Y qué pasa con los nombramientos del demérito? ¿Cómo se consiguen?

La habitación se queda en silencio.

—Ah, sí. Los nombramientos del demérito. Muy sencillo: la desobediencia a los estatutos te hace ganar uno. O dos. Depende del nivel de la transgresión. Pero acompañadme, no es por eso por lo que hemos venido a la Misión. Es mejor que nos concentremos en lo positivo: las marcas del mérito...

—Déjeme adivinarlo —empiezo a hablar recordando a las chicas con las marcas y los tatuajes en los brazos—. Un nombramiento del demérito resta todas las marcas del mérito. Una cicatriz anula una carita sonriente. Hace que sea mucho más difícil llegar a cinco.

«¿Y qué pasa cuando consigues cinco nombramientos del demérito?» Eso es lo que estoy pensando cuando el superior interrumpe mis pensamientos.

—Sí, supongo que resta. Sin embargo, aquí en la Misión preferimos ver la suma. Hace que los ciudadanos lo sientan como un incentivo: les sube el ánimo y la moral. —Sonríe, coloca las manos sobre mis hombros y los aprieta de modo tranquilizador—. Ya veo a qué viene esto. Estás preocupado por tu chica. —Señala a Sissy con la barbilla—. Por todas sus transgresiones. Mira, no te preocupes. No se lo vamos a tener en cuenta. Tampoco hace falta que te agobies por los nombramientos del demérito o las marcas del mérito. Tenéis prioridad. No tendréis que esperar una década ni un año ni un mes, ni siquiera dos semanas. Veréis, hoy está previsto que llegue un tren. Tardaremos unas horas en descargar las provisiones. Y después, mañana, si todo va bien, vosotros seis subiréis al tren y viajaréis hasta la Civilización. Hacia vuestro merecido oasis.

Sissy pone los dedos en la ventana y presiona la palma contra el cristal. Niega con la cabeza.

—Lo siento, pero todo esto nos llega por sorpresa.

—Lo comprendo.

Durante un minuto nos quedamos mirando el puente, intentando digerir toda esta

información que nos ha roto los esquemas.

—¿Por qué han decidido concedernos prioridad? —pregunta Sissy.

Krugman se ríe y mira a los otros superiores con complicidad.

—¡Como si la cosa hubiera dependido de mí! —Abre un cajón de su escritorio, y saca un sobre con un sello partido de cera roja. De él extrae una hoja con un membrete en relieve y me lo entrega—. Una carta de la sede central de la Civilización. Vamos, léesela.

No me molesto en corregirle por pensar que Sissy es analfabeta. Desdoble la hoja y me quedo mirando el texto en cursiva. Sissy se acerca para leer.

En fechas recientes, la Civilización ha recibido información confidencial fidedigna que afirma que un grupo de seis jóvenes, de edades comprendidas entre los cinco y los diecisiete años, se han escapado de una prisión crepuscular. Nuestros agentes nos han informado de que probablemente se dirijan a la Misión. Si llegan a ese destino, deberán ser tratados con las mejores atenciones y hospitalidad. Subirán al próximo tren y se los llevará a la Civilización. Es imprescindible que vengan con «el Origen».

Atentamente,

La Civilización.

—Recibimos la carta hace unas semanas. Por eso no nos sorprendimos cuando aparecisteis en nuestra puerta. Os esperábamos, ¿lo veis?

Sissy le da la vuelta a la hoja. Está en blanco. Mira a Krugman.

—Entonces subiremos a ese tren mañana —repite, con un tono reticente—. ¿Y cuándo nos lo iban a decir?

Krugman se pone a reír. Suena como una tos de alegría. Aun así, en esa explosión de sonido, detecto su irritación.

—Cuando el pobre Gene se recuperara. Entonces. No íbamos a permitir que os hicierais ilusiones para que luego se truncaran si él no se reponía para hacer el viaje. Recuerda que tenía muchos problemas hace tan sólo dos noches. En cambio, míralo ahora —afirma mientras me mira—, es la viva imagen de la salud y la vitalidad, ¿no? Así que mañana nos abandonaréis con todas nuestras bendiciones y, sin duda, con los mejores recuerdos.

Durante un minuto, lo único que se oye es el tictac del reloj de pared.

—¿Y qué hay del científico? ¿Por qué no lo enviaron de vuelta a la Civilización? Pensaba que recibiría el mismo tratamiento que nosotros. ¿Por qué no le concedieron prioridad?

El ambiente se vuelve tenso. A través del reflejo de la ventana veo cómo los secuaces de Krugman, que han permanecido en silencio durante todo este tiempo, se envaran.

—La respuesta sencilla es que nunca recibimos directrices de la Civilización al respecto.

—¿Y la respuesta complicada es...? —insiste Sissy.

Krugman ríe de manera sonora, a carcajadas.

—La respuesta complicada es... eso, complicada.

—Entonces denos la respuesta complicada —intervengo yo—. Cuéntenoslo todo. Explíquenos por qué se suicidó.

Krugman inspira irritado.

—Debéis entender algo. Cuando el científico volvió, no estaba del todo centrado. Demostró ser poco cooperativo.

—¿Cómo?

—Se encerró. Se negó a hablar de su vida entre los crepusculares. Nadie había vivido en la metrópolis y había logrado regresar para contarlo. El pasó allí más de dos décadas. Tendría que haber sido un almacén de información. Sin embargo, rechazó hablar del tema. Y, más extraño aún, cuando llegó el momento de volver a la Civilización en tren, lo rechazó. De forma categórica. De hecho, se encerró en su laboratorio. Cuando lo presionábamos, lo único que decía es que debía esperar al Origen.

—¿Y qué dijo al respecto? ¿No pensaron en preguntarle?

Krugman sonríe con ambigüedad.

—Por supuesto que lo hicimos. Se limitó a decirnos que se trataba de una cura. Que durante los años en los que había convivido con los crepusculares, había tenido acceso diario a laboratorios y a documentos científicos confidenciales. Al parecer trabajaba de conserje en un edificio de alta seguridad situado en la metrópolis. En resumidas cuentas, al tener acceso a esa información y ese equipo, había podido elaborar una fórmula. Para el Origen. La cura que revertiría los efectos genéticos en los crepusculares y los devolvería por completo a la humanidad.

—¿Revertiría los efectos? —tartamudeo sorprendido.

—Eso es lo que nos dijo el científico. Si es que se le puede dar alguna credibilidad.

—Esa cura, el Origen —susurra Sissy, tan abrumada como yo—. ¿No la tenía él, entonces?

Krugman niega con la cabeza.

—No pudo traerla consigo, pero afirmaba que un día llegaría. Se convirtió en una especie de profeta loco. Todos los días farfullaba historias sobre la llegada de los jóvenes que traerían el Origen. No dejaba de cantar: «Benditos sean los pies jóvenes de aquellos que traigan el Origen». Cuando no estaba trabajando en el laboratorio que tenemos aquí, estaba en la muralla, vigilando durante la noche. Seré sincero: hacia el final, perdió la cabeza. Tuvimos que aislarlo en una cabaña a la que se llega mediante una travesía de día y medio desde aquí.

Al recordar la cabaña de hace unos días, asiento.

—¿Cuánto tiempo pasó allí?

—No mucho. Un par de meses, a lo sumo. De vez en cuando íbamos a ver cómo estaba. Una tarde lo encontramos colgado de las vigas. —Krugman nos mira fijamente, sombrío—. Queríais saberlo. Ya la tenéis: la verdad sin adornos. Duele, ¿no?

—Pero¿qué lo llevó a suicidarse?

De repente, sus ojos vidriosos lanzan destellos de claridad. Se pone a mirar por la ventana. Cuando se vuelve a fijar en mí, su rostro está tenso.

—¿Os habéis dado cuenta de algo?

—¿De qué?

—De esta conversación. Es un poco unilateral. La verdad es que me estoy empezando a cansar de oír mi voz. Ahora me gustaría escuchar. Que vosotros hablarais.

Confundidos, Sissy y yo nos miramos.

—¿Sobre qué? —pregunta ella.

—Sobre el Origen —inspira—. Pensaba que el científico estaba totalmente loco cuando deliraba sobre el tema, pero después aparecisteis vosotros de la nada, tal como él había predicho. Y luego, al parecer, la Civilización no sólo descubre la teoría del Origen sino que además parece bastante predispuesta a creerla. Así que decidme: ¿qué es? Y lo que es más importante: ¿dónde está? Me gustaría verlo, por favor.

—Lo siento —me disculpo—. No sabemos lo que es. No lo tenemos. Y ésa es la verdad.

Krugman sonrío para sí.

—Puedo comprender que queráis ser prudentes al respecto, e incluso que no deis demasiados detalles, pero mirad, ahora somos amigos, ¿no? Quizá incluso seamos familia, ¿no?

—No es que seamos prudentes —responde Sissy—. Es que no lo tenemos.

Mete la barbilla hacia dentro, y le sale el lunar.

—¿Sabéis qué creo también? —Nos pregunta con un tono de excitación en su voz—. Creo en el quid pro quo, en que donde las dan las toman. ¿Entendéis estas expresiones?

Niego con la cabeza.

—Significan que siempre debe haber un intercambio justo. Yo os doy algo, y vosotros también me lo dais a mí. Os he dado información, y he respondido a vuestras preguntas. Ahora, a cambio, quid pro quo, vosotros me dais algo. ¿Lo entendéis? Un canje. ¿Lo veis? Yo os he dado mi hospitalidad, y ahora vosotros me dais el Origen. —Cada vez está más excitado, la voz le tiembla de la emoción—. Es lo justo...

—No lo tenemos —interrumpe Sissy, y Krugman da un respingo—. Sencillamente no tenemos ni idea de qué es eso del Origen. No habíamos oído hablar de ello hasta que llegamos aquí.

Krugman la observa durante un buen rato. Después hace una seña apenas visible con la cabeza, y sus dos secuaces, que están detrás de nosotros, se van a la puerta.

—Muy bien. Ellos os acompañarán hasta vuestra casita.

Nos damos la vuelta para salir. Sissy va delante. Se detiene. La puerta sigue cerrada, y los dos hombres siguen delante. Con los brazos cruzados a la altura de su pecho del tamaño de un tonel, sonrían.

—Una cosa más —añade Krugman con un tintineo en la voz.

—Tengo que pedirlos un favor —nos dice Krugman mientras inspecciona la mugre que tiene en una uña, y después la elimina.

—Adelante. ¿Qué es?

—Dejadme que os registre.

Sissy tensa los brazos.

—¿Perdón?

—Oiga. Ya le hemos dicho que no tenemos el Origen.

—No os creo —dice, con un desapego clínico. Aunque su mirada demuestra lo contrario cuando se posa en la mía. Es como una caldera de orgullo herido y rabia a rebosar. Algo que ha estado reservando durante mucho tiempo se está empezando a liberar en su interior.

—Mire —le intenta explicar Sissy—, el que nos crea o no, no cambia el hecho de que no tengamos el Origen. Podría registrarnos de la cabeza a los pies y no lo...

—¿En serio? —pregunta con un aire siniestro en la mirada—. Qué curioso que lo menciones. Estaba a punto de sugerirlo yo mismo. De la cabeza a los pies.

Confundida, Sissy frunce el ceño. Me mira. «¿Qué está pasando?» Detrás de nosotros se oyen crujir las tablas del suelo. Uno de los secuaces avanza hacia mi compañera.

—Debes quitarte la ropa. Toda. Tenemos que examinarte la piel.

Yo me quedo mirando a los hombres, y después a Krugman.

—Dícales que salgan de aquí.

—No —responde suavemente. Después mira a Sissy con ternura enfermiza—. Tenemos razones para creer que el Origen puede ser una pista tipográfica impresa en algún rincón de vuestras pieles. Una especie de caracteres. Quizá una ecuación o un código. Quítate la ropa.

—No lo creo —digo antes de que Sissy pueda responder—. Nos vamos ahora.

—Y lo harás —afirma el otro secuaz con voz grave—. Lo harás. Pero ella se queda. Es la única a quien todavía no hemos inspeccionado. —Se le forma una leve sonrisa en los ojos—. Ya hemos examinado a los cuatro chicos. Y a ti te revisamos mientras estabas enfermo y traspuesto. Estás limpio. —Vuelve a dirigir la mirada a Sissy. Empieza a ir hacia ella.

—Ni se le ocurra tocarme.

No se oye más que el tictac del reloj de pared, ahora estridentemente fuerte.

—¿Veis?, eso es lo que pasa con las chicas que tienen pies de hombre —dice Krugman desde atrás, con una voz que suena como un arrullo reptante—. Cuando no se les han embellecido, cuando aún conservan esas glándulas. Permanecen intactas y le secretan hormonas masculinas a la chica. Hacen que pase de ser una princesa a un buey testarudo. Alguien que no entiende qué lugar desempeña en la sociedad, que cree de manera equivocada que puede caminar, hablar y opinar como un hombre.

Decirle que no a un varón. «Como anillo de oro en el hocico de un cerdo es la mujer con pies grandes.»

—Fijaos en esos inmensos pies de hombre —se mofa uno de los secuaces—. ¿Podemos estar realmente seguros de que es una chica?

Se produce una pausa prolongada. Bullen los pensamientos, se sopesan las opciones, y se consideran las indiscreciones.

—Con estas cosas, nunca se sabe.

—Quizá deberíamos averiguarlo —añade otro. Recorre el cuerpo de Sissy con la mirada—. Hay maneras de —y hace una mueca extraña con la boca, como una sonrisa al revés— precisar los hechos. De «destapar» la verdad.

Empiezan a avanzar hacia ella. Salto encima de ellos. Lo hago sin ninguna elegancia, pero con la fuerza que me da la convicción. Los empujo y caen de espaldas contra la puerta. Rebotan y la furia los hace enrojecer. Uno de ellos echa el brazo atrás, preparado para pegarme, pero Sissy le salta encima y le clava el codo en el esternón. Él se dobla. La saliva y los insultos salen despedidos de su boca.

No sé qué es lo que habría pasado a continuación si Krugman no se hubiera puesto a reír. Y no es una risa cualquiera. Se trata de una agitación escandalosa que sale de sus entrañas; un bramido que hace que vibren nuestras cajas torácicas. Cae desplomado en su silla. Las carcajadas se van transformando en réplicas, gruñidos graves que le salen de la boca del estómago.

—Ay, chicos —dice entre risas—. He dicho quid pro quo, no aquí te pillo aquí te mato. —Se ríe con su humor improvisado—. ¡No más conversaciones en privado, vale! —Tiene un rostro radiante—. ¡Se acabó la hora del té!

Sissy me toca la mano con el dorso de la suya. Después las deslizamos hasta que nuestras palmas frías se entrelazan a la perfección. Krugman sonrío, y la barba se le mueve como si tuviera un par de ratones escondidos en ella.

—Vamos —dice finalmente con los pulgares en el cinturón—. La Misión no va sobre esto. Somos todo sonrisas y buen rollo. No somos rencillas y violencia.

—Cualquiera lo diría —suelta Sissy en voz baja.

—¡Maldita arpía! —grita un superior—. ¡Mocosa desobediente, tendríamos que tirarte a los...!

—Basta —corta Krugman con voz suave. En su mirada todavía se percibe el humor, pero ahora, además, incorpora una humedad ácida—. Me temo que todo es culpa mía. Me he olvidado de lo cansados y nerviosos que debéis de estar, después de todas las cosas por las que habéis pasado. Por favor, perdonad mi desliz. —Su sonrisa se hace más amplia—. ¿Lo pasado, pasado está? ¿Agua pasada no mueve molino? ¿Lo olvidamos? ¿Qué os parece?

Asiento con prudencia.

—Ahora nos gustaría irnos.

—Como queráis.

Krugman hace una seña a sus secuaces para que se aparten. Al pasar por su lado,

como si atravesáramos un mar de manteca dividida, su líder murmura algo.

—¿Cómo? —pregunta Sissy.

—Nada —murmura él.

Mientras vamos por el camino de adoquines nos cruzamos con grupos de chicas sonrientes, de sonrisas blancas y perfectas, que se apartan a un lado. Las nubes negras se han apoderado del cielo, y se ven amenazantes. Al cabo de unos minutos, la lluvia cae de lado. Sissy y yo caminamos rápido, el uno al lado del otro. No nos hemos soltado las manos, que son como un refugio cálido en medio del frío que nos cala. No le cuento lo que Krugman ha mascullado antes de irnos. Más que nada porque tampoco sé cómo interpretarlo, ni si se trata en realidad de la amenaza oculta que sospecho que es: «Todo lo bueno se hace esperar».

Cuando llegamos a la casa donde me alojo, estamos calados. Sissy coge mi mochila del sofá y vuelca el contenido sobre la cama. Caen sobre el edredón restos de comida, el cuaderno de Epap, el diario del científico y algunas baratijas.

—¿Ves algo que pueda ser el Origen?

—Estoy seguro de que ya lo han revisado. Además, ¿no tienen la idea de que es algo grabado en la piel? ¿Cómo una especie de caracteres o algo así?

Ella coge el diario del científico, lo hojea y después, frustrada, lo lanza sobre la cama. Empieza a temblar. Estamos helados. Me acerco a la chimenea. Con las manos temblorosas intento hacer un fuego.

—M-m-mira —observa Sissy mientras le castañetean los dientes. Señala la mesa de centro. Encima han dejado una bandeja de comida. A juzgar por el vapor que aún sale del bol de sopa, ha sido hace poco—. ¿Tienes una habitación para ti solo con hogar y ducha caliente, además de servicio de habitaciones?

Toco la rebanada de pan. Aún está caliente.

—Qué raro. Oye, ¿por qué no comes un poco? Puede que tarde un rato en encender el fuego. La sopa te vendrá bien.

Sentada en el sofá, empieza a dar sorbos a la sopa. Hace una mueca con la nariz.

—¿Ocurre algo?

Ella niega con la cabeza.

—Sólo que está un poco salada, pero está buena. Y caliente.

Me doy prisa con el fuego y lanzo unas ramas que habían quedado a un lado, pero la leña está un poco húmeda y me está costando. Sissy se toma el último sorbo, pero aún tiene escalofríos.

—Date una ducha caliente. Te ayudará a recuperar la temperatura.

Tiene demasiado frío como para llevarme la contraria. Se levanta y le doy ropa del armario.

—Te quedará grande, pero mejor eso que pasar frío.

Cierra la puerta del baño. Aprovecho para cambiarme de ropa y sacarme la que tengo empapada. Poco después, ya tengo un buen fuego en marcha. Me siento en el sofá. El frío me ha calado los huesos y me pongo cómodo entre los cojines. Las llamas parpadean por la habitación y transforman las paredes en una tormenta de fuego de tonos rojos y naranja. Desde el cuarto de baño me llega el sonido distante de agua que salpica. A pesar del fuego y la ropa seca, sigo teniendo frío. Cojo el edredón de la cama y me lo coloco sobre las piernas. Me quedo mirando el hogar. Las llamas serpenteantes se parecen a mis ideas, desorientadas y en constante movimiento. Tomo un poco de sopa, pero ya está tibia y demasiado salada. La dejo a la mitad y me pongo a mirar por la ventana. La oscuridad se ha asentado en la aldea, disolviendo los rastros de humo que salen de las chimeneas y tragándose los tejados cubiertos de paja. Unos minutos más tarde, la noche ha absorbido los caminos serpenteantes que

salen de nuestra puerta. Un silbido ocasional del viento se cuele por las calles, amortiguado por las nubes espesas que flotan ocultas bajo el cielo encapotado. La primera gota de lluvia motea la ventana como si fuese una pequeña herida.

Estoy preocupado por lo que Krugman acaba de contarnos. Un frío distinto, más inquietante y perturbador, se me mete en los huesos. Sissy entra en la habitación con la cara lavada y el cabello húmedo. Se queda delante de la chimenea durante unos minutos, pasándose los dedos por el pelo. La luz le dora los mechones sueltos y hace que parezcan estar en llamas.

—La ducha me ha sentado muy bien. Gracias. —La luz del fuego baila por encima de su piel fresca—. Pero me ha dado mucho sueño. Casi me duermo. —Se sienta a mi lado. Durante unos minutos, mientras el calor de las brasas se extiende entre nosotros, nos quedamos en silencio. Se sienta sobre sus piernas y se coloca el edredón por encima.

—Vaya dos días más locos.

—Vaya hora más loca. —Se apoya en los cojines, y hace crujir los nudillos—. Me estaba empezando a acostumbrar a este pueblecito, a todos los humanos que me rodean. Y ahora descubro que ahí fuera nos espera todo un mundo. Estoy intentando digerirlo, pero es como intentar mantener el equilibrio entre arenas movedizas.

Asiento.

—Es demasiado como para acostumbrarse tan rápido.

El fuego crepita y levanta un montón de chispas.

—¿Qué pasa? Me estás escondiendo algo.

Me muevo en el sofá para poder hablarle cara a cara.

—Puede que Krugman mienta, Sissy.

Ella no dice nada, pero me mira fijamente.

—Dice que el tren lleva a la Civilización. Y quizá sea así, pero...

—No sabemos nada al respecto —termina ella.

—Aparte de lo que él nos ha contado. Afirma que es un paraíso, que es un lugar increíble. Pero ¿y si no lo es? ¿Y si...?

—¿Qué?

Le tomo las manos entre las mías. Siento el calor de su piel, su pulso entre las puntas de mis dedos. De repente no quiero decir lo que debo; quiero alargar este instante y que se transforme en una hora, en un día, en un año, en una década; estar a solas con ella sin la interferencia del mundo. Sin embargo, ella me mira expectante, y me decido a hablar.

—¿Y si el tren llevara directamente a los crepusculares?

Su cara apenas se inmuta, pero me agarra más fuerte de la mano.

—Cuando estuve en el Instituto de Hepers, el director dijo algo sobre el Palacio del gobernante. Me contó que era un lugar donde alojaba a cientos de hepers en secreto. Los tenían en celdas subterráneas, como ganado. Para ser consumidos por orden del gobernante. —Desplazo la mirada al fuego, y después vuelvo al rostro cada

vez más pálido de Sissy—. ¿Y si las vías del tren llevan hasta allí?

—¿Y nosotros somos el ganado? —Le echa un vistazo al bol de sopa vacío y a la rebanada a medio comer—. ¿Y por eso nos están engordando?

Aprieto los dientes.

—No lo sé. Quizá esté paranoico. Puede que la Civilización sea todo lo que nos han contado. Un paraíso. El destino final al que mi padre nos ha guiado durante todo este tiempo. —Espiro frustrado—. Este lugar es extraño, no cabe duda. Pero ¿qué sabré yo sobre lo que es normal? Me he pasado toda la vida fingiendo ser un crepuscular en su mundo. ¿Qué puedo saber yo del mundo de los humanos?

Miro por la ventana. El cielo está embadurnado de nubes negras. La lluvia cae y trae más oscuridad. El mundo exterior se empieza a disolver en un colmillo negro y nos encierra en esta pequeña habitación de luz de fuego serpenteante.

—Me he pasado la vida en una grieta entre dos mundos. Y no pertenezco a ninguno de ellos. No los conozco.

—No esperes que yo te ayude, Gene. —Ella intenta no darle importancia, pero sus palabras suenan como una losa—. Yo estoy igual que tú. He vivido siempre en un domo de cristal. No sé nada de ningún mundo; ni del humano ni del crepuscular.

Le agarro la mano más fuerte.

—Tú tienes tus instintos, Sissy. Eres la persona más intuitiva y sensata que he conocido nunca. Confía en lo que te diga el corazón.

Permanece en silencio un buen rato. Con la otra mano, alisa las arrugas del edredón a golpecitos.

—Tenemos que descubrir adonde lleva el tren, Gene. No dejaré que los chicos se suban sin saberlo. Ni tampoco permitiré que lo hagas tú.

Me sostiene la mirada. La luz del fuego parpadea en sus ojos, que, de manera inusitada, parecen vidriosos y pesados.

—No nos queda mucho tiempo. Menos de dos días.

—Lo sé —dice arrastrando las palabras, como si estuviera muy cansada—. Se nos está escapando algo, ¿no? Una pista evidente, algo que tenemos delante de nuestras narices.

Van pasando los minutos y permanecemos en un silencio cómodo. El sonido de la lluvia cayendo sobre el tejado es parecido al de un tambor, hipnótico, y me provoca una extraña sensación de relajamiento muscular. Ahora la ventana nos refleja, y la luz rojiza nos envuelve. Por primera vez en muchos días, me veo la cara. Parezco más viejo, tengo los rasgos más marcados. Estoy empezando a parecerme más a mi padre. Se instala en mí una especie de aturdimiento. No me parece muy oportuno; a la luz de los últimos acontecimientos, y con el dilema de decidir si queremos montarnos en el tren, deberíamos estar de un lado a otro, debatiendo, agitados. En cambio, ambos estamos repantigados en el sofá, perdidos.

—De alguna manera, todo se reduce a mi padre —empiezo a decir mientras intento despertarme con la conversación—. Si descubrimos qué le pasó, sabremos

adonde llevan las vías del tren. Él es la clave de todo esto.

Creo que va a responder, pero cuando me vuelvo, veo que los parpados se le han cerrado más por el cansancio, y tiene la cabeza a un lado. Parpadea varias veces e intenta ahogar un bostezo.

—Oye —murmura mirando al bol vacío—. ¿Qué tenía esa sopa?

La humedad brilla en sus ojos. Se hunde más en el sofá, como si se fundiera con el cuero. Ninguno de los dos hablamos. El fuego crepita. Un peso, delicado pero insistente, me empuja hacia el sofá. No puedo hacer nada por resistir la presión, por evitar quedarme dormido. La habitación empieza a oscurecer, y unas ondas grises empiezan a formar charcos negros. Miro el bol de sopa vacío de Sissy, y el mío, medio vacío. Los bordes están borrosos. Alejada y amortiguada, una alarma empieza a sonar en mi interior.

—¿Gene?

—¿Sí?

Se escurre más en el sofá, se desliza sobre el cuero para acercarse más a mí. Su piel suave se funde con mi costado. Encajamos perfectamente bien.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Durante un rato no dice nada, y creo que al final se ha dormido, pero entonces oigo el murmullo de unas palabras, suaves como las alas de una mariposa.

—No me dejes, ¿me lo prometes?

Y entonces cierra los ojos, y deja caer la cabeza por el sofá sobre mi hombro. Siento el calor y la suavidad de su sien apoyada sobre mi cuello, su pulso contra mi clavícula. Abre los labios y deja escapar unas respiraciones cortas. Ya está dormida. Le acaricio la cara con delicadeza, y trazo con los dedos el contorno de sus mejillas, de sus pestañas onduladas. Le acaricio el flequillo y se lo aparto de la frente. La luz del fuego titila por la habitación como si fueran serpientes frenéticas. Son del color del pelo de Ashley June: ardiente, rojo, remolinos salvajes. Lo único que consigo hacer para poner fin a este sentimiento de culpa es cerrar los ojos. Acaricio el brazo de Sissy, que está sobre mi pecho, una y otra vez, una y otra vez. Cada movimiento parece una traición, una traición, una traición. El sueño me arrastra a velocidad compasiva.

Me despierto con el sonido de las gotas de lluvia que caen sobre el cristal. Fuera está completamente oscuro. El fuego se ha reducido a brasas ardientes y la habitación se ha enfriado. Como una muda de piel, el edredón yace en el suelo. Sissy no está. Pongo la mano en el hueco aún marcado del sofá donde se quedó dormida. El cuero está frío. Me levanto. Las tablas del suelo crujen al compás de mis huesos doloridos. La habitación da vueltas, se tambalea adelante y atrás. Voy hacia el cuarto de baño a trompicones, le doy una patada a la mesa de centro, y caen los boles de arcilla.

El agua fría me ayuda. Me mojo el pelo con las manos, tanto que cuando levanto la cabeza los hilos de agua fría me bajan por el cuello, el pecho y la espalda. Cunde la alarma en mi interior.

—¡Sissy! —grito por el pasillo oscuro al salir de la habitación, y después, de nuevo, fuera, en la calle. El chaparrón ha hecho que todo el mundo se quede en casa. Las calles están desiertas. El suelo está fangoso y se ven pisadas de pies de pato. Son demasiado grandes para pertenecer a los pequeños pies de loto de las chicas de la aldea. Deben de ser de hombres. De los superiores. A juzgar por la forma, son tres, por lo menos. Sigo el rastro, pero desaparece en cuanto llego al camino adoquinado. Miro por la calle arriba y abajo.

—¡Sissy! —vuelvo a gritar. Sólo el repiqueteo de la lluvia y los techos de paja responden a mi llamada. Corro por el ambiente tenebroso hacia la plaza de la aldea. Normalmente es el centro neurálgico, pero ahora está despojada de todo movimiento, sonido e incluso color. Toda la animación se ha evaporado. Las ventanas de las casas están cerradas, como si fueran ojos.

—¡Sissy! —llamo de nuevo, esta vez ahuecando las manos—. ¡Sissy!

Se abre la puerta de una de las casas. Aparece una figura, de pie debajo de un toldo. Se trata de Epap. Tiene la camisa abotonada hasta la mitad, como si se la hubiera puesto apresuradamente.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con mirada amenazadora—. ¿Dónde está Sissy?

—¡Ha desaparecido! ¡Ayúdame a encontrarla!

Es difícil interpretar su expresión. Desde las sombras me estudia, reacio a dar un paso hacia la lluvia.

—¿Epap?

Sacude la cabeza dos veces y pestañea lentamente. Se vuelve a meter dentro de la casa, una retirada que revela el rencor que aún le guarda a la chica. Me doy la vuelta, furioso y decepcionado. Esperaba algo más de él. Pero en seguida sale corriendo por la puerta. Se pone una sudadera y va saltando entre los charcos de barro. Cuando me alcanza, ya se ha puesto la capucha.

—Cuéntame qué ha pasado. —Parece preocupado.

—Ha hecho cabrear a los superiores. Y ahora se la han llevado a algún sitio.

Centra sus ojos en los míos, en busca de la verdad.

—Qué locura. ¿Por qué piensas algo así?

—Le pusieron algo en la sopa y se quedó grogui. Yo no tomé tanta, y por eso... ¡Oye! ¿Vas a ponerte a hacer preguntas o a ayudarme a encontrarla? Creo que se ha metido en un buen lío.

—¿No estarás exagerando? —me pregunta mientras sacude la cabeza—. Se han portado extraordinariamente bien con nosotros. ¿Por qué no te relajas y dejas de ponerte paranoico? —Hace una mueca con la boca—. ¿Qué? ¿Te crees que si Sissy no está contigo eso significa necesariamente que la han raptado? ¿No podría ser que, no sé, lo único que pasa es no quiere estar contigo? —Mueve los brazos bajo la lluvia y resopla—. ¿Me has hecho salir con este tiempo horrible sólo por esto?

No tengo tiempo para explicaciones ni para dramas. Doy una vuelta para decidir por qué dirección sigo. Epap me coge del hombro. Me vuelvo, a punto de soltarme, pero su mirada hace que me detenga.

—Espera. —Espira con gran frustración—. ¿De verdad crees que le ha pasado algo?

Asiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Epap, ¿estás conmigo o no? No voy a perder el tiempo con explicaciones.

Entonces cede:

—Vamos a buscarla.

Cuando me pongo a correr, él ya está a mi lado. Corremos en tándem. El barro nos salpica los pies como pequeñas explosiones.

Sin embargo, las calles vacías y las casas oscuras no nos revelan nada.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —pregunta Epap, jadeando, cuando nos detenemos. Se apoya sobre la pared de una casa, doblado, con las manos en las rodillas.

—Vamos —lo animo mientras intento recuperar también la respiración—. Sigamos buscando.

El asiente y se impulsa con la pared.

—Espera. —Señala a la derecha con un gesto de la barbilla.

Una chica encapuchada sale a toda prisa de una casa. Examina la calle vacía, y después empieza a correr hacia nosotros tan rápido como sus pies de loto se lo permiten. Epap y yo nos miramos y después corremos hacia ella. Ella se para, espera a que lleguemos hasta dónde está y sigue observando la calle nerviosa. Al cogermela del brazo para conducirnos hacia un estrecho callejón, se engancha la manga con la mía y se le ve el brazo. Tiene tres marcas en el antebrazo. Se quita la capucha de la cara. Se trata de la chica de pecas.

—Ya es demasiado tarde —susurra—. Volved a casa.

—¿Dónde está? ¿Adónde se la han llevado?

—Todo ha terminado. No ganaréis nada buscándola. Tenéis mucho que perder. Por vuestro bien y el suyo, volved.

—¿Está bien? ¿Le han hecho daño? —le pregunta Epap dando un paso adelante.

—Volverá a su debido tiempo.

La cojo del brazo, con cuidado pero de manera firme. Es muy delgada, pero sus huesos son duros y rígidos debajo de la capa de carne. Se le ve una mirada inteligente.

—Has venido a ayudarnos, ¿no? Pues hazlo. ¿Dónde está?

Ella duda, pero después susurra:

—Ya es tarde, pero id a la clínica. Sabéis dónde está, ¿no?

—¿La clínica? —pregunta Epap—. Sé dónde está, pero ¿por qué diablos tenemos que ir ahí?

Ella retira el brazo.

—Ya es demasiado tarde.

Desaparece caminando como un pato y se mete en la casa de la que salió. La cara de Epap es un poema. No entiende nada, y cada vez está más asustado.

—¿La clínica? —Se vuelve a mí—. Gene, ¿qué está pasando?

No respondo, aunque tengo una horrible sospecha. Me pongo a correr, esta vez más rápido que en ningún otro momento de esta noche.

Llegamos sin aliento, pero no perdemos tiempo. Epap revienta la puerta con el hombro. Ve algo y al instante pone rígida la espalda, como una marioneta a la que súbitamente le hubieran tirado de las cuerdas hacia arriba. Sissy está en el centro de una habitación vacía, tumbada en un artefacto que parece una silla de dentista, pero con correas. Tiene los brazos y las piernas separadas sin gracia, los ojos cerrados y la boca floja. El olor a piel quemada flota en el aire.

—¡Sissy! —grita Epap mientras corre a su lado. Tiene la manga del brazo izquierdo levantada, y se le puede ver la parte interna del antebrazo. En medio de la piel suave, como una entidad separada forjada con hierro, tiene un bulto en forma de equis del que supura pus. La han marcado.

No decimos nada. Le quitamos las correas a toda prisa. Tiene la respiración entrecortada y murmura algo absurdo con los labios. Con ternura, Epap le enrolla la manga más arriba para que la lana no le roce la quemadura recién hecha. Voy a levantarla, pero Epap me aparta. Es él quien lo hace, con una fuerza y una gracia que se contradicen con sus brazos delgados. Con firmeza, la acuna contra el pecho. Como si eso lo aliviara de momento, cierra los ojos, y roza sus labios entre su pelo.

—Ya te tengo. Ya estás a salvo, Sissy —susurra. Al auparla para poder sujetarla mejor por debajo de las piernas, la cabeza de ella cae y le golpea la nariz. El no se

queja, sino se limita a sostenerla con mayor cuidado hasta que se le pasa el dolor. Me perfora el corazón un pinchazo de celos inesperados. Epap se lanza a la lluvia, que ahora tiene la fuerza de una cascada, y nos empapa en cuestión de segundos. A pesar del peso añadido, corre a una velocidad que es difícil de mantener.

—¡Epap! —Le agarró del brazo para que pare—. ¿Adónde vas?

—A mi casa. —Intenta soltarse.

—No —le ordeno mirándole a los ojos—. Está al otro lado de la aldea. A diez minutos. Sissy no debería pasar tanto rato bajo la lluvia. No en su estado. Llévala a mi habitación. Está mucho más cerca.

Le empiezan a temblar los brazos. El efecto de la adrenalina se le está pasando y está calado hasta los huesos. Asiente de inmediato.

—Llévanos allí.

Pero entonces me detengo. Se me ocurre una idea.

—Tenemos que ir por los chicos.

Epap lo comprende de inmediato. No es seguro que estén solos. Un ataque contra uno de nosotros es un ataque contra todos.

—Pásame a Sissy. Tú ve a buscar a los chicos. Yo no sé dónde están, pero tú sí.

Me mira desconfiado.

—No, ya la llevo yo...

—¿Por toda la aldea? —Le pongo una mano en el hombro—. Llegaré sana y salva, te lo prometo. —Se me queda mirando, y la indecisión se extiende por su rostro—. Querrá ver a los chicos cuando se despierte. Ve a buscarlos.

Eso lo convence y me pasa a Sissy. No me había dado cuenta de lo mucho que deseaba esto: que dejara caer su cabeza contra mi pecho, que su piel cediera sobre la mía. Tengo que hacer un gran esfuerzo por no abrazarla más fuerte, por no hundir la cara en su cabello y absorber su almizcle. Epap me mira con recelo. Le doy la dirección de mi casa y, después, ambos salimos corriendo en direcciones opuestas. De repente ya no estoy cansado. Como si Sissy me insuflara fuerzas, los pies cada vez me van más rápido. Choco contra las gotas de lluvia que caen y las hago estallar en mil millones de partículas de llovizna.

Llego a mi habitación, y trabajo a toda prisa. Tumbo a Sissy sobre el sofá y ella se acurruca; los brazos le tiemblan, tiene los labios azules y murmura delirando. Recojo el edredón del suelo y la envuelvo con él, como formando un capullo. Dejo fuera el brazo marcado. Sin embargo, no es suficiente. Sigue estremeciéndose. Se le ha metido el frío en los huesos. Me voy hasta el hogar. Aún quedan algunas brasas y, en cuestión de minutos, consigo prender fuego. Ella sigue tiritando. De la herida en la marca le supura una capa de moco amarillo, la piel de alrededor es de un rojo feroz.

—Ay, Sissy —suspiro apretando los dientes. Le aparto el pelo de la cara. Antes de este instante, no sabía que la furia y la ternura podían coexistir.

Los chicos llegan poco después. Oigo cómo suben los escalones a toda prisa y avanzan por el pasillo. Cruzan la puerta como una exhalación. Tienen las caras pálidas, y el pelo mojado y echado atrás.

—¿Cómo está? —pregunta Jacob. Se colocan alrededor del sofá y, sin saber demasiado bien qué hacer, le acarician el pelo. Al verle la piel marcada, David lanza un grito ahogado. Ben rompe a llorar.

—Ve al baño a buscar una toalla mojada —le pide Epap a Ben, para que tenga algo que hacer—. Hay que mantener fría la herida. —El niño sale corriendo. Epap levanta el edredón y me mira—. ¡Serás idiota! Tiene la ropa empapada. No me extraña que aún esté muerta de frío.

—Bueno, ¿y qué se suponía que tenía que hacer? ¿Desnudarla?

Epap no responde. Se centra en darles órdenes a los chicos. Señala los cajones, Jacob se levanta, y va a buscar ropa seca. David corre al cuarto de baño por una toalla.

—Ponedle unos calcetines también —les ordena a medida que empiezan a quitarle la ropa empapada.

Epap y yo salimos al pasillo y cerramos la puerta. Él se rasca la nuca.

—Nos pusieron droga en la comida. Nos dejó groguis a los dos. Fue entonces cuando se la llevaron.

Él asiente. Yo espero rencor y quizá un reproche por su parte, pero para mi sorpresa emplea un tono de voz suave.

—¿Estás bien?

—Sí —respondo al cabo de unos segundos.

Epap asiente, camina por el pasillo y se apoya contra la pared. Descansa la cabeza y cierra los ojos.

—Querían registrarla y se negó. Desnudarla, Epap.

Al oír esto abre los ojos como platos.

—¿Cómo?

—Querían que se desnudara. Examinarle la piel.

Parpadea.

—¿Por qué?

—Creen que el Origen podrían ser unos caracteres o algo que llevemos tatuado en la piel. Tal vez una ecuación o una fórmula.

En silencio, vocaliza un «¿Qué?». Se vuelve a mí.

—Pero¿por qué sólo a ella? ¿Por qué no a ti, a mí o a los chicos?

—A nosotros ya nos han examinado. A mí, cuando estaba enfermo. Y a vosotros, seguramente cuando estuvisteis en la casa de baños.

Los ojos se le salen de las órbitas a Epap cuando se da cuenta.

—Hicieron que nos bañaran las chicas. Y también nos secaron. No dejaron ni un rincón de la piel.

—¿No protestasteis ni os quejasteis?

Se sonroja y mira al suelo.

—No. A ver, ¿de qué nos íbamos a quejar? Creíamos que estaban siendo hospitalarios.

Me mofo de su respuesta, pero en silencio. Retiro la cortina de la ventana del pasillo. El único movimiento que hay en el exterior es el de la lluvia.

—Vaya si os han embaucado. No tenéis ni idea, ¿no? Sobre este sitio.

Cruza los brazos a la altura del pecho.

—Sé lo de las marcas, y no es lo que crees. Tan sólo cuesta un poco acostumbrarse a ello. Es igual que con el resto de... manías. Son un poco como la espuma de la cerveza. Tienes que bebértela para llegar a lo bueno.

—Es a Sissy a quien han marcado, Epap. No se trata de una manía a la que me podría llegar a acostumbrar. No es espuma.

El suelo cruje bajo sus pies cuando cambia de posición. No dice nada. Al otro lado de la puerta, oímos a los chicos hablar en voz baja cuando terminan de cambiar a Sissy. Un minuto después, Epap me pregunta:

—¿Qué crees que deberíamos hacer? ¿Estamos en peligro? ¿Deberíamos irnos?

Me encojo de hombros.

—Tendría que ser yo quien hiciera las preguntas. Me he pasado unos cuantos días enfermo e inconsciente. Tú deberías conocer mejor el pueblo. Pero lo que ocurre es que has estado demasiado ocupado con los superiores como para hacerle caso a la «espuma». No sabes nada sobre este lugar.

Recorre el pasillo y vuelve.

—Eso es injusto.

—Yo te diré lo que es injusto: dejar a Sissy sola en la granja. Y eso es lo que hicisteis los chicos y tú. La abandonasteis. Ella os condujo sanos y salvos hasta la aldea, por las Vastas y por la montaña; os protegió una y otra vez de los ataques de los crepusculares. Y vosotros, ¿qué hacéis a cambio? En cuanto llegáis aquí, la dejáis tirada como si fuera un saco de patatas. Salís corriendo, os vais de juerga...

—¡Basta!

—... con todas las chicas del pueblo, sin pensar ni un momento en Sissy.

—¡Sissy es capaz de defenderse sola! No necesita que la acompañen a todas partes...

—¡No se trata de eso, sino de permanecer juntos! De...

—¡He dicho que basta! ¡No necesito que me des ningún sermón sobre la lealtad!

Está furioso, pero no conmigo. Con los puños apretados, se da golpes en el costado. El sentimiento de culpa y el desprecio por sí mismo le agarrotan la espalda.

—La dejaste sola —le recrimino, esta vez sin gritar—. No deberías haberlo hecho. Que lo hicieran los más pequeños, vale, puedo entenderlo: se quedaron fascinados con todo lo que había aquí, y perdieron la cabeza. Pero ¿tú? Tú deberías haber permanecido más sereno. Y no deberías haber dejado que ella se defendiera sola, Epap. ¿En qué estabas pensando cuanto te fuiste con esas chicas? Lo hiciste para que se pusiera celosa, ¿no? —lo acuso alzando la voz.

Los labios se le envaran. Se pone a caminar de nuevo por el pasillo, dando pasitos. Se mira las botas desconsolado. Cuando vuelve, da pasos más largos y meditativos. Se apoya en la pared y le da patadas con el talón.

—No lo hice para ponerla celosa —me dice pausadamente—. Lo de pasar el rato con las chicas de la aldea no fue por entrar en ese juego. Nunca haría algo tan pueril.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

Se le empañan los ojos y baja la vista.

—Para demostrarme a mí mismo que podía estar sin ella. Que no la necesitaba. Que si estaba con otras chicas me podría olvidar de ella. —Inspira—. Al principio pensé que lo conseguiría. Toda esa atención femenina me embriagaba, imagínate. Pero me equivocaba. —Se mira las manos y espira con furia por la nariz—. Tienes razón, no tendría que haberla descuidado en ningún momento. Cometí un error.

Con equilibrio, firmeza y determinación, levanta los ojos, y me mira.

—Yo valgo más que eso. Lo compensaré. De veras.

Asiento con la cabeza. No apartamos la mirada el uno del otro en ningún momento. Hemos tardado una semana, pero Epap y yo por fin tenemos nuestra primera interacción real.

—Hay algo en este sitio que pone los pelos de punta —reconoce con una mirada cargada de remordimiento—. ¿Qué me he perdido?

—Son cosas que he ido descubriendo. Y de las que está claro que te tienes que enterar. —Señalo la habitación con el mentón—. Pero vayamos adentro. Quiero que los chicos lo oigan también.

Movimiento. Al otro lado de la ventana, una hilera de figuras grises se arrastra hacia nosotros bajo la lluvia.

—Espera. Viene alguien.

Es un grupo de tres chicas de la aldea que traen ungüentos medicinales y vendas.

Se arrodillan ante Sissy, quien sigue inconsciente, y se ponen a trabajar con una eficacia digna de expertos. Con una crema acre, le enjabonan la piel marcada. Minutos después aclaran, y le aplican una capa más fina de otra crema, ésta, de un tono amarillento. Le colocan una venda, pero no lo hacen encima de la piel quemada, sino alrededor de ella.

—Hay que ponerle una capa cada hora —nos explica la chica que dirige al grupo. Tiene una mirada dura, mofletes rollizos y lleva el pelo recogido en trenzas. Se levanta para irse. Las otras siguen su ejemplo. Las tablas del suelo crujen debido al peso del grupo.

Otra chica, de voz aguda y temblorosa, empieza a hablar:

—Los superiores quieren expresar su malestar. El haberos llevado a la chica de la clínica ha sido una grave imprudencia por vuestra parte. Sin embargo, el gran superior Krugman ha decidido que no será necesario aplicar más castigos disciplinarios. Por esta noche ya ha habido suficiente. «Se ha hecho justicia, se ha restaurado el orden.»

Pronuncia la última frase como si fuera un canto. Entonces, la muchacha de cara escuálida que aún no había dicho nada insiste:

—Aun así, los superiores desean transmitir el deseo de que cada uno de vosotros vuelva a su morada. Hay que ser estrictos con el alojamiento. Acompañaremos a los chicos hasta su casa y nos llevaremos a la chica a la granja.

Los chicos se miran entre ellos y Epap ejerce de portavoz:

—No. No lo voy a permitir. Nos quedaremos todos aquí. A partir de ahora, estaremos juntos.

—Los superiores insisten al respecto.

—Igual que yo —reitera Epap.

Ellas, que no están acostumbradas a desafiar a los hombres en un enfrentamiento cara a cara, dan su brazo a torcer en seguida. Una de ellas se arregla el vestido y apunta:

—Sé lo que estáis pensando. Que lo que le ha pasado esta noche a vuestra amiga Sissy es horrible.

—¿Y no es así?

La chica se sube la manga. Tiene tres marcas en el antebrazo.

—Yo también fui alocada e indisciplinada. No era consciente de hasta qué punto mi rebeldía representaba un cáncer para la armonía de la Misión, pero he madurado. Ahora puedo afirmar, con toda sinceridad, que desde que he aprendido a anteponer la comunidad a mis propios intereses, he encontrado la paz y la felicidad que buscaba en todos los sitios equivocados. Estoy más satisfecha de lo que nunca me habría podido imaginar, sobre todo cuando pienso que algún día alcanzaré la felicidad más grande: mi billete a la Civilización.

Ella nota la incredulidad en mi mirada.

—Los superiores nos enseñan, y yo he terminado por comprender que es verdad,

que la Misión triunfará o se hundirá dependiendo de cómo nos sincronicemos con su armonía. Por ello hay que corregir toda desviación, por pequeña que sea. Hay que hacerlo con rapidez y, por desgracia, en algunas ocasiones, de manera drástica. No obstante, ésta es una comunidad pacífica y maravillosa. Debéis dejar de ver fantasmas donde no los hay, porque los buscáis sin necesidad.

—Tú tienes tres marcas —le digo señalándole el brazo—. ¿Qué pasa cuando llegas a cinco?

Ella no responde, se limita a taparse el brazo con la manga. Tiene un tic en la ceja izquierda.

—Es hora de que nos vayamos —concluye. Se ponen a recoger las cestas de medicamentos y salen de la habitación andando como patos. Las oigo salir con dificultad por el pasillo.

Curiosamente, una de ellas se ha quedado. Está quieta. Se trata de la chica de las trenzas. De repente se da la vuelta y me mira.

—Tened mucho cuidado —susurra con tono apremiante. Tiene una expresión aterrada, y junta las cejas.

—¿Cómo? —pregunta Epap en voz alta.

Los pasos que se alejaban por el pasillo se detienen. Después se reanudan, pero en lugar de sonar cada vez más lejos, se oyen más cerca. Están volviendo. Y rápidamente. Como puños golpeando una puerta, cada vez más fuerte.

—¿Qué pasa? —le susurro a la chica.

Pero ya es demasiado tarde. Oye que sus compañeras se acercan, y recupera la compostura.

—Por lo menos, ¿dejaréis que os traigamos comida? —nos pregunta en voz alta. Las otras ya están en la puerta y la observan con curiosidad.

—No. Y menos aún después de lo que ha pasado con la sopa.

Entonces la chica sale de la habitación. Las trenzas se le mueven arriba y abajo. El trío baja la escalera con fuertes pisadas. Oímos cómo se abre y se cierra la puerta. A continuación se van.

—Y así están las cosas —termino de explicarles a los chicos. Después de haberme pasado tanto rato hablando tengo la voz seca—. Tenemos que decidir qué hacer: subir o no al tren.

A lo largo de la última hora he compartido con ellos todo lo que Krugman nos contó a Sissy y a mí en su despacho. Sobre el mundo, la historia de los crepusculares, el científico. Y sobre el Origen. De vez en cuando, para darles tiempo para digerir la información, he parado de hablar para añadir más leña al fuego, o he ido a comprobar cómo tenía Sissy el brazo. También necesitaba una pausa. Entre que casi me veo envuelto en una pelea en el despacho de Krugman, que me han drogado y el tiempo que me he pasado buscando a Sissy, yo también tenía que asimilar muchas cosas. Cuando les explicaba mis sospechas sobre la Civilización —que quizá no se trate de la tierra prometida sino del Palacio del gobernante—, la voz me temblaba y tuve que clavarme los dedos en la palma de la mano para dejar de hacerlo.

Epap le pasa el brazo por la espalda a Ben, quien está a punto de ponerse a llorar. Permanecen en silencio, sentados en la alfombra que separa el hogar del sofá donde está tumbada Sissy. Todos tienen expresiones serias. Le pongo otra capa de crema a nuestra compañera. Cada vez respira más profundamente, a otro ritmo, y tiene la frente más seca. Los efectos de la droga que ha ingerido están desapareciendo, y empieza a recuperarse. En cualquier momento se le habrá pasado del todo.

En el exterior, el atardecer, oculto tras la cortina de lluvia negra, ha enlazado con la noche de manera imperceptible.

—Pero no lo sabemos, ¿no? —pregunta Jacob—. No estamos seguros, ¿verdad? La Civilización sí que podría ser la tierra prometida. El tren nos podría llevar al paraíso.

—Pero recuerda lo que nos ha dicho la chica de las trenzas. Nos ha advertido de que tengamos cuidado.

—Pero piensa en lo que ha dicho la otra —insiste Jacob—. Que no debemos buscar fantasmas donde no los hay. Puede que este lugar sea realmente la puerta al paraíso.

Con los ojos cerrados, Sissy se queja del dolor.

—Mira lo que le ha hecho esta gente —intento convencerlo—. ¿Cómo te puedes fiar de lo que dicen?

Jacob se levanta del suelo y se acerca a la ventana.

—Mirad, anoche soñé con la Civilización. —Hace una pausa, duda, pero después vuelve a hablar, con las mejillas coloradas—. Era muy real. Vi estadios al aire libre llenos de humanos que veían deportes bajo el sol, igual que en los libros que leíamos. Mercados en la calle con cientos de puestos distintos, conciertos en el césped, manzanas de ciudades llenas de restaurantes, mesas en las terrazas callejeras, y personas sentadas en ellas comiendo... ensaladas. También había parques de

atracciones con norias y castillos mágicos. Carruseles atestados de niños sonrientes, viajes en la barca mágica con marionetas cantando tal como nos había cantado el científico. No podemos dejar de ir.

—Vamos, Jacob, tan sólo ha sido un sueño. No podemos tomar una decisión basándonos en algo tan vago —le reprocha Epap.

—No lo es más que tus suposiciones. —Se pasa una mano por el pelo—. Lo único que quiero decir es que no sabemos nada. O, por lo menos, no con seguridad.

Nos quedamos callados. Lanzo al fuego un trozo más de leña y lo contemplamos, como si la respuesta estuviera revolviéndose en la luz.

—Pero hay una cosa que sí sabemos. —Es Ben quien ha emitido el chillido. Está sentado abrazándose las piernas con los brazos, y el mentón apoyando en las rodillas. Levanta la cabeza con una sonrisa—. El Origen. Lo que es.

Todos nos volvemos a él.

—Quién es, en realidad. —Levanta el brazo y me señala con el dedo—. Tú eres el Origen. Es más que evidente.

—¿Yo? ¿Por qué lo dices? —pregunto queriendo mofarme, pero por algún motivo no lo logro. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Los chicos me miran con la misma expresión que tenían hace unos días en la barca, cuando le dieron la vuelta a la lápida y leyeron las palabras grabadas...

—«No dejéis que Gene muera» —dice Ben.

—«No dejéis que Gene muera» —repite Jacob, lenta y pensativamente, como si analizara la textura de cada sílaba. Cuando levanta los ojos para encontrarse con los míos, los tiene como platos—. Ben tiene razón. El Origen no es un objeto, sino una persona. Eres tú. Tienes que serlo.

La madera cruje en la hoguera detrás de mí.

—La verdad es que tiene sentido —afirma Epap mordiéndose el labio inferior—. A ver, lo he buscado por todas partes. Por todas nuestras pertenencias, por la ropa. Hemos rebuscado en las páginas del diario del científico y no ha salido nada ninguna de las veces. Si se tratara de algo que poseyéramos, ya lo habríamos encontrado. —Mira a Sissy, quien está tumbada en el sofá—. Tú dijiste que los superiores creen que está relacionado con unos caracteres, o quizá con unas palabras tatuadas sobre nuestra piel. Pero ¿y si no fuera algo que está sobre la piel sino...?

—... algo en nuestro nombre. En el tuyo —dice Ben mirándome.

«Gene.»

—¿Y si el Origen está en tus genes? Como en la genética. Todas esas historias sobre el ADN que nos enseñó el científico.

Todos me observan como si de repente me hubieran salido cinco cabezas.

—No. No es tan sencillo. —Frunzo el ceño y veo mi propio reflejo en la ventana oscura—. ¿Verdad?

—Gene —empieza a decir Epap poniéndose en pie—. ¿Alguna vez te mencionó algo tu padre?

—¿Sobre qué?

—¿Te contó por qué te puso ese nombre? —Ni su voz ni su mirada me hacen suponer que esté burlándose de mí.

—Un momento. Os creéis que soy el Origen porque... ¿está en mis genes? ¿Creéis que la cura para los crepusculares está en mi código genético? —Me basta con mirar sus caras de asombro para obtener la respuesta—. ¡Por favor! ¡No seáis ridículos! ¡Un nombre es sólo un nombre! Un sonido. No tiene ningún significado especial pegado a él. —Miro a Epap—. ¿Vas a decirme que «Epap» tiene un significado especial? ¿O «Ben»? ¿O «Jacob»?

—Pues la verdad es que sí —afirma Epap mientras cae en la cuenta—. Todos nuestros nombres lo tienen. El científico nos explicó que nos había bautizado a cada uno de nosotros con arreglo a alguna de nuestras características más destacables. A Ben lo llamó así por el Big Ben, un reloj mítico, por las piernas y brazos tan regordetes que tenía cuando era un bebé. A Jacob, por el personaje bíblico, por lo peludo que es. Y a Sissy la llamó «Sis», como sister, para que Ben recordara que son hermanos, o hermanastros. Al final empezamos a llamarla «Sissy» porque era el sonido al que nos solía llevar la lengua. A mí me puso Epap por...

—Vale, vale, ya lo pillo. Os dio nombres bonitos. Me alegro por vosotros, pero os diré algo: a mí nunca me explicó el porqué de mi nombre. Era sólo eso. No tenía ningún significado especial, ni nada.

Pero parece que no me hayan escuchado. Sonríen sobrecogidos.

—Durante todo este tiempo lo hemos tenido delante de nuestras propias narices —observa Jacob con los ojos relucientes—. El Origen. La cura para los crepusculares, la salvación de la humanidad. El maldito Origen.

Me siento incómodo en su presencia. Quiero desviar la atención y sus conclusiones injustificadas. La piel del sofá chirría.

—Bueno. Al fin y al cabo, aún queda esperanza en vosotros, tontos del bote.

Quien lo ha dicho es Sissy. Nos volvemos para mirarla. Tiene los ojos abiertos y la cabeza apoyada en el brazo del sofá. Intenta sonreír.

—Quizá debería desmayarme más a menudo. Desaparecer del mapa. Parece que os obliga a pensar por vuestra cuenta, y se os ocurren unas ideas bastante buenas.

—¡He sido yo, Sissy! —grita Ben sonriendo y corriendo hacia ella—. A mí se me ha ocurrido el primero.

Ella le da un beso en la mejilla.

—Pues claro. Eres mi hermano, ¿no?

Ben me señala con orgullo:

—Y él es el Origen.

Sissy permanece de pie unos minutos hasta que vomita violentamente en un barreño. Se limpia la boca y nos explica que, ahora que ya lo ha echado todo, se encuentra mejor. El olor es asqueroso, y saco la improvisada palangana llena de vómitos. Cuando vuelvo, encuentro a los chicos en medio de una discusión acalorada.

—Deberíamos subir al tren —afirma Jacob mientras se agarra los codos con las manos—. Creo que es el verdadero motivo por el que el científico nos condujo a la Misión. Este lugar es como una sala de espera donde subimos al medio de transporte que nos llevará al paraíso. De acuerdo, es una sala de espera rara, eso os lo reconozco. Está llena de normas excéntricas, y gobernada con mano de hierro. Lo pillo, pero no deja de ser una sala de espera. —Suspira frustrado—. Dentro de una semana estaremos comiendo en un sitio bonito o caminando entre el lujo de la ciudad, riéndonos de estas estúpidas sospechas. Ahora deberíamos estar elogiando al científico en vez de criticarlo. Nos guió hasta aquí para que subiéramos al tren. A ver, no puede ser más obvio.

—Pero en tal caso, ¿por qué no subió él mismo? —le cuestiona Epap.

—Estaba esperando que llegáramos, con Gene, el Origen. Seguramente quería venir con nosotros y acompañarnos en persona hasta la Civilización. —Agita los brazos en señal de frustración—. Se retorcería en su tumba si nos escuchara ahora.

—Y acabas de darme la razón en lo que iba a decir, ya que realmente está en una tumba. Si nos estaba esperando, ¿por qué se suicidó?

Jacob traga saliva.

—No lo sé —reconoce con voz temblorosa—. Quizá esperaba que llegáramos mucho antes. Meses, años antes. Cuando no aparecimos, a lo mejor pensó que nos había fallado y que ya no merecía ir a la Civilización. Pero nosotros podemos rendirle un homenaje yendo a donde él había luchado tanto por llevarnos.

La habitación queda sumida en un grave silencio.

—No sé, Jacob —le explica Sissy en voz baja—. Lo siento, pero yo le veo algo inquietante a eso de la Civilización. Y al suicidio del científico. Creo que el mejor homenaje que le podemos hacer es estar alerta y usar la cabeza.

—¿Y cuánto nos llevará? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? —Los ojos de Jacob se posan sobre la marca de Sissy—. No nos podemos quedar aquí indefinidamente.

Ella se da cuenta de que le está mirando la herida y amaga con esconder el brazo.

—Aquí tenemos comida y refugio. Esta marca que me hicieron anoche no es nada. Un pequeño rasguño. Apenas me duele. —Mira al chico con una sonrisa reconfortante—. Estaremos bien.

Jacob mira al suelo, y se le humedecen los ojos.

—Tú me conoces, Sissy —le explica, con la voz temblorosa por la emoción—. Nunca me opondría a lo que tú decidieras que es lo mejor para nosotros. Si nos dices que necesitas más tiempo para investigar, te apoyaré. Pero averígualo rápido, ¿vale?

Y prométeme que no nos retendrás aquí ni un día más de lo que sea estrictamente necesario.

Ella se acerca al niño, le agarra la cabeza y la apoya sobre su pecho. Su cuerpo tenso se relaja. Le rodea la cintura con el brazo, estrecha el cuerpo contra el suyo y se estremece. Tiene los ojos cerrados, pero las lágrimas no dejan de brotarle.

—Ni un segundo más, vale, ¿grandullón? Serás el primero en saberlo. ¡Eh, basta de llorar! Ya eres demasiado mayor para eso.

Jacob asiente y se limpia las lágrimas.

—Eres tonto del bote, ¿lo sabías? —le dice despeinándolo.

Los chicos se instalan para pasar la noche. Los tres más jóvenes comparten la cama, Sissy se tumba en el sofá, y Epap, en la alfombra. Yo cojo un taburete de madera, me lo llevo al pasillo, y lo coloco al lado de la ventana. Quiero hacer guardia, les explico, por si acaso. Oigo sus voces murmurando en la habitación: sus bromas sombrías y discretas. Al final sus palabras se transforman en silencio, y después en ronquidos ligeros. Sus respiraciones están sincronizadas incluso durante la inconsciencia del sueño. Pienso en entrar en la habitación y tumbarme en la cama. Me harán un sitio como siempre han hecho. Sin embargo, me quedo clavado al taburete mirando por la ventana. Necesito estar solo.

La lluvia, que cae con la intensidad de cuarenta días y cuarenta noches, llega bruscamente a su fin. Después de una hora, cuando la escorrentía deja de caer de los aleros, un silencio limpio se apodera de la noche. Las nubes se rompen imperfectas. La luz de la luna fluye por el cielo hecho añicos en una salpicadura fragmentada por la cordillera.

«Gene.»

«Gene.»

«¿Te contó por qué te puso Gene?»

Mis pensamientos se ven interrumpidos por el crujir de las tablas del suelo. Sissy, pálida como un fantasma, aparece casi flotando por el tramo oscuro del pasillo. Lleva el edredón sobre los hombros a modo de chai.

—¿Por qué no vuelves a la habitación? —me pregunta en voz baja. Se acerca cuando ve que no respondo. Casi nos rozamos con los hombros mientras miramos por la ventana. Tiene la manga subida, y las sombras le tapan el antebrazo.

Con ternura, le pongo las manos sobre el brazo y la llevo hacia la luz de la luna. La herida de la marca tiene ahora peor aspecto, y de la piel arrugada sale una descarga de pus.

—Ay, Sissy.

La mirada se le endurece, pero esta vez de manera distinta. Los ojos le servían de escudos reflectantes para que los chicos no percibieran su dolor. En cambio, ahora logro ir más allá de la acritud y veo charcos de dolor profundo y de rabia. Me cuenta que no recuerda gran cosa. Tan sólo lo aturdida que se sintió después de tomarse la sopa, la sensación de que se la llevaban, y después nada más hasta que regresó a mi habitación. Y allí se encontró con la marca.

—Estoy convencida de que también me examinaron. —Aunque lo dice en un susurro, soy capaz de oír la rabia—. No sé qué es peor: si saber que lo hicieron o no poder acordarme de si ocurrió.

—Lo siento. Intenté encontrarte. Lo conseguí con Epap, pero...

—No podemos dejar que esto nos afecte —me dice tranquilamente, aunque de nuevo veo su mirada llena de rabia—. A ver, no me malinterpretes: quiero darles un

buen escarmiento, pero no podemos permitirnos el lujo de desviarnos. Nuestra prioridad número uno —me explica mientras se vuelve para mirarme a los ojos— es averiguar todo lo posible sobre el tren. Ir de acá para allá con mi venganza personal sólo será un obstáculo.

Las gotas de su aliento condensado brillan en la ventana. El brazo le tiembla ligeramente entre mis manos.

—¿Seguro que estás bien, Sissy? —Le aparto el pelo de los ojos—. Oye, quizá deberíamos irnos. Hacer las mochilas y marcharnos. Arriesgarnos a adentrarnos en el bosque.

—No. ¿Adónde iríamos? ¿Cómo sobreviviríamos? Se acerca el invierno. Además, Jacob tiene razón. Es posible que el tren sí nos lleve a la tierra prometida. No podemos descartar la posibilidad tan rápido. Puede que sea la mejor opción que tengamos.

Nos quedamos en silencio. Las nubes se vuelven finas y después se dispersan, lo que permite que la luz de la luna llegue a la aldea. Poco a poco, Sissy empieza a relajarse, y su expresión se suaviza. Se apoya en mí. Ahora nos rozamos los hombros ligeramente. De repente soy consciente de la sensación de su piel contra la mía. Durante todo este rato he estado cogiéndole los brazos; lentamente retiro las manos. Ella deja caer el brazo.

—¿Qué pasa?

Trago saliva.

—Nada. —Volvemos a mirar al exterior. El sonido de los ronquidos flota por el pasillo.

—Vamos, deberíamos descansar un poco. Vuelve a la habitación, hay espacio de sobra y se está calentito. —Me pone la mano en el codo—. El sueño nos ayudará a despejar la mente. Mañana por la mañana se nos ocurrirá algo.

Niego con la cabeza.

Ella se me queda mirando.

—Gene, el lobo solitario.

—No es eso.

—¿Y qué es?

—La respuesta está ahí fuera, en algún lugar. En la aldea. No en la mente. —Me meto las manos en los bolsillos de la parka—. Una vez me contaste que mi padre jugaba contigo al escondite. Y también lo hacía conmigo. Todo el tiempo. Escondía un premio y dejaba pequeñas pistas alrededor para ayudarme a encontrarlo.

Los ojos se le iluminan por el recuerdo.

«Tienes la respuesta delante de tus narices.»

Asiento.

—No me puedo quitar de encima la sensación de que me ha dejado una pista en algún lugar de esta aldea. Justo delante de mí. Delante de las narices. Y sólo tengo que encontrarla. —Me vuelvo para mirarla—. Ahí fuera hay respuestas. Y están

esperando a que las encontremos.

Ella me toma la mano con delicadeza.

—Creo que sé dónde deberíamos mirar.

Nos movemos veloces por las calles iluminadas por la luna. Los grandes charcos del suelo se transforman en piscinas relucientes de mercurio. Sissy ha recuperado las fuerzas y camina a mi lado sin problema, pisando el camino mojado con sus botas. Las casas flanquean cada lado de la acera de las callejuelas estrechas; no hablamos hasta que doblamos por la calle principal y desembocamos en el suelo sucio.

—Por aquí —me indica Sissy cuando estamos a medio camino entre la aldea y las tierras de cultivo.

Me cierro más el abrigo para protegerme del frío, y la sigo hasta un edificio marginado de forma rectangular y gris, a unos cien metros, en el límite del bosque. No tiene ventana, tan sólo una puerta metálica rompe la anodina superficie de cemento. Medio edificio está bañado por la luz de la luna. La otra mitad permanece escondida entre las sombras de los árboles que cuelgan por encima.

—El laboratorio del científico —anuncia a medida que nos acercamos—. Ya he entrado un montón de veces mientras tú estabas enfermo. Sabía que los superiores habrían registrado todo el lugar en busca del Origen, pero quería ver por mí misma en qué había estado trabajando tu padre.

Dentro huele a cerrado y a moho. Por eso está frío y húmedo. Sissy enciende un interruptor, y la luz de unos fluorescentes parpadea. El laboratorio se compone de cinco estaciones de trabajo, todas ellas repletas de tubos de ensayo, quemadores pequeños para experimentos, cilindros y vasos de precipitados. Esparcidos entre los bancos, e incluso en el suelo mugriento, hay libros de texto abiertos y libretas repletas de una escritura rápida que reconocería en cualquier lugar: la de mi padre.

—Tuvo que dormir aquí —dice Sissy señalando una hamaca que hay colgada en una esquina—. Una rata de laboratorio, investigando y estudiando sin parar.

Cojo una libreta. Está llena, de principio a fin y de arriba abajo, de ecuaciones químicas y fórmulas sin sentido. Si tienen algún significado, lo desconozco. Para mí no son más que el trabajo y los garabatos delirantes de un hombre al límite de sus capacidades.

—He repasado todas las libretas y todas son iguales. Repletas de esas ecuaciones. ¿Significan algo para ti?

Niego con la cabeza. Camino al lado de la pared y rastreo con la mirada. En una vitrina alta, en las estanterías, hay filas interminables de frascos, muchos de los cuales están medio llenos de un líquido traslúcido.

—¿Qué hacía aquí? ¿En qué trabajaba?

La voz de Sissy desde la otra punta del laboratorio suena onomatopéyica y distante.

—Creo que inventó el líquido verde resplandeciente de los quemabrillos.

Se acerca a donde estoy, abre la vitrina y saca dos frascos. Vierte el contenido de uno sobre la superficie de una mesa de trabajo y el líquido forma un charco pequeño.

Después, abre el otro frasco y tira el líquido encima del charco. La mezcla empieza a resplandecer inmediatamente con un color verde.

—Por lo que he podido comprender a partir de las libretas, estuvo trabajando en este líquido durante varios años. Es una fuente de energía alternativa de algún tipo. —Coge un cuaderno y lo abre sobre las piernas—. Me pregunto si habrá algo más. Alguna estrategia oculta.

Agarro otra libreta: hay más ecuaciones y fórmulas químicas. Ni una sencilla oración con sujeto, verbo y predicado. Ni rastro de pronombres personales.

—¿Ya está? ¿Esto es todo lo que hizo aquí? ¿Investigar sobre un estúpido líquido resplandeciente? —Tomo otro bloc, paso las páginas y luego lo dejo caer al suelo—. Tiene que haber algo más.

—He revisado todas las libretas, Gene. No hay nada más que fórmulas y ecuaciones relacionadas con esto.

Me muevo entre las mesas de trabajo. Recorro todo el espacio con la vista en busca de algo. Abro unos cuantos cajones en los que encuentro vasos de precipitados sucios, matraces, gafas de plástico mugrientas, y reglas metálicas que se están empezando a oxidar.

—Una señal, una pista, algo. Está aquí, en algún lugar.

—Quizá. Es una apuesta arriesgada, pero si se me pasó algo, pensé que tú podrías verlo.

Abro vitrinas, aparto cilindros y vasos de precipitados en busca de una marca en los bancos de madera, un agujero en la pared a través del cual pueda formarse un rayo de sol. Sin embargo, después de una hora buscando, no hay más que homogeneidad, insipidez y vacío. Un grito de silencio.

—Gene, ya lo hemos revisado todo. —Se muerde el labio inferior—. Aquí no hay nada.

Y ahora empiezo a tirar los estantes de tubos de los bancos, sin importarme que se rompan al caer al suelo, sin preocuparme de que se hagan añicos. Y luego les llega el turno a los taburetes; les doy patadas a los que me encuentro al paso. Quito de los colgadores de madera los abrigo y las bufandas polvorientos. Busco mi nombre, escrito, grabado, tallado, sobre la madera, sobre el plástico, sobre el cristal. Busco la letra G, la E, la N. Busco a mi padre.

—Gene.

Cojo más cuadernos, los revuelvo y no ofrecen nada más que ecuaciones sin sentido y nubes de polvo que se me mete en los ojos y me hace pestañear. La parte posterior de los párpados en contacto con los ojos me pica y necesita humedad. Tanto tiempo dedicado a redactar, tantas letras escritas. Pero nunca la G, la E o la N usadas en combinación.

—Gene.

Y después cojo las cubiertas de las libretas y las rompo en dos —el lomo cruje como si fuera cartílago—, y lanzo las partes a las vitrinas. Y después apago la luz,

echo una ojeada en la oscuridad con la esperanza de que resplandezcan letras y palabras: un mensaje secreto para mí. Aun así, no hay más que una losa vacía de negrura. Y después abro la puerta de par en par. Necesito aire, tengo los ojos más cerrados que los puños golpeando el marco metálico, y mi cuerpo atormentado se estremece con una rabia que parece pena y desesperanza a la vez.

—Gene. —Sissy está a mi lado y da un paso hacia la pequeña columna de la brillante luz de la luna que cae sobre mí. Es como un toldo plateado y su cabello está encendido con una neblina de color sepia. Me acaricia la cara. Ha clavado la mirada en mí, y recorre delicadamente mi mandíbula con la mano. Noto cada poro de las yemas de sus dedos, la suavidad de su piel que se transforma en la punta afilada de su uña mientras me roza el mentón, y baja por el cuello hasta la nuez. Aprieto la cara contra el frío marco metálico. Un silencio limpio cae sobre nosotros.

—Hubo una noche, cuando yo tenía siete años, en la que mi padre tuvo que ir a buscar un diente que se me había caído en el colegio. Se pasó unas cuantas horas fuera, y me pareció una eternidad. Yo sólo era un niño y pensaba que lo habrían devorado. Pero justo cuando había abandonado la esperanza, volvió y le hice prometer que no me abandonaría nunca. Él me dijo que no lo haría, y me aseguró que incluso cuando pareciera que se había ido durante el mayor lapso de tiempo, siempre volvería. Me prometió que no me dejaría nunca.

Niego con la cabeza y dejo escapar un suspiro reprimido.

—¿Por qué se comprometió y después me abandonó? Y ¿por qué me trajo aquí para volver a marcharse? Ni una nota. Ni una maldita palabra. ¿Qué le habría costado escribir «Querido Gene»?

Sissy me acaricia la cabeza con la mano. Desliza los dedos entre mi pelo. Me toca la oreja.

—Si es cierto que soy el Origen, ¿no fui nada más que un proyecto científico para él?

—Gene —susurra. Me roza ligeramente las mejillas con el pulgar, y extiende la humedad. Con lentitud se inclina hacia mí. En silencio y con suavidad, nuestros labios se juntan, como dos nubes en el cielo, fundiéndose en el punto más suave del universo. Cierro los ojos.

Y entonces el suelo empieza a retumbar. De manera muy ligera, una simple vibración. Abrimos los ojos y es como si todo mi campo de visión —y todo lo que importa en el mundo— fuera su iris marrón con radios verdes. Sus pupilas, dilatadas y oscuras, se hacen más grandes y me atraen hacia ella. Noto que sus manos se deslizan por mi espalda.

Y entonces la agarro, la empujo hacia mí, chocan los cuerpos y, finalmente, nuestros brazos encuentran el camino. Nos abrazamos fuerte; me martirizan los aspectos positivos y negativos de lo que estamos haciendo, hasta que no se me ocurre otra cosa que no sea estrecharla con más fuerza. Tenemos las sienes pegadas, cada latido en sincronía. Su pulso es tan ligero como una pluma, y los mechones de su

cabello sobre mi piel parecen dedos que deshacen nudos en mi interior.

Y entonces la vibración se hace más evidente. Hasta los vasos de precipitados tintinean a nuestro alrededor. Ella separa la cabeza y siento que un paisaje vacío pasa zumbando entre nosotros. Nos separamos.

—¿Qué sucede?

Salimos. El suelo vibra ligeramente bajo nuestros pies. Pero lo que nos llama la atención es el sonido: un traqueteo metálico, la expulsión de un fuerte silbido. Desde el otro lado del bosque.

—El tren —dice Sissy.

Hay algo más que nos atrae. A lo lejos, unos grupos de chicas de las granjas se dirigen con dificultad hacia lo que debe de ser la estación. Como hormigas negras que salieran de sus agujeros, marchan obedientemente y en silencio a través de un campo punteado de gotas de lluvia relucientes.

Sissy y yo nos colamos por los márgenes del bosque, donde no les resultará tan fácil vernos. En el otro lado de la península, llegamos a un gran claro. Justo en el medio se ubica lo que parece ser una estación de tren. Ya hay decenas de chicas en los andenes, ocupadas con sus quehaceres. Nos agazapamos detrás de una píceca negra en la linde del bosque. La luz de la lima forma puntitos en el suelo a través de las ramas. Entre los dos andenes hay un tren. El vapor sale de la locomotora, donde está el motor, aún caliente por el largo viaje, silba mientras pierde fuerza. Por lo menos hay doce vagones detrás de ése, como si fuera una cadena metálica negra. Rematado con unas barras de acero, cada vagón tiene aspecto de horrible jaula grande. Los barrotes, tan cercanos entre ellos que hacen imposible que ni siquiera un niño se pueda colar, dejan el interior expuesto a los elementos del exterior: la lluvia, la nieve o el viento. Y lo que es más importante: el sol. En otras palabras, estos coches están fabricados a prueba de crepusculares. Incluso el suelo está hecho de una malla de acero. A cualquier polizón crepuscular

A que subiera le resultaría difícil ampararse del sol. Al cabo de pocos minutos, quedaría reducido a un charco, se filtraría por el suelo de malla y se arrastraría durante millas entre las vías del tren.

Estos vagones almacenan todo tipo de artículos, desde latas, botellas y jarras almacenadas en grandes cajas de plástico transparentes hasta mesas y sillas perfectamente dispuestas como si se tratara de las piezas de un rompecabezas. En el interior de unos baúles de cristal refrigerados con sistema de suspensión neumática hay botellas de vino, whisky y cerveza.

—Mira —susurro.

En el andén que tenemos más cerca, una chica coge una manguera que hay unida a una especie de generador. Se separa, se inclina para tener apoyo y pulsa un botón. De la manguera sale un chorro de agua continuo. La fuerza de la propulsión es tal que sale despedida unos pasos atrás antes de recomponerse. Al empezar a rociar el contenido del vagón, una decena de muchachas más sigue su ejemplo en ambos andenes. Dispuestas a lo largo del tren, cada una manipula su propia manguera. De repente queda claro: su prioridad máxima es limpiar las cajas de plástico y los contenedores. No se dejan ni un centímetro. Limpian incluso la parte inferior de cada compartimento. Una neblina de agua envuelve el tren.

Unos grupos reducidos de superiores que caminan a lo largo de cada andén con carpetas en la mano. Si se proponen hacer un inventario del cargamento, no parecen tener prisa. Llegan tranquilamente al último vagón, donde hay un grupo de chicas.

—Acerquémonos más —propone Sissy.

Salimos corriendo a cobijarnos bajo los árboles, y después avanzamos entre las hierbas del campo. Nadie nos ve, pues toda la atención se centra en el tren. Y, sobre todo, en el último vagón. Los superiores que se concentran allí ordenan a las jóvenes

que dejen de limpiar. Apagan el generador y los chorros de agua se transforman en gotas. La nube neblinosa empieza a disiparse de manera paulatina. Poco a poco, el vagón de barrotos emerge entre la bruma. Sissy me coge de la mano y aprieta fuerte. En el interior del compartimento, con el agua goteando entre los barrotos metálicos, se mueve algo.

Somos los únicos que nos ponemos tensos. Nadie chilla ni se inmuta en el andén. Una silueta se mueve y después se desplaza, arrastrándose hasta el borde. Más formas emergen en el interior del vagón. Se mueven con incongruencia como olas en un mar revuelto. Al irse apagando el zumbido de los generadores, surgen otros sonidos: balidos, graznidos y gruñidos de miedo, cansancio y hambre. Espiro por la nariz. Siento un alivio notable en el pecho mientras busco la mano de Sissy.

—¿Qué es? —me pregunta.

—Ganado. —Me mira cuestionándome, intentando comprender—. A los crepusculares les encanta comer según qué animales. Vacas, pollos y cerdos, por ejemplo. Su apetito por ese tipo de carnes no es nada comparado con el ansia que sienten por la nuestra, por supuesto; pero, aun así, les gustan. Han conseguido que esos animales escaseen. Ese tipo de alimento queda limitado a las élites en las ocasiones más especiales. El público en general no llega nunca a consumirlo. La mayoría pasa con productos cárnicos artificiales, sintetizados. Sissy —le explico cada vez más entusiasmado—, nunca regalarían este ganado. Y menos para dárselo a los humanos.

Sissy abre los ojos al darse cuenta.

—Lo que significa que lo que hay al otro lado de las vías...

—... es más que probable que no sean crepusculares —termino la frase mientras le aprieto la mano—. Tiene que ser un lugar habitado por los nuestros. ¡La Civilización es la tierra prometida! Jacob tiene razón: nos hemos estado preocupando por nada.

Sissy recorre las vías con la mirada hasta que desaparecen en la oscuridad. Continúo hablando:

—Pensaba que la carne que comíamos aquí procedía de la granja. Que no venía de otro lugar. Pero ahora tiene lógica. Teniendo en cuenta el ritmo al que la consumimos, no sería posible mantener aquí al ganado. La mayoría de carne tenía que venir de fuera.

No obstante, al volver la cabeza, Sissy mira en sentido inverso. Se le tensa la mandíbula como si se tratara de un acantilado de granito bajo la luz de la luna. Me mira con el rabllo del ojo, y después baja la vista hasta su antebrazo. A su piel marcada.

—No sé, Gene —susurra mientras frunce el ceño. Se muerde el labio inferior—.

Seré excesivamente cautelosa, pero necesito más pruebas.

En silencio observamos la actividad del andén. Llegan más superiores. Se oyen risas, el placer que les produce el cargamento es evidente. Algunos están abriendo los baúles que contienen el alcohol y descorchan botellas. Oigo las carcajadas de Krugman que invaden el aire nocturno segundos antes de que su cara aparezca en el campo de visión. Ha agarrado dos botellas como si estuviera estrangulando un par de ocas.

Las chicas trabajan en bloque con movimientos silenciosos y coordinados; hileras de muchachas salen de la estación cargando contenedores mientras otras, ahora con las manos vacías, vuelven como una marea. Se mueven despacio con sin pies diminutos, pero el gran número asegura el progreso regular de la actividad. Habrán terminado de descargar al amanecer, o al mediodía, como muy tarde. Entonces el tren estará listo para partir y hacer su viaje de vuelta. Sissy sabe lo que eso significa. Tiene que tomar una decisión lo antes posible, pero la incertidumbre pesa en su rostro.

—Se me ha ocurrido una idea. —Cambio de posición para poder situarme frente a ella mientras le pongo las manos en los hombros—. Me subiré al tren. Sólo yo. Los chicos y tú os quedáis aquí. No, escúchame. Iré a donde sea que llegue el final de las vías. Si es lo que esperamos que sea, si de verdad es la tierra prometida, volveré en el próximo tren para recogeros, y después nos iremos todos juntos.

—¿Y si...?

—Si no logro volver, sabrás que no tenéis que ir.

Mientras termino de hablar ella sigue negando con la cabeza, aunque cada vez más despacio. En su cara se lee la sombra de una duda. El plan tiene sentido, y lo sabe. Pero luego me mira a los ojos.

—Ni hablar.

—Sissy...

—No, no quieras interpretar el papel de héroe sacrificado.

—No intento interpretar ningún papel. Piénsatelo bien. Con mi plan, los chicos y tú seguís juntos. ¿No es eso lo que quieres?

Vacila por unos instantes.

—Lo que quiero es que no nos separemos.

—Los chicos se las arreglarán sin mí.

Me pone la mano en la mejilla.

—Cuando he dicho «que no nos separemos», me refería a ti y a mí.

Le quito las manos del hombro.

—Sissy...

—No quiero estar sin ti. —La brisa sopla por el campo y le agita el pelo en la cara. Entre los mechones que le tapan el rostro, su mirada, severa e intensa, se encuentra con la mía. La luz de la luna inunda sus ojos de plata. Después, es como si todo sonido se esfumara, la brisa susurrando por la hierba, las voces de la estación de

tren, el mugido del ganado, todo se disipa. Como si el único sonido que quedara en el universo fuera su voz—. No quiero que nos separemos —susurra—. Ni una semana. Ni un día. Ni siquiera una hora, Gene.

Le aparto los mechones de pelo de la cara y se los coloco detrás de la oreja; ella apoya la cabeza en la palma de mi mano y hace presión con las mejillas. Yo hago una pausa para reflexionar. Debe de haber notado, por la manera en que se me contraen las pupilas, que la determinación me ha hecho ponerme rígido: en cuanto separo mi cuerpo, se dispone a detenerme. Pero ya es demasiado tarde.

—¡Gene! ¡No!

Salgo a la carrera hacia la estación, corriendo campo a través. La oigo venir por detrás, persiguiéndome entre la hierba. Sin embargo, le llevo bastante ventaja. Subo de tres en tres los escalones que llevan al andén.

—¡Krugman! —Está en medio de la estación. Voy corriendo hacia él mientras montones de chicas se van—. Voy a subir al tren —le advierto en cuanto llego a donde está. Intento coger aire y hablar a la vez—. Pero sólo yo. Los demás se quedarán aquí esperando a que regrese. Sólo entonces nos iremos todos juntos.

Sissy llega segundos después.

—Sea lo que sea lo que le haya dicho, no va a ocurrir. —Ahora se vuelve a mí, y la rabia bulle en su rostro—. No vas a subir a ese tren.

—Déjame que haga esto yo solo.

Krugman empieza a reír a mandíbula batiente. Le da fuertes pisotones al suelo, como si estuviera bailando. Los superiores que hay a sus espaldas se miran entre ellos y sonrían. Algunos, como su líder, ríen a carcajadas.

—Vaya, vaya —dice Krugman frotándose la panza—, acabo de presenciar una riña de enamorados. Quién me iba a decir que sería tan divertido de ver. ¡Tan dramático!

Pero entonces se le acaba el buen humor y las risas terminan bruscamente. Los superiores también dejan de sonreír y bajan los labios para cubrirse las dentaduras. Krugman se nos queda mirando. Sus mejillas abultadas se relajan.

—El asunto es que no viene al caso. Esta discusión carece de importancia. Todos vais a subir al tren. Ya leísteis la orden oficial de la Civilización: haréis el viaje. Todos. Fin de la discusión. El tren debería estar listo para partir en las próximas horas.

Sissy pronuncia sus próximas palabras tranquilamente y en voz baja. Sin embargo, los superiores se ríen a cada sílaba.

—Ni hablar. No pensamos subir.

Krugman mete la barbilla y la mira enfadado:

—Y ¿qué te ha hecho salirte de tus casillas?

Ella responde casi entre susurros.

—Supongo que ya es evidente, así que lo diré. Albergamos nuestras dudas sobre la Civilización. No sabemos si ese lugar es como usted nos lo ha pintado.

—Ya me lo imaginaba. —Espira poco a poco. La flema que tiene en la garganta se combina con el hedor de su halitosis—. Intentaré no sentirme ofendido por esta aparente falta de confianza en mí. Intentaré no sentirme... traicionado. ¿Es una palabra demasiado fuerte? No, no lo creo. Por este rumor descabellado de que, por algún motivo, os he mentado acerca de la Civilización. —Escupe al suelo, y la flema, tan grande como una caca de pájaro, es de un tono amarillo ácido, medio sólida y moteada con pequeñas burbujas—. Después de todo lo que he hecho por vosotros, después de todo lo que os he ofrecido, ¿es esto lo que me dais a cambio? Ya no se trata sólo de ingratitud, sino también de sospechas. Vamos, ¿qué he hecho para merecer esta desconfianza?

—Diga lo primero que se le ocurra —le desafía Sissy, y sus palabras cortan el ambiente tenso como si fueran un cuchillo.

Krugman sonrío, después se inclina para examinar su antebrazo. Saca ligeramente la lengua por la comisura de los labios.

—Creo que se te está infectando —aventura, con una minúscula sonrisa despectiva. Ella aparta el brazo de su vista.

»Os he tratado como invitados en mi casa. Aun así, es mi hogar. Hay unas normas y reglas que todo el mundo, incluso los invitados de honor, deben respetar. Lo siento si elegisteis entrar en conflicto con ellas: así lo habéis querido.

Mira a las chicas con afecto. Ellas, a su vez, bajan la mirada y se repliegan con timidez.

—Los estatutos y preceptos sobre los que tan mala opinión tenéis no son más que la base que le confiere calor y comodidad a esta comunidad.

—Disculpe usted, pero aquí no siento mucho calor ni comodidad —replica Sissy.

—Vaya, vaya, hoy estáis que os salís, ¿eh? —Chasquea los dedos y una chica se acerca con unos vasos de whisky en una bandeja. Se toma una copa de un trago y se limpia la boca con el dorso de la mano de manera tosca, así que le queda un rastro de bebida en la mejilla—. Dejadme que os haga una sugerencia. Hoy habéis tenido un día muy duro, de acuerdo. Parecéis cansados. ¿Por qué no os relajáis durante las próximas horas? Convertid la Misión en vuestro retiro espiritual. Hasta que mañana todos vosotros partáis hacia la Civilización en el tren. Mientras tanto, relajaos, dejad de hacer preguntas incómodas y limitaos a disfrutar del resto de vuestra estancia aquí, en este lugar feliz.

—¿Y dice que la Civilización es un paraíso? —pregunto mientras me coloco un paso por delante de Sissy. El comportamiento de Krugman despierta de nuevo mis celos. Cada vez me siento menos optimista.

—Algo muy parecido.

Hago una pausa.

—Pues entonces estoy confundido. Quizá usted pueda ayudarme con algo.

—¿Cómo?

—Si la Civilización es un sitio tan maravilloso...

—¿Sí?

—Me pregunto por qué el científico decidió no ir. Por qué no quiso subirse al tren.

La mirada lasciva desaparece de su cara. Los ojos de los superiores que tiene detrás se clavan en mí, y sus iris adoptan la cualidad del acero frío. Krugman me mira fijamente durante un buen rato.

—¡Pero si ya os lo he dicho! Era un hombre trastornado. —Sus palabras no suenan a sugerencia sino a amenaza: me invita a que le lleve la contraria—. Cometimos el error de no obligarlo a volver a la Civilización. Necesitaba tratamiento profesional. Que lo internaran.

—¿De verdad?

—Y, además, ¿quién puede culparlo por querer quedarse aquí, en la Misión? De acuerdo, no es la Civilización, pero tampoco es lo que se dice una desgracia, ¿no? Un segundo premio, si se me permite decirlo. Un tesoro al final del arcoíris, un rayo de sol donde las canciones, las sonrisas y el carácter alegre son de rigor.

—Bueno, eso me lleva a otra pregunta.

—Adelante.

—Si esta aldea es tan estupenda...

—¿Sí?

—¿Por qué se suicidó aquí el científico?

Silencio.

—Cuidado, chaval —me advierte un superior.

—No, a ver. Acaba de decir que este lugar es un tesoro al final del arcoíris. Así es exactamente como lo ha expresado. Entonces, si este pueblo es tan maravilloso, ¿me quiere decir por qué decidió colgarse?

Las palabras de Krugman no se hacen esperar.

—Como ya he dicho, ¿quién puede encontrar explicación a las acciones de un loco? Él era la excepción. Aquí todo el mundo es feliz. Mirad a vuestro alrededor y decidme si no veis sonrisas por doquier.

—¿Se refiere a las caritas tatuadas en los brazos? —pregunta Sissy.

—Bueno, no, no hablaba de eso, pero podemos hacerlo. Las chicas llevan los tatuajes con orgullo. De hecho, les encanta alardear de sus marcas del mérito. Son como trofeos. Y de veras que se lo toman así. Porque hace posible que su sueño dorado se convierta en realidad: un billete a la Civilización.

—Parece que todo el mundo se quiere ir de aquí —señala Sissy.

Una vaca suelta un fuerte mugido en el último vagón.

—Parece que a nadie le preocupa este lugar en especial. Ni sus reglas ni...

—Basta —ataja Krugman.

—... los superiores ni...

A mi derecha se produce un movimiento. Un superior da un paso adelante y señala a Sissy con el dedo:

—¡Esto ya ha ido demasiado lejos! ¡Deberíamos arrojarla como comida para los ere...!

—¡Basta! —La voz de Krugman retumba, su mandíbula vibra, y me sacude. La piel de la cara se le afloja del cráneo, y su lunar peludo le rebota en la barbilla. Los superiores se tensan a mí alrededor como un músculo colectivo, como una soga asfixiante. Durante unos instantes, Krugman suspira pesadamente, como si estuviese arrepentido por su reacción. Sin embargo, cuando susurra sus siguientes palabras, lentamente, cada palabra llega cargada de un viso amenazante, queda claro que el remordimiento es la última de sus emociones.

—Todos subiréis al tren mañana. No hay nada más que discutir.

—Ya lo creo que sí. Hay un montón de temas que tratar; pero lo haremos en privado, entre nosotros. Sólo nosotros seis. Vamos —me ordena Sissy—. Vámonos. Esta conversación ha terminado.

—¡Habrá terminado cuando nosotros lo decidamos! —grita un superior con barba entrecana.

—Déjeme que le aclare una cosa —insiste la chica—. Ahora volveremos a la casa donde nos alojamos, y ustedes nos dejarán en paz. Decidiremos por nosotros mismos si montamos o no en el tren. Si decidimos no hacerlo, no se preocupen, nos largaremos de su querida aldea. Seguiremos adelante y descubriremos qué hay más allá. Pero somos nosotros quienes decidiremos qué camino tomamos. Mientras tanto, nosotros mismos nos prepararemos la comida.

—Un momento... Esperad...

—Venga, Gene —me dice Sissy mientras me arrastra—, vámonos. —Empezamos a volver sobre nuestros pasos—. No queremos que nos venga un coro por las mañanas a despertarnos con sus canciones. No queremos que unas chicas sonrientes con quemabrillos nos traigan comida...

—¡Eres realmente desagradable, ¿lo sabías?! —grita Krugman bruscamente, con un volumen y una inquina que no le habíamos oído antes. Algo en su interior por fin ha explotado. Como si una persona totalmente distinta hubiese tomado el control de su cuerpo.

Un grupo de chicas que se encuentran cerca de nosotros se alejan a toda la velocidad que les permiten sus pies.

—¡Deberías saber cuál es tu sitio, mocosa! —Tiene las orejas rojas—. ¿Es que ves a otra chica que me interrumpa, que tan siquiera se dirija a mí, que se atreva a mirarme a los ojos? No sabes nada —la reprende con un tono de voz más bajo pero cargado de rabia—. No tuviste suficiente con una marca, ¿eh?

—Si hay alguien a quien deberían ponerle una marca, ése es usted.

Krugman se queda boquiabierto. La grasa de la mejilla se le agita a un lado, como si le hubieran dado una bofetada.

—Maldita fulana fea, testaruda y con pies grandes —susurra—. No puedes hablarme así en presencia de los superiores y creer en serio que te saldrás con la tuya.

No puedes hablarme así delante de las chicas y no pagar las consecuencias.

Y entonces, con su gorda mano en alto, da tres pasos hacia Sissy.

Me coloco delante de ella y grito:

—¡Basta!

Krugman se detiene a medio camino. Sus ojos parecen furiosos pozos de lava, la rojez se le extiende por las mejillas. Las fosas nasales se le ensanchan, y se agita la respiración en su pecho con forma de barril. Es como si, en un intento por atravesar a Sissy, me acuchillara con la mirada.

—Hasta ahora hes ido amable. He pedido las cosas con educación. Sin duda me he equivocado de enfoque, pero puedo ser muy estricto. ¿Es eso lo que quieres? —le pregunta a Sissy mirándola furioso—. Porque papaíto también sabe serlo.

De repente salta hacia delante a una velocidad aterradora y me empuja hacia el grupo de superiores que tengo detrás. Me golpeó la cabeza con algo duro, y el cuerpo se me queda hecho papilla. Me desplomo en el suelo.

—¡Gene! —chilla Sissy entre la confusión.

Oigo la bofetada y me esfuerzo por recuperar la conciencia. Y entonces veo que alguien la agarra del cuello como si fuera un cachorro. Unos brazos gordos y fornidos la arrastran hacia un vagón como si llevara un collar de ahorque.

—¡Lléváosla! —Les grita Krugman a los otros superiores—. ¡Encerradla en el tren!

—¡Quitadle las manos de encima! —les grito mientras me impulso para volver a ponerme en pie. Cojo al hombre que tiene a Sissy. Es pura grasa líquida. Lo tumbo de un puñetazo en la cara. Noto el crujido del hueso, y veo cómo se le agita la grasa. Se desploma en el suelo de rodillas y deja caer a Sissy. Se limpia la cara, y la mano se le ensucia de sangre por una herida que tiene abierta.

—¡Ahora sí que la has hecho buena! —me amenaza, y siento un escalofrío.

Le doy una patada en la cara, y cae al suelo de bruces. Se materializa ante mí una multitud. Son todo brazos, puños y patadas. Me golpean en el estómago. Esquivo los que puedo, pero son demasiados. Me zarandean y me quitan el aire. Ahora sólo veo gris. Hay brazos enredándose por mi cuerpo y manos que me agarran con fuerza como las garras de un garfio. Por detrás oigo un tintineo metálico, un destello de chispas. Es Sissy, que empuña una daga en cada mano. Una es la del cinturón. La otra es la del compartimento secreto de la bota. Las hace girar, pero no para exhibirse. Eso queda claro en su expresión. Embestirá a cualquiera que interfiera entre nosotros. Le inyectará el arrepentimiento eterno al primer insensato que no se aparte del camino.

Krugman, que la embiste con brusquedad, la subestima. Ella salta con la mano en alto por encima de la cabeza. Justo cuando lo tiene cerca, baja la mano, y en el momento en que espero el sonido repugnante de la hoja metálica despachurrando la carne grasienta, oigo un golpe sordo. Le ha martilleado el cráneo con la empuñadura de la daga. Al bajar, eso ha sido lo primero con lo que le ha podido golpear. El hombretón vacila y pone los ojos en blanco. Cierra los párpados y se desmorona

sobre el andén. Sacude el cuerpo sin parar. Lanza quejidos.

Una vez se ha liquidado al líder, es fácil eliminar a los demás. Sissy y yo nos abrimos camino hacia la escalera. Las chicas nos miran horrorizadas, aunque detecto en algunas una pizca de admiración.

—Él se lo ha buscado —les explica Sissy.

Uno de los superiores, con una cara demacrada que parece una cáscara de cacahuete, le contesta:

—Estás equivocada. Completamente equivocada. Ya verás. Completamente equivocada.

Sus compañeros empiezan a reírse. Primero se oye una risilla burlona, y después llega la carcajada jocosa, como un rebuzno, que me hace estremecer.

—Sigue adelante —le aconsejo a Sissy—. Sigue adelante.

De vuelta en la plaza del pueblo, las calles están desiertas. No se ve ni una alma. Hasta las ventanas de las casas están cerradas a cal y canto, y las puertas también. Los ecos de las risas masculinas de la estación del tren resuenan desde la distancia y nos acompañan hasta que llegamos a mi casa.

Esperamos a que llegue el amanecer. Nos agrupamos en la habitación alrededor de las mochilas, listos para salir al primer atisbo de luz. Sissy, Epap y yo hemos trazado un plan: seguiremos las vías del tren. A pie. El viaje nos puede llevar varias semanas, si no meses, pero por lo menos seremos libres y no nos quedaremos atrapados en el interior de un vagón. Podemos buscar comida y cazar. Una vez estemos cerca de nuestro destino, lograremos verlo desde lejos, y entonces decidiremos si debemos proceder o no. Es la capacidad de determinar nuestro propio destino la que nos acaba de convencer.

Sissy quiere partir de inmediato, pero yo le quito la idea de la cabeza. La oscuridad en el bosque sería tan densa que estaríamos a total merced de los peligros invisibles. Será mejor esperar a que haya luz. Además, no podremos cruzar el puente hasta que haya bajado mañana. Es preferible que ahora nos refugiemos, no pasemos frío y reservemos energías. Y durmamos, si es posible. Reunidos frente al hogar, observamos el fuego. Ben tiene sed. Sissy y Epap cogen una jarra y se van al río; al volver tenemos agua suficiente para todos. No hay nadie fuera, todo está en silencio, nos dicen. La noche se acentúa, se pone densa y amenazante. En la aldea no hay nada de luz, ni una vela encendida. El aire nocturno es ominoso.

Al final, la fatiga hace mella y nos empuja a dormir. Decidimos establecer turnos de una hora. A la primera señal de problemas, huiremos juntos. Como aún estoy acelerado por la pelea de la estación, me ofrezco voluntario para hacer la primera guardia. Creo que puedo tardar unas cuantas horas en dormirme. Estoy solo, y la casa se ha quedado en silencio. Pasan los minutos, creo que oigo leves ronquidos. Mi aliento empaña los cristales de la ventana, y después desaparece para resurgir unos segundos después, como un fantasma efímero.

Poco a poco y con delicadeza me llega la melodía de una canción. Al principio creo que es uno de los chicos que está cantando en la otra planta. Sin embargo, la voz cobra fuerza, distingo la letra, y me doy cuenta de que no viene del piso de arriba sino del exterior. Me inclino hacia delante y miro por el cristal empañado. Negro carbón fuera, no se puede ver nada. Abro la ventana y la voz me llega nítida. No hay absolutamente nada extraño en el hecho de que se cante en la Misión, pero en esta cadencia hay algo sorprendentemente distinto. Para empezar, se trata de una sola voz. Básica, casi desnuda en comparación con la manera habitual de cantar en coro. Y algo más. La voz está imbuida de un desconsuelo atormentado, no se trata de la alegre exuberancia habitual, las letras carecen del optimismo edulcorado de costumbre.

Señor y Dios de la Fuerza
Protégeme y sostenme esta noche.
Señor y Dios de la Fuerza

Esta noche y todas las demás.

Helado en el cristal, mi aliento se acelera. Conozco esa canción. Es una nana que me cantaba mi madre. La voz no encaja en absoluto, por supuesto. La de mi madre — lo único que recuerdo de ella— era suave y melódica, mientras que ésta traquetea como una cadena pesada. Aun así, la melodía es exactamente la misma. Hasta la letra, y eso que no me la sé, recae en los mismos puntos, como una llave perdida en una cerradura olvidada.

En cuestión de segundos, salgo a la puerta y al frío de la noche. La canción se interrumpe, pero no antes de que logre ver una nube gris retirándose. Salgo detrás. Es alguien rápido, tiene que ser un hombre. Las chicas de la aldea, limitadas por sus pies de loto, jamás podrían acercarse a esta velocidad.

—¡Eh, tú! ¡Espera!

Ni mira atrás ni disminuye el ritmo. Todo lo contrario: lo aumenta. Se esconde detrás de una casa. Cuando llego hasta allí, no se le ve por ningún lado. Sólo hay silencio y negrura. Entonces, allí está: entre las sombras, su figura delgada cruza por el campo hacia la muralla. El pelo blanco destella en la penumbra. Ya sé quién es.

—¡Claire!

Ella sigue en marcha. Ya estoy en la hierba. Intento mantener el ritmo. Unos minutos más tarde, llega a la muralla. Desaparece entre sombras como una piedra que cae en un lago negro. Está, y después deja de estarlo. Cuando llego, toco el frío acero negro. Es liso. No hay ninguna indicación de que sea el punto de entrada. Pero entonces veo sus huellas, pequeñas manchas plateadas en el rocío al lado de la pared y que van en dirección a la esquina de la torre. Corro y encuentro una puerta. La abro, y entonces estoy dentro. Oigo sus botas por la escalera de espiral.

—¡Espera, Claire! —grito. El eco llega en ondas cada vez más reducidas que me sobresaltan. Subo la escalera. Mis pisadas retumban sobre el metal.

No está en el interior. La puerta que da a la parte superior de la muralla está abierta. Cuando salgo, la veo en medio, mirando a la cordillera salpicada por la luna. Me está esperando. No se da la vuelta hasta que me detengo a unos metros de donde está. Aun así, espera y respira con regularidad, con calma. Al final se vuelve. Tiene los ojos húmedos y relucientes.

—Sabía que eras tú. Eres exactamente igual que como te describía tu padre.

—¿Cómo? —tartamudeo. Tengo demasiados pensamientos dando vueltas a la vez en mi cabeza. Me acerco más a la chica, y de repente me tiemblan las piernas.

—Desde el mismo momento en que te vi —asegura con una sonrisa triste—, sabía que tenías que ser tú. Su hijo.

—¿Te habló de mí?

—Sabía que no podía ser ninguno de los otros chicos: eran demasiado pequeños. Y el otro mayor, Epap, simplemente no lo parecía. Pero tú, sí. Por tus venas corre la misma decisión. Y misma mirada de enfado y tristeza a partes iguales.

—¡Claire! ¿De qué hablas? —La agarro del codo—. ¿Cómo sabes tantas cosas? —Ahora parece asustada y aflojo un poco.

—¿Tienes el Origen? Te lo contaré todo, te lo prometo, pero por favor, dímelo: ¿tienes el Origen?

Le suelto el brazo.

—No lo sé. No estoy seguro, pero dime qué ocurre aquí. Explícamelo todo.

Ella aleja la mirada hacia el campo tenebroso que termina cuesta abajo en un precipicio negro. Por aquí y por allá, el paisaje está lleno de rocas.

—No dispongo de mucho tiempo. Nos han seguido. Te han seguido. Antes habéis irritado de verdad a los superiores en la estación.

—Ya lo superarán.

—No, no lo harán. Créeme.

—Vale, no te preocupes. No nos ha seguido nadie. Deja de imaginarte...

—Nadie me ha seguido a mí. He sido tan silenciosa como un ratón, pero alguien te ha seguido a ti. Te mueves con la misma sutileza que el bramido de una avalancha.

—Señala hacia un grupo de casas—. Mira allí. Se ve a dos personas. Ven por aquí.

Tiene razón. Dos manchas grises caminan con cuidado bordeando el sendero, con las cabezas gachas. Nos han localizado.

—Date prisa, pues.

Comienza a hablar sin vacilaciones. Expone las ideas de manera lógica: le fluyen las frases como si las hubiera estado practicando.

—Me dijo que esta canción llamaría la atención de su hijo. Una prueba infalible. Y tenía razón. —Sonríe—. Todos los días la ensayaba de memoria para no olvidarme de ella.

—¿Por qué has esperado tanto? Ya hace un par de días que me recuperé.

—Lo he intentado, créeme. Pero no podía cantar la canción por los tejados. La letra es subversiva, y los superiores me habrían machacado. No, tenía que esperar el momento oportuno.

—Esta noche.

—Está lejos de ser el momento ideal, con todo el mundo de los nervios por lo que ha ocurrido en la estación. No obstante, dado que vuestra marcha a la Civilización es

inminente, no me quedaba más remedio.

Miro hacia el campo. Los dos hombres están agachados, y examinan el suelo. Se dirigen a la muralla.

—Rápido, cuéntamelo todo.

Ella coge aire.

—La Misión se construyó hace décadas...

—Ve al grano. Imagínate que ya llevamos cinco minutos de conversación. Cuéntame qué pasa.

Ella sacude la cabeza.

—No es tan sencillo. Tengo que contarte acerca de...

Frustrado, dejo escapar el aire.

—Date prisa. Por favor.

Ella suspira.

—Dime qué sabes y partiremos de ahí.

—Aquí fue donde mi padre se convirtió en un ermitaño —le resumo de prisa—. Al parecer, tenía delirios sobre una cura para los crepusculares: el Origen. Al final tuvieron que recluirlo en la cabaña donde nos encontramos. Y ahí fue donde se suicidó.

Ella no responde. Se limita a mirar en la dirección de las dos figuras que se aproximan. Cada vez están más cerca. Me coge del brazo y me lleva rápidamente a la habitación de la torre. Cierra la puerta y quedamos sumidos en las tinieblas. Se oye un crujido de plástico, y después otro. La habitación se vuelve verde.

—La mayor parte de lo que has dicho es verdad —me indica mientras me pasa un quemabrillo—. A tu padre le costó encajar de nuevo en la comunidad de la Misión. Afirmaba que las cosas habían cambiado a peor, y acusaba a Krugman de dirigir... —hace una pausa para recordar el término exacto— una «dictadura totalitaria». Los superiores no sabían qué hacer con él. Algunos pensaban que era un cáncer para la moral de la aldea, y querían que regresara a la Civilización. Otros creían que aún aportaba cosas importantes y que, con el tiempo, podría ser una ventaja. Así que llegaron a un compromiso: podría quedarse, pero lejos de la aldea. Lo dejaron vivir en la cabaña.

—¿Completamente solo?

Asiente.

—Me convirtieron en su recadera. Dos veces a la semana le llevaba medicamentos y provisiones. Por eso no me vendaron los pies y dejaron que me crecieran como los de los hombres: tenía que recorrer muchos kilómetros y subir por la escalera de cable. Al principio lo detestaba, sobre todo por lo grandes y feos que los tenía. Las otras chicas se mofaban de mí sin compasión. «Pies de hombre, pies de hombre.» —Hace una mueca al recordarlo—. Pero después aprendí a disfrutar de la soledad de la excursión. Y, finalmente, de su compañía. Al principio me ofrecía un vaso de agua. Después, algún aperitivo. Con el tiempo, empezamos a comer juntos. Al cabo de unos meses, estábamos bastante unidos. Me habló de su familia, de su

esposa, y de sus hijos. De ti. Donde trabajaba...

—¿Qué te dijo? —preguntó en voz alta.

—¿Cómo?

—Sobre mí. ¿Qué te dijo sobre mí? —Las palabras me salen a trompicones, unas por encima de las otras, como si fueran aparatosos bloques de madera que rodasen escaleras abajo.

—Que un día vendrías. Estaba seguro de ello.

Cambio de postura.

—¿Algo más?

Ella levanta las manos en señal de exasperación.

—¡Deja de interrumpirme! Tengo que contártelo en orden, o me olvidaré de algún detalle importante...

—No. Ve al grano ya. Dime qué más dijo sobre mí.

Respira hondo.

—Muy bien.

Del exterior llega el sonido distante de las voces, que cada vez están más cerca.

—Dijo que eras un chico que había nacido con una misión. Con un destino concreto.

—¿Yo?

—Que tienes un propósito, una vocación. Que tu vida es más importante de lo que te podrías llegar a imaginar. —Se quita la capucha—. ¿Por qué me miras así?

—No sé de qué me hablas. Mi padre nunca me dijo nada de eso. ¿Qué misión?

—Se supone que tengo que explicártelo de manera gradual.

—Últimamente no ha habido nada gradual, ni sencillo. Dímelo y punto.

Da unos pasos y se acerca hacia mí. No me quita ojo de encima.

—No te sorprendas ni te asustes por lo que te voy a contar.

—¿Cuál es mi misión, Claire?

—No subas a ese tren, Gene. —Clava la mirada en la mía—. Ni mañana ni pasado. Ni nunca. Tienes que ir a otro sitio.

Me quedo observando su rostro, tratando de entender algo.

—¿Cómo? ¿Adónde?

—A donde está tu padre. Sigue vivo.

Sus palabras me llegan con la fuerza de una bofetada. Me tiemblan las rodillas.

—¿Está vivo? ¿Dónde? —me oigo decir a mí mismo. Mis palabras suenan como si estuvieran a miles de kilómetros, perdidas en el remolino de pensamientos que se me agitan en la mente.

Claire va a decir algo, pero después sacude la cabeza.

—No hay tiempo —murmura, como para sus adentros—. Ven por aquí.

Camina hasta el otro lado de la habitación, aparta unos cartones y unas cajas vacías, y entonces queda al descubierto una puerta pequeña.

—No puede ser —tartamudeo—. Dime que no está ahí.

—Pues claro que no. No seas ridículo. —Abre la puerta y entra. La sigo. Acto seguido, oigo el chasquido del plástico, y la habitación queda iluminada por un verde brillante.

En realidad se trata de un pasillo largo, que desaparece entre las sombras lejanas. Por las paredes, como grandes mariposas clavadas con alfileres, hay colgados varios artilugios que parecen cometas enormes de gran envergadura.

—Estamos en el interior de la muralla.

—¿Qué es esto?

—Se llaman «alas delta».

Toco la tela de la que tengo más cerca. Es de un material plástico sintético.

—Al principio, cuando la Misión se tomaba en serio su papel de enclave, las exploraciones del territorio solían hacerse en ala delta. Siempre bajo la protección de la luz del día. Para vigilar a los crepusculares. Con el fin de asegurarse de que se quedaban en la ciudad, de que no salían a viajar por el desierto.

Miro las decenas de alas delta ensombrecidas que cuelgan de arriba abajo en la pared.

—¿Por qué se dejó de volar?

—Los superiores engordaron y llegó un momento en que ya no podían manejarlas. Además, lo prohibieron después de que unas chicas huyeran volando. Eso es lo que se rumorea. Ahora nadie puede utilizarlas: los superiores están demasiado gordos, y las chicas no pueden correr para despegar debido al tamaño de sus pies. Tampoco es que le importe a nadie. Todo el mundo se ha olvidado de que existen.

Camino por el pasillo con un quemabrillo, con el rectángulo de luz verde tocando las paredes a mí alrededor, que revela la existencia de más alas delta cubiertas de polvo.

—¿Aún funcionan?

Ella sonrío con aire de superioridad.

—No llegarías muy lejos. Todas están en mal estado. Las que funcionaban ya no están: quedaron calcinadas hace muchos años. —Me ve fruncir el ceño—. Las quemaron en una gran hoguera por orden de los superiores. Creo que este pasillo era

el taller de reparación. Se olvidaron de éstas.

Retrocedo y toco la que está más cerca de la puerta. Tiene una gran envergadura, y el material sintético es de colores vivos.

—Esta parece nueva.

Claire asiente.

—Hasta cierto punto. Es la única que vuela.

—¿Mi padre?

Le pasa el dedo por encima con cariño.

—La hizo él. Era el modelo de entrenamiento. Pueden volar dos personas a la vez. Tu padre y yo salíamos a volar juntos. Él me enseñó.

—¿Volaba mucho?

—Sí. En secreto, por supuesto, y de noche. Los superiores no lo habrían permitido nunca. Después de que lo desterraran a la cabaña, se libró de su mirada controladora y podía volar más. Allí tenía una ala delta.

Asiento al recordar la que había en la pared de la cabaña.

—¿Adónde iba?

—A todas partes. A algún lugar. No sé.

Deslizo un dedo por uno de ellos. Se me ocurre una idea.

—Mi padre utilizó una para escapar —exclamo con gran excitación—. Los superiores no podían permitir que los aldeanos se enteraran de la huida. Por eso se inventaron una historia sobre su suicidio. He dado en el clavo, ¿verdad?

Claire asiente.

—Pues entonces ¿adónde fue?

Pero ella niega con la cabeza.

—No puedo decírtelo si no haces algo.

—¿Qué quieres decir?

Ella se cruza de brazos.

—No puedo decirte dónde está ni cómo llegar hasta él a menos que me enseñes el Origen.

—¿Me tomas el pelo? No tengo nada que enseñarte. Es pura palabrería, teorías sin fundamento. ¡Dime dónde está mi padre ya!

—Me hizo jurar que no te lo contaría hasta que presentaras el Origen. Porque ésa es tu misión, Gene: llevarle el Origen a tu padre.

Respiro hondo, preso de la frustración.

—Vale. Como quieras. Lo tienes delante de tus narices.

Durante unos instantes está confundida, y me mira el cuerpo de arriba abajo.

—¿Dónde...? —pregunta con un hilo de voz. Niega con la cabeza y empieza a ponerse el gorro de lana—. Me estás haciendo perder el tiempo. Si lo único que vas a hacer es bromear sobre esto, entonces...

—¡No! Hablo en serio.

—No puede ser...

—¡Claire! Te digo lo que sé —le suplico haciendo aspavientos—. Mira, me imagino que mi padre insinuó que el Origen tenía algo que ver con unos caracteres, una tipografía o algo así. Lo hizo, ¿no?

Me mira con recelo.

—«Gene.» Es obvio, aunque a todo el mundo se le pase por alto. Es el tipo de pista que mi padre ponía delante de la gente. Evidente pero, a la vez, invisible.

—¡Basta!

—No, en serio. Está en mis genes. Soy yo. ¡Yo soy el Origen!

Concentrada, observa las partes de mi cuerpo: el cuello, el pecho y los brazos. Veo cómo pronuncia «el Origen» y se queda aún más pálida.

—Y ahora dime, ¿dónde está mi padre?

Un estallido de irritación le invade los ojos.

—Se supone que sólo debo decírtelo si estoy absolutamente segura de que tienes el Origen. Y no lo estoy, pero ya no queda tiempo para la seguridad.

—Comprendido. Ahora dime dónde está.

—Al este.

—¿Al este? No hay nada al este de aquí. —Miro a mí alrededor, al público mudo formado por las alas delta, a la extraña chica de pelo blanco que parece un duende—. ¿Sabes? ¿Por qué debería creerte? Nada de lo que dices tiene sentido. ¿Cómo sé que no te lo estás inventando?

—Tu padre dijo que quizá no me creerías, y por eso me pidió que te enseñara algo.

Se va hasta un pequeño baúl de madera que hay escondido entre sombras en la esquina, y abre la tapa. Cuando se da la vuelta, tiene un modelo de avión en la mano. La caja torácica se me contrae, y me estruja los pulmones. Lo reconozco: es el modelo teledirigido que mi padre echó a volar desde el tejado de su trabajo, desde el rascacielos más alto de la metrópolis crepuscular. Es más pequeño de lo que lo recordaba, la superficie cromada ha perdido color y está abollada, pero cuando lo miro más de cerca es innegable. Es exactamente el mismo.

—Me dijo que lo había programado para que volara hasta un punto en concreto. Sabía exactamente dónde iba a aterrizar. Y años más tarde, cuando volvió a la Misión, lo encontró sin problemas. Abollado, roto, oxidado, y enredado entre las copas de los árboles, pero a una distancia de menos de cien metros de donde se suponía que debía aterrizar.

Le doy la vuelta y lo miro. Lo han arreglado y le han dado una capa de barniz. Y hay algo escrito. En la parte inferior de las alas, veo la misma letra cursiva inconfundible que he llegado a reconocer después de leer los diarios de mi padre. Sólo cuatro palabras.

—«Sigue el río hacia el este» —susurro.

—Tienes que ir al este —me dice Claire con dulzura—. Iremos al este. Te llevaré hasta allí con esta ala delta para dos. —Sus ojos salen disparados hacia abajo con una

curiosa expresión de culpabilidad—. Seguiremos el río. Sale al otro lado a través de la montaña. Después, hacia el este durante todo el trayecto.

—Allí no hay nada. Está todo yermo. Es una tierra vacía.

—Está tu padre. En un lugar que describió como la Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol.

Lo único que logro hacer es darle la vuelta al avión y acariciar las frías placas metálicas.

—Es tu propósito en la vida, Gene. Eso es lo que me dijo tu padre. Toda tu vida se reduce a esto: ir al este con el Origen. Es lo único que importa. Es para lo que naciste. Tu misión.

En el exterior se oyen voces que gritan. Están cada vez más cerca, y puede que hayan llegado a la muralla. Claire empieza a hablar apurada.

—Tenemos que partir esta noche, pero no ahora. Al menos, no con los superiores siguiéndonos los talones. Además, tengo que volver a mi habitación para recoger la bolsa de reservas que he escondido. El viaje nos llevará unos días. Nos encontramos aquí dentro de una hora.

—¿Y mis amigos? No puedo dejarlos tirados.

Duda, y en su rostro vuelve a surgir la misma expresión de culpabilidad que le he visto hace unos momentos.

—Quizá sólo Sissy... —empieza a decir, pero después sacude la cabeza—. No, en el ala delta sólo hay espacio para ti y para mí —resume, nerviosa. En los ojos se le ve un brillo que delata sentimiento de culpa y de estar haciendo algo mal.

—Tenemos que llevar a los demás también. —Sacudo la cabeza—. Pero ¿qué digo? Tengo demasiadas preguntas...

—Y habrá tiempo suficiente para hacerlas cuando estemos en el aire. —Me hace cruzar la puerta, y deja los quemabrillos apagándose dentro cuando la cierra. Una vez en la oscuridad, vuelve a colocar los cartones y cajones donde estaban, y se desplaza con sigilo hasta una ventana minúscula—. Ya vienen. —Se vuelve hacia mí—. Saldré por aquí, y después por la muralla. Tú eres demasiado grande y no cabes. Baja la escalera y tropiézate con ellos. Diles que estabas explorando. —Se pone la capucha—. Nos vamos esta noche. Vuelve aquí dentro de una hora. No se lo digas a nadie. ¿Vale?

—No, no vale.

Pero es como si no me escuchara. Pone un pie en la ventana, y se detiene.

—Tu padre me contó una cosa. A veces volaba hasta la metrópolis crepuscular. Tardaba un día en ir y volver, pero quería verte. Aunque fuera desde lejos y desde arriba, en el cielo.

La agarro del brazo.

—¿Por qué te quedaste? Si la Tierra de la Leche y la Miel existe realmente, ¿por qué no te has ido tú?

Ella se suelta y se mete por la ventana hasta quedar agazapada sobre el alféizar,

con medio cuerpo fuera.

—Porque tu padre me pidió que me quedara. A esperarte. —Me mira a los ojos—. Es un buen hombre. Haría cualquier cosa que me pidiera.

Y dicho esto, se va, desaparece en la noche corriendo por la muralla.

Me encuentran bajando la escalera de espiral dos superiores con la cara roja, por embriaguez o por fatiga. O ambas. No tienen palabras para mí, sólo manos con las que intentan agarrarme de los brazos. Me los sacudo de encima y, después de advertir que no intento escapar, se limitan a seguirme de cerca. No intercambiamos ni una palabra. En cuanto llegamos al camino de adoquines, desaparecen fugazmente. En un momento están justo a mi lado, y al siguiente ya no están. Me resulta extraño que no me escolten hasta mi casa. Intento no pensar demasiado en ello, pero el desasosiego se apodera de mí. Me paro a oír cómo se alejan sus pasos. Sin embargo, sólo me llega el leve silbido del viento. Me cae una gota en la cara. Gorda y fría, sin ninguna indecisión. Al cabo de unos segundos, otra y después otra me salpican las mejillas y la frente hasta que la lluvia se decide a caer torrencial.

No obstante, ése no es el motivo por el que de repente tengo frío. Miro a mi alrededor. La tormenta lanza una cortina de neblina húmeda, total y espesa. Como interferencias de la tele de color negro y gris oscuro. El agua tamborilea sobre los adoquines, el sonido del traqueteo de mil canicas al chocar contra el suelo. Empiezo a moverme. De vuelta a la casa. Rápidamente, con el miedo guiando mis pies sobre los adoquines resbaladizos y helados. En la plaza de la aldea, me detengo a escuchar. Silencio y quietud, sólo se oye mi corazón que late con fuerza. Algo se quiebra en mi interior: una convicción que me empuja a ir adelante. Me imagino entrando en la habitación como un torbellino, y despertando a todo el mundo bruscamente. A Epap, a David, a Ben, a Jacob y a Sissy. Diciéndoles que tenemos que irnos de inmediato, no sólo porque ahora sé que la auténtica Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol está al este, ni tampoco porque sé que mi padre está vivo y coleando y me espera allí, sino porque siento que nuestra estancia en la Misión ha llegado a su fin. Que los últimos granos de arena han caído, y que tan sólo han dejado charcos de vacío y penumbra ácida. Ya nos imaginó cogiendo las mochilas, alejándonos hacia los densos bosques mientras corro cada vez más rápido, en un intento de hacer caso omiso a la sensación de que ya es demasiado tarde.

Abro la puerta principal de golpe. Estoy a punto de subir la escalera a la carrera cuando algo me llama la atención. En el salón. La luz del fuego baila parpadeante en la pared. Aun así, lo que me sorprende no es la luz, sino David. Salvo que no me ve. Se encuentra en una esquina de cara a la pared, con las manos atadas a la espalda. Como en posición de firmes, sólo que está temblando.

—¿David?

Me aproximo a él, y entro en la sala.

—¿David?

La luz que parpadea proviene de unas velas que hay sobre la mesa. Sentado justo detrás, con la cara iluminada, está Epap. Como un autómatas, se lleva cucharadas de sopa a la boca, tan rápido y de manera tan torpe que se la tira por encima de la camisa

y de la mesa. Alza la vista. Tiene los ojos rojos. No muestra sorpresa por mi repentina presencia, sino desesperación. Las lágrimas le caen por las mejillas, sin embargo no deja de meterse la cuchara en la boca. En la esquina de detrás de Epap hay otra persona. De espaldas a mí, con la cabeza inclinada y temblando.

—¿Jacob? —pregunto, y mi vista ya se desplaza a la otra esquina.

Allí esta Ben, con el cuerpo contra la pared y sacudiéndose sin control. Se le ve el pelo desaliñado, como si se lo hubieran retorcido en distintas direcciones. Concentro la vista de nuevo en Epap. Tiene la cuchara en la mano, pero le cae haciendo ruido sobre la mesa. Ya no tiene la mirada clavada en mí, sino que la ha desplazado a algún lugar situado a mis espaldas.

Detrás, cruje el suelo. Siento el frío de una presencia súbita que se cierne sobre mí, rápida y oscura como las alas de un murciélago en la medianoche. Me doy la vuelta. Un rostro anodino, esférico, con mejillas redondeadas y ojos salidos, está justo a mis espaldas. Como la luna, como la luna llena. Sin embargo, su mirada inexpresiva carece de luz. Pestañea y sus párpados bajan como guillotinas a cámara lenta. Empiezo a gritar. Pero antes, me golpean en la cabeza con algo contundente. Se me agrieta el cráneo, y el cerebro me revienta dentro. Todo en mí se vuelve líquido, gris y negro, y me desplomo, flojo y endeble, sin oír, sin sentir nada más.

Oscuridad: viscosa como alquitrán, untada en mil capas sobre mis ojos. El que los abra o los cierre no supone ninguna diferencia. Es todo negro. Resulta imposible saber cuánto tiempo ha pasado. Un instinto interior me advierte que me quede quieto y controle la respiración. Que evite la hiperventilación inducida por el pánico. Inspirar, espirar en silencio absoluto. Deducir lo que pueda sin moverme, sin hablar. Esto es lo que sé: ya no estoy en el exterior. Ya no hay gotas de lluvia que me caen en la cara. No hay estrellas, ni la más ligera sensación de brisa. Poco a poco, coloco las manos boca abajo a cada lado. Suciedad compacta, seca, una textura granulada. Estoy en un sitio interior: un recinto cerrado. Silencioso como un ataúd.

«Escucha, Gene. Escucha.» Nada aparte de los latidos de mi corazón. Trago saliva y mi nuez se mueve arriba y abajo. «Permanece tranquilo. No te pongas nervioso.» Y de nuevo el instinto interior: «No te muevas». Entonces, entre los fuertes latidos, oigo algo. Tan sólo una especie de susurro apenas perceptible. Después ya no está, quizá me lo haya imaginado.

Pero no: lo vuelvo a oír, un tenue chirrido. Un sonido de respiración. Hay alguien más cerca de mí. «Quédate en silencio. Que no te detecten.» Ya no oigo nada salvo mi corazón. La sangre me llega a los oídos con demasiada fuerza. Meuerzo a calmar la respiración. Respiraciones lentas, profundas, con la boca bien abierta para evitar emitir ningún silbido involuntario. ¿Dónde estoy? ¿Quién está conmigo?

Poco a poco subo los brazos, y hago que se desplacen formando un arco lento. No hay nada más que aire. Al bajar toco con el brazo izquierdo algo frío, liso, duro. ¿Cristal? ¿Una ventana? Vuelvo la cabeza, miro hacia donde tengo la mano. No veo nada. Ni mi mano ni el cristal. Tinieblas. Y aún sigue la voz interior: «Quédate en silencio, permanece tranquilo, no te muevas».

—¿Hola?

No es mi voz, sino la de otra persona. A mi derecha. Un zarcillo de humo, tan leve que apenas parece que esté ahí. Es Sissy. «No te muevas, no hables, no te muevas, no ha...»

—¿Sissy?

Me resisto a la tentación de incorporarme.

—¿Gene? —susurra ella.

Muy lentamente, centímetro a centímetro, me voy deslizando hacia donde está. Ella hace lo mismo. Sin palabras. La misma voz instintiva que me advertía quedarme en silencio también le habla a ella. Nos tocamos las puntas de los dedos, y de inmediato enlazamos las manos, como entidades separadas que se pelean en el suelo. Estamos helados; el roce es intenso y feroz. Y así permanecemos, muy quietos. Porque ambos lo percibimos. No estamos solos. Ella respira, y yo respiro. Quietud. Y después, más lejos, pasado su cuerpo, el sonido de la respiración de otra persona. Suaves bocanadas de aire que salen de unos labios durmientes. Sissy empieza a

moverse hacia ese sonido. Le agarro la mano más fuerte para detenerla. Ella hace una pausa, después tira. Le estrecho la mano más fuerte. «No te muevas.» Pero insiste. Me arrastro hasta que tengo el cuerpo contra el suyo, la boca en su oído.

—No —le susurro.

Después se mueve, se aprieta contra mí hasta que me roza la oreja con los labios:

—¿Dónde estamos?

—No lo sé. Es peligroso. —Noto una presión en la pierna, en el bolsillo. Saco lo que tengo: un tubo de plástico. Examino el contorno con el tacto. Tiene que ser un quemabrillo.

Sissy baja los brazos hasta sus botas. Oigo el zumbido del cuero y, después, el tintineo del metal. Ha sacado las dagas que esconde en el calzado.

—Tengo un quemabrillo —susurro—. Estaba en el bolsillo.

Oigo cómo se toca la ropa, y a continuación dice:

—Yo también. ¿Qué pasa?

—Tenemos que permanecer en silencio y no movernos.

Noto cómo asiente con la cabeza al rozarme la mejilla.

—No uses el quemabrillo —me pide—. Aún no.

Le aprieto la mano a modo de respuesta. Seguimos tumbados sin movernos durante un minuto más. De nuevo oigo la respiración, ahora más fuerte, inquieta, menos rítmica. Sissy empieza a moverse ligeramente. Barre el terreno con las piernas, intenta descubrir el entorno.

«¿Qué pasa?»

Examinamos la penumbra, tratando de adivinar las formas. Sin embargo, lo único que distinguimos es un sonido: una tos en la oscuridad, breve, como un estornudo. El cuerpo de Sissy se tensa como una cuerda. Otra tos, esta vez se transforma en un gruñido que poco a poco vuelve a desaparecer entre el silencio. Después vuelven a empezar los leves ronquidos, ahora más fatigosos y frágiles.

Sissy me coge de la mano. Entiendo su necesidad: es la misma que la que tengo yo. «Sal de aquí.» Sea donde sea que estemos. Con cuidado nos ponemos en pie. Nos apartamos del sonido de respiración, extendemos los brazos hacia delante. Arrastramos los pies poco a poco, con cuidado de no tropezar con ningún objeto que no podamos ver en el suelo. Toco un cristal con la mano. Sissy lo toca también y, después de la pausa que sobreviene a continuación, jadea.

—Gene. —Es el grito más silencioso y susurrante que he oído nunca—. Sé dónde estamos.

Me suelta la mano y me quedo solo en un mar de tinieblas.

—¿Sissy?

Todo está completamente en silencio. Ni siquiera se oye el leve ronquido. Estiro los brazos hacia donde estaba Sissy. Aire vacío, como si se hubiera evaporado. Avanzo moviendo los brazos, pero sólo encuentro un hueco. No hay ni rastro de ella, ningún remolino gris entre el negro.

Un gruñido abyecto, cortante y cargado de saliva, hace añicos el silencio. Un grito, el de Sissy, y después un ruido de algo que se escabulle seguido rápidamente por el sonido de arena contra el cristal. Rompo el quemabrillo. Una luz verde enfermiza florece a mí alrededor. Estoy en el Vastnario. En el interior de la cámara de cristal. Dentro, con la crepuscular. Una imagen borrosa corre por el prisma, hacia mi compañera. Su pelo azabache vuela lejos de su cara pálida, y los colmillos le sobresalen. Sissy acaba de lanzar un puñal. Mientras traza la trayectoria hacia la crepuscular, se ve un destello de luz reflejado. A medio camino, la chica se dobla y cae al suelo lanzando un fuerte aullido agudo. Cuando la daga da contra el cristal, se oye un tintineo. Ha fallado. Miro a la crepuscular. Está agazapada y aullando. Se protege los ojos. Entonces me doy cuenta. Se esconde de la luz verde. Qué raro, su reacción es más pronunciada si se compara con la del día anterior, cuando brillaban más de una docena de quemabrillos. Debe de ser porque la pared filtraba las longitudes de onda más peligrosas. Sin embargo, ahora que ningún cristal se interpone entre ella y la luz, queda completamente expuesta. Para sus ojos, el verde pálido son cuchillas.

—¡Tu quemabrillo! ¡Úsalo! ¡La luz la cegará!

Lo saca rápidamente y lo rompe. La luz verde ilumina aún más la cámara. La crepuscular grita. No pierdo tiempo, me doy la vuelta y corro hacia el cristal. «La puerta, ¿dónde está?» Pero la pared es lisa y su superficie regular no ofrece ninguna pista sobre dónde está la puerta. Frustrado, aporreo el vidrio. Duro como un diamante, no cede en absoluto. Entonces lo veo, justo delante de mí: el contorno de una puerta. Queda insinuado, como si sólo estuviera grabado en el cristal. De prisa, recorro toda la superficie con las manos con la esperanza de encontrar un pestillo, una asa, lo que sea. Pero es todo liso. El pomo está del otro lado, y el teclado numérico. Todo está tras el vidrio. Y entonces veo a los superiores. Y a Krugman. Están sentados delante. Nos observan con gran excitación. Las caras se les encienden con el brillo tenue del verde. Nos han dado los quemabrillos para poder entretenerse. Para ver mejor el espectáculo de nuestras muertes. Aporreo el cristal con furia.

—¡Gene!

Me doy la vuelta. La crepuscular está agachada, con los ojos totalmente cerrados contra la luz; su piel pálida se ve verde y con salpicaduras.

—¡No hables, Sissy! ¡Le revelas tu posición!

Dándome la razón, la crepuscular se impulsa con las piernas y salta hacia mí con los brazos por delante y unas afiladas uñas negras separadas como flechas con veneno que vienen en mi dirección. Me tiro a un lado y tengo la desgracia de caer sobre mi cara. La crepuscular pasa volando a mi lado, su pelo largo me roza el brazo como una caricia. Se estrella contra el cristal, la cabeza se le va hacia atrás con violencia. Por un instante, queda pegada al vidrio como una rana despachurrada antes de deslizarse hacia abajo. No obstante, incluso ahora, se impulsa con los brazos y entreabre los ojos para buscarme. Lanza un alarido ensordecedor cargado de rabia. Mientras tanto

ruedo por el suelo y salto para ponerme en pie. Sissy me agarra mientras corremos hacia el otro lado.

—Sólo hay una manera de salir de aquí —me dice con una mirada adusta.

—Que vuelve...

—¡No, escúchame! —Me da un tirón en el brazo y casi me lo arranca—. Sólo hay una jugada posible. Deja que se me acerque. La entretendré el máximo de tiempo que pueda. Mientras tanto tú tienes que hundirle esto en el cuello desde atrás —me explica al pasarme la daga.

Intento alejar el brazo incluso cuando noto el toque frío en la palma de mi mano.

—No...

—¡No hay otra posibilidad! ¡Clávaselo hasta el fondo...!

—Entonces lo mejor será que yo la sostenga y tú se lo hundas. Los puñales se te dan mejor.

—¡Escucha, escucha, escucha! No me lleves la contraria. Sólo uno de nosotros va a sobrevivir. ¡Ya lo sabes!

—Entonces, tú...

—¡«No dejéis que Gene muera»! —me grita al tiempo que la crepuscular salta hacia nosotros con unas irrefrenables ansias de sangre.

Lanzo el puñal por instinto y, al mismo tiempo, Sissy le tira el quemabrillo. Las dos armas chocan justo delante de la cara de nuestra agresora; la explosión de verde resplandeciente le salpica el rostro y le produce unos surcos de lava fundida. Un grito atronador retumba por las paredes de cristal. La crepuscular cae entre nosotros, se retuerce del dolor y se lleva las manos a los ojos, desesperada. Sube un olor acre: ardiente y corrosivo. Querrá limpiarse, tendrá que lavarse ese líquido abrasador. Acto seguido, desplazo la vista hasta un charco de agua que parece un espejo. En la otra punta de la cámara. Se trata del pozo en forma de U mediante el cual recibe la comida que le ponen desde el otro lado del cristal. Donde, justo ayer, la profesora embutió el saco de carne. Lo hizo bajar por el hueco vertical, pasó por el puente horizontal que hay al fondo y subió hacia el otro hueco.

La crepuscular empieza a arrastrarse hacia el agua. Y en ese momento me doy cuenta: ésa es nuestra salida. Es obvio. El miedo me había paralizado el cerebro. Es nuestra única salida. Y tenemos que llegar antes que ella. Ahora mismo, ya, hecho, terminado. Cojo a Sissy del brazo y la empujo. No hay tiempo para explicaciones. Pero ella está intentando recoger la daga del suelo, pensando que es una oportunidad para matar a nuestra acosadora. La atraigo hacia mí, y casi la arrastro al otro lado.

—¡¿Qué haces?! —me grita—. Es nuestra oportunidad...

—¡Salvarnos!

Ya estamos en el pozo. Es menos ancho de lo que pensaba. Parece lo suficientemente grande para ella, y habrá que ver si también lo es para mí.

—¿Te acuerdas de la abertura del pozo en forma de U? Baja diez metros, se curva al llegar al fondo y vuelve a subir al otro lado.

Sin embargo, ella ya está sacudiendo la cabeza.

—No cabremos. Es demasiado estrecho y hondo. Nos ahogaremos.

La crepuscular ya se arrastra en nuestra dirección con los brazos extendidos y serpenteando por el suelo. Oye nuestras voces y silba con malicia. La luz del quemabrillo se está apagando, y con ella el tiempo, nuestras vidas.

Sissy se da cuenta.

—Tú primero.

—No.

—Gene.

—No me voy hasta que tú no entres.

—No. «No dejéis que Gene muera» —repite con una determinación feroz.

—Y Gene no se meterá hasta que tú no lo hagas —replico con la misma convicción.

—Maldita sea.

Entonces me agarra del cuello, y aprieta su mejilla lisa contra la mía. Después se impulsa y se desliza por el borde de la ranura. Respira hondo y se sumerge de cabeza. Lo último que veo de su cuerpo son sus pies, y después sus dedos que se zambullen en el agua por el pozo. Por un momento no lo entiendo. ¿Por qué se ha metido de cabeza? Pero después lo comprendo. Por supuesto. Claro que tenía que entrar así. Si hubiera metido primero los pies, la curva en forma de U del fondo del pozo habría sido demasiado estrecha para poder hacer la curva. Sólo así podrá girar antes de emerger al otro lado. Además, se trata de una zambullida a todo o nada. Ya no hay posibilidad de retroceder, de salir a por aire, ni de tener otra idea.

Un gruñido desde atrás; uñas y garras raspan el suelo. Después se produce un silencio que sólo puede significar una cosa: está en el aire. Sé muy bien que no debo perder tiempo mirando hacia atrás. Me tiro a la derecha y ruedo por el suelo incluso cuando la crepuscular cae a mi lado. Doy vueltas y me suelto el brazo derecho que tenía cogido en la espalda, en el que aún sostengo el quemabrillo. El palo apenas resplandece, quedan unos rescoldos que dan poca luz, pero es suficiente para iluminar a la crepuscular, que tiene la cara al lado de la mía. Tiene hinchado el ojo derecho, del que le sale un líquido blanco, pero el otro está limpio y no me quita la vista de encima.

Aún me queda una carta que jugar. Me meto el palo en la boca. Rompo la punta y hago una mueca. Sale el líquido, agrio y pegajoso. Lo dejo ahí. La crepuscular se abalanza sobre mí, se sienta a horcajadas, me clava los brazos en el suelo mientras su ojo bueno brilla victorioso. La saliva le sale de la boca como agua hirviendo en una tetera. Me tiene atrapado. Y en ese segundo, mientras baja la cara en dirección a mi cuello y enseña los colmillos, le escupo el líquido del quemabrillo. Unas bolitas de color verde resplandeciente le salpican la cara. Ella grita, salta hacia atrás cubriéndosela con las manos. Un crujido en el aire, un chirrido. Yo corro hasta la abertura del pozo. No logro encontrarlo en la oscuridad. ¡Ahí! A unos pasos, donde

hay unas ondas tenues en la superficie gris. Quiebro la superficie con los dedos y no pierdo más tiempo. Me zambullo en el agua, que está congelada; pasan la cabeza, la mandíbula, el cuello, los hombros. Y ya estoy dentro. Estoy debajo el agua. El abrazo helado que me ofrece me sacude de arriba abajo. Unos puños fríos se aferran a mis pulmones y secan el aire que contienen.

El cambio súbito de ambiente me marea con desesperación. Y es un buen apretón. El pozo no es mucho más ancho que mi espalda. El pánico empieza a apoderarse de mí mientras intento no pensar en la desorientación aterradora que implica el estar boca abajo, en el agua, en el interior y con miedo. Por lo menos he tenido la ocurrencia de meterme con los brazos por delante. Si lo hubiera hecho con la cabeza, ahora tendría los brazos pegados a los lados. Estaría atrapado. No obstante no es un gran consuelo. Y, desde luego, tampoco tengo tiempo de darme una palmadita en la espalda porque sigo atrapado. La parte inferior del cuerpo —¿o ahora tendría que decir que es la superior?— aún está fuera del agua: le doy patadas al aire con las piernas, e intento en vano que sigan al resto de las extremidades. Parecen entidades separadas, que giran como tentáculos a miles de kilómetros por encima de mí. Las envidio porque tienen acceso al oxígeno. Quiero inhalar a través de ellas como si fueran pajitas.

Oigo el gruñido del deseo, apagado pero escalofriante. Incluso debajo del agua, siento el rugido de su intensidad que se propaga por el agua helada. Viene a por mí. A por mis piernas, por lo menos. Durante un momento tengo una sensación irracional de alivio: de cintura para arriba estoy a salvo, debido a la protección que me ofrecen las extremidades. La crepuscular se las puede quedar mientras no llegue hasta mí. A mi cerebro, a mis pensamientos. Dispersos sin poder pensar con claridad. Empiezo a dar golpes a los lados. Necesito aire. En mi terror, he olvidado respirar hondo antes de sumergirme y ya me queda poco. Sólo logro arañar la superficie, casi literalmente, de la distancia que tengo que recorrer debajo del agua, y ya estoy dando bocanadas al vacío.

Me retuerzo mientras intento liberar mi cuerpo atrapado.

Ahora descubro que debería haberme quitado la ropa demasiado voluminosa, antes de sumergirme. Me muevo y me revuelvo. Parece que funciona: el movimiento me ayuda a bajar unos centímetros. Deslizo las palmas por la superficie lisa de metal tratando de encontrar una sujeción. Doy con una protuberancia minúscula; no es más que un clavo medio salido. Me basta para hacer palanca con el dedo y escurrirme un poco más. Hago fuerza hacia abajo centímetro a centímetro hasta que todo el cuerpo está dentro del agua. Sin embargo es demasiado lento. No va bien. Abro los ojos y no veo más que negrura. El frío glacial me irrita la piel del cuerpo sin aire como si se tratara de miles de alfileres. Esto ha sido un error. Tengo que retroceder de algún modo, debo volver a la superficie, coger aire, ese preciado elemento...

Algo me agarra el pie por arriba y grito. Los últimos restos de oxígeno que me quedaban me han abandonado como burbujas, como cuando se suelta un globo a

medio inflar. Me tiran del zapato, y casi me arrancan el pie. Doy patadas, suelto alaridos en el pozo negro e intento seguir bajando. No sé cómo, pero algo termina cediendo. Logro deslizar el cuerpo unos centímetros más. Empujo, y con los dedos busco un desnivel en las paredes para darme impulso. Tengo los hombros lo más juntos que puedo...

Una uña afilada me roza la planta del pie que ha quedado al descubierto. Abro la boca para gritar, pero no sale nada. Ya no me queda aire ni ningún sonido. «¡No tragues agua! ¡No!» Una gota de agua en la tráquea desencadenaría un espasmo fatal. Doy patadas con los pies. Noto piel, un hueso redondeado (¿la mejilla de la crepuscular?), mechones de su cabello que me acarician el tobillo al deslizarse por el pie. El pánico me recorre el cuerpo. Desesperado por darme impulso, forcejeo con las paredes resbaladizas. Después se produce un milagro: la ranura se hace más ancha de golpe. Unos dos centímetros a cada lado. Sin duda no es suficiente para dar la vuelta, pero me parece tan ancho como un cañón. Bajo medio metro más, y después dos más. Empujo a los lados y hacia abajo con los brazos, y doy pataditas con las piernas. Me he desplazado lo que me parecen cinco metros. Noto el dolor agudo de la presión del agua en los oídos. Ya estoy fuera del alcance de la crepuscular. Ya no se aventurará a profundizar más.

Y entonces noto su mano como una pinza en el tobillo. Me sujeta con seguridad y firmeza. Grito, y me salen burbujas. Doy patadas, pero parece que esto no hace más que espolearla. Me aprieta más. Vuelvo a dar otra patada, pero esta vez mi talón golpea algo grande y sólido: una cabeza. Está en el agua. Con la cabeza sumergida. Como si de repente se diera cuenta, empieza a sufrir convulsiones. Noto que me va soltando el tobillo, pero tiene la mano en el interior de la pernera de los pantalones. Con el poco margen de movimiento que tiene, dada la estrechez del pozo y la de los pantalones, sólo logra rasgar el material. Me destroza los pantalones y forma un embrollo inextricable en el que se le quedan atrapados los dedos. El pánico se apodera de la crepuscular a medida que la arrastro hacia abajo. Sus gritos, apagados en el agua, llegan acompañados de los crujidos de sus dedos al separarse de las articulaciones. Noto un violento espasmo final, y después nada más. La crepuscular se ha quedado quieta. Se ha ahogado.

Abro los ojos para intentar ver el fondo, pero sólo encuentro oscuridad. Lo único que puedo hacer ahora es seguir hundiéndome en el abismo, centímetro a centímetro. Después me viene a la cabeza una idea escalofriante. ¿Y si en lugar de tocar fondo, toco a Sissy? Su cuerpo ahogado que bloquea el paso, su ropa ondeando alrededor, su cara hinchada y sin expresión mientras el pelo se revuelve a cámara lenta. Aprieto los ojos como para eliminar la imagen de mi mente, para apartarla de mis pensamientos. Busco a tientas. La temperatura está bajando. Percibo el sonido de la sangre en mis oídos...

No voy a lograrlo. Ya no me queda nada de aire. Un delirio punzante me domina la cabeza: unas garras afiladas como cuchillas me cortan el pecho. Sólo quiero que

terminen estos espasmos, que pase la fase final del ahogamiento y que llegue el reposo y, con él, la muerte. Pero entonces toco algo con los dedos. No la suavidad de la piel, sino la dureza maravillosa del metal. El fondo del pozo. Me sacudo a los lados con la intención de localizar la abertura donde la rampa se curva hacia el otro lado de la pared. No logro encontrarla. Sólo consigo verla cuando sigo empujando el cuerpo hacia abajo y toco el fondo con la cabeza. Está delante de mi cara. Es horriblemente pequeña. No lograré que me pasen los hombros. Tal vez sí. Tal vez no. Extiendo los brazos. No me queda otra que ahogarme en el intento. Este trecho horizontal no es largo. De hecho, es lo suficientemente corto como para que pueda tocar la otra punta con las manos. Agarrándome ahí, me impulso con fuerza y logro embutir la cabeza y los hombros. La cabeza se va deslizando hasta que llega a la altura de las manos y logro ver el otro hueco vertical. Este lado es mucho más ancho. Sólo tengo que conseguir meter el cuerpo y, después, dar patadas. Segundos. Sólo necesito unos segundos para conseguir aire.

Sin embargo, me atasco. Algo me obstruye el camino: la crepuscular. Aunque se ha ahogado, su mano sigue atrapada entre los pedazos de mi ropa. La arrastro conmigo, un peso muerto en algún lugar del pozo. Empujo con más fuerza y noto que cede un poco. Ahora logro salir de la rampa horizontal y entrar en el hueco vertical más ancho. Pero de nuevo siento que mi progreso se ve obstaculizado. La mano, muerta e inmóvil, sigue alojada en mis pantalones, y no importa cuántas patadas le dé, no logro que se suelte. Estoy atrapado. Incluso ahogada, la crepuscular se ha convertido en mi atadura mortal. Así que éste es el fin. Solo en una tumba fría y acuosa, el mundo se ha vuelto negro. La condensación de mi vida, la soledad, el desconcierto, la desesperación convergen en este estrecho ataúd. Ahora mi cuerpo se afloja, se libera de la tensión. Un espasmo, y después nada. Los músculos se relajan. Hasta el riego de sangre en los oídos es cada vez más lento y suave. Los dedos se me ablandan y los brazos, al flotar, parecen rastros gemelos de humo por encima de una pira funeraria. No está tan mal, la muerte. Es sólo que le ha costado mucho llegar hasta aquí. Todos estos años. Por encima de mí aparece un ángel, una silueta gris. Lleva el pelo hacia atrás, tiene los ojos grandes, que flotan como dos palomas. Cuando me alcanza con sus brazos finos y lisos como la arcilla, yo ya estoy listo. Tira de mí una vez, dos. Estoy inmovilizado. Su cuerpo baja un poco más.

Algo se me suelta de la pierna, y el ángel me arrastra. La liberación es distante y trivial. Suave y transmitiendo seguridad, noto la presión de su cuerpo cálido contra mi espalda. Es un ascenso lento, me coge por debajo de las axilas con los brazos, las paredes negras se deslizan por delante de nosotros a medida que flotamos y dejamos el pozo, pasamos el techo del Vastnario, las nubes, las estrellas, el cielo, salvo que no hay estrellas, ni ángeles cantando, ni calles de oro, ni leche, ni miel, ni fruta, ni sol, sólo tinieblas, y después ya no hay nada más.

Recupero la conciencia gracias a unas sacudidas bruscas que me bombean la caja torácica de manera rítmica y dolorosa. Les sigue el vacío. Vuelvo a escabullirme a la zona gris. Después, unos labios de terciopelo, frescos y dulces, se posan en los míos. Suavidad sobre suavidad, están vivos y me rodean. Después se vuelven más fieros, y la adherencia, hermética. El aire me entra en la boca, y me baja por la tráquea. El golpe de oxígeno me quema; una blancura ácida me salpica el cerebro. Me ahogo; el agua apestosa me sale de la boca tibia, como si se hubiera estado pudriendo durante años. Respiro jadeando. La pureza rica del oxígeno me aporta una claridad abrasadora.

—Ponte de lado —me aconseja Sissy, ayudándome—. Tose.

Me sale más agua de la que podría imaginarme. Con una fuerza que parece como si vomitara trozos de hígado, estómago, riñones. Permanezco de lado un minuto, estoy demasiado cansado para moverme. Sissy me ayuda a incorporarme. Me quita la camisa, me explora el cuerpo con las manos, me examina el pecho, las abdominales.

—¿Sissy? —balbuceo con el agua saliendo a borbotones.

—¿Te ha arañado? ¿O cortado? ¿Te ha mordido? ¿Te ha alcanzado?

—No lo sé.

—¡¿Te ha alcanzado, Gene?! ¡Dímelo! —Sus ojos parecen calderas en estado de alarma.

Y de repente vuelvo a estar asustado. Este nuevo miedo me azota la mente a modo de alerta. Sissy tiene razón: si la crepuscular nos ha arañado a cualquiera de los dos, empezaremos a transformarnos. Los síntomas de esta asquerosa desintegración siempre se dan de inmediato, aunque el proceso completo puede tardar horas. Me examina sobresaltada. Tiene el pelo pegado a la cara, y las gotas de agua le caen como si fueran sudor. Entonces nos ponemos de pie juntos, me quita la camisa, y le desabrocho los botones de su blusa, que tiene pegada a la piel como si fueran ventosas. Bajo la luz verde que se está apagando, cada uno examina la piel del otro. Recorro su piel suave en busca de pinchazos, arañazos y cortes. Ella me palpa la pierna derecha hasta el tobillo. Da un respingo.

—¿Qué pasa?

—Gene —me alerta con una voz llena de miedo—, tienes destrozados los bajos de los pantalones.

Durante los que se convierten en los dos segundos más largos de mi vida, me retira los trozos de tela rota. Horrorizada, observa las largas heridas que tengo en la piel, sobre todo de color blanco. Son arañazos. Sin embargo, en una de ellas hay sangre. En una zona donde ha clavado las garras, me ha hecho una herida, y se ha formado una abertura por la que me podría haber contagiado con su saliva. Sissy y yo nos miramos. Acto seguido, me aparto de ella.

—¡Aléjate de mí! ¡Sissy, corre!

No obstante, ella no se mueve. En vez de eso, se limita a mirarme con atención como si con ello intentara inyectarme una cura.

—¡Sissy! ¡Tienes que irte! ¡Antes de que me transforme!

—¡Gene! Pero ¿lo estás haciendo?

—¿El qué?

—¿Te estás transformando? Me parece que no.

Es como si su pregunta me pillara por sorpresa. Me agarro el pecho como si allí estuviera la respuesta. Tiene razón. No experimento ninguno de los síntomas que mi padre me taladró en la cabeza durante todos esos años. No tiemblo. No noto que se me desgarran los órganos internos. No tengo la piel ardiendo por la fiebre.

—Nos dijiste que los síntomas aparecían al cabo de un minuto como máximo, pero ya ha pasado, y pareces estar bien.

Me recorre el cuerpo con la mirada. Se levanta, se aproxima hasta la fila donde había visto a los superiores contemplando el espectáculo. Está vacía. Al marcharse a toda prisa sólo han dejado unos quemabrillos. Ella coge uno y lo rompe. La luz verde centellea. Yo no salto ni entrecierro los ojos. Ni siquiera pestañeo. La luz no me molesta en absoluto. Más bien todo lo contrario: es el color más bonito y radiante que he visto jamás. El color se vuelve borroso y me doy cuenta de que estoy llorando. Oigo el crujido del plástico, y después me vierte el líquido en la cara.

—Oye, déjalo ya. —Tengo puntos de verde resplandeciente por la cara y la ropa.

—Lo siento —se disculpa Sissy mientras reprime una sonrisa—, tenía que asegurarme.

Me limpia la cara. Me pasa los dedos suavemente por las mejillas, y los deja allí durante un largo segundo.

—Gene —susurra—, realmente eres el Origen. Tenías cortes, te tendrías que haber transformado. Pero mírate. —Los ojos le relucen del asombro.

Lo único que puedo hacer es mirarla a ella también, perdidas las palabras durante un instante. La crepuscular estaba cubierta de saliva; tenía las manos y las uñas llenas de babas cuando se ha metido en el pozo por primera vez. Pero quizá me ha cortado, el agua ya le había limpiado la saliva.

—No lo sé, Sissy.

—Te digo que es cierto —susurra, como si no hubiera oído ni una palabra—. Eres tú. El Origen.

Sacudo la cabeza con escepticismo.

—Quizá ya no tenía saliva cuando me ha hecho el corte en el pie. A ver, hay mucha agua en el pozo. Si me ha cortado con las uñas limpias de gotas de saliva, no me ha podido infectar. Y quizá sea ésa la razón por la que no me transformo. Podría ser eso.

Aun así, ella sigue contemplándome asombrada.

—Tengo que revisarte —le digo aprisa—. Date la vuelta. —Ella obedece, y acerca el brillo húmedo de su espalda hacia la luz verde. Recorro con delicadeza sus

omóplatos, y descendiendo por el valle de su columna. Su espalda es curva y suave como el interior de una concha. Mis dedos se detienen en su región lumbar. Noto un cambio en ella y me quedo quieto. Su caja torácica empieza a dilatarse y a contraerse, cada vez más rápido y más profundamente. Ella vuelve la cabeza y me mira con el rabillo del ojo por encima del hombro—. Estás bien. No tienes rasguños. —Le paso su camisa y se la pone—. Me has hecho el boca a boca. ¿Cómo es que sabes hacerlo?

—El científico nos lo enseñó. Siempre le preocupó el que pudiéramos ahogarnos en el estanque del Domo. —Se queda callada, mira hacia las puertas. En los bordes se intuye la luz de la mañana del exterior—. Esto no es seguro. Ya nada lo es.

—Estaban aquí. Un grupo de superiores. Contemplando el espectáculo de nuestras muertes.

Asiente.

—Yo también los he visto. ¿Por qué nos habrán hecho esto? ¿Por qué querían matarnos? Pensaba que la Orden de la Civilización nos protegía de que... nos mataran.

Recojo mi camisa y empiezo a escurrirla.

—Nos pasamos de la raya en la estación. Delante de toda la aldea. Agredimos físicamente a los superiores, aunque fuera en defensa propia. No podían pasarlo por alto. No con todas esas chicas mirando. Tenían que darnos una lección. Al cuerno la Orden.

—Tenemos que ir a buscar a los chicos —me dice abotonándose la camisa de prisa—. Después correremos hacia el bosque lo más rápido posible. Olvidémonos de esperar a que baje el puente. Vamos.

Le pongo una mano en el brazo.

—Tengo que contarte una cosa. Es muy fuerte.

Le resumo todo lo que me ha explicado Claire. Hablo muy rápido, con la sensación constante de tener que volver a la casa, con los chicos.

—¿Al este de aquí? —me pregunta sin dar crédito—. ¿El científico sigue vivo?

—Es difícil de digerir, ya lo sé, pero ahora lo que tenemos que hacer es escaparnos. Ya tendremos tiempo de asimilarlo. Ahora toca correr. Bajaremos la montaña hasta el río y a partir de allí iremos en dirección este.

Pero Sissy ya ni me escucha ni me mira. Tiene la vista fija en algo que está fuera de la cámara. Palideciendo, señala hacia la abertura del pozo. Boca abajo e inerte, la crepuscular ha flotado hasta la superficie. Es una mancha sin vida. Su cabellera negra se expande por el agua como grietas en un cristal. Las garras se le han quedado enganchadas en mis pantalones, y la he arrastrado por el túnel del fondo hasta el otro pozo. Desde donde ha flotado poco a poco y sin vida hasta llegar arriba.

Sissy se le acerca.

—Está muerta.

—Tengo que asegurarme.

Se agacha. La crepuscular está empapada y pesa demasiado. Sissy la deja caer al

borde de la abertura, y su cuerpo cuelga como una lengua negra enferma. Le doy patadas en la cabeza hasta que la vemos de perfil. Tiene los ojos cerrados, la boca abierta y las puntas de los incisivos hundidos en el labio inferior. Gime. Damos un salto atrás. Empieza a salirle humo de la cara: finos zarcillos grises. Se pone a gimotear, y le tiemblan los dedos. Es la luz del quemabrillo. No es lo suficientemente fuerte como para matarla, pero basta para martirizarla con una quemadura lenta.

—Tenemos que acabar con ella. Destruirla. Me la llevaré afuera a la luz del sol.

—Sissy, no nos arriesguemos. Ni perdamos tiempo.

—No me quedaré tranquila sabiendo que hay uno de ellos en las montañas.

—Sissy —repito con un tono de voz más apremiante e inquisitivo—. Es demasiado peligroso. Revivirá.

Aun así, no me hace ni caso. Se inclina y le pasa los brazos por debajo de las axilas. La saca de la ranura y la arrastra con los talones por el suelo. Lo que ocurre es que la crepuscular, empapada, pesa demasiado. Después de haber dado unos pocos pasos, Sissy no puede más y la deja caer al suelo. Ella gruñe tímidamente. La recojo y la aúpo sobre mis hombros. Deja caer la cabeza en el omóplato, tengo sus colmillos turbadoramente cerca. Con la idea de no perderlos de vista, me la coloco delante, como si la estuviera acunando. Su cara tiene una fragilidad inesperada. Las largas pestañas negras contrastan con el rostro tan blanco. De la piel le sale más humo, el hedor crudo de carne quemándose me invade las fosas nasales. Estamos delante de la puerta de salida. La luz del día se cuele por los bordes.

—Puede que reviva. Del dolor. Ten cuidado. Vigílele la boca y los dientes.

Sissy se recoloca a mi lado, con el cuerpo pegado al mío.

—Tengo sus brazos contra mí —le advierto—. Vigila la boca, los colmillos...

—Ya lo he pillado.

Estrecho a la crepuscular contra el pecho y salgo corriendo hacia las puertas dobles. Del impacto, se abren de golpe y golpean contra la pared de fuera. La luz del sol es cegadora, nos azota como si fuera un muro. Sin embargo no nos detenemos, seguimos corriendo incluso cuando la moribunda empieza a agitar los brazos y la piel le crepita por el sol abrasador. Corremos lo más lejos posible del Vastnario, y nos alejamos del interior oscuro adonde podría ir a buscar refugio. Bañada por la luz del sol, emite un grito espeluznante. La mandíbula se le empieza a romper, con un crujido ensordecedor. Entonces tropiezo. No sé cómo, ni si ha sido con una piedra o por el pánico, pero al instante estoy en el aire. Me desplomo en el suelo, y Sissy conmigo. Me llevo un golpe en el intestino, me retuerzo sin aliento, y apenas soy consciente de que la crepuscular se ha escapado.

—¡Gene!

Los incisivos me pasan al lado haciendo una mueca y rechinando. Veo algo borroso a medida que me salta encima. Pego un bote y voy a perseguirla. Ella es rápida, pero no está en plenitud de sus facultades. Si el ahogamiento ya la había debilitado, el efecto de la luz la está machacando. Reduce la velocidad de forma

precipitada; después se tambalea, las piernas se le empiezan a derretir como mantequilla en una sartén al fuego, y los huesos se le convierten en gelatina. Su cuerpo se vuelve flácido, pierde definición rápidamente mientras el músculo y el esqueleto se le carbonizan. Me lanzo encima y la tiro al suelo. Ya no tiene fuerzas para pelear. Debido a mi impulso pierde grumos de piel y grasa mientras resbalamos. Sentado a horcajadas sobre ella, la agarro de la cabeza y me zafo de su dentadura. Le hundo las manos en el cráneo en descomposición, que ahora parece un huevo hervido. Y después es pura fragilidad. No le queda ni un músculo con el que mover sus extremidades, ni los deseos de vivir y de comer. Al respirar, su pecho sube y baja débilmente, como el suspiro de un conejo. Se arruga delante de mí. Sólo su pelo azabache ha quedado intacto por la luz del sol. Ya ha terminado.

Aun así, susurra, murmura algo. Sissy se acerca y se arrodilla a mi lado. La crepuscular continúa fundiéndose, los efluvios amarillos forman un charco a nuestro alrededor. Un olor acre a carne quemada impregna el aire.

—¡Cuidado con los colmillos! —me advierte Sissy.

—Tranquila, tranquila, ya está.

La crepuscular abre la boca como si fuera a bostezar, y revela una fila de afilados incisivos. La mandíbula le castañetea, vibra, como si se estremeciera. Oímos un leve sonido.

—S-s-sie... —susurra intentando pronunciar una palabra.

Sissy y yo nos miramos confundidos y horrorizados.

—Sie-sie... —Apenas se la oye.

Acerco el oído hasta su boca.

—No, Gene. Es una artimaña...

Le aparto la mano.

—Tranquila —digo en un susurro, pero no a Sissy, sino a la crepuscular—. No pasa nada, ya está. —Me inclino tanto que le rozo los labios con el oído.

Coge aire por última vez, y los ojos se le abren como bocas jadeantes. Y entonces es cuando descubro su brazo o, mejor dicho, lo que queda de él. Cinco marcas que se desintegran bajo la luz del sol. Finalmente pronuncia las últimas palabras. Me acerco más.

—Lo siento.

En ese momento cierra los ojos. Nos quedamos en silencio. Pongo la mano sobre su sedoso cabello negro, al principio con dudas, para acariciárselo. Le peino el pelo mojado con los dedos, una y otra vez, hasta que se queda en silencio, hasta que ya no está, hasta que no queda nada de ella aparte del pelo.

Corremos por la aldea. La mañana se encuentra en su punto álgido, y las chicas llenan las calles. Sissy y yo perdemos la esperanza de pasar desapercibidos y cortamos directamente por la calle principal. Las jóvenes se vuelven a mirarnos, nos siguen con la cabeza al pasar.

Entramos en mi casa en silencio, y asimilamos la quietud y el vacío del comedor. En un intento por evitar los crujidos, subimos por la escalera. La puerta del dormitorio está ligeramente entornada, y miro con cuidado al interior. Todos los chicos están en la cama, con las muñecas atadas a los barrotes. Sólo me ve David, que abre los ojos como platos. Yo me llevo el dedo a los labios. Pestañea repetidas veces, y señala con la barbilla hacia una esquina invisible de la habitación. Han colocado a un vigilante; es grandullón, pero lo más importante es que está dormido. Al lado, junto a la pata de la silla, tiene una botella de vino vacía. La boca del superior está abierta, de la garganta le sale un ronquido, pero no le llega del todo a la boca. Evidentemente no esperaban ningún tipo de resistencia ni la posibilidad de un rescate.

Sissy entra conmigo en la habitación. Con la daga en la mano, empieza a cortar las cuerdas. Los chicos, que ahora ya están despiertos, saben que no deben decir ni una palabra. Yo estoy de cara al superior que tiene la botella de vino en la mano. A la primera señal de que se esté despertando, se la romperé en la cara. Pasado un minuto, ya están todos libres. Las mochilas que habíamos preparado antes siguen en la puerta, las cogemos y salimos de puntillas; cerramos la puerta y dejamos al superior borracho igual que lo encontramos.

Una vez en el exterior, recorremos el camino a toda prisa. Ahora les llevamos ventaja. Al aire libre podemos evadir con facilidad las barrigas y los pies de loto. Tenemos la huida asegurada. Pasamos al lado de grupos de chicas que se nos quedan mirando. Corremos a toda velocidad por la calle adoquinada hasta el camino sucio. Las chicas hacen la colada en el río, y cuando nos ven paran para observarnos. Veo que una se pone de pie y, a paso rápido, se aproxima hacia nosotros. Se trata de la chica de pecas, que levanta un brazo y nos hace señas para que paremos. Pero no hay tiempo y pasamos a su lado, cruzamos el río, y nos adentramos rápidamente en el bosque. Es como si hubiera cientos de kilómetros entre nosotros y ellos, no hay manera de que nos puedan atrapar ahora.

No paramos de correr durante quince minutos. Un arroyo burbujeante nos da la excusa perfecta para hacerlo; llenamos las cantimploras, contentos de tener una oportunidad para recuperar el aliento. Sissy revisa la cabeza de Ben, en el sitio donde un superior le golpeó antes. Tiene un pequeño chichón, pero no parece afectarle demasiado. Epap tiene unas cuantas magulladuras y arañazos en la cara y en los

brazos. Dice que antes de que le doblegaran, también repartió unos cuantos puñetazos. De repente agarra su chaqueta, y se tambalea detrás de un árbol. Oímos sus arcadas, después la tos seca. Al volver, su aliento es agrio y tiene la cara pálida. Se arrodilla al lado del río y se tira agua en la cara.

—¿Mejor ahora? —le pregunta Sissy.

—Aún estoy un poco grogui de las gachas que me hicieron comer. Me obligaron con la amenaza de que les harían daño a los chicos. Dijeron que te traerían de vuelta si me lo terminaba. —Hace una mueca, y sacude la cabeza—. Lo único que me aportaron fue un desmayo, pero ahora el agua fría me ha venido bien. Y también correr y sudar. —Se pone de pie—. Uf, un momento. Aún estoy mareado. Dadme unos minutos.

Aprovecho la pausa para explicarles a todos lo que me contó Claire: la Misión, mi padre, y la necesidad de viajar al este. A medida que hablo, ellos van asintiendo con aire pesimista, y miran en dirección a la Misión con recelo. Sólo Jacob parece estar en desacuerdo. Coge su mochila lentamente, y la vuelve a dejar caer al suelo.

—Entonces ahora estamos realmente solos.

Sissy se vuelve hacia él.

—Podemos conseguirlo, Jacob. Si permanecemos unidos, sobreviviremos.

Le da una patada a una piedrecita que hay en el riachuelo.

—Así que sólo hay que seguir el río.

—Hasta que lleguemos a la Tierra de la Leche y de la Miel.

—¿Y cuánto dura el viaje? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Un año?

—No lo sé, Jacob.

La cara le tiembla de la emoción.

—¿Qué te ocurre, Jacob? —le pregunta Epap.

—¿Por qué no vamos hacia el oeste? —Nos mira a todos—. Donde está la Civilización. Siguiendo las vías del tren. Por lo menos sabemos que hay un destino. Aunque tardemos semanas, por lo menos habrá luz al final del túnel. Un lugar donde nos consta que hay vacas, pollos, comida y provisiones. Y personas. Civilización.

—Pero no es a donde tenemos que ir —le explico—. No es la Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol.

—¿Quién lo dice? ¿Esa chica rara? A lo mejor se equivoca. Puede que esté mintiendo. ¿Por qué tenemos que creerla?

—Entonces ¿quieres creer a los superiores? Perdona, pero ¿no son los mismos que acaban de intentar matarnos a Sissy y a mí? ¿Los que os acaban de atar e iban a obligaros a subir al tren?

Jacob se ha sonrojado, pero por vergüenza, no por rabia. Siento una punzada de remordimiento por haberle gritado.

—Sólo quiero llegar a la tierra prometida —dice abatido y mirándose los pies—. A donde el científico dijo que nos llevaría. Eso es todo.

Ahora le hablo con más delicadeza.

—Y está al este, Jacob. Te llevaré allí. Te lo prometo.

Me mira con los ojos húmedos. Con un movimiento rápido, asiente, pero noto que me entrega algo valioso y frágil, que me lo está confiando.

—Muy bien —dice Sissy—. Sigamos adelante. Quiero llegar a la cabaña antes de que se haga de noche.

Y de este modo volvemos a correr por el bosque, hacia el sol, hacia el este.

Nos cuesta coger el ritmo. Al cabo de unos minutos, aminoramos el paso a marcha enérgica, atentos a los pasos más cortos de Ben por su edad. Él se esfuerza al máximo, debajo de su gorro de invierno tiene el pelo sudado, y las mejillas rosadas del cansancio. Poco a poco, el suelo del bosque, con una alfombra de agujas de pino, cede al terreno baldío hasta que los últimos árboles quedan detrás de nosotros y con las botas pisamos la superficie compacta de la roca de montaña. El sol del mediodía se refleja por los kilómetros ininterrumpidos de granito ondulante; el resplandor es cegador e intenso. En el borde de un profundo precipicio hacemos otra pausa. Nos volvemos a encontrar con la misma escalera de cable por la que subimos hace unos días. Se trata de un descenso escalofriante y que requiere mucha fuerza, por ello Sissy quiere que estemos completamente descansados antes de empezar a bajar. Sopla un viento brutal, y oímos sus silbidos entre los barrancos. Sissy mete la mano en su mochila y saca unos prismáticos. Desde donde estamos, tenemos una vista casi panorámica. Examina el territorio que se extiende a nuestros pies, arrugado como una manta. A nuestra izquierda, el hilo fino plateado que forma el río Nede brilla bajo el sol. Sissy mira hacia el este. Si espera ver algo en el horizonte, cualquier cosa que dé una pista sobre la tierra prometida, no nos lo dice.

—¿Puedo echar un vistazo? —pregunta Epap.

Sissy no le hace caso, y mira hacia su izquierda.

—¿Cuánto queda? —pregunta Ben.

Epap es quien le contesta:

—Diría que estamos a medio camino. Otras cuatro horas más o menos hasta llegar a la cabaña. Oye, Sissy, déjame ver, ¿vale?

Pero es como si no lo oyera. Está totalmente absorta; con el dedo índice mueve la ruedecilla de enfoque, la desplaza hacia adelante y hacia atrás en gradaciones pequeñas. Arqueada sobre los prismáticos, las arrugas de la frente cada vez se le marcan más. De repente tensa la espalda.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

Abre la boca con un gesto de sorpresa; tanto como las lentes de los prismáticos. Se los quita de la cara y vuelve a mirar, esta vez sólo con los ojos. En su expresión se distinguen la alarma y la perplejidad. Se pone de pie, y con ella todos nosotros. Creo que quizá haya visto a un grupo de superiores bajando por la montaña. Sin embargo,

los prismáticos apuntaban en la otra dirección, hacia el territorio que tenemos más lejos.

—No puede ser —dice por fin. El viento se lleva su voz de un azote y la convierte en un susurro asustado.

Epap le quita los prismáticos de las manos. Al principio no ve nada, pero después arruga las cejas como cometas que soplan a ráfagas hacia el cielo. Da una sacudida hacia atrás. Casi tira los prismáticos.

—¿Qué pasa? —pregunta David mirando en la misma dirección.

Epap sacude la cabeza como para eliminar de ella lo que ha visto.

—No lo sé. No puede ser.

—¿Qué pasa?

—La mente me está jugando una mala pasada, son...

—Barcas —concluye Sissy— que navegan por el río.

Le quito los prismáticos a Epap. Tardo unos segundos en localizar el río, e incluso entonces lo único que veo es el brillo del agua, una franja serpenteante con unas esferas brillantes en las que se refleja el sol. Empiezo a pensar que quizá Epap y Sissy imaginan cosas que no son. Pero entonces lo veo: una barca circular en forma de domo, destellos de luz en las placas de cromo metálicas que la revisten. Da vueltas y saltos en medio de la corriente devastadora, a merced del río. Unas líneas finas de cuerda cuelgan alrededor de la circunferencia, como las patas de un insecto. Al final de cada cuerda hay una forma parecida a una bola. Enfoco. Se trata de caballos sumergidos, sin vida y flácidos, arrastrados por el río, atados a cuerdas como delincuentes. Seguro que manejaban el timón de día mientras los crepusculares se refugiaban en el interior del domo. Tres caballos a cada lado, cada uno de ellos atado al barco, para guiarlo a través del río. Cuando la corriente aumentó, los animales debieron de verse forzados a ir al trote. Por último, cuando ya no podían mantener el paso, debieron de hundirse y el río los arrastró.

—¿Qué es? —pregunta Ben, y me suena como si me hablara a miles de kilómetros.

Muevo los prismáticos para ver todo el río. Hay más barcas. Todas ellas condenadas al fracaso, todas arrastrando caballos ahogados al final de las cuerdas.

—¿Ves algún crepuscular? —quiere saber Ben, que alza la voz histérico.

Manipulo la ruedecilla de enfoque con el dedo tembloroso. Aparecen aún más barcas en el campo de visión, toda una flota a lo largo del río. La corriente las empuja hacia la cueva de la montaña. Hacia nosotros. Bajo los prismáticos. Ben me está mirando.

—Es eso, ¿no? Un grupo de cazadores —pregunta con una voz que corta el aire.

Niego con la cabeza.

—No es un grupo, sino toda una armada.

Sissy se agacha, con las manos en las rodillas, como si le hubieran dado un puñetazo en la barriga.

—¿Os acordáis de cuando nos atacaron en el río? ¿Con los ganchos? Os dije que cada vez eran más astutos y fuertes. —Sacude la cabeza—. No tenía ni idea.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo han construido estas barcas tan rápido? —pregunta Epap mirándome, como si yo tuviera que saberlo.

—Quizá... No lo sé —confieso.

—Una flota de tantos barcos... no la construyes en tan pocos días —continúa Epap—. Lleva meses, años. Tú eres quien vivió con ellos. ¿No les oíste decir nada de que estuvieran construyendo embarcaciones?

—No, ni una palabra.

—Concentrémonos en lo que sabemos —propone Sissy. Con su voz intenta transmitir serenidad—. A los crepusculares les quedan un par de horas hasta entrar en la cueva. La cascada se cargará a unos cuantos, imagino, pero otros muchos sobrevivirán. Y allí dentro está oscuro. Los supervivientes se refugiarán en ella hasta que caiga la noche.

—¿Y luego, qué? —pregunta Ben.

—Luego vendrán a por nosotros —concluye David. Se lo ve muy pequeño cuando le tiemblan los brazos delgados.

—No, no lo harán.

Todos se vuelven para mirarme.

—Fijaos en el viento. Sopla de oeste hacia el este.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Ben.

—Que primero olerán la Misión. Tenemos que mantenernos en dirección este, alejados de la dirección del viento. La población de la aldea supera el centenar, y nosotros sólo somos seis. La Misión es una erupción volcánica de olores, y en cambio nosotros somos apenas una brizna. Mientras pongamos distancia entre la comunidad y nosotros, mientras nos alejemos de la dirección del viento, no tendremos problema. Seguiremos corriendo. Sobreviviremos. Llegaremos a la tierra prometida.

—Nos seguirán.

Sacudo la cabeza.

—Se darán tal atracón de carne humana en la Misión, y estarán tan mareados por las vaharadas que se arremolinen a su alrededor, que no les llegará nuestro leve olor a decenas de kilómetros. —Miro el río. Incluso sin prismáticos veo las motas negras que componen las barcas—. Pero debemos movernos. Éste es el momento decisivo en el que tenemos que ganar velocidad.

Cojo mi mochila y me la cuelgo a la espalda. Soy el primero en llegar a la escalera de cable, y los chicos vienen detrás. Epap se ofrece voluntario para ir en cabeza y se ata la mochila de Ben a la cintura.

—No miréis abajo —les aconsejo a los más jóvenes—. Concentrad la vista en el peldaño que tenéis delante. Poco a poco pero seguros, ¿de acuerdo?

Epap tiene una mano en el poste y está a punto de plantar un pie en el primer escalón cuando de pronto se detiene.

—¿Sissy?

Ella no se ha movido. Sigue exactamente en el mismo lugar. Se adivina, por la cara que ha puesto, el conflicto que se desarrolla en su interior.

—¡Vamos, Sissy! ¡Tenemos que darnos prisa!

Entonces le cambia la expresión. Ya ha resuelto la batalla interior. Cuando me mira, tiene los ojos serenos pero húmedos.

—¡Eh! ¡Vamos! —insisto.

—No es tan sencillo.

—¿El qué?

—Huir.

—¿Cómo?

—Tenemos que volver.

—¿A la Misión? ¿Te has vuelto loca?

—Tenemos que advertirles de la existencia de las barcas de crepusculares.

Camino hasta ella.

—Si volvemos, moriremos. Si nos vamos ahora, viviremos. Así de sencillo. Si salimos ahora, llegaremos a la tierra prometida. Volveremos a ver a mi padre. No puede ser más simple.

—Yo me vuelvo a la Misión.

Me la quedo mirando.

—¿Con qué propósito? De todas formas ya están muertos. Aunque los avisemos, ¿hasta dónde te crees que podrán llegar con esos pies?

—No puedo hacerlo, Gene. No puedo dejar que los arrasen.

Miro a Epap.

—Hazla entrar en razón, por favor.

Sin embargo, la observa con ojos vacilantes e inseguros.

—¡Oh, vamos, Epap, tú también no!

Sissy observa el río.

—El científico nos enseñó que no debíamos abandonar nunca a los nuestros. Si nos limitáramos a irnos sabiendo lo que sabemos, traicionaríamos todo lo que nos inculcó.

Enfadado, señalo al este con el dedo.

—El científico quiere que vayamos hacia el este. Que vayamos a la Tierra de la Leche y de la Miel, de la Fruta y del Sol. Quiere que vayamos allí. Vayamos al este. ¡Eso es lo que quiere! ¡Así que no vengas tú a decirme lo que crees que quiere!

Comparado con mi tono de riña, la voz de Sissy es silenciosa:

—Si nos vamos, tendremos las manos manchadas de sangre. Las chicas de la aldea, los bebés. Cientos de ellos. No podré vivir con eso.

—¡Pero por favor! ¡Ellos se lo han buscado!

—¡No! —replica alzando la voz—. ¡Lo hemos provocado nosotros! ¿No lo entiendes? —Busca mis ojos con su mirada—. Tenemos la culpa de que ahora estén

en peligro. Si no hubiéramos llegado allí, las barcas no habrían llegado tan lejos. De no haber sido por nosotros, los crepusculares no habrían descubierto nunca la Misión.

El viento silba entre los domos de granito. Los largos mechones de Sissy le soplan por la cara, pero ella no se los aparta.

—Yo me vuelvo. Es lo único que puedo hacer. Les contaré lo de los crepusculares. Los convenceré para que suban al tren y se vayan de inmediato. Nos tendremos que apretujar, pero lo conseguiremos.

—¿Te has vuelto loca? ¡Sissy, no sabemos adónde lleva el tren! Por eso nos fuimos de la Misión.

—Y exactamente por ese motivo nos montaremos: porque no lo sabemos. Puede que lleve a la salvación; pero si no suben, la muerte será segura. —Su voz suena decidida—. Sus vidas ya han sido lo suficientemente duras. Si puedo evitarlo, no dejaré que los crepusculares se ensañen con ellos. Si los abandono, no seré capaz de vivir con ello.

La miro fijamente.

—Sissy, no lo hagas.

Ella no me hace caso, y se dirige a los demás.

—Vosotros id con Gene. Ayudadle a encontrar al científico. No os preocupéis por mí, estaré bien.

—No. —Epap pestaña, tiene la cara pálida. Se aproxima a Sissy—. Estoy contigo. Es lo correcto.

—Yo también —añade David, limpiándose las lágrimas de los ojos—. Volvamos a la Misión.

—Y yo —se suma Jacob con voz temblorosa. Se le empieza a formar una sonrisa valiente en los labios—. Yo también estoy contigo.

Después Ben corre hacia Sissy y la abraza fuerte por la cintura. Ella le despeina el pelo que le sale del gorro. Me mira. Aparto la mirada. Sopla el viento y, aunque no es tan fuerte como las ráfagas anteriores, me azota como si me hubieran vaciado por dentro, como si me hubieran succionado todo. Le doy una patada a una piedra.

—Entonces ¿es esto lo que queréis? ¿Qué os persigan y os cacen? ¿Ser su presa toda la vida? ¿Nacer y morir así? —Los miro—. Esta es nuestra oportunidad de ser algo más que presas. De huir de todo esto. En cambio, vosotros preferís volver a ello, como un animal que regresa a su jaula.

Nadie contesta. A lo lejos, el coágulo de puntos en el río se hace más espeso.

—¡Podemos ser libres! —Se me quiebra la voz. Lanzo los brazos hacia el horizonte en el este—. Tenemos que ir hacia allí. Hacia el este. A dónde está mi padre.

De repente me siento mareado, el suelo parece insustancial a mis pies. Me agacho, espero que el mundo deje de dar vueltas.

—No lo hagáis, chicos. —Mi voz, cortada por el viento, ha perdido toda la fuerza. Es apenas un susurro—. No me dejéis solo.

Durante un instante, no dicen nada. Permanecen perfectamente inmóviles. Sólo su pelo, agitado por el viento, ondea en este tapiz de quietud. Entonces David viene hacia mí y, aunque sólo da un paso, lo siento como si hubiera cerrado toda la distancia que hay entre nosotros.

—Ven con nosotros, Gene. ¡Por favor! —Y con estas últimas palabras me desarma.

Vuelvo la cabeza, y miro al horizonte: la gran extensión, vacía y árida.

—Gene. —Ahora es Jacob quien habla—. Ven. Ya formas parte de nosotros. Estás con nosotros. Realmente lo siento así. Encajas perfectamente. Somos una familia. ¡No dejaremos que te vayas!

Nadie me había rogado ni suplicado nada nunca. Durante unos instantes, me quedo callado, y sólo siento una extraña calidez que me llena el interior en el que antes únicamente había vacío. Me vuelvo para mirarlos de nuevo. Ben, expectante, me contempla esperanzado. Me lee en la cara la decisión que apenas soy consciente de estar tomando, y entonces se le dibuja una gran sonrisa. Excitado, tira del brazo de Sissy.

—¡Viene! ¡Viene con nosotros!

Con expresión afectuosa, Epap asiente.

—Deberíamos movernos. Queda un buen trecho hasta la Misión. Guíanos tú, Gene. Yo iré detrás, ¿qué dices?

Me veo a mí mismo avanzando hacia ellos. Es casi como si notara cómo me dan palmaditas en la espalda, que la luz les baila en los ojos, el subidón de energía que siento en las piernas al guiarlos por el camino. Sin embargo, no me he movido. Estoy pegado al suelo. De nuevo, dirijo la mirada al horizonte, al este. Siento la fuerza de millones de manos tirando de mí en distintas direcciones.

—¡Yo iré detrás de Gene! —propone Jacob cogiendo su mochila.

Aun así, sigo sin moverme. Después, Sissy, que ha estado callada mucho tiempo, se dirige a mí. Pero a diferencia de los demás, no hay emoción en su voz:

—Gene.

Es todo lo que dice, mi nombre, en voz baja. Su tono está impregnado de una tristeza insoportable que me destroza. Sacude la cabeza al mirarme, y en ese pequeño gesto nos transmitimos mil palabras ocultas con las que comprendemos y nos damos cuenta de todo.

Los chicos la miran confundidos.

—¿Sissy? —pregunta Ben— ¿Qué pasa...?

—Gene no vendrá con nosotros —anuncia, sin despegar su mirada de la mía.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Tiene la voz tranquila.

—El este es su destino. Es el camino que el científico determinó para él.

—No —añade David, emocionado—. Es uno de los nuestros, y se queda con nosotros...

—Él es el Origen. Su camino es distinto al nuestro.

—Sissy, él quiere venir con nosotros y...

—«No dejéis que Gene muera.» Es el Origen. Es la cura. Debe seguir con vida. Tiene que dirigirse al este. Eso es lo único que importa.

Los chicos palidecen, pero sus ojos grandes y sus labios temblorosos muestran que, en el fondo, reconocen que la chica tiene razón.

—Debe encontrar al científico —prosigue con calma—. Es lo que quiere el científico, es lo que planeó desde el principio. No podemos dejar que nuestros sentimientos personales —su expresión se endurece— se entrometan. —Me mira con el rabillo del ojo, y por primera vez la voz le tiembla, llena de angustia y conflicto—. Y en el fondo es también lo que quiere Gene.

Los chicos me miran. Ahora Ben descubre otra expresión en mi cara, una mirada que le hace temblar el labio inferior y saltársele las lágrimas.

—¿Gene?

Su pregunta queda colgada en el aire, oscilando en el viento. Sissy viene hacia mí con la cara rígida.

—Él quiere a su padre. Nada ni nadie le importa más. No se lo podemos negar. Debemos dejar que se vaya. —Ahora está frente a mí, tan cerca que le veo las arrugas, las suaves grietas de dolor—. Irías hasta los confines de la tierra para encontrarlo, ¿verdad, Gene?

Detrás de ella, los chicos me observan. El cielo es de un azul nítido, no hay ni una nube a la vista. Ben empieza a llorar y Epap lo consuela rodeándolo con el brazo por encima de los hombros.

—No os abandonaré.

—Debes hacerlo —insiste Sissy—. No dejaré que te quedes.

—Ya está bien de desertar...

Ella me coloca un dedo sobre los labios para que no diga nada más. La luz del sol que se refleja en el granito potencia la profundidad de su mirada. Recuerdo la primera vez que vi esos ojos marrones, en la pantalla del colegio. Cuando sacó los números de la lotería para la caza de hepers. Hace muchos días, pero aun así todavía recuerdo que transmitía, incluso a través de los píxeles de la pantalla, fuerza y dulzura a la vez. Y así es como noto sus manos en mi cara: fuertes y dulces.

—Gene —susurra, y su voz al final la traiciona. Traga saliva—. Vete.

Por un instante la férrea decisión en su mirada se rompe en esquirlas de incertidumbre. Hace una pausa, como si quisiera darme la oportunidad de hablar. Sin embargo, yo no digo nada. Ella cierra los ojos y se vuelve hacia los chicos. Permanezco inmóvil. Después, en un movimiento que parece durar horas, doy un paso hacia la escalera de cable. Nada tiene solidez, ni el granito del suelo, ni mis piernas, ni mi cuerpo. Es como si la próxima ráfaga de viento se me fuera a llevar, mejor dicho, como si me fuera a cercenar, hueso a hueso hasta convertirme en la nada. Pongo la bota en el primer escalón.

—¡Gene! —grita David—. Te volveremos a ver un día, ¿vale?

Asiento. Sonríe, y noto que mis labios se curvan imitándolo. Eso es algo que no sabía: también la pena puede arrancar una sonrisa. Entonces hago algo que mi padre siempre me desaconsejó. Levanto la mano y les digo adiós lentamente. Ellos, con ojos húmedos, se despiden también.

Como si el propio peso del corazón fuera el que tirara, bajo otro escalón, y otro. La visión de Sissy y los chicos queda reemplazada por la dura pared de granito que se levanta ante mí al bajar por la escalera. Mi pie baja otro peldaño, y otro, y otro hasta que vuelvo a estar solo en el mundo.

Camino con decisión. Es mejor así: mantener el corazón bombeando con fuerza, los pulmones en busca de aire, la mente concentrada en lo que tengo delante y no en lo que he dejado atrás. Soy un punto minúsculo que se desliza por una tierra olvidada e inmensa, vacía de memoria, encallada en un punto muerto que nunca cambiará. A medida que el sol empieza a descender, mis botas ya no pisan el duro granito sino el suelo blando del bosque. Aquí hace más frío y está más oscuro, como si el atardecer se hubiera adelantado. Mantengo el paso ligero, deseoso de hacer millas. Sin embargo, la densa arboleda me desorienta, me hace dar vueltas. Miro al cielo para que me guíe, pero las altas secuoyas, muy unidas entre sí, sólo permiten ver parches y enturbian la posición del sol. Ni siquiera sé hacia dónde está el este. El tono del cielo me preocupa, ya no es azul sino que está salpicado del rojo sangriento del atardecer. Ha empezado a anochecer. Soy un chico de ciudad, y no estoy acostumbrado a vagar por la naturaleza. Sigo adelante. El pánico se me acumula detrás de los ojos. Diez minutos más tarde, me veo forzado a aceptar lo que me había estado negando durante más de una hora. Me he perdido. Mi brújula interior se ha cascado. Ya no sé si me estoy acercando o alejando de la Misión. He perdido un tiempo valioso. Alarmado, advierto que ya hay unas cuantas estrellas que han salido a pasear por el cielo del ocaso. La noche se derrama por el mundo. A mis pies, ahora mismo, en la cavidad de la montaña, cientos de crepusculares esperan a que el día retroceda hacia la oscuridad total. La idea me desconcierta por completo. En breve, empezarán a escalar las paredes de la cueva, aferrándose a las enredaderas y a otras plantas, y se filtrarán por las aberturas por las cuales lucen las columnas de sol durante el día. Saldrán a borbotones, cubriendo la montaña como una marea de aceite negro mientras corran hacia la Misión.

Espero que Sissy y los chicos hayan llegado a tiempo y estén a salvo. Espero que puedan convencer a las chicas de subirse al tren, que puedan irse antes de que lleguen los crepusculares. Al caminar, el sentimiento de culpa me pesa cada vez más. La idea de que los he abandonado. Igual que hice con Ashley June, los he traicionado. Ando más rápido, necesito que el cansancio me impida pensar. Media hora después, me apoyo en el tronco de un árbol, respirando fuerte, con los ojos bien abiertos en medio del bosque oscuro. Ya debería estar en el otro lado de la montaña, a unos cuantos kilómetros, a salvo de su trayectoria y de la dirección del viento. Hace unos días, cuando Claire nos guiaba, el bosque estaba repleto de flora y fauna. En cambio, ahora sólo reina un silencio sobrecogedor. Como si todos sus habitantes hubieran notado la llegada de los crepusculares y hubieran huido.

Cuando mi respiración irregular se calma, oigo el leve sonido de un riachuelo. Me arrastro hacia allí, no porque tenga sed y necesite agua, sino porque recuerdo que había uno a unos cincuenta metros de la cabaña. A lo mejor es el mismo. Se trata de un arroyo impetuoso. Me agacho y me tiro agua a la cara. Como está helada, me saca

de la nube de cansancio y me sumerge en la amplitud clara de la vigilancia. Formulo una idea en mi cabeza. Hay una salida. No es perfecta, de hecho está lejos de serlo. No obstante, a medida que la temperatura cae en picado a mí alrededor y el frío me baja por la nuca, me doy cuenta de que es la única forma de escapar. Me subo la mochila, me ajusto las correas y me pongo a correr a lo largo del río para intentar llegar a la cabaña, puesto que en su interior está el ala delta de mi padre.

Casi paso de largo. Lo que me salva es un gemido gritado al cielo, alarmanamente cercano. Me hace frenar en seco. Y entonces es cuando lo veo. No la cabaña, o no al principio, sino el claro. Al cabo de unos segundos corro hasta el porche. Al girar el pomo de la puerta, se vuelve a oír un coro de gritos, masculinos y femeninos, un anhelo agudo que se une a las otras voces. Tiras finas de nubes, rojas debido al sol poniente, adoptan el aspecto de profundas heridas sangrientas. Miro el bosque que rodea el claro. No hay ningún movimiento. En dirección este, el claro se convierte de repente en precipicio, con una caída tremenda. Sopla un viento oscuro. Desde ahí despegaba mi padre con el ala delta. Justo en la punta del acantilado, hacia el cielo, elevándose por encima de las Vastas. Y ahí es donde debo hacerlo yo también.

Dentro de la cabaña no se ve nada. Saco un quemabrillo de la bolsa y lo rompo. El ala delta está justo donde lo recordaba, colgada en la pared del dormitorio. Ahora que sé que tengo que volar con ella, me parece endeble y voluminosa al mismo tiempo. La examino intentando averiguar la manera de manejarla entre la maraña de correas y barras. Nada tiene sentido. Tiene que haber algo más. Entonces me acuerdo. Abro el baúl de ropa y saco el chaleco extraño que vi hace unos días. Le bajo la cremallera, intento descifrar qué son los ganchos metálicos, las cuerdas y los mosquetones que le cuelgan. Me pongo el chaleco y meto las piernas por los arneses. Ahora el ala delta tiene mucho más sentido: unos ganchos se fijan a otros, y los mosquetones concuerdan con los del mismo color.

Un grito en el exterior hace vibrar la ventana, que ahora se ve totalmente negra. La noche ha saturado el cielo. Como para celebrar su llegada oficial, los gritos vuelan por toda la montaña. Pero cada vez más fuerte, rascan los cristales de la cabaña como uñas sobre una capa de hielo. Me llega el sonido de unos crujidos, parecido al de los palillos de dientes al romperse. Me cuesta un poco darme cuenta de que es el ruido lejano que provocan los árboles al ser talados; troncos pulverizados por la horda de crepusculares. El olor a heper que circula por las montañas les está volviendo locos. Dejo el ala delta sobre la cama y corro al exterior. Desde el porche, veo el progreso de su estampida. A lo lejos, los árboles se estremecen. Ya vienen. Ya vienen. Más por suerte que por otra cosa, la cabaña está justo en su camino. Vuelvo al interior. Se me pasa por la cabeza la idea de cerrar las contraventanas y crear una fortaleza en la

cabaña. La desecho de inmediato, porque la cabaña tiene las mismas posibilidades de resistirse a los crepusculares que una cerilla en un incendio. La destrozarían en cuestión de segundos. Cojo el ala delta, recorro el pasillo y llego hasta la puerta. A mí alrededor sopla desesperadamente un viento frío, y con él se arremolinan los ecos de los aullidos. Ahora o nunca, tanto si estoy listo como si no. Elijo el ahora, espero estar listo. Fijo los ganchos en el ala delta. Empiezo a caminar hacia el borde del precipicio al tiempo que voy colocando los mosquetones y paso las cuerdas por los agujeros; saco conjeturas, no tengo ninguna convicción en lo que hago. Sólo me queda esperar que vayan a donde se supone que deben ir. Bajo mis pies el suelo empieza a vibrar. Los alaridos se propagan por el bosque que tengo detrás. Estos tienen un tono distinto: son clamorosos, son gritos producidos por sorpresas agradables, por descubrimientos inesperados.

Me pongo a correr. Aún por enganchar, quedan algunos mosquetones colgando que me van dando golpes como los empujones de un niño que quiere llamar la atención: «Arréglame, arréglame, arréglame», pero ya es demasiado tarde para eso. Lo único que siento es el filo de la navaja de sus gritos, que me cortan ya no sólo los tímpanos sino la piel de la nuca, de mis talones, se alargan hacia mí como las garras de unos dedos extendidos. Tiro de la barra metálica que tengo encima de la cabeza para evitar tropezar mientras corro. Ahora un tropezón sería un error fatal. Un charco de oscuridad se empieza a desplegar a mí alrededor.

«No mires atrás. No mires a los lados. Mantén la vista centrada en el borde. Corre hacia allí, corre, corre, corre.»

Y entonces aparece, el borde del precipicio corre hacia mí, la boca de la nada se abre enorme. No sé qué se supone que debo hacer con el ala delta, pero ahora ya es demasiado tarde para dudar. Con el suelo retumbando y el aire perforado por miles de gritos de lujuria, me lanzo al borde, hacia el abismo colosal de la negrura sin fondo. Justo cuando lo hago, oigo un grito, una sola palabra que me llega desde atrás: «¡Gene!».

Caigo en picado. A medida que el acantilado pasa de largo, mis pies, en medio del vacío del aire, buscan algo desesperadamente. No hay viento. El ala delta aletea como un pájaro herido, moviendo las alas histéricamente. Un sentimiento de pánico y malestar se me afianza en la boca del estómago. De la nada se levanta un viento intenso. Mi nave se aferra a él con un clic casi audible. El aire de la noche, antes tan vacío, de repente cobra la solidez de una alfombra señorial debajo de mí, y me eleva al cielo nocturno. Con el corazón en un puño, agarrándome a la barra con la piel de gallina, miro abajo. Los crepusculares se precipitan por el acantilado y van a parar al profundo abismo. El avioncito se tambalea. Concentro la vista en la barra, en la siguiente tarea. Apoyo el cuerpo de un modo o de otro, pruebo la mecánica de vuelo por pasos, con cautela. Suelo aprender rápido, pronto le he cogido el truco. Hay que moverse con suavidad, sin sacudidas bruscas ni maniobras repentinas. No es difícil una vez se supera el miedo inicial. De hecho, es emocionante. La sensación de volar

por la extensión aérea, la brisa en la cara, sorprendentemente agradable y refrescante. Mucho más abajo, saliendo de la montaña mediante una cascada titánica, fluye el río Nede. Brilla como una franja de magnesio, una flecha de dirección apuntando al este. A la tierra prometida. A mi padre. Si el viento del este persiste, llegaré bien.

Le echo un último vistazo a la montaña. Ahora la luna vierte su luz láctea en la ladera, y veo una manta de puntos negros y plateados que la cubren como una capa. Olas y olas de crepusculares que salen de las entrañas de la montaña. Dentro de poco habrán llegado a la Misión. He intentado no pensar en ellos; pero, de manera involuntaria, mis pensamientos se van a Sissy y a los chicos. Ya deben de haber llegado. Por un instante, un vacío más abismal que el cielo nocturno resuena en mí. Miro hacia delante. Al este. En algún lugar, más allá del alcance de mis ojos, está mi padre. Me pregunto a cuántas chicas habrá convencido Sissy para que se vayan en tren. Imagino a mi padre bronceado al no tener que protegerse del sol nunca más. Y quizá con la cintura más rellena por toda la comida y bebida que habrá consumido. Me pregunto si Sissy y los chicos ya están en el tren. Si las chicas de la aldea se apretujan con ellos mientras se aceleran los motores. Mi padre llevará barba o bigote. Tendrá vello en los brazos y en las piernas. Tendrá menos ojeras o directamente le habrán desaparecido, después de meses y años de sueño profundo. Tendrá un aspecto distinto porque se habrá liberado de todas las máscaras que ha llevado toda su vida: por fin será él mismo.

Me pregunto si Sissy y los chicos estarán bien. Me pregunto si saben que deben irse de inmediato. Me pregunto si se imaginarán la gran cantidad de crepusculares que corren furiosos hacia ellos. Por primera vez en mi vida veré a mi padre sonreír. Veré las emociones más puras que ha tenido que reprimir. Veré cómo se le curvan los labios, cómo enseña los dientes con naturalidad, la alegría en sus ojos. Sus brazos reposarán a los costados, sin la necesidad de rascarse las muñecas fingidamente. Y eso es lo que hará cuando me vea. Sonreirá. Sonreirá en el sol y no se verá obligado a esconderse en la sombra.

Me pregunto si Ben estará muy cansado por haber caminado durante todo el día. O si David se acordará de llevar ropa de abrigo para protegerse del viento penetrante que azotará los compartimentos abiertos del tren. Me pregunto si Sissy estará mejor del brazo, si la marca habrá esquivado la infección. Me pregunto si piensan en mí como yo en ellos. Me pregunto si Sissy necesita estar conmigo. Como yo con ella.

Las estrellas parpadean por encima de mí y a mí alrededor. Parece que estén a una distancia prudencial. Como si pudiera alcanzarlas y desplazarlas, y verlas caer como copos de nieve a la tierra. Miro al este. Veo a mi padre bajo el cálido resplandor del sol, encendido y borroso como una fantasía. Lo veo disminuyendo, desapareciendo, como pasa con todos los sueños, en la inevitable luz de la mañana. Agarro la barra más fuerte. Después inclino las piernas a un lado y ladeo el cuerpo. Al girar el ala delta, las estrellas dan la vuelta, la luna se balancea como una bola bajando por una cuerda. Rota el río plateado que tengo debajo. Después tengo la montaña delante, la

silueta de su pico inclinada, como una cabeza sorprendida y confusa. Vuelo hacia el oeste. De vuelta a la Misión.

La Misión se sitúa entre dos crestas de la montaña, y la primera vez que paso, no la veo. El puente, con sus dos mitades levantadas como dos sujetalibros, termina siendo un punto de referencia de valor incalculable. Doy la vuelta, veo unas motas de luz que parpadean en la cara oscura de la montaña. Me acerco hasta que la comunidad emerge por completo de la oscuridad, y veo las casitas iluminadas. Desde aquí arriba, me pillan por sorpresa lo pequeña y pintoresca que es la aldea.

Con resignación y no poca inquietud he llegado a la conclusión de que mi aterrizaje no será agradable; seguramente será doloroso, potencialmente fatal, y dependerá en gran parte de la suerte del principiante. He tenido mucho tiempo para pensar en ello —más o menos los quince minutos que he tardado en volver—, y ya he decidido que la mejor opción es aterrizar en el lago glacial que hay al fondo de la Misión. Sin embargo, lo que me había parecido una idea tan buena es en realidad increíblemente difícil de lograr. Desde aquí arriba, el lago es del tamaño de una moneda pequeña, una pista de aterrizaje ridículamente minúscula rodeada de granito erosionado y del bosque de espesas coníferas que sobresalen como cuchillos.

Aterrizar en el lago es una sensación similar a estrellarse contra una pared de hielo. Las aguas con helechos no ceden. Topo con las piernas y después el cuerpo con una trituradora metálica mientras patino por la superficie. De repente el ala delta hace un agujero y atraviesa la capa de hielo hacia las profundidades: el frío, las burbujas y la oscuridad le dan la vuelta a mi mundo. Completamente desorientado, me desabrocho el chaleco, me lo saco, y le doy una patada al ala delta mientras se hunde. «Mira las burbujas, síguelas, míralas.» Salgo a la superficie y el amplio domo del cielo nocturno se extiende sobre mí, lleno de oxígeno.

Nado hasta la orilla del lago y consigo salir. Estoy chorreando. Frío. Tengo que darme prisa, las extremidades me tiemblan como ramas en medio de un vendaval; la mente ya se me fragmenta en pensamientos arbitrarios e inconexos. Tambaleando, y con la mandíbula dándome martillazos, arrastro los pies hasta la casa más cercana; me agarro el pecho con los brazos, tengo las manos debajo de las axilas. Están tan heladas que apenas puedo mover los dedos al girar el pomo de la puerta. Dentro está oscuro. Abro un baúl, me saco la ropa mojada y me visto con prendas secas. Es entonces cuando me doy cuenta de que no he visto ni a una persona. Corro a la calle con los dientes castañeteando.

Recorro la plaza de la aldea con la vista. No se mueve nada, no hay nadie. Justo cuando estoy pensando en si Sissy habrá podido convencer a todo el mundo para irse, veo a un grupo de chicas. Abren mucho los ojos somnolientos: se han llevado una gran sorpresa al verme.

—¿Dónde están mis amigos? —les pregunto. Las primeras palabras que pronunció en varias horas me salen estridentes, como un chirrido.

Las chicas se limitan a observarme con recelo.

—¿Me habéis oído? Mis amigos: Sissy, Epap, los chicos. ¿Han vuelto? ¿Los habéis visto?

Pero ellas miran al vacío. El tono apremiante de mi voz las deja impertérritas. Menos a una, que parece petrificada.

—¿Han vuelto?

Asiente.

—¿Dónde están?

—En la estación de tren —responde en voz baja—. La mayoría.

—¿Qué quieres decir con la mayoría?

Se alisa la falda y se quita varias pelusas de lana.

—¿Qué pasa? —Me da un vuelco el corazón.

—No puedo decir más. No puedo —se excusa, con el cuerpo envarado.

—¿Qué está pasando aquí? —exijo saber. Y cuando nadie me responde, cuando nadie es capaz ni de mirarme a los ojos, salgo corriendo a la estación.

—¡Id al tren ya! —les grito por encima del hombro—. ¡Si queréis seguir con vida, tenéis que subir al tren!

La estación es puro bullicio. Parece que media aldea esté aquí descargando los vagones. Todavía lo están haciendo.

—¡Sissy!

Las caras, un rostro redondo y adormilado tras otro, se vuelven. Pero no hay ni rastro de Sissy y los chicos.

—¡Epap! ¡David!

Todo el mundo se detiene a mirarme. La sorpresa les revolotea por el rostro, pero nadie dice ni una palabra. Y entonces, en la otra punta del vagón, la oigo. A Sissy, que me grita:

—¡Aquí, Gene! ¡Aquí! Date prisa... —Un bofetón la interrumpe. Lo que me faltaba para acabar de indignarme. Corro por el andén empujando contenedores y generadores, saltando mangueras que hay enroscadas en el suelo. Un grupo de superiores se reúne apelotonado en un extremo. Me detengo delante de ellos, respirando con dificultad, aspirando bocanadas de aire. Ellos se separan y se abren como una venus atrapamoscas, y me rodean. Entonces es cuando los veo. Están todos atados dentro de un vagón. Sissy y los chicos. Casi todos.

—¿Dónde está Ben?

—Krugman lo tiene en su oficina —me explica Sissy. Tiene la cara golpeada de un lado. Las manos, rozadas y enrojecidas, las tiene atadas por encima de la cabeza y enganchadas a una barra metálica—. No nos quisieron escuchar. Nos agarraron y nos forzaron a subir al tren.

A su lado, David está temblando, casi a punto de llorar. Jacob está atado al otro

lado del tren. Veo las cuerdas con nudos que los fijan a las barras. El que está peor parece ser Epap. Solo en una esquina, tiene los ojos amoratados e hinchados. Apenas consciente, está desplomado en un rincón, con los brazos atados a la espalda. Y veo a alguien más que está maniatado en una esquina. A una chica cuyos ojos resplandecen con vida renovada. Claire. Me vuelvo hacia los superiores. Me sonríen con una mirada maliciosa.

—Vale, muy bien —concedo—. Nos han atrapado. Nos rendimos. Subiremos al tren. Nos vamos ahora.

Fruncen el ceño. Esperaban resistencia, no que cediéramos.

—Traigan a Ben, y ya estará. Ya nos pueden enviar.

—Bien —afirma uno de los superiores—. Súbete al tren.

—En cuanto traigan a Ben. Entonces me montaré.

En su cara se esboza una sonrisa cálida, las arrugas de sus comisuras se extienden.

—Ah, bueno. Como quieras, pero puede que tardemos una o dos horas en traerle hasta aquí. Ponle tres horas.

El círculo de hombres estalla en carcajadas. Miro a Sissy. Niega con la cabeza. Me dice: «No va a funcionar» con la mirada. Intento con otra táctica.

—Escúchenme con atención. Déjenme que se lo explique letra por letra. Tenemos que irnos ahora.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vienen.

—¿Quiénes?

—Los crepusculares.

El superior sonrío. Señala a Sissy.

—Eso es lo que afirmaba ella. Ohh... Pero qué miedo tenemos... Ohh... los crepusculares navegan por el río con barquitas.

—Deberían tener miedo. —Me quedo observando sus caras sonrientes hasta que desaparece su complacencia—. Porque yo los he visto. Ya están en la montaña. Corren hacia nosotros mientras hablamos, suben la montaña como una avalancha de deseo negro. Dentro de pocos minutos los tendremos encima.

Durante un segundo, dos, tres, permanecen en silencio, que después rompen con una risa escandalosa.

—Buen intento. Sí, señor —brama el superior—. Debo admitir que, por un momento, casi no lo tragamos. —Después deja de reír y su tono cambia radicalmente—. Pero no ha sido lo suficientemente bueno. —Su rostro se endurece—. Ahora sube al tren.

—Primero traigan a Ben. Mientras tanto, las chicas también deberían ir subiendo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta una de las chicas. La de las pecas. Tiene una voz tímida y asustadiza, hasta desconfía de ella misma. Ignora a los superiores, que no le quitan la vista de encima—. Explícamelo.

Los superiores se dan la vuelta y le dicen:

—Tú cállate...

—¡Todos tenemos que irnos! —grito mientras dirijo mi atención a las chicas—. El tren es la manera que tenéis de sobrevivir. El único modo. —Veo que me escuchan atentamente, y se inclinan hacia delante—. ¿Os parece que la crepuscular del Vastnario daba miedo? Imaginaos a decenas de ellos. ¡Imaginad a cientos destrozando la aldea! —La chica se estremece—. Ahora imaginaos que os atrapan y se os comen. Como seguramente harán dentro de quince minutos.

Cerca de nosotros, una niña bajita que no tendrá más de siete años empieza a llorar. La chica de pecas le pasa el brazo por la espalda para consolarla, pero le tiembla.

—¡No le hagáis caso! —grita un superior—. ¡No escuchéis esas mentiras descaradas!

—¡Prestad atención! —grito por encima de su voz—. Encended el motor del tren. Empezad a bajar el puente. ¡Tenemos que irnos ahora!

Nadie se mueve. Y entonces sucede lo único que podía funcionar. Se oye un aullido desgarrado que resuena por el cielo nocturno. No es el sonido de un lobo ni el de un animal, ni el aullido de la soledad, sino de un impulso perturbado y de sufrimiento. Es conmovedor pero no es humano. Un segundo después, le sigue otro lamento, y después otro, hasta que una explosión de gemidos bestiales inunda el cielo. Los superiores se quedan pálidos, con los ojos cada vez más grandes al darse cuenta de que la pesadilla de toda su vida se va a cumplir. Entonces hacen algo extraño. No les ordenan a las chicas que suban al tren. Tampoco montan ellos. Tan sólo se dan la vuelta y se van, arrastrando los pies en silencio, con una expresión traumatizada en sus rostros, como actores a quienes hubieran abucheado en un escenario. Los superiores se arrastran hacia la aldea por los campos de hierba negra. Hacia los aullidos.

—¿Qué hacen? —pregunta Claire—. ¿Adónde van?

Nada de esto tiene sentido. En un principio, las chicas de la aldea siguen a los superiores cuando se van del andén, pero luego se detienen y se miran entre ellas con expresión dubitativa. En su rostro se puede ver el conflicto: una lucha entre su instinto básico de supervivencia y su sumisión condicionada por los hombres. Otro grito. Esta vez no es un aullido de crepuscular, sino de un humano. La distancia que media desde el lugar donde se produce —las granjas al otro lado de la Misión— hasta nosotros no ayuda nada a disipar el terror. Chillidos cargados de miedo que perforan el tejido de la noche. Me imagino a las chicas de la granja huyendo en dirección al matadero; agarrando cuchillos y tajaderas para ahuyentar a los crepusculares. No se dan cuenta de lo inútil que es defenderse, no se dan cuenta de que la vista y el olor de sangre del local, aunque sólo sea de animales, no hará otra cosa que exacerbar sus instintos.

—¡Si queréis vivir, subid al tren ya! —grito.

La chica pecosa da un paso adelante. Con voz trémula, les dice a sus compañeras que suban al tren. No necesitan que las convenzan. Se montan en bloque en los vagones con una calma sorprendente. Sólo se oye un sollozo aislado o algún grito apagado que se les escapa. Una de ellas recoge algo del suelo. Es la chica con coletas, que tiene en la mano el cinturón de puñales de Sissy. Se arrodilla a su lado y desenvaina una daga. Acto seguido, le corta las cuerdas. Sissy se pone de pie y se frota las muñecas. Mira a la chica con gesto de agradecimiento, y después saca otro puñal del bolsillo. Juntas empiezan a cortar las sogas que retienen a los chicos y a Claire.

—¿Cómo nos las arreglaremos para que el tren se ponga en marcha? —le pregunto a la chica de pecas.

—Hay un panel al final del andén; desde allí se controla todo. Hay una secuencia de botones que pone el tren en piloto automático. Se tarda quince minutos en calentar motores, y después se cierran todas las puertas del tren, se desbloquean los frenos, el tren se pone en marcha, y baja el puente. El proceso ya no se puede revertir. O por lo menos hasta que llegue a su destino, la Civilización.

—¿Sabes cómo funciona el panel?

Asiente, mientras me mira fijamente, con una fuerza inesperada.

—He visto cómo lo hacían los superiores muchas veces. Es muy sencillo. Todo tiene unos códigos de colores y está etiquetado con gráficos.

Desde la aldea llegan más aullidos, que ahora son más fuertes, y están intercalados con gritos de dolor. La sangría ha comenzado. Puede que no lo huela, pero se nota en el aire. La negrura de la noche está empapada de muerte.

—Ve hacia allí y enciende el motor —le ordeno. Ella corretea hasta el panel tan rápido como sus pies de loto se lo permiten.

Veo que David le susurra algo a Jacob con urgencia. Se dan la vuelta, listos para salir.

—¿Adónde creéis que vais? —les pregunto mientras los agarro de la chaqueta.

—A buscar a Ben —contesta David mientras se suelta el brazo de un puñetazo.

—Ni hablar. Vosotros dos os quedáis aquí.

—No vamos a abandonarlo, Gene.

—Ya lo sé —digo mientras aprieto los dientes—. Por eso iré yo a buscarlo.

—Tú y yo, los dos —añade Sissy.

—Solo trabajo mejor.

—Esta vez no. Estamos hablando de Ben. —Se vuelve a David y a Jacob—. Vosotros dos quedaos aquí con Epap, y aseguraos de que está bien. Esas dos chicas —señala a la de las coletas y la pecosa— parece que saben lo que hacen. Poneos detrás de ellas.

Entonces Sissy salta del andén y se coloca el cinturón. Momentos después estoy con ella, corriendo por los prados. Los gritos siguen llegando, procedentes de la aldea. El terror se ha desatado por completo en las calles y en las casas. Y nosotros

corremos como una bala hacia él.

—¿Por qué se llevó Krugman a Ben?

Ella agita la cabeza con los ojos llenos de miedo.

—No lo sé.

Pisa el suelo cada vez con más fuerza y rapidez. A mitad de camino, echo un vistazo a la estación. Se oye explotar en el aire un fuerte clic mecánico seguido de la expulsión del humo gris que sale de la locomotora. El tren está calentando motores. Quince minutos. Ése es todo el tiempo de que disponemos. Suponiendo que volvamos con vida. En la primera casa de las afueras de la aldea, nos apoyamos en la pared y miramos desde la esquina. La calle está vacía. Desde atrás, oímos que alguien corre hacia nosotros. Es Claire.

—Ir más lejos es un suicidio —nos avisa jadeando—. ¡Escuchad los gritos! Volved al tren.

—Vamos a buscar a Ben al despacho de Krugman. Yo no me voy de aquí sin él.

Las dos chicas se quedan mirándose. Claire escupe al suelo.

—Entonces iré con vosotros. Os puedo ayudar. Conozco un atajo para llegar allí y, después, volver al tren.

—Claire... —empiezo a decir.

—Vamos —me interrumpe ella—. No hay tiempo que perder. —Se pone a correr sabiendo que la seguiremos, entra y sale por callejones, se cuela por rincones estrechos entre las casas. Ágil y ligera, acorta el camino por esquinas estrechas, por el campo, salta vallas. De vez en cuando nos tropezamos con grupos de chicas que huyen por las calles gritando. Van tan rápido como sus pies de loto se lo permiten.

—¡Id a la estación de tren! —les ordeno. Pero aunque las veo dirigirse hacia allí cojeando, sé que no tienen ni la menor posibilidad de llegar antes que los crepusculares, que están por todas partes y en ninguna parte a la vez. Pese a que sus aullidos perforan cada rincón de la aldea, todavía no he visto a ninguno. A juzgar por el volumen de sus gritos, sé que ya están entrando a raudales, como una corriente interminable. El aroma cobrizo de nuestra sangre les incita mientras corren por las calles, por las casas, por nuestra ropa, por nuestra piel, por nuestros músculos y grasa, por nuestros órganos internos y nuestros vasos sanguíneos.

—¡Por aquí! —indica Claire con un susurro a medida que bajamos la calle a más velocidad.

Dos casas por delante de nosotros, una chica sale corriendo a la puerta. Los gritos la han hecho entrar en pánico y ha salido del escondite que tenía en el interior. Al vernos está confusa e insegura. No llega a ver el remolino negro que se la lleva. En un abrir y cerrar de ojos, una forma negra indiscernible sale volando de un lado; de un barrido vuelve a meter a la chica dentro de la casa y hace añicos la puerta. Yo cojo a Claire de la mano y la aparto.

—¡El despacho de Krugman! ¡No pienses en nada más, Claire! ¡Llévanos allí!

Asiente, pero el cuerpo la traiciona. Empieza a temblar, los ojos se le van de un

lado a otro intentando encontrarle la lógica a un mundo que se ha vuelto oscuro y sangriento. Se quita la bufanda y se envuelve la cabeza con ella.

—¿Qué haces?

—Mi pelo blanco les proporcionará nuestra ubicación en medio de la oscuridad.

—No. Lo que les atrae es el olor de la sangre —le digo quitándole la bufanda y volviendo a colocársela en el cuello—. Y ésa es nuestra ventaja ahora. Sabemos exactamente dónde están. Donde hay gritos, hay sangre, y ahí es donde están. Debemos alejarnos de ellos.

Asiente, nerviosa. Le tiembla la barbilla.

—Si te quedas conmigo, Claire, no tendrás problema. Porque yo sé cómo va, he sobrevivido a sus ataques otras veces. Sé cómo se mueven, adonde van, cuándo y por qué. ¡Mírame, mírame a los ojos!

Ella me obedece, y yo concentro toda mi determinación en sus ojos, en esos pozos de miedo. Casi puedo oír cómo corre la sangre por sus venas. Asiente poco a poco, respira hondo.

—Por aquí. Ya casi estamos. —Cuando reemprende la marcha, ha recuperado la velocidad en las piernas. Los gritos, a veces solitarios, otros en grupo, escaldan la noche y nos obligan a dar rodeos o a retroceder.

Me desconcierta lo próximas que están esas sombras oscuras y neblinosas. Se precipitan por la aldea. Dos chicas que intentan escapar de una casa saliendo por la ventana gritan pidiendo ayuda con ojos suplicantes. Se apretujan en el marco de la misma y se agarran con ambos brazos a la pared exterior. Sus cuerpos se arquean y se tensan de repente. De sus bocas salen gritos silenciados, sus párpados desaparecen detrás de los globos oculares y exponen el blanco de su agonía. Entonces sus cuerpos se desploman, caen flácidos por la ventana, como la ropa tendida, antes de volver al interior de un azote. No nos entretenemos. Corremos por un hueco, entramos y salimos de callejones cada vez más pequeños.

—Por aquí —nos guía Claire. En un santiamén, nos encontramos corriendo por los prados hacia la muralla. Por encima de nosotros, como una flecha direccional, está el largo cable eléctrico que va desde el centro del pueblo hasta la torre del despacho de Krugman. La luz sale de sus ventanales panorámicos y resplandece como un halo.

Subimos la escalera de espiral corriendo, dando fuertes pisadas y agarrándonos a la empinada barandilla. Todo está misteriosamente vacío y en silencio. A mitad de camino, Claire me coge del brazo y nos hace parar. Desde arriba nos llega la dulce melodía de una canción.

Líbrame de la espada maligna,
sálvame del poder de los extranjeros,
que dicen mentiras con la boca
y tienen las manos llenas de traición.

Nos miramos, y seguimos subiendo con paso más lento y silencioso. Nos detenemos; es la voz de Ben temblando de miedo.

Que nuestros hijos sean como plantas,
florecientes en plena juventud;
que nuestras hijas se asemejen a columnas,
esculpidas como las de un palacio.
Que nuestros graneros estén repletos
con productos de todas las especies.

Una vez llegamos a la parte de arriba de la escalera, seguimos la voz de Ben por el pasillo hasta el despacho de Krugman. Tiene la puerta entornada y por el hueco vemos que el niño sujeta una partitura entre sus manos temblorosas.

Que nuestros rebaños se reproduzcan a millares
en todas nuestras praderas.
Que nuestros bueyes estén bien cargados,
que no haya brechas ni aberturas en los muros
ni gritos de angustia en nuestras plazas.
¡Feliz el pueblo que tiene todo esto,
feliz el pueblo cuyo Dios es el Señor!

La oficina está iluminada por un suave resplandor procedente de las lámparas. Por el aire resuena un leve zumbido de electricidad. La habitación parece más delicada, los contornos más suaves comparados con la última vez, cuando la brusca luz del día había otorgado más severidad al interior. Krugman está sentado de espaldas a nosotros, mirando por el ventanal que llega hasta el techo en ese lado del despacho. Con un vaso vacío de whisky en la mano, como si brindara con la noche, se le ve apagado, ajeno a los gritos y aullidos que amenazan con agrietar la ventana. Ben se encuentra delante de unas estanterías que cubren la pared. Cuando le hago una seña

con un dedo en los labios para que venga, tiene la cara pálida y lánguida. Mira a Krugman y después viene de puntillas hacia nosotros. Le coge la mano a Sissy.

—¿Adónde te crees que vas? —le pregunta Krugman en un tono apagado. En su voz no hay tintes ni de amenaza ni de urgencia. Como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si una ola de crepusculares no estuviera arrasando la aldea—. ¿Por qué no pasáis todos?

Empezamos a retirarnos por el pasillo.

—Lo cierto es que espero que no os escapéis en ese tren.

Hago una pausa. Sissy me tira del brazo, pero hay algo en el tono del superior...

—Porque eso sería como ir de Guatemala a Guatepeor. De hecho —continúa; de algún modo sabe que ha captado mi atención—, sería más apropiado decir «a un pozo volcánico de lava ardiente». —Se ríe burlón.

—¿Qué quiere decir?

—¡Gene! —me riñe Sissy.

—No, espera. —Entonces alzo la voz—. Nos vamos ya.

—Vosotros decidís —afirma, más agotado que nunca—. Tan sólo estaréis retrasando lo inevitable.

Sissy vuelve a tirarme del brazo. Y me resisto de nuevo. Me vuelvo hacia Krugman.

—Es demasiado viejo y gordo como para llegar al tren, y no quiere que nos vayamos. Intenta retrasarnos.

—Y aun así os quedáis, aun así os quedáis. —Lentamente se da la vuelta en la silla. Sus ojos acuosos están inyectados en sangre. Sonríe con tristeza mientras acaricia su protuberante estómago—. No siempre fui tan pesado —afirma aletargado, como si estuviera demasiado cansado para pronunciar las palabras.

Su resignación y la manera en que se ha rendido al destino hacen que me salten las alarmas, ya que este tipo de hombres no es proclive a tender trampas. Si nos está retrasando es porque quiere confesar algo. La idea me da escalofríos.

—Cree que el tren representa una muerte segura. Dígame por qué.

—¡Gene! ¡Vámonos! —La voz de Sissy denota urgencia.

—¡Dígame por qué el tren representa una muerte segura!

Krugman da palmaditas sobre los apoyabrazos, como si acariciara con cariño las cabecitas de dos bebés.

—¿De verdad tienes que chillar? ¿No hay ya suficiente griterío fuera?

—Muy bien. Nos vamos —le anuncio mientras me doy la vuelta.

—No es el tren lo que representa una muerte segura —sus palabras salen con tal claridad que parece como si por un momento hubiera recuperado la sobriedad—, sino el destino. —Entonces su voz se desintegra en un murmullo húmedo—. Allí hay mucha muerte y gritos. Muchos. Muchísimos.

—Díganos qué hay en la Civilización.

Suelta unas risitas.

—Me llevaría un tiempo explicároslo. Mucho. Muchísimo.

—¡Gene, no caigas en la trampa! Sólo quiere...

—¿... evitar que subáis al tren? —termina la frase Krugman—. Entonces marchad, marchaos, os digo. Idos ya. Palmadita en el culo, una caricia en el pelo, un besito, y ya os podéis ir, queridos. No permitáis que os entretenga. No perdáis el autobús del colegio por mi culpa.

Voy hasta él, y le doy un manotazo al vaso que tiene en la mano, que sale despedido y se estrella contra la pared. El ruido le sobresalta; la claridad brilla en sus ojos antes de que una niebla vidriosa se los vuelva a nublar. Se acerca a la ventana, la oscuridad del exterior le encuadra. Se oye un grito que viene de abajo, de la muralla. Su volumen y proximidad nos aterrorizan.

—¡Gene!

Hago caso omiso a Sissy. Necesito respuestas.

—Se trata del Palacio del gobernante, ¿no? El tren lleva nada y más nada menos que al corral de los hepers. Tengo razón, ¿verdad?

Krugman empieza a reír.

—Dadle una galletita al chico. Dadle una carita sonriente al pequeño detective. —Se limpia las lágrimas—. Y eso es tan sólo la punta del iceberg. Te crees muy listo, te crees que lo has descubierto todo. ¿Quieres que te cuente la verdad?

Claire grita. Un crepuscular, pálido y resplandeciente como la luna, hace trizas el cristal de la ventana como si fuera una sanguijuela. No puede ver a través del cristal tintado. Hace una pausa, tiene la cara justo delante de un Krugman inmóvil, y las fosas nasales se le hinchan. Después desaparece. En el exterior, una ola negra de crepusculares empieza a invadir las murallas. Krugman se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—Y ahora os diré la verdad —afirma con voz temblorosa—. Sin adornos, para vuestro consumo. Preparaos, niños. —Se vuelve hacia nosotros—. Todos estamos solos. La humanidad fue exterminada hace generaciones. Los crepusculares tomaron el control del mundo. Y nosotros no llegamos a recuperarlo. No conseguimos encontrar ningún antídoto, ni una cura, ni un veneno. No encontramos nada aparte de muerte. La Civilización no existió nunca.

Sissy deja de tirarme de la manga. Poco a poco y a regañadientes, se da la vuelta para mirar a Krugman.

—Cuando pasó la tormenta, sólo sobrevivieron unos cuantos miles de humanos. Nuestras existencias eran horribles. En las entrañas del Palacio del gobernante, encarcelados y alimentados a la fuerza. Nuestro único propósito en la vida era vivir y morir para satisfacer su apetito. Que era insaciable. Intentó reducir el paso, calmarse, pero no podía resistir la tentación. Estábamos demasiado cerca físicamente. Y siempre pasó lo mismo con cada uno de los sucesores. Ninguno de ellos poseía autocontrol. La población humana prisionera empezó a disminuir a una velocidad insostenible y alarmante.

»Una noche, hace muchas generaciones, el gobernante tuvo una idea. Un plan brillante. Vino a hablar con nosotros y nos propuso un trato.

—¿A quiénes?

—A nosotros, los humanos. Accedió a liberar a doscientos de nosotros para que formáramos una comuna aquí en las montañas. Ubicados a cientos de kilómetros, el viaje sería demasiado largo para los crepusculares, puesto que conllevaría, incluso si iban en tren, exponerse a la luz del día. Los humanos aceptamos, puesto que tampoco nos quedaba otra opción, y partimos.

»Por descontado que este plan era totalmente secreto, y sólo lo conocían los jefazos. Y durante décadas, todos los gobernantes nos han suministrado todo lo que necesitábamos y queríamos. Es un secreto que ha durado más de lo que se esperaba. Aunque supongo que todos los secretos, sobre todo éste, acaban descubriéndose.

Se frota el pelo del lunar.

—De un tiempo a esta parte nos han llegado rumores. Sobre la discordia entre los rangos de Palacio, sobre algunas facciones que se habían enterado de la existencia de la Misión. Incluso hay habladurías acerca de que estaban construyendo barcas con protección solar, toda una armada. Descartamos la idea sin más. —Mira hacia el cielo encapotado—. Fue un error. Hemos tenido una falsa sensación de seguridad. Ellos siempre cumplieron su parte del trato.

—Explíqueme lo del trato. Cuéntemelo todo.

—Nos reproducimos para ellos —susurra—. Ese es el propósito de la Misión. Es una granja de crianza. Hacemos llegar hepers al Palacio a un ritmo sostenido, como en un gota a gota. Estamos lo suficientemente separados de ellos como para que no se atiborren y nos lleven a la extinción en un atracón. A cambio, nos proporcionan todo lo necesario para sobrevivir e incluso prosperar. Comida, medicamentos, materiales. Donde las dan las toman. Es una bonita relación simbiótica en muchos sentidos. No es que nos vayamos juntos de acampada y cantemos canciones alrededor del fuego, pero os podéis hacer una idea.

—Les han estado enviando niños para que se los comieran.

Baja la voz:

—Ahórrate el tono sentencioso, chaval. Te contaré lo que he hecho. He propagado la especie. Soy la única razón por la que no nos hemos extinguido. Soy la razón por la que tú existes. Así que yo, en tu lugar, me mordería la lengua.

—Todos los niños que enviaba. Todas las chicas mayores... —lamenta Claire.

Con una mirada tierna y cariñosa, Krugman se vuelve hacia ella con los ojos húmedos.

—Os he dado unos años felices. Eso es lo que he hecho. Música, sonrisas, sol, comida, calor. No habéis conocido la tiranía del miedo, ni el encarcelamiento en celdas frías y húmedas, rodeados de muerte y violencia, oyendo cada noche los desdichados sonidos de un crepuscular devorando a un ser querido. No habéis tenido que vivir con el miedo de que el número de individuos de vuestra especie se redujera,

de que las garras de hierro os agarrasen las extremidades y se os llevasen. En cambio, tú y el resto de los niños de la aldea habéis vivido en un paraíso, en un auténtico edén. ¿Qué más da si me tuve que inventar cuentos e historias sobre la Civilización? La ignorancia es una bendición, y yo os he dado la mía.

—No les ha dado más que una sentencia de muerte —replico.

—Pero ¿es que no tenemos todos la nuestra?! —grita mientras se da la vuelta para mirarme—. ¿No tenemos todos aparejada nuestra sentencia de muerte? Desde el mismo segundo en que nacemos, ¿acaso no estamos todos sentenciados? Pero ven, mira. Sólo he hecho que el corredor de la muerte les resultara más pasable. No, mejor que eso: he conseguido que fuera agradable, e incluso idílico. Lleno de risas, canciones, comida. Mirad los dibujos que hay en estos estantes. ¿No encontráis en ellos el capricho de la infancia? ¿El éxtasis onírico? —Los pliegues de grasa de su rostro le tiemblan violentamente—. Eres igual que el científico con su tono sentencioso. Suenas igual que él cuando volvió a la Misión. Se había vuelto demasiado bueno para este lugar.

—Gene. —Sissy me suplica para que nos vayamos.

—Por eso hay tantas chicas embarazadas —susurro, al ver el modo horrible en que se manifiesta la verdad—. Así sobrevive la Misión. Es el modo... de suministro al Palacio. Con tal de recibir comida, medicamentos y provisiones, hace falta reponer... —No logro terminar la frase.

—Donde las dan las toman —susurra Krugman—. Donde las dan las toman.

—Y envían a los niños cuando son apenas bebés... ¿Por qué?

Krugman pone los ojos en negro.

—Los mandan antes de que crezcan y se conviertan en una amenaza física —pronuncio al darme cuenta—. ¿Verdad? Porque los chicos no tienen cabida aquí.

Krugman mira al exterior.

—No tienen cabida en la reproducción. —Después de una pausa larga, en un susurro distendido, continúa—: Los superiores se ocupan de eso. —No me mira, se limita a observar la oscuridad que envuelve la masacre en las calles.

—¿Cuánto tiempo...? —empiezo a preguntar.

—Décadas. Llevamos décadas aquí. —Hace una larga pausa. Muestra un vago indicio de remordimiento en la ceja, los primeros movimientos de una conciencia dormida durante mucho tiempo—. Y sí, ha habido defectos de nacimiento durante estos años. Es lo que tiene la endogamia a largo plazo. Una consecuencia triste pero inevitable, que siempre hemos eliminado rápidamente. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Un escalofrío me recorre la espalda. Ahora me acuerdo. Hace dos noches, la persona encapuchada con un recién nacido en brazos que se apresuraba hacia el Vastnario. Krugman se llena la copa, el whisky sale del vaso y le salpica los dedos. Sin que esto le importe, sigue vertiendo más bebida.

—¿Por qué no borras de tu rostro esa mirada cargada de prejuicios? Tú harías lo

mismo. No tienes ni idea de las presiones a las que nos hemos tenido que enfrentar cuando no llegamos al cupo —se justifica con los labios caídos—. Nos retiraron la comida y las provisiones. Una vez, durante una época particularmente estéril, decidieron darnos una lección. Nos llevamos una sorpresa. Entre la comida que nos enviaron había una manzana. Por fuera tenía un aspecto de lo más común, pero oculta en su interior había una diminuta cuchilla contaminada con saliva crepuscular. Infectó a una de las chicas cuando la mordió. Se transformó. —Suelta unas risitas—. Al final comprendimos por qué el Palacio nos había hecho construir el Vastnario unos meses antes.

Su mirada se encuentra con la mía en el cristal.

—Lo interpretamos como un aviso. Querían mantenernos a raya. Después de eso tuvimos que apretar las tuercas. Aumentamos... la producción. «Embellecemos» los pies de las chicas para evitar que salieran huyendo. A los niños los empezamos a mandar cada vez más pequeños. Nos acostumbramos a limpiar con mangueras el cargamento que llegaba en tren. Nos asegurábamos de que todo lo que llegara estuviera libre de contaminantes.

Tras el cristal vemos pasar dos cuerpos lechosos y pálidos. Se alejan dando brincos tan rápido como han aparecido, y a su paso dejan un fino reguero pegajoso. Sissy viene hacia mí y me coge de la cara para que la mire.

—Gene. —Parece que haya envejecido diez años—. Vámonos. Vámonos ya.

—También os podéis quedar. —Los ojos de Krugman tienen un aspecto horriblemente juvenil, como si desde una jaula de grasa, arrugas, vello facial, ojeras, remordimiento y miedo se asomara un niño pequeño—. Por favor, quedaos. Ya ha terminado todo. Y lo he aceptado, pero no quiero morir solo.

No siento ninguna simpatía por él. Tiene las manos manchadas con la sangre de una infinidad de niños. No hizo nada por romper el ciclo de muerte y destrucción, más bien se benefició del horrible intercambio. Vendió a su propia gente, y ¿por qué? Por comida, bebida y la libertad de saciar su deseo en un pueblo de chicas inocentes.

—Déjeme que le explique cómo terminarán las cosas para usted —lo amenazo mientras me encamino a la puerta—. Se cree que se ha preparado para este momento, pero cuando lleguen todos como una marea negra que ha arrasado una presa, gritará. Y estará completamente solo. ¿Lo comprende? Entre una multitud de cuerpos pálidos que estarán de celebración, usted estará tan solo como nunca se ha sentido.

Nos damos la vuelta para irnos.

—Por favor —gimotea—, dejadme sólo al chico. Es todo lo que os pido...

—Vámonos —escupe Sissy.

—... me recuerda... a mí. Cuando era joven. Cuando era inocente. ¡Por favor! Ya estamos todos muertos, de todos modos. Sólo quiero oírlo cantar. Por favor, dejadlo conmigo...

Sissy le pasa el brazo por la espalda a Ben y nos vamos. La puerta se cierra, y con ella dejamos de oír la voz de Krugman.

Una vez hemos llegado a la punta de la escalera de espiral, Claire me agarra.

—¡No, Gene! ¡Por ahí no!

—Pues entonces ¿por dónde? —Los aullidos reverberan por la escalera metálica, y hacen que la barandilla vibre.

—¡La muralla está amenazada! La marabunta ha tomado la Misión.

—¡Tenemos que ir al tren!

—¡Olvidaos del tren! —nos dice con el rostro demudado—. ¿No habéis oído nada de lo que ha dicho Krugman? ¡Sólo conduce a más crepusculares!

—No nos queda otra opción. Quedarnos aquí nos garantiza la muerte. Al menos el tren nos dará una oportunidad...

Claire me agarra y me hace dar la vuelta. Me mira a los ojos con voluntad de acero.

—Hay una manera de salir de aquí. Aún estamos a tiempo de llegar al ala delta. Te vas volando. A donde tu padre quería que fueras. —Me arrastra con ella—. Sissy y tú podéis ir juntos en el ala delta para dos.

—¡Ni hablar! —corta Sissy—. No pienso dejar a los chicos. Están en el tren...

—¡Déjalos! ¡No se pueden salvar!

—¿Y qué hay de Ben? —pregunto—. ¿Y tú?

Sacude la cabeza.

—Esto es lo que quería tu padre. Que volaras al este. No te puedes llegar a imaginar las conspiraciones que hay en marcha, Gene. Sissy y tú debéis volar al este. Siempre estuvo pensado para vosotros dos.

—¿Qué acabas de decir?

—Tenéis que ir al este...

—¿Qué quieres decir con «siempre estuvo pensado para vosotros dos»?

Por un instante se le ve en la cara que se arrepiente de algo.

—Lo siento. De verdad que lo siento. Antes te mentí. El ala delta era para ti y para Sissy. No era para mí. Tu padre insistió en que «la chica» y tú debíais volar al este. Juntos. —Los ojos se le llenan de lágrimas—. Yo nunca fui «la chica».

—Pero yo pensaba que tú ibas a venir conmigo. ¿No es lo que me habías dicho?

Avergonzada y arrepentida, baja la mirada.

—No sois los únicos que queréis ir a la tierra prometida. Lo siento. Dejé que mis sueños se entrometieran en los designios de tu padre. —Niega con la cabeza—. Siempre estuvo pensado para Sissy y para ti.

Abajo se oye un fuerte estruendo. Silencio. Después los gritos se despliegan por la escalera.

—¡Por aquí! —grita la chica, consciente de que no nos queda más remedio que seguirla. Dobla a la izquierda y se mete por otro pasillo. Se oye el eco de las botas mientras corremos desesperados hacia las frías sombras. Desde atrás, oigo el ruido de

las garras por el suelo.

Claire abre una puerta y nos metemos en una habitación que me resulta vagamente familiar. Da patadas entre cajas y contenedores, después abre otra puerta y nos empuja al interior. La puerta se cierra y oigo a Claire desplazarse entre la oscuridad. Está palpando la pared a tientas. Después se oye un crujido, y el pasillo se ilumina de un verde resplandeciente. De entre las tinieblas, colgadas en la pared como polillas de mamut, emergen las alas delta. Ben las mira boquiabierto. Nuestra guía ya agarra el modelo diseñado para dos. Es sorprendentemente ligero, y no le resulta difícil cargar con él. Algo golpea la puerta. Desde el otro lado se oyen arañazos, y el ruido de uñas rotas. Claire no le presta atención. Coge el equipo, los quemabrillos, y los guantes. Se produce otro golpe ensordecedor que casi hace que salten las bisagras de la puerta.

—¡No va a aguantar mucho más! —grito—. ¡Tenemos que irnos ahora! ¡Ahora!

—Id vosotros primero. ¡Ya os alcanzaré! —chilla mientras coge un par de gafas y bolsas—. ¡Id por el pasillo y salid por la puerta!

—¡No! ¡Nos vamos ahora! —Detrás, vuelven a golpear la puerta. Después se oye cómo se lanzan con toda la fuerza del cuerpo, sin parar, como si estuviera lloviendo. Entonces, nos llega el crujido del metal al doblarse.

»¡Claire! —insisto. Echamos a correr por el pasillo. Se nos caen las bolsas, y perdemos partes del equipo, pero ya no nos importa. Sólo nos preocupa el ala delta. La puerta explota, y los crepusculares salen disparados como balas de una pistola. Avanzan en tropel por el suelo, las paredes y el techo. Sus gritos son ensordecedores.

Claire abre la puerta al final del pasillo, y nos lanzamos. Le doy una patada para cerrarla después de caer, mientras Sissy echa el pestillo a toda prisa. Los crepusculares golpean desde el otro lado, y hacen abolladuras con unas sacudidas atronadoras. Nos recobramos, y con el corazón a mil por hora subimos una escalera y pasamos más puertas. Salimos al exterior. El aire es fresco y dulce. Con la vista recorro la longitud de la muralla. Está vacía, no hay ni un crepuscular a la vista. Pero no por demasiado tiempo. Unos que vagaban por el campo nos han visto; como halcones sentados en la muralla, a un tiro de piedra. Ahora corren hacia nosotros a cuatro patas, con brazos y piernas formando un remolino pálido. Claire intenta colocarme en el ala delta para dos.

—No, Claire. Que vaya Ben. Con Sissy.

—Ni hablar. Es para Sissy y para ti.

—¡No pienso perder el tiempo discutiendo! —grito. Acerco la cara hasta la suya, y nos miramos a los ojos—. Yo me quedo. Ben y Sissy suben.

—Dejadme que os cuente lo que hará Sissy —interrumpe ella misma—. Sissy volverá al tren. No voy a abandonar a los chicos.

La muralla empieza a temblar. Desde el campo nos llegan los gritos de una ola de crepusculares.

—¡Gene tiene que irse! —grita Claire—. El científico dijo...

Se oye un ruido metálico. Sissy ha desenvainado un puñal y se lo acerca al cuello a Claire.

—Ponte las correas.

Claire se da cuenta de que no tiene sentido oponer resistencia. Se coloca las sujeciones bajo la atenta mirada de Sissy. Esta guarda la daga, y coge a Ben.

—¡Sissy! —grita el niño.

—Ben —le dice mientras le coloca las correas y le abrocha la chaqueta—. Te encontraremos. —Le ajusta un par de mosquetones—. Estás en buenas manos. Claire te llevará hasta la tierra prometida.

—No me dejes —suplica Ben con labios temblorosos y las lágrimas que le empiezan a caer por las mejillas.

Un zumbido retumba por toda la muralla.

—¡Marchaos ya! —Les grito—. Casi los tenemos encima.

Sissy se apresura para abrazar a Ben. El niño le deja un surco de lágrimas marcadas en la cara antes de apartarse.

—¡Vamos! —le grita a Claire.

Y se van. Corren a lo largo de la muralla con todas sus fuerzas. Al final del tramo, lanzan sus cuerpos por un agujero que hay en la pared. Desaparecen de nuestra vista y, acto seguido, resurgen ya volando por el cielo nocturno, con el ala delta inclinándose y alejándose de la montaña. Veo que el viento le agita el pelo a Ben, que tiene los brazos tensos por el miedo. Después, con Claire al mando, se alejan sin obstáculos hacia el este.

—Tenemos que llegar al tren —le digo a Sissy mientras busco una manera de escapar.

Los aullidos de los crepusculares cada vez suenan más cerca. Avanzan por las praderas, y se deslizan por las murallas. De manera deliberada, Sissy se vuelve a mí sin prisa. Hay algo en sus ojos que hace que todo se vuelva más lento y, por primera vez desde que he vuelto a la Misión, nos miramos de verdad. Incluso en el momento en que empieza a esbozar una sonrisa triste y valiente, tiene los ojos húmedos.

—Creo que los dos los sabemos, Gene. Esto es el fin.

Como ratas recién nacidas, pálidas y desnudas, los crepusculares suben por los lados de la muralla. Estamos rodeados.

La caza, que empezó hace tantos días, casi está a punto de finalizar para ellos.

Sissy desenvaina los puñales, y me pasa uno.

—¿Luchamos hasta el final? —me pregunta.

Agarro el puñal.

—Siempre.

El cristal se hace añicos detrás de nosotros. Es el despacho de Krugman. Unos crepusculares desnudos escalan por la pared y se cuelan en la oficina a través de la ventana rota. Entre el griterío de los atacantes, no oigo al superior, pero no hace falta. De repente, el halo de luz que sale de la habitación se ve truncado. Las bombillas del

interior se rompen, y todo lo que nos rodea queda sumido en una oscuridad aún más profunda. Aún hay electricidad. Veo chispas saltando al interior de la sala. Se me ocurre una idea. Se me va la vista a lo alto de la torre de la esquina. Al cable largo que conecta la torre de la oficina con el principal generador de la aldea. Cruza los campos por arriba, por encima de las hordas de crepusculares que van llegando. Con el corazón latiéndome a mil por hora, cojo a Sissy de la mano y la arrastro conmigo. No hay tiempo para explicaciones. Detrás de nosotros, como si nuestro intento de huir los exasperara, los crepusculares aúllan furiosos.

Corremos a toda velocidad. Los ojos se nos salen de las órbitas, y afortunadamente vemos borrosos los cuerpos pálidos, que como olas golpeando contra la muralla van apareciendo por ambos lados. Los crepusculares hacen una pausa, miran alrededor para localizarnos. Cuando pasamos zumbando por su lado, saltan para darnos persecución.

—¡El cinturón de las dagas!

Al llegar al cable, me lo pasa. Lo ato y sujeto una punta mientras la otra oscila. Tiro con fuerza. Aguantará. Tiene que aguantar. De cara, Sissy me agarra los hombros con los brazos, después salta y me rodea la cintura con las piernas. Noto su cabeza al lado de la mía, sus labios contra mi sien. Salto. Hacia el aire nocturno, tengo atado ala muñeca el extremo del cinturón, y a Sissy pegada a mis hombros. La sacudida de la gravedad cuando el cinturón recibe la mayor parte de nuestro peso está a punto de destrozarme los brazos. Botamos, una vez, y dos, y el doble impacto hace que Sissy suelte los brazos, pero sigue aferrándose a mi cadera con las piernas, y al final logra volver a sujetarse de mis hombros.

Entonces nos deslizamos suspendidos del cable a mayor velocidad de lo que parecían garantizar en un principio el cuero y el metal. Salen chispas del cinturón, y sólo cuando miro hacia arriba, descubro el porqué: hay una daga entre el cinturón y el cable. Metal sobre metal. Volamos y echamos chispas. Lejos, debajo de nosotros, los crepusculares que corren a toda velocidad hacia la muralla, paran en seco. Sorprendidos y furiosos, nos miran desde abajo. A salvo, nos elevamos por encima de ellos. Sissy, que mira hacia atrás, jadea. Me vuelvo para mirar. Un crepuscular nos persigue por encima del cable. Se mantiene en perfecto equilibrio sobre el hilo. Trota a una velocidad sorprendente, piernas y brazos en cuidada sincronía, con un paso tan seguro como el de un semental en la llanura verde más ancha. Está horriblemente desfigurado. Tal vez, desesperado por llevar ventaja sobre los otros centenares de crepusculares, abandonó las cuevas de manera prematura y quedó expuesto a la persistente luz del atardecer. Sea cual sea el motivo, ahora tiene el aspecto de un gato sin pelo sobre una barra de equilibrio. La mitad de la cara se le ha fundido, y le da un aire demente. Abre la boca, separa tanto la mandíbula que parece que se le va a salir, y grita. Sigue abriendo la boca hasta que las comisuras se le desgarran y se le funden con las mejillas; la piel se le separa como si fuera queso, y la dentadura y los colmillos quedan expuestos. Sin mejillas y enseñando los incisivos, parece que la

criatura bestial me sonría sorprendida. Un destello de luz plateada. Sissy ha sacado un puñal del cinturón y lo ha lanzado. Al crepuscular. Es un golpe directo. La daga se hunde en la cavidad pectoral del cazador. Desaparece. A continuación, le sale por el otro lado del pecho, pues no ha encontrado demasiada resistencia. El crepuscular se detiene por un momento. Casi no sabe qué es lo que le ha golpeado. Parece que lo ha sorprendido por un instante, como si se hubiera tratado de un eructo repentino y bochornoso. Esto es tan natural como aquello. Clava la mirada en mí. La persecución continúa.

Otro destello de luz, otra daga al viento. Esta vez se la lanza al cazador a la cara, a los ojos. Su tiro tiene la intención de desfigurar y destriparlo. Sin embargo, éste lo ve a tiempo. Ladea la cabeza y la daga pasa zumbando a su lado, pero el movimiento le hace perder el equilibrio. Por un instante se tambalea e intenta recuperar la estabilidad. Y justo en ese segundo, Sissy lanza otro puñal, que le cae justo en la pierna, en el tobillo. El crepuscular pestañea una vez, dos veces, y pierde el equilibrio. Al caer, agita los brazos de manera salvaje, y su grito queda silenciado al estrellarse sobre el prado.

Un minuto después, Sissy y yo llegamos a la aldea. Para entonces, el cable ya se encuentra tan bajo y paralelo al suelo que el aterrizaje resulta sencillo. Justo a tiempo. Mis brazos están a punto de romperse. Los ataques en el pueblo no han hecho más que intensificarse. Los gritos llegan de cualquier rincón oscuro, de las casas cercanas; sonidos que se escapan de las sombras.

—El tren va a salir en cualquier momento —susurra Sissy—. Debemos darnos prisa.

—Pégate a las paredes —le aconsejo—. Mantén los brazos a los costados y tan quietos como puedas. A los crepusculares les atraen los movimientos.

Los gritos salen encauzados hacia nosotros. Nos movemos en línea irregular, alejándonos de las vías principales donde se nos vería más, y avanzamos de manera furtiva por los estrechos agujeros que hay entre las casas. Sissy se detiene de repente.

—¿Qué ocurre?

Mira desde la esquina de una casa y escudriña la plaza.

—Podemos bordear por este lado de la calle, y después cruzar cien metros más arriba, donde la calle se estrecha. O podemos atravesarla corriendo ahora, pero se nos verá más.

—No hay tiempo. El tren está a punto de partir. Crucemos ahora. Agachados.

Salimos corriendo, encorvados. A mitad de camino, ella se detiene, paralizada. Atónita, mira hacia el final de la calle. Vuelvo lentamente la cabeza para mirar. En la calle, como una mota, hay una persona. Vestida de blanco y bañada por la luz blanca de la luna, parece una estatua de mármol ante mí.

Incluso antes de distinguir su cara, ya sé quién es.

Ashley June.

Como una cortina en llamas, el rojo anaranjado de su cabello le cubre el cuerpo pálido. Sus ojos, unas motas gemelas de diamante verde, me perforan. Lentamente, empieza a aproximarse hacia nosotros, a cuatro patas. Sissy me coge de la mano, me empuja hacia ella. Sin embargo, yo permanezco firme. Es demasiado tarde para eso.

—Ve tú —le susurro.

—No. —Se queda a mi lado, cogiéndome aún de la mano.

—Vete.

—No. —Me la coge más fuerte.

Ashley June se pasea como si nada. A cada paso que da le sobresalen los omoplatos. Tiene una silueta relajada, como la de un guepardo de zoológico que recorriera su jaula en una calurosa noche de verano. Aun así, sus ojos se ven descarnados por el deseo. A treinta metros, emite un silbido; encoge las patas traseras, y de repente es puro músculo y energía. Extiende los brazos al saltar hacia delante, se aferra al suelo que tiene debajo y avanza con su cuerpo esbelto. Su mirada me traspasa con obsesión y desesperación.

—¡Soy yo! —grito—. ¡Soy yo!

Ni un pestañeo de reconocimiento por su parte. Ni una señal de reducir el paso. Corre hacia mí y revela los colmillos al gruñir. Sissy tiene el instinto de agarrar un puñal del cinturón, pero ya es demasiado tarde. Llega Ashley June, piernas y brazos borrosos debajo de las zancadas de su cuerpo. Diez pasos más y se me lanzará al cuello.

—¡Ashley June!

En su mirada se ve una señal de reconocimiento. Chasquea la cabeza. Vuelve a mirarme a los ojos, pero ahora hay un atisbo de contradicción. Reduce la marcha y se detiene. Como gelatina, la saliva le cuelga de las comisuras de los labios y casi llega a los adoquines. Ladea la cabeza. Frunce el ceño.

—Soy yo. Soy Gene.

Me examina el rostro como si tratara de ubicarme. Algo cambia en su mirada, se suaviza. Le tiemblan los labios. Está empezando a recordar.

—Ashley June.

Pese a que estoy muerto de miedo, le hablo con ternura. Y con sentimiento de culpabilidad. De su garganta sale un suave gruñido. Da patadas al suelo, pero no anula la distancia que hay entre nosotros. De repente, la luz arde en sus ojos y la sacude. Se acuerda de mí. Cohibida de pronto, se limpia la saliva.

—¿Gene? —Mi nombre susurrado sale revoloteando, afeminado y tímido.

Doy un respingo. El choque entre su cuerpo salvaje y la manera dulce en que ha pronunciado mi nombre es demasiado. Aparto la mirada. Ahora se pone de pie, y levanta brazos y manos hasta que se mantiene recta con las piernas. Como si intentara reclamar su condición humana. Aun así, se está librando una batalla; en lo más

profundo de su ser quiere abalanzarse sobre mí como un guepardo. Lo veo en la saliva que le gotea de los colmillos aún visibles, en los músculos de sus muslos temblorosos. Se vuelve a limpiar la boca. Entonces enfoca la mirada en algo en concreto. En mi mano. Que está agarrando la de Sissy. Recorre con la mirada la longitud de su brazo y, cuando finalmente llega a sus ojos, es como si acabara de advertir su presencia. Al instante, vuelve a ponerse a cuatro patas. La dureza le embrutece el cuerpo, y sus ojos adquieren el aspecto del mármol. Sacude la cabeza y los hilos de saliva se le enredan y le salpican la melena. Cada vez con más energía, se agacha, cede a los instintos animales. Entonces estalla contra Sissy. Parece un remolino borroso, un dardo lanzado con fuerza. Los músculos tensos se le marcan en los brazos y las piernas. Y después se precipita sobre Sissy. La empuja y le salta encima. Me tira al suelo. Para cuando he logrado levantarme, Ashley June está sobre mi amiga, clavándole la boca en el cuello. Tiene los dientes y los colmillos hundidos, y sólo se le ven las rojas encías. Sin dejar de chupar, me dirige una mirada lánguida. Sissy intenta escaparse, pero su atacante la tiene sujeta de los brazos. Da patadas, pero es inútil. Pierde fuerza. Se retuerce en vano. Como manos posesivas, el pelo rojo en llamas de Ashley June cubre el cuerpo de su víctima.

—¡NOOOO! —Y entonces cargo contra mi ex compañera con todas las fuerzas que logro reunir.

Me aparta de un manotazo. Siento que me araña la sien, pero no me duele. Las molestias llegarán más tarde. Salgo volando; abajo, el suelo da vueltas sin control. El golpe me quita el aire de los pulmones. Inseguro, me levanto y me caigo. Empiezo a arrastrarme hacia Sissy. Veo los ojos de Ashley June pasar por mi lado, por encima del hombro. De las sombras de una casa ha emergido otro crepuscular. Cuando me ve, pone una mirada extasiada. Se agacha y avanza como un cangrejo, clava las piernas y los brazos en el suelo como pinzas. Ashley June levanta la cabeza del cuello de Sissy, la sangre le chorrea por la barbilla. Gruñe al otro crepuscular.

Acto seguido, éste pasa de arrastrarse como un cangrejo a correr a toda velocidad como un puma. Hacia mí. Cuando salta al lado de Sissy, que está inconsciente, Ashley June extiende la mano y lo agarra del pelo. Oigo el sonido de las raíces arrancadas del cuero cabelludo. Las piernas del crepuscular salen disparadas, tropieza, y cae al suelo. Antes de que pueda recuperar el equilibrio, Ashley June ya está encima de él. A horcajadas, baja la cara hasta que casi le toca con la nariz. Gruñe, abre la mandíbula y deja ver los largos sables que componen sus afilados dientes. El crepuscular también refunfuña, de la furia junta las cejas. Pero también del miedo. Intenta morderla. Ella echa la cabeza hacia atrás para evitar el choque de dientes. Entonces, en un movimiento fluido y con gran ímpetu, lanza a su contrincante al otro lado de la plaza. Da unas vueltas sin garbo por los aires. Con el torso choca contra la ventana de una casa. Queda colgado con medio cuerpo dentro y el otro medio fuera.

Ashley June se vuelve hacia mí. Respira agitadamente. Sus ojos de color

esmeralda, claros y feroces, aunque de algún modo suavizados, contienen un brillo inquisitivo y anhelante. Retrocedo. De repente el otro crepuscular, cubierto de esquirolas, la golpea desde atrás. Ambos caen y se enredan en un ataque de colmillos y garras. Aprovecho estos preciados segundos para correr hasta Sissy. Tiene los ojos cerrados y murmura algo incomprensible. La cojo en brazos y empiezo a correr. Hago caso omiso del ruido de la pelea que se está produciendo entre Ashley June y el otro crepuscular. Hago caso omiso del cansancio de mis piernas mientras corro por los prados hasta el otro lado de la aldea. Incluso hago caso omiso de la visión del tren que empieza a irse de la estación. Asimismo hago caso omiso de la estampida atronadora que sé que se me acerca, la horda de cazadores que tras pasar por el despacho de Krugman me quiere alcanzar. Y sobre todo, hago caso omiso del calor que emana de Sissy, del sudor que le empapa la cara, de su palidez. Hago caso omiso del hecho de que ha empezado a convertirse. Se está transformando en mis brazos.

Grito y salen de mí unos sonidos que habían estado ocultos durante años, que no conocía; son unos sonidos estrangulados de angustia que he guardado dentro durante toda mi vida. Salen como una ola de furia, y son más fuertes que las lágrimas que me caen por la cara, más que el ácido láctico que me sacude las piernas. El suelo se ablanda, y forma ondas bajo mis pies; no logro encontrar solidez, no encuentro tracción. Y entonces me desplomo, porque ya no me quedan fuerzas, porque ya no puedo dar ni un paso más, porque las carreras y las huidas constantes me han quitado hasta la última gota de fuerza. Caigo sobre el césped. Basta. Basta. Acuno la cabeza febril de Sissy, y miro las estrellas que brillan en el firmamento. Siento que el suelo tiembla debajo de mí. Oigo que se aproximan, ya están muy cerca. Las patadas, los gritos, las voces agudas e histéricas. Entonces, unas manos me agarran las piernas, los brazos, me desgarran. No, no, me levantan. Me ponen las manos en las axilas, me aúpan.

—¡Gene! ¡Levántate! ¡Levántate!

Veo las caras de David y Jacob. Recogen a Sissy y la llevan a rastras. Más pisadas que se acercan. Es Epap, que me coloca el brazo sobre su espalda.

—Gene, tienes que ayudarme. No te puedo llevar yo solo. ¡Maldita sea, corre! ¡El tren está a punto de salir!

Le hago caso. Corro tan rápido como puedo, pero estoy agotado. Llego al andén, pero apenas puedo subir los escalones. El tren está en mitad de la estación, yéndose. Veo a David y a Jacob que suben en el vagón que tienen más próximo y dejan a Sissy en el suelo. El tren va cogiendo velocidad. Epap y yo vamos a tener que correr para montarnos en él. Desde atrás, un grito de rabia. Echo un vistazo rápido. Hay una docena de crepusculares que encabezan el grupo. Nos alcanzarán en menos de diez segundos.

Jacob salta del último vagón y corre a toda velocidad hasta donde estamos Epap y yo. Me coge del brazo y lo pasa por su espalda. Me arrastra.

—Vamos, Gene, ayúdanos.

—Dejadme. No hay tiempo.

Tengo razón, y lo saben. Nunca llegaremos a tiempo al tresno, si yo actúo como un lastre. Los crepusculares nos alcanzarán antes. De repente, Jacob me suelta y empieza a correr.

—Seguid, no paréis. ¡Subid al tren! —nos grita. Entonces se agacha y coge una manguera que hay en el andén. Al pasar al lado del generador, pulsa el botón de encendido. Se pone en marcha. El agua sale con toda la fuerza.

Los crepusculares suben los peldaños que llevan al andén. A su vez, Jacob apunta la manguera en su dirección. El chorro de agua choca contra sus cuerpos deformes. Su piel, en parte fundida y flexible por su exposición al sol, se les despega de los huesos en cuestión de segundos y los trozos salen despedidos como en una explosión. Ni su estructura ósea se salva. El agua les destroza el esqueleto, y los pedazos salen volando por los aires. Desaparecen entre una neblina de hueso y carne. Jacob deja caer la manguera, y corre para reunirse con nosotros. Pero entonces tropieza con otra. Caer desparramado en el andén. Un trío de cazadores sube la escalera. Al cabo de unos segundos, están encima de él.

—¡No! —grita Epap.

Me deja caer. Aunque sortea un contenedor y coge una manguera que hay cerca, los tres atacantes ya están agazapados sobre el cuerpo del chico. Con los ojos desorbitados por el gozo, le hunden los colmillos en el cuello. Epap enciende la manguera. Al momento, los crepusculares quedan eliminados. Corre hacia el chico, lo recoge y se lo sube a la espalda. No parece ver el daño que le han causado.

Mientras tanto, yo he recuperado fuerzas. Al menos las necesarias para apartar los tubos del andén y evitar que Epap tropiece con ellos. Él llega hasta donde estoy y juntos corremos hacia el tren. Noto el calor intenso que desprende Jacob. Incluso sin mirarlo, sé que se está convirtiendo, y rápido. Mordido e infectado por tres crepusculares, la transformación se acelerará de manera exponencial.

—¡Más rápido! ¡El tren se va! —grita David, que cuelga del último vagón.

El miedo nos inyecta un chute de adrenalina a Epap y a mí. Avanzamos a gran velocidad. A medida que nos acercamos, David extiende su brazo por la puerta medio abierta. Consigue meter a Epap, a Jacob, a mí, y después nos tiramos en el suelo. Sissy está tumbada a nuestro lado, aún inconsciente, rodeada por un grupo de chicas de la aldea arrodilladas. La chica pecosa me mira a mí, y después, presa del pánico, a los crepusculares que nos persiguen.

—¡No, no, no! —se queja Jacob. Está empezando a temblar, el sudor le cae por la frente. Veo que tiene el cuello perforado; no sólo dos agujeros diminutos, sino una serie de marcas de colmillos. Se está convirtiendo a una velocidad vertiginosa. Él también lo sabe. Asustado, mira a Epap.

—¡Te pondrás bien! —le anima Epap acariciándole el pelo—. Todo irá bien.

Procedentes del exterior, oímos los gritos desenfrenados de los crepusculares al arremeter contra el tren, que poco a poco gana velocidad, pero las puertas siguen

abiertas.

—¿Dónde está Ben?! —grita David mientras mira hacia atrás.

Jacob tiene espasmos. Una capa de sudor le reluce por el cuerpo frío.

—¿Cuánta velocidad más se necesita?! —le grito a la chica pecosa—. Antes de que se cierren las puertas.

—¡Ya casi está! Creo que hemos llegado al nivel.

Y entonces, en efecto, se oye un clic mecánico y la puerta empieza a cerrarse. Jacob se vuelve a mirar. Su aspecto es cadavérico, su expresión es terrible y atormentada.

—Me estoy convirtiendo.

Observa la puerta que se cierra. Cae en la cuenta de lo que ninguno de nosotros ha logrado comprender. Si se transforma dentro del tren, todo el mundo que hay en el interior morirá. Se levanta de un brinco. Al momento, me doy cuenta de lo que está a punto de hacer. Alargo la mano para detenerlo, para inmovilizarlo. Sin embargo, me quedo paralizado. Durante mi momento de vacilación, da tres zancadas y salta por el hueco cada vez más reducido. Y después ya no está. La puerta se cierra.

—¡No! —grita David mientras se acerca a la puerta e intenta abrirla. Pero está bloqueada, y así seguirá hasta que lleguemos a nuestro destino—. ¡Jacob! ¡Jacob, Jacob!

El infectado se levanta del suelo, tiembla del miedo y la conmoción. Está solo en el mundo por primera y única vez, en su vida. Es más de lo que puede soportar, y corre a nuestro lado, aunque sólo sea para estar unos segundos más con nosotros. David saca un brazo entre los barrotes y, por un instante, Jacob logra correr lo suficiente como para cogerle la mano. El pelo se le agita, las mejillas le rebotan, tiene los ojos llenos de lágrimas. Este chico soñaba con carruseles repletos de caballitos galopantes, ranas saltarinas y delfines voladores. Fuera se ve muy pequeño, está solo y no podemos hacer nada por él. El tren coge velocidad y Jacob no puede mantener el ritmo. Empiezan a separar las manos.

—¡Jacob!

Se despiden.

Y aun así, continúa corriendo tan rápido como puede. Balancea los brazos sin control, y sus piernas se ven borrosas. No quiere estar solo, no quiere desaparecer en la noche, no quiere perder de vista a la única familia que ha conocido. Pero va perdiendo terreno, el tren ya acelera. Y entonces tropieza y cae. Apenas puedo mirar. Es una mota pálida en una playa de tinieblas. Desde atrás, la marea se lo traga.

Las barras metálicas del vagón empiezan a vibrar. No lo hacen con vigor, sino más bien como un zumbido que ronronea. El sonido va en aumento hasta que los barrotes tiemblan entre mis manos, como si cobraran vida. Y eso no es todo: el tren entero empieza a tambalearse por los lados. Un fuerte tamborileo invade la noche, el sonido de miles de caballos al galope. Sin embargo, no los hay. Los caballos no muestran un destello pálido en la piel, ni silban, ni escupen, ni babean, ni aúllan. No

surgen de la oscuridad con el blanco de los ojos resplandeciendo como lunas dementes.

Un grito. Un crepuscular ha saltado al tren y ha atrapado por sorpresa a una niña que estaba apoyada contra las barras. La arranca más o menos de una pieza, le rompe los huesos, y le disloca las articulaciones. Una vez en el suelo, fuera, la rodea, y silencia sus quejidos.

—¡Apartaos de los lados! —grito.

La chica pecosa empieza a empujar a las otras hacia el centro del vagón. De repente un crepuscular salta desde la oscuridad, se pega a un costado y con la destreza de un mono se agarra a las barras. Después mueve el brazo por el aire.

—¡Agachaos! ¡Manteneos abajo! —grita la chica de pecas.

Acto seguido, aterriza un crepuscular sobre el techo. Acobardados, nos lanzamos al suelo justo cuando mete el brazo desde arriba como una enredadera venenosa. Frustrado, silba; sus gotas de saliva nos caen encima. Me acerco a Sissy, quien sigue inconsciente. Se cubre las heridas del cuello y encoge brazos y piernas para protegerse del crepuscular, para que no estén a su alcance. Tiene la piel fría como el hielo; los brazos se le sacuden con espasmos.

Otro crepuscular más se pega a un lado del vagón, y después otro. El vagón traquetea como si fuera una jaula de pájaro. Siguen cayendo encima, y cubren el exterior del vagón hasta que su colectiva piel pálida envuelve todo el tren. La manta de carne membranosa y traslúcida es una visión infernal. De manera intermitente, a través de esta capa uniforme, hay una cara crepuscular que emite silbidos y chasquidos con los ojos bien abiertos. El tren sigue su curso hacia el puente.

Debajo de mí, Sissy murmura. Se esfuerza por hablar y tiene los ojos cerrados, como si pronunciara una oración. Por ahora me duele la sien, y cuando voy a tocarla, me mancho Ion dedos de sangre. Donde Ashley June me clavó las garras. Con las uñas mojadas de su propia saliva. El tren avanza, los crepusculares nos lanzan sus extraños aullidos, y lo único que soy capaz de hacer es colocarle a Sissy los mechones de pelo por detrás de la oreja con cuidado, de manera obsesiva. Las vías empiezan a traquetear a un ritmo distinto. Estamos cruzando el puente. Truc-truc, truc-truc. Debajo se oye el golpeteo de las vías. Después ya hemos cruzado el valle y bajamos por una pendiente pronunciada, cada vez a más velocidad. Truc-truc-truc, truc-truc-truc, truc-truc-truc.

Entre los huecos que dejan los crepusculares colgantes miro hacia el puente. Del otro lado, veo enjambres de perseguidores que se agolpan. Se empujan y abarrotan el cañón. Nosotros, cada vez a más velocidad, nos alejamos, hasta que doblamos en una curva, y el puente y la Misión dejan de verse.

El viaje a través de la noche parece interminable. Al principio nos apiñamos para alejarnos de los crepusculares, que se niegan a soltarse, y permanecen aferrados a la jaula. Después, lo hacemos para darnos calor, para resguardarnos del frío. Movemos las cajas de provisiones a nuestro alrededor, nos protegemos en un apretado perímetro. Nadie duerme, nadie puede, no con los escupitajos de saliva mortal cayéndonos encima, ni con los intermitentes chirridos de rabia y desesperación de nuestros acosadores.

La temperatura corporal de Sissy es muy alta, y suda en abundancia. Los espasmos la sacuden de vez en cuando. Se está convirtiendo lentamente —no entiendo por qué tarda tanto—, pero dentro de un día o dos, su desintegración será completa. No podemos permitir que se transforme aquí. Cuando los progresos ya no se puedan evitar, nos veremos obligados a hacer lo impensable. Tendremos que desplazarla al vagón, al alcance de los crepusculares, que siguen aferrados a los barrotes, y ellos harán lo que nosotros no somos capaces de hacer.

Nadie lo menciona, pero pesa sobre todos nosotros como una losa silenciosa. Sobre Epap más que nadie. No ha dormido en toda la noche; con un brazo ha estado acariciándole el pelo a Sissy sin parar, con pena y preocupación, y con el otro agarraba a David. En algún momento de la noche, me deslizo a su lado. Sigue ardiendo. Desenvaino un puñal del cinturón. Epap se despierta, y se sobresalta al ver la daga. Me mira. Cree que voy a matarla por compasión.

—Aún no. Quizá pueda...

—No es lo que crees —lo tranquilizo. Me hago un corte en la palma de la mano. Los crepusculares se vuelven locos. Le abro la boca a Sissy y hago que trague mi sangre—. Por si es cierto que soy el Origen. Que soy la cura. Puede que esté en mi sangre.

Sin embargo, Epap niega con la cabeza. Tiene la mirada triste y perdida.

—Es nuestro último recurso. No tenemos nada que perder.

Apenas puede mirarme mientras hablo.

—Gene —me dice mientras señala la herida que tengo en la sien, donde me cortó Ashley June—. Tú también te estás convirtiendo.

Tiene razón. Ha visto lo que he estado negándome a mí mismo: la palidez de mi piel y el brillo sudoroso en mi rostro. No tiemblo por el viento helado, sino por algo más profundo y nauseabundo: el inicio de las convulsiones.

—No eres el Origen —me dice mientras cierra los ojos—. No eres la cura.

Llega el alba. Reticentes y furiosos, los crepusculares se tiran del tren; algunos intentan hacer un barrido final con la esperanza de coger a alguien desprevenido.

Sólo unos pocos se quedan. Después, en un aullido colectivo, saltan y se van dando brincos hacia el bosque denso. Libres de la capa de acosadores, el viento sopla sin obstáculos por el vagón-jaula. Sólo queda un crepuscular. Pero únicamente porque no le queda más remedio. Al principio se lanzó de cabeza, y ésta se le quedó atascada entre dos barrotes. No consiguió soltarse, ni siquiera después de horas de tirar, ni después de dislocarse los hombros y romperse la mandíbula.

Sale el sol y tenemos que oír los gritos de ese ser hasta que, fundido y blando como la mantequilla, cae como un saco lleno de pus y se esparce por las vías. El tren le pasa por encima; el fluido amarillo da vueltas por las ruedas y salpica como un estertor. Unas gotas viscosas nos mojan como si fuera una lluvia espesa y amarilla.

Pero por fin ha llegado la mañana, y los rayos del sol ofrecen un alivio a los horrores de la noche. No habla nadie; seguimos apiñados a pesar de la calidez del sol, a pesar de la ausencia de crepusculares. Una chica pálida alza la cara al sol y entrecierra los ojos. Su cuerpo es el vivo retrato de la conmoción, tiene las manos cerradas en un puño, las piernas hechas un ovillo. Pero también hay un reflejo de esperanza en sus ojos, la expectación de lo que le espera. «La Civilización», parece sugerir el brillo de su mirada, «la Civilización». Desvía su mirada hacia la mía y la mantiene durante dos segundos. Las barras de la jaula se le reflejan a modo de sombra en la cara. Yo aparto la vista, escondo la cabeza. La luz del sol es como ácido para mis ojos a punto de convertirse. Sus rayos se me cuelan por los poros de la piel, se me meten en los huesos, me rozan terminaciones nerviosas que nunca supe que existían en mi médula. Epap tiene razón. Me estoy convirtiendo. Tiemblo. Me estremezco.

Por la tarde, abrimos las cajas de provisiones. Hay un montón de ropa de abrigo, que ahora que nos adentramos en un terreno más cálido y bajo, ya no necesitaremos. Encontramos papel, libretas, bolígrafos y medicamentos. También, entre suspiros de alivio, un baúl lleno de latas de melocotones. Una docena, para ser exactos, que casualmente coincide con el número de personas que estamos en el vagón. Por ahora. Cuando llegue la noche, puede que haya dos menos. La chica pecosa distribuye las latas. Después de considerarlo un momento, coloca una al lado de Sissy, aún inconsciente. Nos advierte de que lo consumamos de manera sensata. Nadie sabe con seguridad cuánto puede durar el viaje. Quizá días.

Epap garabatea los nombres en cada lata. Es una buena manera de aprendérselos, asegura. Intenta ser valiente, ser fuerte. Escribe el nombre de Sissy en su lata. Se niega a reconocer lo innegable: dentro de unas horas, tendrá que hacer lo impensable. Primero a ella, después a mí. Pone mi nombre en otra lata, como para asegurarse. Me las quedo mirando, una allado de la otra. Mi nombre, el de Sissy, garabateados en letras mayúsculas. Como en nuestras tumbas.

Ya es de noche. Me despierto con espasmos, noto el frío del desierto que se me mete en los huesos. Hasta la luz de la luna se convierte en un ataque para mis ojos. La conversión está llegando a su fin. La brisa sopla por el interior del vagón. Me siento, miro arriba. Una columna de humo se eleva desde la chimenea de la locomotora. El motor se habrá activado después de que perdiéramos el impulso de la bajada. Se mantendrá a esta velocidad, con toda probabilidad, todo el camino hasta el Palacio, nunca reducirá la marcha. Todo está automatizado. Como mi conversión.

Me estremezco y el cuerpo me da sacudidas. El corazón me late muy rápido, mi camisa está pegajosa de la condensación fría del sudor. La lentitud de la transformación es una agonía. La luz de la luna salpica la jaula; las sombras de las barras de metal se doblan y se curvan a través de la topografía de nuestros cuerpos. De vez en cuando, una chica grita en sueños. Me incorporo, siento el crujido de los huesos. David duerme intermitentemente a mi lado; palabras angustiadas salen murmurando de sus labios. Le coloco la manta por encima. Tiene el brazo puesto en el espacio vacío a su lado, donde Jacob debería estar durmiendo.

La tierra va pasando entre kilómetros y kilómetros de nada. Sissy está a mis pies, con la cabeza acurrucada en el regazo de Epap. Las dagas en su cinturón lanzan destellos bajo la luz de la luna, haciéndome señas. Con los dedos toco el cuero áspero. Quito la correa, saco un puñal. Ha llegado el momento. Epap no lo hará. Pero yo sí puedo hacerlo. Debo hacerlo. Primero ella y luego yo.

Le coloco la daga contra el cuello. La hoja se hunde en su piel suave. Veo las

ondas que forma su pulso justo por encima de la hoja. Late con estabilidad, no se trata de un martilleo rápido. Frunzo el ceño y le toco la piel. Está seca. Desprende calor. Le pongo la mano sobre el corazón. Los latidos son lentos y regulares. Ya no se está convirtiendo. Está pasando por el proceso inverso. Sin comprender, observo su cara tranquila, descansada. Sopla el viento por las barras, y me estremezco por el delirio caldeado de mi transformación.

—¿Sissy?

Parpadea ligeramente. Se está despertando. El brazo se le sale de la manta y golpea las latas de melocotones que tiene al lado de la cabeza. La mía y la suya, que están una al lado de la otra.

Creo que veo algo, y mi corazón, por motivos que no me quedan claros de inmediato, empieza a latir cada vez más rápido. Entonces, oigo algo: la voz de mi padre. Clara y nítida después de tantos años: «Miras, pero no ves. A veces la respuesta está delante de tus narices». Sissy empieza a despertarse. Seca y blanca, saca la lengua y se humedece los labios agrietados. Empieza a abrir los ojos; pero no lo hace con el aleteo de antes, sino con seguridad. Dentro de unos instantes se despertará, se incorporará y me mirará. Pero todavía no. Vuelvo a mirar las latas, una al lado de la otra. Miro las letras garabateadas que escribió Epap. «Gene.» «Sissy.» No se lee todo, ya que su nombre no puede verse entero. Sólo las tres primeras, las dos últimas desaparecen tras la curvatura de la lata. «Sis.»

Y al instante, pienso en el ala delta. «Siempre estuvo pensado para vosotros dos.» Pienso en Krugman, en su insistencia en que el Origen era algo tipográfico. En Epap diciendo que mi padre siempre ponía los nombres con un propósito específico. En mi sangre, dentro de ella, uniéndose con la suya. Sigo mirando los nombres y soy como un ciego que de repente recupera la vista.

Gene. Sis.

Gene. Sis.

«Génesis.»

Ella empieza a abrir los ojos, unos ojos que nunca volveré a mirar de la misma manera. Los abre y me mira. No se estremece, no pestañea por la luz de la luna salpicándole la cara. Pensará que mi expresión es de alegría, de sorpresa por verla revivir. Sin embargo, es de comprensión por haberme dado cuenta de la verdad que he tenido delante durante todo este tiempo. Justo delante de mis narices.

Génesis. El principio.

«El Origen.»

No soy yo. Ni ella tampoco. Sino los dos.

Juntos somos la cura.



ANDREW FUKUDA Nacido en Manhattan y criado en Hong Kong, Andrew Fukuda es mitad chino, mitad japonés. Después de obtener una licenciatura en historia en la Universidad de Cornell, Fukuda trabajó en el Barrio Chino de Manhattan con la comunidad adolescente inmigrante. Esa experiencia llevó a la redacción de *la travesía*, su primera novela. Su segunda novela, *La caza*, la primera de una nueva serie, fue comprada en una subasta por la prensa del St. Martin, y fue publicado en Junio de 2012. Antes de convertirse en un escritor a tiempo completo, Fukuda fue fiscal penal durante siete años. En la actualidad reside en Long Island, Nueva York, con su familia.